

AKAL / BÁSICA DE BOLSILLO

ROSA LUXEMBURGO

CARTAS DE LA PRISIÓN



AKAL / BÁSICA DE BOLSILLO

ROSA LUXEMBURGO

CARTAS DE LA PRISIÓN

Akal / Básica de Bolsillo / 284

Serie Clásicos del pensamiento político

Rosa Luxemburgo

CARTAS DE LA PRISIÓN

Traducción de la Semblanza de Rosa Luxemburgo y de las cartas: F. Suárez
Con la revisión y acutalización del Equipo editorial
Traducción de la introducción y la posdata de Luisa Kautsky: Ana Useros Martín



ARGENTINA
ESPAÑA
MÉXICO

Este libro, que recoge las cartas que Rosa Luxemburgo escribió desde la cárcel a sus amigos y compañeros de lucha, es capaz de condensar su pensamiento más profundo sobre la situación política del momento y las perspectivas futuras del socialismo. En ellas muestra su espíritu independiente, lógico y penetrante, así como su deseo de conocer y teorizar más allá de la doctrina marxista que inspiró su obra y sus acciones. Pese a su situación y represión, Rosa Luxemburgo nunca dejó atrás sus ideas, sino que siguió escribiendo incansablemente para defender sus convicciones, manifestando, aun estando presa, un conocimiento del momento político sorprendente. *Cartas de la prisión* es, por tanto, una muestra más de la brillantez de una mujer cuyo pensamiento sigue siendo capaz de remover en la actualidad muchas conciencias.

Diseño de portada
Sergio Ramírez

Nota editorial:

Para la correcta visualización de este ebook se recomienda no cambiar la tipografía original.

Nota a la edición digital:

Es posible que, por la propia naturaleza de la red, algunos de los vínculos a páginas web contenidos en el libro ya no sean accesibles en el momento de su consulta. No obstante, se mantienen las referencias por fidelidad a la edición original.

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.akal.com

ISBN: 978-84-460-4693-6

Semblanza de Rosa Luxemburgo

Por Clara Zetkin

En Rosa Luxemburgo vivía una indomable voluntad. Dueña siempre de sí, sabía atizar en el interior de su espíritu la llama dispuesta a brotar cuando hiciese falta, y no perdía jamás su aspecto sereno e imparcial. Acostumbrada a dominarse a sí misma, podía disciplinar y dirigir el espíritu de los demás. Su sensibilidad exquisita la movía a buscar asideros para no dejarse arrastrar por las impresiones externas; pero bajo aquella apariencia de temperamento reservado, se escondía un alma delicada, profunda, apasionada, que no sólo abrazaba como suyo todo lo humano, sino que se extendía también a todo ser viviente, pues para ella el universo formaba un todo armónico y orgánico. ¡Cuántas veces aquella a quien llamaban «Rosa la Sanguinaria», toda fatigada y abrumada de trabajo, se detenía o volvía atrás para salvar la vida de un insecto extraviado entre la hierba! Su corazón estaba abierto a todos los dolores humanos. No carecía nunca de tiempo ni de paciencia para escuchar a cuantos acudían a ella buscando ayuda y consejo. Para sí, no necesitaba nunca nada, y se privaba con gusto de lo más necesario para dárselo a otros.

Severa consigo misma, era toda indulgencia para con sus amigos, cuyas preocupaciones y penas la entristecían más que sus propios pesares. Su fidelidad y su abnegación estaban por encima de toda prueba. Y aquella a quien se tenía por una fanática y una sectaria, rebosaba cordialidad, ingenio y buen humor cuando se encontraba rodeada de sus amigos. Su conversación era el encanto de todos. La disciplina que se había impuesto y su natural pundonor la habían enseñado a sufrir apretando los dientes. En su presencia parecía desvanecerse todo lo que era vulgar y brutal. Aquel cuerpo pequeño, frágil y delicado albergaba una energía sin igual. Sabía exigir siempre de sí misma el máximo esfuerzo y jamás fallaba. Y cuando se sentía a punto de sucumbir al agotamiento de sus energías, imponíase para descansar un trabajo todavía más pesado. El trabajo y la lucha le infundían alientos. De sus labios rara vez salía un «no puedo»; en cambio,

el «debo», a todas horas. Su delicada salud y las adversidades no hacían mella en su espíritu. Rodeada de peligros y de contrariedades, jamás perdió la seguridad en sí misma. Su alma libre vencía de los obstáculos que la cercaban.

Mehring tiene harta razón cuando dice que Rosa Luxemburgo era el más genial discípulo de Marx. Tan claro como profundo, su pensamiento brillaba siempre por su independencia; ella no necesitaba someterse a las fórmulas rutinarias, pues sabía juzgar por sí misma el verdadero valor de las cosas y de los fenómenos. Su espíritu lógico y penetrante se enriquecía con la intuición de las contradicciones que ofrece la vida. Sus ambiciones personales no se colmaban con conocer a Marx, con dominar e interpretar su doctrina; necesitaba seguir investigando por cuenta propia y crear sobre el espíritu del maestro. Su estilo brillante permitíale dar realce a sus ideas. Sus tesis no eran jamás demostraciones secas y áridas, circunscritas en los cuadros de la teoría y de la erudición. Chispeantes de ingenio y de ironía, en todas ellas vibraba una contenida emoción y todas revelaban una inmensa cultura y una fecunda vida interior. Rosa Luxemburgo, gran teórica del socialismo científico, no incurría jamás en esa pedantería libresca que lo aprende todo en la letra de molde y no sabe de más alimento espiritual que los conocimientos indispensables y circunscritos en su especialidad: su afán de saber no conocía límites y su amplio espíritu, su aguda sensibilidad la llevaban a descubrir en la naturaleza y en el arte fuentes continuamente renovadas de goce y de riqueza interior.

En el espíritu de Rosa Luxemburgo el ideal socialista era una pasión avasalladora que todo lo arrollaba; una pasión, a la par, del cerebro y del corazón, que la devoraba y la acuciaba a crear. La única ambición grande y pura de esta mujer sin par, la obra de toda su vida, fue la de preparar la revolución que había de dejar el paso franco al socialismo. El poder vivir la revolución y tomar parte en sus batallas era para ella la suprema dicha. Con una voluntad férrea, con un desprecio total de sí misma, con una abnegación que no hay palabras con qué expresar, Rosa Luxemburgo puso al servicio del socialismo todo lo que era, todo lo que valía, su persona y su vida. La ofrenda de su vida a la idea no la hizo tan sólo el día de su muerte; se la había ido dando ya trozo a trozo, en cada minuto de su existencia de lucha y de trabajo. Por esto podía legítimamente exigir también de los demás que lo entregaran todo, su vida incluso, en aras del socialismo. Rosa

Luxemburgo simboliza la espada y la llama de la revolución, y su nombre quedará grabado en los siglos como el de una de las más grandiosas e insignes figuras del socialismo internacional.

Cartas a Karl y Luise Kautsky

Introducción

por Luise Kautsky

Poco tiempo después de la muerte de Rosa Luxemburgo, muchos de nuestros amigos comunes y numerosos camaradas socialistas se me acercaron con la petición de que publicara las cartas de Rosa. Pero unas dudas, ante las que no fui capaz de responder, me refrenaron, a pesar de la creciente presión de mis amigos.

Ya fuera la conciencia de que yo misma aún me encontraba demasiado próxima a los tristes acontecimientos relacionados con nuestra difunta amiga, o que no tuviera claro en mi mente qué había en el contenido de aquellas cartas que tuviera que compartir con el mundo y qué parte me interesaba únicamente a mí, o ya fuera que sintiera una aversión a exponer nuestra relación, intensamente íntima y amistosa, a la vista del público, el hecho es que no conseguía tomar ninguna decisión al respecto.

Incluso la alusión al efecto sin precedentes producido por la publicación de las cartas de Rosa a Sophie Liebknecht no fue suficiente como para alterar mi determinación. Al contrario, mis dudas se confirmaron. Pues yo temía que muchos lectores consideraran la publicación de una segunda recopilación de cartas como una mera repetición y, posiblemente, incluso una inoportuna presunción por mi parte. Y esto me parecía una profanación tan desagradable de la memoria de Rosa que solamente pensarlo me echaba para atrás.

Pero nuestros amigos no cejaban y, gradualmente, a lo largo de los años, la idea de la publicación empezó a tomar una forma concreta para mí. La decisión se precipitó por la circunstancia siguiente: cuando el dolor salvaje dio paso a una pena más serena, recordé con frecuencia cómo ella me había animado una y otra vez a escribir mis memorias. El lector hallará pruebas de ello en una serie de cartas.

Su argumento era que mi punto fuerte radicaba en mi énfasis en el aspecto personal, que mis artículos escritos con ocasión del 50 cumpleaños de Clara Zetkin y del 70 cumpleaños de Bebel, así como en el aniversario

de la muerte de Julia Bebel le habían dado sobradas pruebas de ello. Además, ella nunca se cansaba de escucharme hablar sobre mi juventud y sobre otras experiencias de mi vida.

A pesar de los intentos de Rosa, en parte logrados, por elevar mi «modesta autoestima», soy incapaz, incluso ahora, de compartir su opinión sobre este punto. Ella no fue capaz de convencerme de que mis memorias podían aspirar a un interés general, especialmente no en esta época, cuando la humanidad tiene unas preocupaciones muy diferentes de las que se refieren al destino de una persona individual.

Pero la historia de ese fragmento del sendero de mi vida que caminé junto a Rosa, debería incluso decir que de la mano con ella, me pareció que sí tendría interés para un círculo más amplio. Al mismo tiempo, su publicación supone el cumplimiento, hasta un cierto grado, de los términos de un legado y supone saldar una vieja cuenta de gratitud. Pues mi ser por entero, sí, el contenido de mi vida por entero se ha enriquecido inmensamente gracias a mi relación y mi amistad con Rosa Luxemburgo.

Cada vez más experimenté el sentimiento de estar actuando completamente según su espíritu al publicar sus cartas y esto no solamente me dio tranquilidad y seguridad, sino también una gran alegría personal mientras preparaba el material.

La ocasión para elegir el momento concreto me la proporcionó un grupo de amigos rusos, que están al frente de la revista *Letopis* y que trabajaron sin descanso para obtener la porción de las cartas que data de los años 1905-1906, del periodo de la primera Revolución rusa. Fueron capaces de convencerme de que les entregara dichas cartas para su publicación.

Por lo tanto, empecé a organizar y fijar el material y quedé inmediatamente cautivada por la tarea. Cuanto más me sumergía en el contenido de las cartas, más surgía ante mí, llena de vida, la figura de mi difunta amiga y más ligada me sentía yo por el hechizo mágico que parecía emanar de su memoria.

Al mismo tiempo, me daba cuenta de que sería injusto para ella que yo publicara esa serie de cartas de manera fragmentaria, pues hacerlo así las despojaría de su mejor característica: las series, que empezaban en 1896 y terminaban en el año 1918, muestran cómo una relación que, al principio, consistía simplemente en una determinada «consanguinidad de la mente», de una membresía conjunta en el partido y de una colaboración en el

trabajo, gradualmente maduró y se convirtió en una íntima amistad. Más aún, ofrecen un retrato de la evolución de Rosa y revelan a Rosa, tanto inmersa en la lucha como en sus momentos de descanso y búsqueda del disfrute, como una persona de una enorme honestidad y, al mismo tiempo, capaz del más gozoso abandono.

Comparadas con las cartas de la cárcel de Sophie Liebknecht, que parecen un delicado lienzo de colores tenues proyectados contra un fondo gris, estas cartas dan la impresión de ser un cuadro de muchos colores, en el que predomina un viril rojo. Sirven, por lo tanto, como un complemento a las impresiones que los lectores han recibido gracias a las cartas de Sophie.

Los huecos entre determinadas cartas, que a menudo cubren un periodo de varios años, se explican por el hecho de que nuestro intercambio habitual era directo y personal. Solamente en las épocas de separación nos veíamos obligadas a escribir cartas. Tanto mi esposo como yo nos sentimos muy agraviados al pensar que las cartas que escribimos a Rosa están ahora fuera de nuestro alcance. Se ha dicho que, aunque Rosa las hubiera conservado, estas habría sido «confiscadas» por la soldadesca que registró y saqueó su casa.

Rosa Luxemburgo nació en 1870. Era hija de un comerciante de Varsovia acomodado que pudo dar a sus hijos una buena educación. Mientras Rosa vivió, siempre habló con un afecto especial de su padre, mientras que los recuerdos de su madre parecían haber quedado relegados a un segundo plano. Pero también de ella hablaba con amor, aunque a veces parecía que una nota de compasión amistosa acompañaba sus menciones.

Tengo la sensación de que su madre era una de esas mujeres que a menudo se encuentra una en las familias judías, autosacrificadas, que vuelcan todo su ser en su esposo e hijos y que, en su preocupación por ellos, renuncian a su propia identidad, sí, prácticamente la anulan, de forma que el recuerdo de su existencia fácilmente se vuelve borroso. No obstante, su madre parece haber sido una mujer culta y educada, un hecho que me reveló un comentario casual de Rosa. Estábamos hablando de Schiller y de su obra literaria y Rosa habló con cierto desprecio de él, considerándolo un poeta de segunda categoría. Cuando yo lo defendí efusivamente e insistí en que precisamente ella, una revolucionaria, debería considerarlo un poeta revolucionario, ella me contestó, reflexivamente: «Bueno, tal vez le tomé

una manía instintiva porque a mi madre le encantaba. Por eso quedó etiquetado, en lo que a mí se refiere, como anticuado y sentimental».

Sea como sea, en cualquier caso, ella simpatizaba más con su padre y de él parece haber heredado su potente intelecto, su energía, en resumen, su sentido de «vivir la vida con honestidad».

Sin duda se desarrolló muy pronto y tuvo una enorme sed de conocimiento incluso de niña. Esto se deduce de la naturaleza de sus lecturas, en las que se afanó desde su primera infancia. Con apenas dieciséis años ya ocupaba su mente con los problemas más arduos, no solamente con los orígenes de la humanidad, con el derecho a la maternidad, con la historia de las tribus y los clanes, sino también y especialmente con todos los problemas relacionados con el movimiento obrero moderno, con la historia de las revoluciones, la teoría de la plusvalía, etc. Morgan, Bachofen, Lubbock, Kowalewski y otros sociólogos, junto a Marx y Engels, constituían sus lecturas principales.

En el instituto femenino en el que estudió, pronto reunió a su alrededor un círculo de estudiantes con inquietudes semejantes, de quien se convirtió rápidamente en líder. Aunque era la más joven del grupo, se la consideró desde el principio una autoridad indiscutible. Cuando surgían dificultades las demás decían con confianza: «Bueno, Rosa sabrá lo que es correcto; Rosa nos ayudará». Con rostros encendidos, las chicas debatían durante horas y, en este duelo de intelectos, se agudizaban las juveniles facultades. Pronto, no obstante, estas reuniones, de las que el zarismo conjeturaba con razón que eran lugares de conspiración, levantaron las sospechas de la policía política y de sus chivatos. Si Rosa y quienes pensaban como ella no querían que se pusiera fin a sus estudios por la fuerza y no querían cambiar su vida estudiantil por una vida en una cárcel, que recibía a los estudiantes revolucionarios con los brazos abiertos, tendrían que abandonar Varsovia lo antes posible. Vestida aún con el uniforme y el delantal de una estudiante de bachillerato, Rosa, a los dieciséis años, huyó a Suiza, donde podría llevar la vida de estudio intensivo que ella anhelaba. No le faltaría compañía rusa y polaca, procedente de su tierra natal, pues las universidades de Zúrich y Berna estaban repletas de grandes grupos de sus compatriotas revolucionarios que, como ella, habían huido a Suiza para escapar de la policía zarista.

En Zúrich, donde se instaló, encontró en su compatriota Leo Jogiches, un joven unos años mayor que ella, un guía y un líder con el que le uniría hasta su muerte una amistad imperecedera. Su espíritu intenso se inflamó con el suyo; en él vio al tipo representativo del pensamiento revolucionario que merecía la pena emular pues, aunque aún era muy joven, ya había aprendido a conocer los horrores de las cárceles rusas y el destierro en Siberia. Además, era un maestro en el arte de la conspiración, cuyo carácter romántico provocaba una atracción irresistible para el impresionable espíritu de Rosa.

Rosa se sumergió de cabeza en sus estudios. Su ardor no conocía límites y, como comprendía todo con suma facilidad, le tentaban todas las ramas del conocimiento humano. Pero finalmente decidió especializarse en ciencia política, economía y jurisprudencia, puesto que estos estudios le prometían proporcionarle las mejores armas para la lucha a la que ya había decidido dedicar su vida: la lucha por los derechos, ahora pisoteados, de los trabajadores, de los pobres, de los desposeídos. En Zúrich también se convirtió pronto en la aceptada jefa espiritual de sus compañeros de estudio y sus profesores la consideraban la mente más dotada y dispuesta de todas.

Para Rosa fue una época muy feliz. Libre de la insoportable presión política que sufría su rusificada tierra natal, respiró profundamente el aire libre de Suiza. E incluso aunque el hambre fue, en más de una ocasión, un invitado más entre los estudiantes procedentes del Este, pues ninguno de ellos estaba demasiado bien provisto de bienes materiales; y aunque, a pesar de la ayuda mutua que libremente se dispensaban unos a otros, el rebelde estómago insistía en mitad de una discusión en ser aplacado con grandes cantidades de té, un poco de azúcar y una cantidad aún menor de pan; aun así estos días universitarios fueron el momento más álgido de los recuerdos de Rosa y siempre habló de ellos con una especie de emoción feliz.

Aparte de sus estudios, los problemas del movimiento obrero, que entonces se debatía en el *«Arbeiteverein»* alemán de Zúrich, le interesaban profundamente y participó activamente en los debates. Además había empezado a escribir muy pronto e, incluso antes de que se presentara al examen de doctorado, su nombre había aparecido aquí y allá en las columnas de los órganos socialistas. Al principio únicamente en las publicaciones periódicas polacas, que salían a la luz en el extranjero debido a la censura rusa; muy pronto, no obstante, (como muestran las primeras

cartas de la presente colección) también en el órgano más importante de la Internacional Socialista, *Die Neue Zeit,* publicada en Alemania. Era el órgano científico de la socialdemocracia alemana. Había sido fundado en 1883 por Karl Kautsky, que fue su editor de manera ininterrumpida hasta el año 1916.

Cuando Rosa terminó sus estudios, condecorada con dos títulos de doctorado, en filosofía y en jurisprudencia, salió de Suiza y se fue a París a seguir estudiando y con el propósito de adquirir un conocimiento de primera mano de las condiciones políticas y del partido en Francia. Entró en contacto directo con los líderes socialistas, Guesde, Vaillant, Alemane, y con la colonia de emigrados. Le encantó el temperamento francés, se sintió como en casa en los ambientes franceses y fue fiel a las amistades que forjó allí durante el resto de su vida. Reverenciaba al decano del movimiento obrero francés, Edouard Vaillant. Su estancia en París amplió mucho sus miras. Ella, que procedía del Este, ahora adquiría un conocimiento íntimo de Occidente y, a partir de entonces, se sentiría como en casa en ambas civilizaciones. Varsovia, Zúrich, París... ¡sin duda esta combinación era una buena base para su internacionalismo! Pero, por encima de todo, anhelaba unirse al movimiento obrero alemán que, en aquel momento, después de la derrota de la ley antisocialista promulgada por Bismarck, había crecido muchísimo.

Trabajar en el movimiento alemán, no desde el exterior sino como una camarada igual, de pleno derecho, era su deseo más apasionado. Y como esto no podría haber sido posible nunca bajo las leyes que existían entonces en Alemania (siendo ella rusa) escogió la treta a la que se acogían a menudo las estudiantes rusas para forzar al Estado a concederles determinados derechos: decidió concertar un matrimonio de conveniencia con una persona de nacionalidad alemana, mediante lo cual, automáticamente, se convertiría en ciudadana alemana. Gustave Lübeck, el hijo de un viejo camarada alemán que vivía en Zúrich y de una madre que, como Rosa, procedía de Polonia y que era íntima amiga suya, fue elegido por las dos resueltas mujeres para ayudar a Rosa a obtener la ciudadanía alemana por matrimonio. Cuando la «boda» se ejecutó, la «joven pareja» se separó en las mismísimas puertas de la oficina de matrimonios. Rosa había logrado lo que buscaba: ahora era una ciudadana alemana y tenía derecho a afiliarse a la socialdemocracia alemana como un miembro activo; ahora podía ya

dedicar su energía al movimiento alemán e influir directamente en el proletariado alemán mediante la palabra hablada y escrita, siempre, claro está, que el fiscal del Estado no pusiera límites a sus actividades, algo que ocurría con demasiada facilidad en la prusianizada Alemania. ¡La censura prusiana, después de todo, no era muy diferente de la rusa! Pero Rosa nunca conoció el miedo y, con todo su entusiasmo, se presentó en Alemania, el escenario de sus futuras actividades, en la primavera de 1899. Pronto encontró mucho trabajo allí, un trabajo de una naturaleza que se adecuaba a su dispuesta mente y su aguda lengua.

Pues, en Alemania, a finales del siglo pasado, la batalla entre la vieja tendencia radical y el nuevo «revisionismo», como lo llamaban, estaba en pleno apogeo.

Esta nueva tendencia, que tenía como objeto ejercer una crítica aguda de los principios marxianos a los que hasta ahora se había adherido la socialdemocracia, para modificarlos, atenuarlos y «revisarlos» había encontrado a su líder espiritual en la persona de Eduard Bernstein, que entonces vivía exiliado en Londres. Bernstein, en cierto modo, había perdido el contacto con las condiciones alemanas y, bajo la influencia de su ambiente en Inglaterra, se había apartado de su antigua posición, muy revolucionaria, para aterrizar en una postura fuertemente reformista. Entre quienes se alineaban con él estaba Edward David M. P., cuya especialidad era el estudio de la cuestión agraria, Max Schippel, también en el Parlamento, que se especializaba en la cuestión colonial y tarifaria, y todo un círculo de publicistas, que libraran una animada batalla contra el viejo movimiento radical en su órgano revisionista, *The Socialist Monthly Review*.

El líder del viejo movimiento radical era Karl Kautsky. Su órgano *Die Neue Zeit* operaba estrictamente en las coordenadas marxianas. Junto con August Bebel y otros se oponía frontalmente a los «revisionistas» y Rosa, que ya se había unido a este grupo de radicales, se enfrascó audazmente en la reyerta, en calidad de apreciada editora de *Die Neue Zeit*. El resto de su tiempo lo dedicaba principalmente a la agitación y al debate y pronto destacó como una de las propagandistas más odiadas por la burguesía, que la motejó despreciativamente como «Rosa, la Sanguinaria».

En 1904 fue la primera vez que conoció una prisión alemana. Fue condenada a varios meses de cárcel por lesa majestad y por incitar a la

guerra de clases y empezó a cumplir su sentencia en Zwickau, Sajonia. La muerte del rey de Sajonia, sin embargo, y la amnistía general concedida a los delincuentes políticos con motivo de la toma de las riendas del poder por parte del nuevo gobernante, tuvo como resultado una reducción de su condena, lo que la desconcertó mucho. Salió de la cárcel bajo protesta, pues aceptar cualquier tipo de regalo del rey le parecía algo incompatible con sus principios revolucionarios.

Pasó otro año, entre el laborioso trabajo pedagógico y de propaganda, cuando de repente las campanas de la revolución empezaron a tañer en el Este. A finales de 1905 la despedimos rumbo a Varsovia y, a principios de 1906, empezó ese periodo de actividad clandestina febril de la que informarán mucho mejor las cartas de ese momento. Durante dos meses logró esquivar a los espías del zar; después, sin embargo, el destino la alcanzó y fue conducida primero a la prisión del ayuntamiento de Varsovia y después a la ciudadela de Varsovia. Las cartas desde Varsovia, fechadas entre marzo y abril de 1906, contienen unas descripciones apasionantes de sus experiencias en Polonia. Liberada finalmente tras medio año encarcelada, porque no se pudieron hallar pruebas en su contra, pasó dos meses más de trabajo intensivo en Varsovia y después se dirigió a Finlandia, cruzando San Petersburgo, para fortalecerse y descansar en el retiro y la tranquilidad de aquel país y para dedicarse a plasmar sobre el papel sus experiencias e impresiones.

El problema de la huelga general ocupaba ahora su mente en especial y se convirtió en el centro de todo su pensamiento y acción. En Varsovia, así como en Moscú, había visto cómo el principio de la huelga general se traducía en la práctica y, a partir de ese momento, la cuestión de la que se ocupaba casi por completo era averiguar cómo podrían aplicarse en Alemania las experiencias recogidas y los resultados obtenidos en Rusia. En Finlandia escribió un panfleto acerca de las lecciones de la huelga general que publicó inmediatamente después de su regreso a Alemania en septiembre de 1906. Incluso en ese momento se enfrentó con Kautsky, con cuyas opiniones, hasta el momento, siempre había coincidido. Rosa defendía el punto de vista ruso, mientras que Kautsky argumentaba que, en Alemania, las condiciones diferentes exigían tácticas diferentes. Cada vez que se veían debatían esta cuestión de la huelga general con seriedad y

ardor. Pero, a pesar de lo encendidas que eran las discusiones, nunca hubo la menor señal de una ruptura en su amistad.

Después vino la pelea sobre las elecciones al parlamento prusiano. La cuestión de si los socialistas debían o no participar en las elecciones había sido uno de los problemas más discutidos dentro del partido. Rosa se había unido a Kautsky en apostar por la participación y su punto de vista había triunfado dentro del partido.

Sin embargo, cuando llegó el momento de llevar a cabo la decisión de la convención del partido, se produjo una aguda división de opinión, así como de tácticas. Rosa desarrolló una actividad febril como agitadora. Alentó a la huelga general a lo largo y ancho de Prusia como medida para demostrar el poder de las masas. Según sus planes, las masas iban a organizar manifestaciones callejeras en todas partes; y, donde fuera posible, se organizarían huelgas generales que, en su opinión, serían la única manera de propiciar la victoria. Kautsky era de la opinión opuesta y la defendió en un artículo muy debatido de *Die Neue Zeit* titulado «¿Y ahora, qué?», en el que se oponía con vigor a las tesis de Rosa. Fue entonces la primera vez que Rosa se enfrentó a él públicamente. Entonces se hizo evidente que había insuperables diferencias de opinión que los separaban y que incluso la más íntima de las amistades personales no podía hacerles olvidar la diferencia de facciones entre ellos. El resultado fue un alejamiento que empeoraba a medida que pasaba el tiempo y que, finalmente, condujo a una ruptura total. Como correspondía a su personalidad inspiradora e intensa, Rosa pronto agrupó en torno a ella a seguidores procedentes de las filas de los elementos radicales dentro del partido socialista, que trataban por todos los medios de acelerar el *tempo* del desarrollo revolucionario. Enseguida quedó claro que se estaba formando un ala derecha y un ala izquierda dentro del grupo hasta ahora asociado con Kautsky. O, por decirlo de manera más concisa, que Rosa y sus seguidores ahora constituían la extrema izquierda del movimiento alemán. Kautsky se vio empujado hacia el centro, mientras que el ala derecha conservaba inalterado su carácter revisionista-reformista. A partir de este momento, Rosa ya no luchó codo con codo con Kautsky, como lo había hecho en los años anteriores, sino que siguió su propio camino político. Quedaron, no obstante, muchos puntos en los que ella podía llegar a un entendimiento cordial con Kautsky, más aún cuando ambas partes estaban deseando, en nombre de su larga amistad, permanecer

lo mejor dispuestos hacia el otro como fuera posible. Kautsky especialmente hizo todo lo posible en esta línea, como lo mostrará el incidente siguiente:

En vista de su rápida y constante expansión, el Partido Socialdemócrata Alemán había sentido la acuciante necesidad de contratar tantos cargos u organizadores como fuera posible y proveerlos de la mejor manera. Ofrecer a estos cargos una educación adecuada parecía una necesidad indispensable. El partido, por lo tanto, planificó fundar una escuela del partido y empezó a buscar profesorado. Cuando se acercaron a Karl Kautsky con la sugerencia de que dirigiera los cursos sobre economía, él rechazó la oferta en lo que a él concernía, pero propuso a Rosa en su lugar, por lo que ella fue rápidamente escogida. Esto quería decir que se le había concedido la muy honrosa tarea de infundir en la generación en auge dentro del partido (y en las mejores mentes de esa generación, pues los diversos distritos enviaban a esta institución, a la que se considerada como la universidad del partido, solamente a los miembros más dotados y cuidadosamente elegidos) los principios fundamentales sobre los que se basaría toda su labor futura dentro del partido. Rosa, en ese momento, se adentraba en un campo totalmente nuevo, pero uno en el que estaba destinada a mostrar una capacidad inusitada. Después de un breve periodo de enseñanza, se ganó la opinión unánime de que había dominado de manera excelente la cuestión. De hecho, aunque el resto de los cursos eran impartidos por un profesorado capaz, incluso excepcionalmente dotado, a Rosa se la consideraba sin dudas la cabecilla espiritual de la institución. Sus alumnos la adoraban. Pues no solamente poseía la facultad de explicar el tema que se debatía de tal manera que se comprendía y entendía con facilidad, sino que también inspiraba, despertaba en los alumnos el amor del estudio científico; los temas que hasta el momento se habían considerado áridos cobraban vida gracias a ella; provocaba en sus oyentes su propio entusiasmo y sed de conocimiento y transmitía a sus discípulos ese mismo fuego sagrado que a ella misma le consumía.

La sinfonía de la rica vida de Rosa encuentra ecos en las páginas de sus cartas. Abarca toda la gama de escalas, dependiendo de su estado mental, de su humor y de la situación concreta en la que resultara estar inmersa. En todo momento, no obstante, ella es *ella misma,* una personalidad auténtica, ya sea en el potente *forte* de su obra, o en el suave *pianissimo* de sus más

tiernas emociones, durante su *andante* así como en su *allegro* o cuando, con una alegría y jovialidad divinas, se olvida de todo en un gozoso *scherzo*.

Ella tenía la capacidad de disfrutar de la vida como muy pocas otras personas podían hacerlo, beber su belleza y descubrir en ella siempre placeres nuevos. Ya estuviera ocupada en alguna tarea creativa, o estuviera asimilando los resultados de las investigaciones de otros, todo para ella era disfrute y felicidad. En julio de 1918, a pesar de la prisión inacabable que le destrozaba los nervios, me escribe no obstante: «Saldremos de este lío a pesar de todo y nunca olvidaremos disfrutar con gratitud de las cosas bellas más pequeñas que nos queden».

Lo que la caracterizaba por encima de cualquier otra cosa y lo que otorgaba tanta fortaleza a su ser, era exactamente esto: ya estuviera trabajando u ociosa, ya estuviera agitada por las emociones del amor o del odio, siempre estaba en incandescencia; de hecho, una de sus frases favoritas era: «Tenemos que ser como una vela que arde por ambos extremos». Y esta incandescencia que irradiaba de ella se contagiaba a todo su entorno. Era una hechicera en el arte de ganarse a las personas siempre que, por supuesto, ella quisiera ganárselas.

Los burócratas prusianos más fosilizados, los guardas de prisión y los celadores más brutales se entregaban a ella y la trataban con mucha más ternura que al resto de los presos a su cargo. En las cárceles de Wronke y Breslau tuvo la buena suerte de encontrarse a personas, entre los funcionarios allí destinados –tanto civiles como militares–, que captaron el aliento de su espíritu, que le mostraron toda su deferencia y que consideraron un placer y un honor charlar con ella de tanto en tanto. Con uno de esos funcionarios, uno que, gracias a su comportamiento caballeresco, alivió más de una penuria de su larga condena, ella siguió carteándose después de su liberación.

Cuando, inmediatamente después de su muerte, visité en la cárcel moabita a una joven que había sido detenida bajo la falsa sospecha de haber conspirado con Rosa, uno de los oficiales de mayor rango del lugar me expresó con palabras muy sentidas su duelo por Rosa cuando me presenté ante él como amiga suya, diciéndome que la había conocido y que la tenía en gran estima.

El secreto del efecto mágico de su personalidad era en parte este: ella era capaz, como muy pocas personas lo fueron, de interesarse por otros

seres humanos de una manera completamente humana y de tratarlos con humanidad. Poseía el raro don de escuchar con una atención concentrada y, así como su oído atendía todas las quejas, su corazón se entregaba a cualquier ser humano que sufriera.

Que la palabra amistad no era una simple idea teórica para una personalidad como la suya es algo evidente. A pesar de la naturaleza compleja de su ser, parece como si las palabras sencillas del viejo poeta Simon Dach, que le gustaba mucho, se hubieran escrito para aplicárselas a ella:

> Para el hombre no hay mejor,
> no hay encanto más peculiar,
> que se le considere fiel
> a una amistad siempre cálida.

Le hería profundamente que alguien pusiera en duda su amistad, a menos que, por supuesto, en consonancia con su naturaleza irónica, pudiera ella burlarse de tales dudas como algo absolutamente insensato. El lector hallará diversos pasajes que fundamentan este punto, por ejemplo, la carta del 20 de enero de 1916, escrita desde la cárcel de la calle Barnim, en Berlín: «Para mí no hay “pequeñeces” cuando de ti se trata; todo me parece importante y del mayor interés». De nuevo, la carta desde Breslau fechada el 16 de diciembre de 1917[1]: «¿Cómo es, tontuela, que de vez en cuando resucitan en ti las dudas sobre mi amistad? Esto me sorprende, porque sé que nuestro cariño, tan firme de por sí...».

Había un campo o esfera, no obstante, donde todo el amor de sus camaradas y toda la amistad no contaba en absoluto, en caso de que se sintiera malinterpretada o incluso que sufriera alguna decepción: el ámbito de la política. Pues, aunque era una artista, era política de cabo a rabo. Para ella, pensar y actuar políticamente era una necesidad; la política era el elemento en el que ella se entretenía como pez en el agua. Por muy tolerante que pudiera ser con sus amistades *personales,* con sus conocidos y parientes, por mucho que se riera de buena gana con ellos y se burlara de sus debilidades, que ella detectaba con una mirada aguda y que exponía con una lengua afilada, en el caso de sus alianzas *políticas* no aguantaba bromas. En lo que se refería a los conflictos dentro de su partido político, en especial, ella consideraba que la deferencia era tibieza, propensión a la

debilidad, que la disposición a llegar a un acuerdo con el oponente era cobardía y que el consenso era una traición. Su naturaleza apasionada la conducía directamente al meollo del asunto, sin circunloquios. Las concesiones, incluso a sus aliados políticos más próximos, eran para ella anatema. Inflexible y rigurosa como era en estos temas, exigía una actitud similar a sus aliados políticos y a sus más próximos compañeros de armas y, en caso de que no fuera capaz de sumarlos sin reservas a su propio punto de vista, no dudaba en romper con ellos. «Quien no está conmigo, está contra mí», era su lema político.

Durante el año 1896, en calidad de camarada prácticamente desconocida en los círculos alemanes, se dirigió por primera vez a los editores de *Die Neue Zeit,* una publicación periódica que, en aquel momento, gozaba de una reputación espléndida y que estaba personificada en la figura de Kautsky. Las mentes que lideraban en aquel momento el mundo de la internacional socialista consideraban un honor contribuir a sus columnas.

Con un cierto respeto, aunque no siempre sin objeciones, ella se sometía a las indicaciones editoriales de Kautsky. Incluso aquí, no obstante, sorprende la seguridad en sí misma de esta joven mujer de apenas veintiséis años, así como su magistral dicción, la agudeza de sus argumentaciones, la profundidad de su pensamiento, la riqueza de ideas. En resumen, una nueva Palas Atenea, nacida de la cabeza de Zeus, se presentó ante nosotros, resplandeciente en su armadura.

A pesar del respeto que le demostraba a su «amado profesor», su «maestro», ella se sentía como su igual y poseía las facultades para defender su postura. Su potente sentimiento de confianza en sí misma se muestra de manera sorprendente en las primeras ocho cartas y, como yo quería mostrar también esa faceta de su carácter, superé mis recelos iniciales sobre este punto y, a riesgo de alienar a quien no esté interesado en la política, he incluido estas cartas (una decisión guiada por motivos puramente editoriales) al principio de la colección, donde de hecho encajan cronológicamente. Esta confianza en sí misma en aumento, por cierto, se enfatiza incluso más claramente en la carta a Kautsky escrita en 1901 después de la convención del partido en Lübeck.

Después de unos tres años de correspondencia, Rosa llegó a Berlín en marzo de 1899 y pronto las comunicaciones por escrito fueron sustituidas

por una activa relación personal. Al principio residía en la sección estudiantil de Berlín pero enseguida, en el otoño de 1899, se mudó al barrio de Friedenau y alquiló un piso en la misma calle en la que vivíamos nosotros.

Apenas pasaba un día sin que no nos visitara en casa. Al principio, por supuesto, sus visitas eran únicamente para el camarada de partido, editor y teórico Kautsky, con quien le gustaba discutir incansablemente sobre todo. En cuanto a mí, resulté ser una enorme decepción para ella, acostumbrada como estaba al estilo de las estudiantes rusas. Más tarde me confesó entre carcajadas:

«¡La esposa de Karl Kautsky lleva delantal! ¡Qué sorpresa, qué terrible descubrimiento! Es una más de esas amas de casa alemanas de mente estrecha». O, según la terminología de Rosa de aquella época, «una gallina loca, una vaca».

Ese delantal no debía separarnos por mucho tiempo. Después de unas pocas semanas se había acostumbrado tanto a él como a su dueña y declaraba: «Todas mis necesidades están cubiertas en el hogar de los Kautsky».

Con el *pater familias* se enzarzaba en la política, conmigo con todo lo que hace la vida más hermosa, con los tres chiquillos en las travesuras más osadas y con nuestra fiel hada doméstica, Zenzi, se aventuraba incluso, con la ambición de una pequeña ama de casa, en los misterios de la cocina y, a veces, en tales ocasiones, no desdeñaba... un delantal.

Pues su versatilidad era casi tan sorprendente como lo era su elasticidad mental, su disposición para la charla ingeniosa y su capacidad de adaptarse inmediatamente a cualquier persona y a cualquier situación. Imaginemos que acabara de sumergirse en los problemas teóricos más complejos con Kautsky. A los dos segundos podía estar montando jaleo con los chicos como una colegiala juguetona o sentándose con nuestro hijo mediano y rivalizando con él en el dibujo (tenía un gran don para la pintura y el dibujo, del cual se pueden encontrar muchas pruebas en sus cartas). O aparecía por el departamento culinario y escuchaba, con la expresión más concentrada del mundo, las sabias máximas de Zenzi referentes al arte de la cocina, pronunciadas con el más cerrado acento suabo; de hecho, ella misma dejaba caer, con una vergüenza considerable, que los secretos de Lúculo no le eran

ajenos y peroraba con elocuencia sobre un legendario «asado de húsar» que sabía preparar mejor que nadie.

Las Navidades habrían sido impensables sin Rosa y era una delicia observar con qué celo y cariño jugaba con los niños, especialmente con el pequeño, Bendel, que entonces tendría unos seis años. Los juguetes que le traía siempre habían sido escogidos con sensatez y reflexión. Normalmente consistían en unos preciosos móviles, creados por la mente imaginativa de Arno Holz, que se vendían en la Postdamer Platz. En sus manos entraron en la Casa Kautsky la mulita que asentía y el temible cocodrilo. Pero su mayor éxito, y el más duradero, lo logró, no obstante, una carretilla que, cuando se deslizaba por un mueble en pendiente, en aceleración constante, acababa por tirar al suelo a sus pasajeros. Con las mejillas ardientes podía pasarse horas arrodillada con los chicos disfrutando de estos objetos maravillosos. Le costaba separarse de ellos cuando tenían que irse a la cama. Después se pasaba largo rato charlando conmigo y con Kautsky hasta que él también se retiraba. Entonces llegaba mi momento, pues yo la acompañaba a casa y recorríamos una distancia inconmensurable, pues nos llevábamos la una a la otra, repetidamente, hasta la puerta de cada casa. Cansada de la vida de pensión, había alquilado un piso propio en la calle Cranach, New Friedenau, a unos diez minutos de nuestra casa. Esos minutos se convertían en horas, pues las cosas que teníamos que contarnos no tenían límite. Además Rosa tenía la manía de olvidarse continuamente de su *«dricker»,* como llamaba ella a cualquier llave, y casi todas las noches teníamos que esperar delante de su casa a que el sereno nos abriera el portal. El incidente siempre era la ocasión de un regocijo irrefrenable. También era aficionada a dar rienda suelta a su ansia revolucionaria, cantando a pleno pulmón, en la quietud de la medianoche. Muchas veces fuimos seriamente reprendidas por los guardianes de la ley y el orden de Friedenau, que no eran capaces de apreciar el arte de las arias de *Fígaro,* de los *lieder* de Hugo Wolf o de *La Marsellesa* y *La Internacional*. En especial, un robusto sargento de policía llamado Maier, a quienes los jóvenes, para infinito placer de Rosa, apodaban sin respeto alguno el Brazo Gordo de la Ley, «la tenía tomada» con nosotras. Darle esquinazo era la mayor alegría terrenal de Rosa.

En dos fragmentos de sus cartas se refiere a estas escapadas nocturnas. Su arrebatado espíritu no conocía límites y parecía embriagarse con su propia jovialidad efervescente, que tenía un efecto contagioso. Durante esos

instantes, yo sentía instintivamente lo que, desde entonces, me ha quedado totalmente claro, es decir, que la suya era una naturaleza poética que se alimentaba de una fuente que era prácticamente inagotable. Por emplear sus propias palabras, parecía en aquellas ocasiones «como si hubiéramos bebido champán y la vida nos cosquilleara en las yemas de los dedos».

Así nuestra amistad se hizo aún más estrecha y, para todos nosotros, no menos para nuestros chicos, pronto se convirtió en la amiga indispensable, que tenía que participar en todo lo que afectara a nuestra casa, ya fueran días de alegría o de tristeza. Nunca faltaba a las veladas «caseras» de los domingos, cuando nos visitaban nuestros amigos fieles y, medio en serio medio en broma, decía que ella era «el suplemento dominical de *Die Neue Zeit*».

De buen grado y sin demasiadas alharacas, también se unía a nosotros cuando, como solía ocurrir, nos invitaban a cenar en casa de los Bebel. No le importaba en absoluto presentarse allí con un vestido sencillo, incluso aunque sospechara que se había preparado una reunión más formal. Le gustaba mucho ponerse un traje matutino de terciopelo verde olivo que yo le había regalado por su cumpleaños y del que le costaba tanto desprenderse que, a partir de entonces, le hice un regalo similar en todas las ocasiones festivas.

Sus relaciones con Bebel eran igualmente de lo más cordiales y le gustaba mucho hacerle bromas. Por ejemplo, durante la convención del partido en Lübeck, donde se mostró especialmente desbordante de genio, una mañana metió una tira de papel anónima en uno de sus zapatos, que había dejado junto a la puerta. En él había escrito las siguientes palabras: *«Aujust, Ick liebe Dir»*[2]. Él, por su parte, correspondía a este afecto y siempre disfrutaba de su humor relajado y de su talento para las respuestas ingeniosas y rápidas. Cuando a veces parecía que se había sobrepasado y se había mostrado especialmente mordiente y agresiva contra los «grandes cañones» reconocidos del partido, hasta el punto de que a los viejos miembros de partido les faltaban las expresiones lo bastante fuertes como para expresar su indignación ante su insolencia, Bebel simplemente decía, sonriendo indulgente: «Dejad en paz a mi Rosa. Tenemos mucha suerte de tener un lobo como ella en nuestro rebaño de corderos».

Cuando mi esposo y yo fuimos a París en la primavera de 1900, porque Kautsky tenía que seleccionar unos papeles que había dejado Marx en la

casa de su yerno Paul Lafargue, Rosa hizo de madre de nuestros chicos y los ayudó con los deberes escolares. Hay que admitir que, según los informes de ambas partes, fue una temporada bastante agitada y parece que los dos estudiantes de bachillerato, Felix y Karl, lograron doblegar a la intrépida luchadora, ¡un inusitado triunfo!

A este respecto me gustaría recordar un bonito episodio, puesto que me reveló un determinado rasgo humano y adorable de su carácter: Rosa estaba en aquella época en tratos íntimos con el meritorio escritor socialista, entonces editor de la *Leipziger Volkszeitung*, Bruno Schönlank, un hombre inteligente, padre de nuestro poeta Bruno Schönlank. Un día Rosa nos sorprendió con una invitación a cenar con él en las habitaciones que ella tenía entonces en la casa de una tal señora Klara Neufled, una mujer de Friedenau muy capaz a la que todos teníamos en alta estima. La invitación fue cursada con tal solemnidad que me vestí de noche para honrar a Rosa, aunque la madre de Karl declaró: «¿Por qué te tomas tantas molestias por Rosa?». Sin embargo, mi instinto no me había fallado. Cuando ella abrió la puerta y, echándome una mirada crítica y rápida, descubrió que llevaba traje de noche, se me colgó del cuello y declaró con una profunda gratitud y emoción: «Gracias por haberme tomado en serio».

La velada fue estimulante y armoniosa, Rosa se comportó como una encantadora ama de casa, que se tomaba muy en serio sus deberes de anfitriona y que, aun así, dominaba la conversación con su ingenio.

Gradualmente atrajo a su círculo a todos nuestros amigos que entonces vivían en Berlín: Adolf Warchawski y Julian Marschlewski, dos escritores socialistas polacos, ahora en el Partido Comunista ruso, formaban parte de nuestros invitados habituales, y cada vez que Leo Tyschko (Jogiches) se presentaba, como un meteorito, también teníamos el placer de acoger al tímido conspirador en nuestra casa.

Su relación con Jogiches era muy especial, pero no puedo decir que nunca haya hablado con ella acerca de esa relación. Es posible que lo que cimentara nuestra amistad, por encima de todo, fuera la circunstancia de que yo nunca le hacía preguntas, sino que dejaba que hiciera lo que quisiera, sin ni siquiera entrometerme en sus sentimientos o investigar sus idas y venidas. Pues, a pesar de su vivacidad, de su carácter comunicativo y su aparente franqueza, ella era, después de todo, una naturaleza reservada, taciturna, que quería vivir su vida por sí misma y que no la persiguieran con

una curiosidad molesta. Le gustaba correr un espeso velo de misterio en torno a sí, que debía protegerla de los ojos inquisitivos; y le era indispensable una pizca de romanticismo conspirador para que la vida no le pareciera demasiado aburrida y «pequeño burguesa». Por muy ansiosamente que tratara de conocer, e incluso lo exigiera, las emociones y las experiencias de sus amistades, acerca de las cuales, por cierto, era capaz de mantenerse en silencio con un modélico sentido de la discreción, igualmente era imposible para ella revelarse sin reservas. Recuerdo algunos momentos en los que supe que tenía conflictos complicados en el alma o en el corazón. En esos momentos, ella podía sentarse a mi lado durante mucho tiempo, con su mano entre la mía y, evidentemente, pugnando por encontrar las palabras con las que comunicarme su pena. Pero, normalmente, el resultado solía ser que ella pronunciaba unos sonidos quejosos, unas pocas frases inconexas. Después me decía con un encogimiento impotente de hombros: «No puedo». Colocaba su cabeza en mi hombro y se quedaba callada. En situaciones así, ella solamente anhelaba una comprensión silenciosa y una ternura empática. Estrechar su mano o acariciarla con cariño bastaba para restituirle la alegría y para devolverle su equilibrio habitual.

En relación a esto me gustaría decir algo en mi defensa y corregir una cosa: en la primavera de 1919 un miembro de la comisión belga en Berlín, el señor Maurice Berger, nos visitó para conocer a Kautsky, puesto que estaba escribiendo un libro sobre la «nueva» Alemania. En el curso de la conversación, se abordó también la actividad y la muerte de Rosa Luxemburgo. El señor Berger mostró un enorme interés por ella y expresó la intención de dedicarle un capítulo de su libro. Me pidió datos sobre ella, poniendo un acento especial en su vida privada y en las circunstancias que rodearon su muerte. Finalmente me convenció para que escribiera una descripción de su carácter y un bosquejo de su vida *como política,* aunque a la vez me negué categóricamente a darle cualquier otra información. Además, puse como condición expresa para proporcionarle esa información que el capítulo completo se sometiera a mi revisión, en su traducción francesa, antes de que se publicara.

Cuál fue mi sorpresa cuando, poco tiempo después, una copia encuadernada de un libro titulado *La Nouvelle Allemagne* llegó hasta mí desde Bruselas conteniendo, además de la sección por mí aprobada, varias

páginas procedentes de una fuente totalmente desconocida para mí, que ofrecía un informe detallado sobre los *«amours»* de Rosa y su muerte sensacionalista.

Protesté inmediatamente por carta y por telegrama contra este mal uso de mi nombre, pero no obtuve ninguna satisfacción posterior, más allá de que el autor se disculpó prolijamente, afirmando que, aunque los datos personales que añadía al final del bosquejo «habían sido proporcionados por otra fuente», los había de todos modos incorporado a mí artículo y los había publicado bajo mi nombre «por razones literarias y para redondear el retrato». Al mismo tiempo, me autorizaba a publicar esa explicación. Todo el incidente, que ocurrió durante unos días que ya en sí mismos estuvieron cargados de emociones, casi me hizo enfermar, pues temblaba ante la sola idea de que los camaradas franceses y belgas consideraran esa publicación como una indiscreción y, posiblemente incluso, como un intento sensacionalista, aunque nada había estado más lejos de mi pensamiento que eso. Pero no recibí ningún comentario desfavorable por su parte así que, poco a poco, me fui calmando, más aún porque debía reconocer, para crédito del señor Berger, que este había cumplido con su labor, no solamente con tacto y gusto literario, sino incluso con sentimientos y un corazón generoso, por lo que había conseguido presentar a Rosa bajo una luz muy amable ante el público extranjero.

Aunque Rosa ya había dado pruebas de sus inusitadas capacidades en todos los campos en los que había estado activa, empezaba a parecer que su mayor talento estaba en el educativo. Poseía todos los requisitos previos de una pedagoga; no solamente tenía talento y una educación completa, sino que también poseía la confianza en sí misma y la seguridad que un profesor necesita para impresionar a sus estudiantes. Enseñar le producía una inmensa satisfacción y, aunque en sus puestos anteriores, como editora de la *Volkszeitung* de Dresde o de *Vorwärts* de Berlín, etc., no había mostrado una especial querencia por quedarse, la profesión de la enseñanza parecía fascinarle permanentemente y su entusiasmo parecía renovarse con cada semestre en sucesión. Entonces estalló la guerra y con ella su actividad se interrumpió abruptamente. La escuela dejó de existir y Rosa se enfrentó a nuevos problemas.

El estallido de la guerra fue terrible para ella. Aún más terrible le pareció la actitud de la socialdemocracia alemana; de hecho, como ella

misma admitió, estuvo al borde de la locura y casi a punto de suicidarse. La aprobación de los bonos de guerra por parte de los socialdemócratas fue la señal para separarse, de una vez por todas, de sus antiguos camaradas, de quienes se sentía ya alejada desde hacía mucho tiempo. Junto a una pequeña banda de seguidores que pensaban como ella inició un trabajo clandestino de propaganda entre los trabajadores alemanes, que encontró su expresión en las llamadas *Cartas espartaquistas* que, por supuesto, había que publicar en secreto debido a la censura militar. Además de contener propaganda en contra de la guerra, sus páginas estaban llenas principalmente de la crítica más mordaz hacia el ala derecha y centrista del partido socialdemócrata. Por cientos de canales, las *Cartas espartaquistas* se abrían camino en las fábricas, los talleres, el ejército en la reserva e incluso llegaban hasta el frente.

Rosa pudo llevar a cabo esta propaganda clandestina únicamente unos pocos meses, hasta que la «mano de la justicia» cayó sobre ella. Fue detenida y condenada a un año de cárcel por un discurso que había pronunciado antes de la guerra, el 25 de septiembre de 1913, cerca de Frankfurt, sobre «La situación política y económica y la tarea del proletariado». Su discurso ante el tribunal, con ocasión de su juicio el 20 de febrero de 1915, en defensa de su acción, se ha hecho muy famoso y se ha reproducido impreso. Pasó un año entero en una cárcel de mujeres del noreste de Berlín. Eso no impidió, no obstante, que continuara con sus actividades con un valor impávido y que le hablara al mundo exterior, con la ayuda de amistades y camaradas de su misma opinión, que se dedicaron a sacar de contrabando, no solamente las *Cartas espartaquistas* sino también el famoso «Panfleto Junius». Ese panfleto, escrito en la cárcel en abril de 1915 y distribuido en secreto, logró un éxito sin precedentes entre todas las personas que se oponían a la guerra en Alemania y, en la medida en que pudo cruzar la frontera, también en el extranjero. La riqueza de sus ideas, la audacia de su discurso, la belleza de su dicción y el contenido verdaderamente revolucionario caracteriza esta obra como uno de los documentos más significativos contra el crimen de la guerra.

En cuanto salió de su celda, en febrero de 1916, se sumergió de nuevo en el torbellino de los acontecimientos. Por encima de todo, buscaba el contacto con los elementos «de izquierdas» del partido, especialmente con Karl Liebknecht, con quien había intimado mucho después de haberse

separado de Karl Kautsky. Liebknecht se encontraba en aquel momento en Berlín, de permiso. Al igual que Rosa, había sufrido terriblemente bajo el estallido de la guerra y había sido el único miembro del parlamento que había votado en contra de emitir bonos de guerra cuando el gobierno los exigió por segunda vez. Desde ese momento, Rosa se sintió completamente de acuerdo con él. Junto con Liebknecht, planeó una audaz acción pública, pues la lentitud de la propaganda clandestina, cuyos resultados no se transparentaban rápidamente, ponía a prueba la paciencia de estos dos espíritus indómitos hasta un punto insoportable. Decidieron gritar, de manera pública y estentórea, a un mundo paralizado por el miedo y el terror, lo que hasta ahora solamente se habían atrevido a decir secreta y subrepticiamente a las masas de trabajadores. No importaba lo graves que pudieran ser las consecuencias personales para ellos. Esperaban, mediante un sacrificio, agitar los espíritus aletargados o al menos lanzar un *mene tekel*[3] a los poderes gobernantes.

Convocaron a todos sus seguidores en la bulliciosa Postdamen Platz el 1 de mayo de 1916. Era entonces imposible organizar una celebración del primero de mayo a gran escala, puesto que la mayoría de los hombres estaban en el frente y el control militar era especialmente severo en esa época. No obstante, se reunió una multitud de fieles seguidores, de entre la cual Liebknecht emergió en la calle y, con una voz resonante, gritó: «¡Abajo la guerra!». Inmediatamente lo rodearon policías de uniforme y de paisano; Rosa y algunos de sus seguidores, que se aferraron a él, fueron apartados a un lado y a él lo arrastraron a la cárcel. Su valor, sin duda alguna, suscitó la admiración de todos los espíritus libres, pero fracasó a la hora de conseguir un resultado más ambicioso, que esperaba que fuera la consecuencia de su acción. Por extraño que parezca, a Rosa se le había permitido regresar a casa sin ser molestada y, durante cuatro meses más, permaneció en libertad. Ella empleó ese receso para hacer una incesante propaganda educativa. El 10 de julio de 1916, no obstante, fue conducida «bajo arresto preventivo», siguiendo órdenes militares; un arresto que en nada se distinguía de un encarcelamiento habitual.

Al principio la llevaron a la misma cárcel de la calle Barnim, al noreste de Berlín, en la que había estado anteriormente; poco después, sin embargo, la trasladaron a la ciudadela de Wronke, en la provincia de Posen y, medio año después, a la cárcel de Breslau.

Las cartas de ese periodo proporcionan un elocuente testimonio sobre cómo ella, la gran especialista en el arte de vivir, supo cómo convertir su vida, incluso en ese lugar de encierro estricto, en una vida razonablemente humana, sí, e incluso extraer de una vida así más satisfacciones, por no decir una buena medida de felicidad, de lo que el resto de nosotros conseguía obtener de nuestra vida en libertad. Esas cartas nos dan la mejor idea de la riqueza de su espíritu y la grandeza de su alma. Si es cierto que, mediante nuestras cartas y regalos, tratábamos de aliviarle la soledad y de dar vida a la monotonía de la celda, es cierto también que, desde su soledad, sus cartas aportaban luz, color y alegría a nuestras almas confusas. Sus cartas desde la cárcel nos revelan su más hermosa faceta humana. Cada una de ellas muestra cómo una mente poderosa puede triunfar sobre todas las adversidades exteriores, cómo un alma noble se puede elevar por encima incluso de los horrores de la encarcelación. Cada vez que su salud amenazaba con rendirse bajo la agotadora monotonía de su largo encierro, cada vez que su intenso temperamento era detenido por los barrotes de su estrecha celda, una y otra vez sus estudios y su labor, así como su superioridad mental, formaban el remedio mágico que la sostenía y la permitía sufrir con paciencia. ¡Y sin duda era necesaria una paciencia infinita! El grandioso drama de la Revolución rusa de octubre de 1917, la toma de poder por parte de los bolcheviques rusos, muchos de los cuales habían sido antaño compañeros de lucha, esos acontecimientos que, a medida que le llegaban, hacían que cada fibra de su ser temblara y que se le despertara el anhelo de participar activamente en ellos, todo esto tuvo que dejarlo pasar, condenada como estaba a permanecer inactiva y a jugar el papel de una espectadora impotente. ¡Quién pudiera calibrar adecuadamente la magnitud de su dolor, el sufrimiento de su impaciencia, la angustia de la pasividad forzosa! ¡Quién pudiera sentir adecuadamente las emociones que sacudían su frágil cuerpo! Y, aun así, ¡ni una palabra de queja, ni un lamento! Con perfecta compostura, orgullosa e incluso estoicamente, aceptó el duro destino que le había correspondido hasta que, por fin, llegó también para ella la hora de la liberación.

El ejército alemán había sido derrotado. Su ensalzado líder, Ludendorff, había emprendido una vergonzosa huida, mientras que el emperador en persona se había retirado del escenario mundial de una manera no menos despreciable. Durante los primeros días del mes de noviembre de 1918,

primero los marineros de Kiel y después los soldados en Berlín se habían negado a servir, habían confraternizado con el pueblo y habían terminado de un golpe con la dictadura militar. Las cárceles se abrieron inmediatamente y los presos políticos fueron liberados. Liebknecht fue puesto en libertad y recibido en triunfo y, poco después, Rosa también apareció en Berlín, después de haberse dirigido a las masas en la plaza de la Catedral de Breslau, inmediatamente después de su liberación. No se le concedió ni un segundo de reflexión tranquila. Aunque aún estaba débil y lánguida como resultado de su largo encierro; aunque aún no se había acostumbrado al bullicio de la vida después de la quietud de su celda, la gigantesca ola de acontecimientos la condujo justo al centro del huracán de la vida, donde no se le concedió ni un momento para pensar o ni siquiera para dudar y en el medio del cual tuvo que ponerse a luchar, no fuera que las olas de la contrarrevolución, que se alzaban amenazadoramente, la engulleran.

Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht eran aún miembros del Partido Socialista Independiente, que se había desgajado del viejo Partido Social Demócrata por la cuestión bélica. Pero el abismo que en los últimos años había empezado a separar a la mayoría del partido y al grupo espartaquista se hacía cada vez más ancho y todos los intentos por parte de Hugo Haase, líder de los independientes, y de sus seguidores para puentear el abismo estaban destinados al fracaso, debido a la obstinación de los espartaquistas. Así ocurrió que, en la convención del partido en Berlín, a mediados de diciembre, había profundas diferencias entre ambas facciones y que a finales de diciembre se produjo la ruptura definitiva. El grupo hasta entonces conocido como Espartaquistas se refundó como el Partido Comunista y decidió publicar su propio órgano, *Die Rote Fahne,* que iba a ocupar el lugar que hasta el momento llenaban las *Cartas espartaquistas*.

Aunque en la cabecera del nuevo órgano figuraban los nombres de Rosa y Karl Liebknecht como fundadores, pronto se hizo evidente que Rosa, desde el inicio, sostenía ideas contrarias a las de la mayoría de sus seguidores y colegas. Como el aprendiz de brujo de Goethe, había conjurado demasiados espíritus a los que ya no era capaz de dominar y que, siguiendo sus propias ideas, iban mucho más lejos de lo que Rosa habría identificado como un objetivo que se pudiera alcanzar inmediatamente.

Así, por ejemplo, ella difería de la mayor parte de los miembros de su partido sobre la importante cuestión de si participar o no en las próximas elecciones para la Asamblea Constituyente. Rosa consideraba que la participación era esencial y la exigía categóricamente. Pero su defensa le trajo su primera derrota en el congreso de organización de los comunistas y tuvo que admitir que su impotencia ante los camaradas que corrían ciegamente hacia adelante. Tuvo que dejar que ocurrieran muchas cosas con las que no siempre estaba de acuerdo. A partir de un levantamiento revolucionario contra el estado militarizado se había desarrollado, debido a estas diferencias en el seno del proletariado y entre sus líderes, la más sangrienta de las guerras civiles. La burguesía se afanaba en restablecer el espíritu del viejo sistema bajo el eslogan: «Paz, orden y seguridad», que en el fondo quería decir la dominación de los trabajadores por el capitalismo. Los comunistas estaban decididos a «sacar adelante la revolución» a cualquier precio. Y los socialistas moderados, del ala derecha, temiendo una catástrofe económica en Alemania si la revolución triunfaba, consideraban que los extremistas dentro de los elementos radicales constituían el peligro más grande. Usaban el aparato militar, tal como seguía en activo, con la idea errónea de que podrían controlarlo y emplearlo para aplastar a la extrema izquierda, a la cabeza de la cual se encontraban Rosa y Karl Liebknecht. El ejército estaba bajo el mando de Gustav Noske y de su escalafón de viejos generales. Durante semanas se produjeron escaramuzas bastante duras y no pasó mucho tiempo antes de que se desencadenara una catástrofe definitiva. En las calles de todo el país había enfrentamientos sanguinarios cada día y la información de lo que ocurría en un viejo barrio de la ciudad llegaba, entre exageraciones y aspavientos, a los otros sectores. La furia de la soldadesca desnortada se centraba principalmente en Rosa, Liebknecht y sus seguidores, en quienes veían a los instigadores de los ataques diarios y recurrentes que sufrían las tropas. Así que trataban por todos los medios de atraparlos y ambos se veían obligados constantemente a huir, forzados constantemente a esconderse. No podían ir a sus casas bajo pena de caer en manos de sus captores militares. Durante varias semanas consiguieron mantenerse ocultos. Pero, ya fuera porque su éxito hasta ese momento les había hecho audaces o porque se cansaron de estar permanentemente perseguidos, relajaron mucho sus precauciones en su último refugio, en la parte occidental de Berlín. Se instalaron abiertamente

en la moderna casa de unos amigos y pronto el resto de los inquilinos burgueses se percató de la compañía no deseada que vivía bajo su propio techo.

No pasó mucho tiempo antes de que alguien los delatara. Los militares rápidamente se arrojaron sobre sus víctimas. Fuertemente custodiados, se les trasladó a ambos al hotel Eden, donde la Brigada Reinhard tenía su cuartel.

No puede suponerse que Rosa tuviera la menor idea de lo que la esperaba. Aunque sin duda estaba familiarizada con el pensamiento de la muerte, que la amenazaba diariamente en una pelea abierta en las calles o por una bala traicionera, aun así parece que creía que esta última detención meramente consistiría, como tantas otras veces, en que la conducirían a la cárcel, donde durante un tiempo no podría hacer daño. La prueba de ello es que cuando los soldados la detuvieron, se llevó consigo un bolso con libros y ropa. Con su mejor humor se despidió de sus anfitriones, con el mejor humor emprendió el viaje que iba a ser el último de su vida.

En cuanto a lo que hablaron los oficiales de la Brigada Reinhard con Rosa y lo que negociaron con ella, los hechos nunca se han sabido con certeza. A juzgar por los acontecimientos posteriores, se puede deducir que esos «caballeros» amontonaron insultos denigrantes sobre la mujer delicada e indefensa, con la intención de descargar su ira sobre su odiada adversaria y de hacerle sentir su poder. Pero, incluso aunque hubieran mantenido la apariencia de un procedimiento legal, el hecho es que esos asesinos parecían haber decidido de antemano que Rosa no saldría con vida del edificio. Ya habían localizado a las marionetas que deseaban ardientemente llevar a cabo el acto bestial. En cuanto salió del edificio y pisó la calle, un oficial sin destino llamado Runge la golpeó y derribó con la culata de su fusil, haciéndole caer al suelo con un desmayo. Después la recogieron y la metieron en un automóvil que estaba esperando y, como diera señales de seguir con vida, uno de los «héroes» presentes le descerrajó una bala en la cabeza. Runge, el asesino a sueldo, que más tarde se pelearía con sus antiguos patronos, describiría después ante los tribunales la escena repugnante con todos sus detalles horrendos. No obstante, quedan aún muchas cosas sin explicar en este drama.

Los valientes oficiales, sin embargo, no estaban aún completamente satisfechos con su hazaña. Tenían miedo de Rosa incluso muerta y temían

su influencia sobre las masas proletarias. El problema para ellos era, por lo tanto, deshacerse del cadáver e inventar una historia sobre su resistencia y su huida para engañar a la opinión pública y para desviar de sí mismos la furia y la venganza de las masas enfurecidas. Como suele ser característico en los asesinos, añadían la cobardía a su bestialidad y no se atrevían a defender lo que habían hecho. El cadáver desapareció y quienes habían participado en el cobarde asesinato no contaban sino mentiras fantasiosas. Según una de estas versiones, a Rosa la habrían sacado a la fuerza del automóvil y la habrían linchado; según otra, sus asesinos se habrían llevado y escondido el cuerpo sin vida de Rosa. Hubo personas que afirmaban haber visto cómo arrojaban su cuerpo al agua. Durante meses no supimos los detalles de todo el asunto y ya las masas proletarias empezaban a tejer leyendas sobre la memoria de su mártir. Y tampoco cejó la esperanza de que, algún buen día, ella pudiera presentarse inesperadamente y caminar de nuevo ante ellos como su líder.

Este estado de incertidumbre continuó hasta que, varios meses más tarde, el cadáver desfigurado de Rosa se encontró flotando en el agua y todas las dudas se silenciaron ante la horripilante realidad. En cuanto a cómo murió, probablemente nunca lo sabremos con una certeza absoluta. Que ella era intrépida y valiente y que se enfrentaba a la muerte tranquila lo prueban claramente las cartas que escribió poco antes de su fallecimiento. Que se enfrentó a la muerte conscientemente, al servicio de una causa que para ella era sagrada, lo prueba el hecho de que se quedara en Berlín y que nunca pensara en huir al extranjero.

Para nosotros, que la sobrevivimos, es terrible el pensamiento de que lo último que vieron sus ojos fueran las caras brutalizadas de asesinos mercenarios y que ella, que creía tan firmemente en la bondad que hay en cada ser humano y que se enfrentaba a la muerte luchando por su fe, se hubiera visto en sus últimas horas rodeada por esos desechos humanos. Pero, aunque las circunstancias que rodearon su muerte ayudaron a intensificar el dolor de su pérdida entre sus amigos, ninguno de ellos se negó a sí mismo que esta muerte sacrificial, a pesar de su carácter repugnante, constituía un adecuado y solemne final a una vida rica en sacrificios.

«Consagrada dentro del gran corazón de la clase obrera», el recuerdo de Rosa Luxemburgo seguirá vivo entre los millones de oprimidos y

desposeídos de todo el mundo, por los que luchó, sufrió y vivió. Y el nombre de Rosa Luxemburgo seguirá grabado sobre las audaces tablas de la historia donde se recogen los héroes de la humanidad.

[1] Las dos cartas a las que hace referencia son la 78 y la 93 de la presente edición. La segunda, no obstante, lleva fecha del 19 de diciembre, no del 16 como apunta Luise Kautsky.

[2] «August, te amo», en dialecto berlinés.

[3] Expresión que advierte de una desgracia inminente y que procede del pasaje bíblico del Libro de Daniel, en el que se relata la caída de Babilonia bajo los persas.

A la redacción de la *Neue Zeit* (1896-1899)

1

Zúrich, 5-3-1896

Muy señores míos: Adjunto envío a ustedes un extenso artículo[1] referente a las tendencias nacionalistas en el movimiento socialista polaco. El asunto –como confío que reconocerán ustedes cuando lo lean– es de absoluta actualidad. El cambio de frente político de los socialistas polacos en Alemania y en Austria, preparado desde hace tiempo, puede acarrear, a mi ver, entre otras consecuencias inmediatas, la escisión del partido de Galitzia dentro de la socialdemocracia, como ya ocurrió en Alemania. Ya hoy ha provocado un acuerdo muy importante, prácticamente del partido de Galitzia con relación al próximo Primero de Mayo. Todo esto da un carácter puramente práctico al esclarecimiento crítico de la cuestión. Y sobre todo, el alcance de esta rebasa con mucho las fronteras del movimiento polaco, pues –aparte de la importancia directa de este movimiento para los camaradas alemanes y austriacos– la tendencia nacionalista entre los socialistas polacos cuenta principalmente con las simpatías de la democracia socialista de Alemania que le acusa, y por ello trata de adoptar cierto carácter marxista; aquellos se esfuerzan también por su parte en conquistar las simpatías de los socialistas de la Europa occidental, por medio de una hoja especial, el *Bulletin officiel du parti soc. pol.*, que se publica en Londres.

Pero hay otro hecho que da a esta cuestión una gran actualidad, es el que los representantes de la tendencia nacional-socialista (como ellos mismos se llaman en el diario germanista *Le Parti Ouvrier*) tienen el proyecto de someter al Congreso Internacional de Londres una proposición en que se sanciona la reconstitución del Estado polaco como reivindicación política del proletariado, preparando así el terreno para que sea aceptada esta reivindicación en el programa práctico de los partidos polacos.

Caso de que ustedes decidieran publicar mi artículo, convendría, para que tuviera más eficacia, publicarlo cuanto antes, teniendo en cuenta sobre

todo la inminencia del Congreso de la socialdemocracia austriaca, que se ocupará de la cuestión del Primero de Mayo, así como de otros temas abordados en mi artículo.

Muy suya afma. s. s.,

Rosa Luxemburgo.

Siendo para mí el alemán una lengua extranjera, es muy probable que se haya deslizado en mi artículo alguna que otra expresión incorrecta. Me permito, por tanto, rogarles que tengan la bondad de corregir el original en este respecto, si lo estiman necesario.

Mis señas son: Srta. Luxemburgo, Universitätsstrasse, 77.

2

Zúrich, 30-3-1896

A la redacción de la *Neue Zeit*

Muy señores míos: Ayer recibí su estimada carta de 28 corriente, y he aguardado hasta hoy el envío del original cuya devolución me anunciaban; hasta ahora, todavía no me ha sido entregado. Accedo, desde luego, aun sintiéndolo mucho, a reducir mi artículo en la forma que ustedes me piden. Pero, no basta con introducir unos cuantos cortes. El artículo constituye un todo orgánico y no tengo más remedio que llenar de algún modo las lagunas que forzosamente producirá la supresión de las partes II y III, por lo menos, para que el lector no se asombre viéndome tratar de la aplicación de un programa sin haber dicho una palabra acerca de sus fundamentos, tanto más cuanto que su propia realizabilidad está estrechamente relacionada con el modo de concebirlo; y si he tratado tan a la ligera la cuestión de la posibilidad, es sencillamente por entender que, para un marxista, el exponer los fundamentos equivale ya a resolver a medias este problema. El restablecer la ilación de ideas del artículo será probablemente obra de algunos días. En cuanto a las demás supresiones que ustedes creen también indispensables, las dejo de su cuenta, porque no conozco con certeza sus opiniones personales. En realidad, yo no había contado con más de 21 páginas de la *Neue Zeit* y no hubiera reclamado más espacio para mi artículo, según las confrontaciones que hube de hacer entre mi letra y la impresión de la revista.

Por lo que concierne a sus observaciones acerca de la parte polémica del artículo, me permito observar en mi descargo, que esta impresión de polémica no se desprende tanto de la crítica que hago en los capítulos II y III como de la exposición de la tesis criticada, que por la misma simpleza de la argumentación provoca una impresión de polémica. Por otra parte, esta no tiene nada realmente de ataque personal, y sólo se atiene a las ideas. Sin embargo, me he creído obligada, al criticar una opinión, a examinar sus propios argumentos, pues sin esto la crítica resultaría forzosamente incompleta. Además, la tesis analizada en los capítulos II y III es, en efecto, la de todos los partidarios de la tendencia socialpatriótica; tal como se ha manifestado en la prensa alemana y en la francesa (véanse *Handbuch des Socialismus, Le Socialiste*) sin despertar crítica alguna.

El interés que ofrece la publicación de este artículo, en especial para el movimiento *polaco,* estriba precisamente en la crítica de esta argumentación tan difusa, cuya endeblez es necesario poner de manifiesto de una vez en las columnas de la *Neue Zeit.*

En fin, hubiera deseado, pensando en el debate a que podría dar lugar mi escrito, empezar descartando los argumentos de importancia secundaria para el gran público alemán, para centrar inmediatamente la discusión en los aspectos más serios y fundamentales del problema.

A pesar de todo, espero a recibir el original para introducir en él las supresiones que desean, pues no tengo a mano otra copia completa.

Muy suya afma. s. s.,

R. Luxemburgo.

3
A la redacción de la *Neue Zeit*

Muy señores míos: Hasta hoy, martes, no he recibido el original, en el que he suprimido cuanto ustedes me indicaban y algo más, directamente relacionado con esas otras supresiones. Dado el espacio que me conceden, he tenido que renunciar a llenar, ni siquiera de un modo incompleto, las lagunas de esto resultantes, limitándome a indicar brevemente la transición del capítulo I al II, así como la actitud positiva adoptada al final del artículo, suprimida en su totalidad. El artículo queda reducido, con esto, a

31 cuartillas y media (entre las 33 numeradas van algunas incompletas), y creo que ya no puede suprimirse nada más.

Releyendo el original, me doy cuenta de que me había olvidado de firmarlo. Lo que hago ahora, porque claro está que semejante artículo no debe publicarse anónimo.

Otro ruego. Ignoro si tienen ustedes el propósito de publicar en la *Neue Zeit* la declaración que me hicieron en su estimada del 28 del corriente, es decir, que no están totalmente de acuerdo con mi artículo. Una *nota de la redacción* concebida en *esos términos generales,* podría menoscabar considerablemente el alcance del artículo. Les agradecería, por tanto, que, en su caso, concretasen ustedes un poco el sentido de la nota, ya que ello me permitiría, si ese caso llega, saber a qué atenerme a este respecto durante la discusión que se entable.

Muy suya afma. s. s.,

R. Luxemburgo.
Zúrich, 31-3-1896.
Universitätsstrasse, 77.

4
A la redacción de la *Neue Zeit*

Muy señores míos: Me permito enviarles adjunto un articulito acerca de la proposición social patriótica que ha de someterse al Congreso de Londres[2]. Esta proposición (como puede verse en la *Critica Sociale,* n.º 10, y como me lo han comunicado, entre otros, los camaradas franceses) ha sido enviada a todos los partidos para su votación. El análisis de este asunto inspirará, pues, cierto interés a muchos de nuestros partidarios. Caso de que creyeran ustedes poder utilizar mi pequeño artículo y se decidieran a aceptarlo para la *Neue Zeit,* sería muy de desear que apareciera lo antes posible. Algunos partidos, como los de Italia, han abordado ya el examen de la cuestión; los demás van a hacerlo en breve. Por otra parte, la discusión entablada entre el profesor Labriola y Turati, quien aludió ya a la *Neue Zeit,* va a proseguirse seguramente en el próximo número de la *Critica Sociale.* La publicación del adjunto artículo podría tener acaso algún interés en relación con esa polémica.

El debate que esperaba surgiese a propósito de mi primer artículo publicado en la *Neue Zeit* me parece actualmente algo problemático. A juzgar por la contestación adjunta que me ha dedicado el partido de Galitzia en su órgano central de Cracovia, es posible que mis adversarios no reaccionen. Esperar a su réplica supondría quizá bastante tiempo. Y aunque, en el mejor de los casos, pudiera publicarse en el próximo número de la *Neue Zeit,* podría muy bien ocurrir que la discusión, que más bien tendría que versar sobre pormenores de la Polonia alemana y austriaca, demorase, hasta que hubiese perdido ya todo interés, la publicación de esta crítica del acuerdo tomado con vistas al Congreso y que interesa a un mayor sector de militantes. Por el contrario, si se publica antes de esa probable discusión, el artículo tendría esta ventajosa consecuencia: que la respuesta de mis adversarios reaccionase al mismo tiempo sobre este asunto, cobrando con ello una mayor amplitud de horizontes.

Les quedaría infinitamente agradecida si tuviesen a bien informarme cuanto antes de la suerte de mi artículo. De este modo, sabré lo que debo contestar a los camaradas franceses que han solicitado de los de París informes acerca de la cuestión polaca, y a quienes podría, en su caso, remitir a la *Neue Zeit.*

Muy suya afma. s. s.,
Luxemburgo.
Zúrich, 24-5-1896.
Universitätsstrasse, 77.

P. S. La resolución socialpatriótica que critico en el artículo ha sido publicada, además de en *Critica Sociale y Parti Ouvrier,* en el *Nowy Robotnik,* de Lemberg, así como también en el *Vorwaerts,* de Berlín –en este último como parte integrante de la memoria de la conferencia de Londres convocada por los polacos en 1 de febrero, como acuerdo propuesto a la misma.

Anejo a la carta del 24 de mayo de 1896,
«Napzrod» («Adelante»), num. 20, 14 de mayo de 1896.

La Srta. Rosa Luxemburgo, una mujer histérica y quisquillosa, ha publicado en la *Neue Zeit* un artículo en el que pretende acusar a los socialistas polacos de un delito abominable. Intenta probar, en efecto, que somos unos ardientes patriotas, pero no precisamente por nuestro «amor personal (!) hacia la patria» (como parece ocurrir en la Europa occidental), sino porque

ambicionamos la reconstitución de Polonia. A la señorita Rosa Luxemburgo, a quien en Polonia no sigue nadie que tenga el corazón y la cabeza en su sitio, no le place evidentemente nuestro patriotismo, pero su opinión nos tiene sin cuidado. Nos consuela la idea de que los socialistas más dignos de la «Europa occidental» comprenden claramente nuestro patriotismo y favorecen nuestros esfuerzos. La burguesía polaca, aconsejada por un instinto político suspicaz, califica de «cosmopolitas» nuestros esfuerzos; a la Srta. Rosa con algunos «rusos» de Berditchev[3] nuestro patriotismo polaco le produce convulsiones histéricas. No intentamos ponernos de acuerdo con ninguno de los dos partidos, sino que continuaremos firmes en nuestro puesto. Lo único que lamentamos es que una revista alemana tan seria se deje llevar a remolque de la señorita Rosa, que engaña a los suizos dándoles a entender que ella no representa a nada ni a nadie en Polonia. El socialismo polaco no está todavía lo bastante degradado para que la Srta. Rosa, del brazo de los «rusos» de Berditchev, se arrogue el derecho de hablar en su nombre.

5
(Sin fecha. Por su tenor, de junio de 1896)
A la redacción de la *Neue Zeit*

Muy señores míos: Recibí su carta el viernes y el original el sábado por la mañana; hoy, domingo, se lo devuelvo[4].

La polémica de la *Neue Zeit* me ha puesto en el trance de acometer dos trabajos: o poner en claro el aspecto *práctico* del movimiento socialpatriótico polaco, o ilustrar un aspecto *teórico;* y aportar, por mi cuenta y con los medios de que dispongo, materiales para la solución del problema polaco.

La supresión de la parte doctrinal de mi primer artículo, así como la réplica de Häcker, han llevado la discusión a un terreno de minucias de orden exclusivamente práctico. Sin culpa alguna mía, y bien contra mi voluntad, me he visto obligada, para defenderme –dado el poco espacio que ustedes me han concedido–, a no tratar más que el aspecto *práctico* de la cuestión. Las frases molestas de mi contestación van exclusivamente contra las consecuencias de *principio* de mis adversarios, nunca contra sus personas, muy al contrario de Häcker, que en su réplica me zahiere. Tampoco he sacado a relucir, en las páginas de la *Neue Zeit,* las interioridades del movimiento polaco (en mi primer artículo no dije una sola palabra acerca de esto). Por el contrario, me sorprendió mucho ver tratado este aspecto de la cuestión en la réplica de Häcker.

Creo, pues, que me acusan ustedes injustamente de todas estas consecuencias de la discusión.

Mi respuesta, según hube de redactarla en un principio, no ofrece, en mi sentir, y por la forma en que se desarrolla, interés alguno para el público alemán, ya que no se contiene en ella nada serio, ni en el aspecto práctico ni en el teórico. Para corresponder al deseo de ustedes y dar a mi réplica un interés general e internacional, reduje a cuatro páginas de la *Neue Zeit* un trabajo de mayor extensión que precisamente acabo de escribir con destino a una revista francesa –la contestación a Häcker se reducía a *una sola* página, y mi réplica personal, a una notita de pie de página– limitándome a reproducir de mi artículo anterior las páginas relativas al consabido acuerdo. He refundido este artículo en su forma actual numerando las páginas con tinta roja; siempre resultará más breve que la réplica de Häcker.

Supongo que, en su actual versión, el artículo será de su agrado y que ustedes no me regatearán en la revista una o dos páginas más de las que me tenían reservadas. En otro caso, les ruego supriman, sencillamente, las dos primeras páginas enderezadas contra Häcker; publiquen el artículo poniéndole por título: «A propósito de la cuestión polaca», con un subtítulo entre paréntesis que diga: «A modo de respuesta», y suprimiendo, si es preciso, todas las apostillas marginales con los datos estadísticos. La nota que contiene mi respuesta personal, les agradecería que la insertaran en lugar oportuno.

He escrito apresuradamente este artículo y es posible que el alemán no sea del todo correcto. Les ruego, pues, que se sirvan encargarse de corregirlo, a cuenta, si es preciso, de mis derechos de autor.

Adjunto, por si acaso, el primer artículo con las tachaduras hechas por ustedes; si, contra toda probabilidad, lo prefieren ustedes al actual, tendré, naturalmente, que resignarme, aunque lamentándolo mucho, a renunciar a mi réplica. Sea lo que fuere, pongo ambos artículos a su entera disposición, dejándoles en absoluta libertad para introducir en ellos todas las supresiones y todos los arreglos que juzguen necesarios.

Esperando una pronta respuesta, queda muy suya afma., s. s.,

R. Luxemburgo.

P. S. Si aceptan ustedes mi artículo en su forma actual, les ruego se tomen la molestia de borrar en la página 3 (paginación roja) la primera frase (que va entre paréntesis rojos), sustituyéndola por el párrafo escrito al margen en una tira de papel, y de tachar la penúltima frase de la página 6

(roja), también entre paréntesis rojos. Mañana les remitiré las indicaciones de páginas de las obras citadas que faltan en mi nota, página 8. En este momento no las tengo a mano y tomo las citas de mi carné de notas. Les agradecería vivamente que me enviaran pruebas.

6

Weggis (alrededores de Lucerna), «Zur Tanne», 10-9-1897

A la redacción de la *Neue Zeit*

Muy señores míos: Unas líneas para preguntarles si desearían publicar en su revista un articulillo acerca de la reciente visita del zar a Varsovia[5]. La prensa polaca y rusa, unánimemente, considera este acontecimiento como un hecho histórico de gran trascendencia: y lo es, en efecto, en su más alto grado, por superficialmente que se lo examine, si se lo pone en relación con el desarrollo que hasta aquí va tomando la ideología aristócrata polaca. Debo manifestar que mi objeto no va más allá de este tema. Analizado a la luz de la historia de las relaciones entre las clases sociales de la Polonia rusa, este artículo podría tener un interés mayor que el de la simple actualidad pasajera.

Esperando su amable respuesta, queda muy suya afma., s. s.,

R. Luxemburgo.

7

Weggis (alrededores de Lucerna), Zur Tanne», 7-10-1897

A la redacción de la *Neue Zeit*

Muy señores míos: Les remito, por este mismo correo, el original[6]. La fatalidad ha hecho que la forma en que he desarrollado el tema, preocupada por infundir al artículo un interés permanente, dé a este más extensión de la que al principio había calculado, aun eliminando la mayor parte de los datos reales.

Espero, sin embargo, que su situación no será obstáculo para que aparezca, a ser posible, en *un solo* cuaderno de la *Neue Zeit,* y me permito suplicarles especialmente, caso de que ustedes acepten mi artículo, que lo

publiquen, si ello es posible, *en un solo cuaderno,* pues lo considero *muy* conveniente en interés del propio artículo.

Queriendo evitar cuanto pudiera parecer polémica, no he tocado directamente las cuestiones litigiosas. Si ustedes desearan añadirle alguna nota de la redacción, les agradecería mucho que me dieran cuenta de ello.

Para terminar, quiero hacerles otro ruego, y es que tengan la amabilidad de suprimir en mi original, si hay lugar a ello, los «polonismos» que a menudo se me escapan, así como ordenar la publicación del artículo lo antes posible.

Muy suya afma., s. s.,

R. Luxemburgo.

8

Weggis, 11-10-1897

A la redacción de la *Neue Zeit*

Muy señores míos: Siento mucho tener que molestarles con una carta, en un momento en que se hallan ustedes tan ocupados. Tengo, no obstante, que tomarme la libertad de rogarles con insistencia que tengan a bien renunciar a poner, como acaso ustedes se proponen, una nota de la redacción al pie de mi artículo. Una nota suya sería, sin duda, un nuevo golpe asestado al ideario que sustento, y me pondría, en interés del partido, en el trance de tener que abrazar, volviendo sobre lo pasado, la defensa a que renuncié después de su «Finis Poloniae?»[7] –entendiendo que al público no le interesaría mayormente una nueva discusión–, y lo haría, naturalmente, con gusto. Estoy convencida de que ustedes tendrán en cuenta los intereses de nuestra causa y no querrán crearme un conflicto sin darle al propio tiempo la seguridad de poderlo afrontar. Ignoro, claro está, si actualmente sería posible reanudar la discusión en la *Neue Zeit.* En caso contrario, debo reiterar, caso de que fuese necesario, con insistencia, mi ruego de que publiquen el artículo sin nota alguna de la redacción –mis adversarios han podido exponer sus argumentos desde el *Vorwaerts* sin que la redacción hiciese reserva alguna–, y en cuanto a la actitud personal de ustedes después del «Finis Poloniae?», no hay ya lugar a dudas.

Muchas gracias por publicar pronto el artículo. Muy suya afma. y devota,

Rosa Luxemburgo.

9

(Berlín) NW. Kuxhavener Strasse, 2. 2-3-1899

Muy estimado camarada: Deseo –a fin de no robarle demasiado tiempo– dirigirle por este conducto un pequeño ruego.

En el último número de los *Sozialistische Monatshefte* se ha publicado una crítica que firma la señora Daszynska de mi obra *El desarrollo industrial de Polonia*[8], y la redacción insiste en que yo redacte una réplica. Como no me siento con humor de escribir en los *Soz. Monatshefte,* me sería muy grato publicar en la *Neue Zeit,* por poco espacio que usted tuviera la amabilidad de concederme, una nota de unas 20 o 30 líneas; no tengo el propósito de contestar más extensamente.

En espera de su amable contestación y con afectuosos saludos para usted y su respetable familia,

Rosa Luxemburgo.

10

NW. Kuxhavener Strasse, 2. 4-3-1899

Muy estimado camarada: Agradezco cordialmente la amable acogida dispensada por usted a mi solicitud, así como su afectuosa invitación. Uno de estos días me permitiré ir a verle y llevaré la nota; aprovechando la ocasión, acaso pueda darle noticias interesantes respecto al asunto Mehring-Schönlank, que también a mi me interesa mucho.

Entretanto, con afectuosos saludos para usted y su familia, queda suya,

Rosa Luxemburgo.

11

Zúrich (Schlössli am Zürichberg), 3-7-1899

Querida camarada: Muchas gracias por los impresos que me devuelve. La noticia de su feliz regreso y de las buenas impresiones que se ha llevado consigo, me han alegrado sinceramente. El camarada Kautsky se tenía realmente ganadas sus vacaciones; solamente la *Cuestión agraria* representa un trabajo gigantesco, al cual hay que añadir los debates contra la «bernsteineria». Bernstein se equivocaba al quejarse de los «rusos»; ahora resulta que es precisamente de Rusia de donde le llegan toda suerte de amigos y partidarios. Schönlank acaba de lanzar sobre mí de un golpe a dos rusos exterminadores –alias «continuadores» del marxismo: un tal Slonimski, que hace la mar de tiempo que vive en Rusia de buscar contradicciones entre el tercer y el primer tomo del *Capital,* y un señor Simkhowitch, horriblemente docto, que en los *Jahrbücher* de Conrad, acaba de deshacer, enterrar, rezar un responso, llorar y «superar» a Marx. ¡Y que yo, «polaca libre», tenga que hablar de todo esto!... Como compensación y consuelo, acabo de recibir el reciente artículo de Jaurés, «L'Action socialiste», con ese hábito de frescor que exhala todo lo suyo. Lo mejor, en vacaciones, es, desde luego, el reposo absoluto; pero yo no tengo la suficiente fuerza de voluntad para tomármelo.

A ustedes les deseo un agradable descanso, y a mí poder volver a verles cuanto antes.

Cordiales saludos de su

Rosa Luxemburgo.

A Clara[9] espero verla (de viaje de vuelta) de aquí a unas dos semanas.

[1] Este artículo se publicó en la *N. Z.,* vol. VII, Serie II, pp. 176 ss. y 206 ss., bajo el título: «Nuevas corrientes en el movimiento socialista polaco de Alemania y Austria». *[N. de L. K.]*

[2] Este artículo apareció en la *N. Z,* vol. 19, Serie II, n.º 41, pp. 459 ss. con el título: «El socialpatriotismo en Polonia». *[N. de L. K.]*

[3] Alusión antisemita a dos camaradas rusos –colaboradores de la *N. Z.*– que en el Congreso de Zúrich pretendieron dirimir el conflicto de los mandatos de Polonia. *[N. de la A.]*

[4] Se trata del original del artículo a que se refiere la carta anterior: «El socialpatriotismo en Polonia», publicado el 1 de julio de 1896 en la *N. Z. [N. de L. K.]*

[5] Este artículo apareció a fines de octubre de 1897 en la *N.* Z., vol. XIV, Serie I, n.º 6, pp. 164 ss., con este título: «De escalón en escalón, sobre la historia de las clases burguesas en Polonia». *[N. de L. K.]*

[6] El original del artículo a que se refiere la nota anterior.

[7] El artículo de Kautsky «Finis Poloniae?» apareció en la *Neue Zeit,* vol. XVI, Serie II, pp. 484 ss. y 513 ss. *[N. de L. K.]*

[8] Tesis doctoral de Rosa Luxemburgo.
[9] Clara Zetkin.

A Karl y Luise Kautsky
(1900-1904)

12
(Postal)
Friedenau, 11-5-1900 (dirigida a París)

Mes amis: Los niños[1] han hecho sus ejercicios y se van con el tío Roman a Verder. El tiempo está fresco (los muchachos van bien abrigados), pero claro y hermoso. Los pequeños esperan noticias de ustedes.

Saludos.

R. L.

13
Friedenau, 13-7-1900 (dirigida a Sellin, en Rügen)

Mis queridos amigos: Muchas gracias por la deliciosa postal. Ahora, con este tiempo espléndido, pasarán ustedes unos días maravillosos, y *tout va pour le mieux dans ce meilleur des mondes.* Adjunto la respuesta de Mehring, recibida hoy; por ella, se enterarán de la «Telemaquiada» de mi artículo. Me encontraba en una situación original: sin noticias de M., razón por la cual no podía, desde luego, mandar el artículo a Cunow[2]; por otra parte, no podía tampoco comunicarle (a C.) que no contase conmigo para este número de la *Neue Zeit,* porque ignoraba sus señas (que no tenía anotadas). Tampoco podía pedírselas a usted, querido Karl, porque... tampoco sabía su paradero hasta que llegó la postal. Tengo una pésima memoria (una «cabeza de gato», como decimos los polacos) para recordar nombres, señas y demás detalles «objetivos», y estaba convencidísima, por ejemplo, de que había ido con ustedes a Sassnitz... Por fin, ya está dilucidado y en regla el caso. M. está de acuerdo con usted en lo que a la oportunidad del artículo se refiere, y esto me confirma en la decisión que ya había tomado desde que hablamos del asunto: abandonar el artículo a la crítica corrosiva de los... gorgojos, digámoslo así, ya que estamos en verano. Sólo me importa conocer *la opinión* de M.; no obstante, no

reconozco mi error de táctica en lo que respecta al momento político, pero no en lo que se refiere al cretinismo parlamentario que usted mismo reconoce que existe dentro del propio partido. Bajo un espléndido sol de junio, en un templo de la naturaleza, verde, perfumado y umbroso –el bosque de la postal–, con el apacible murmurio del eterno Thalatta, ¡verse obligado a leer, a reflexionar o a discutir sobre el *cretinismo parlamentario*!***[3] No, le ahorraré a usted esto...

Hablemos, pues, del Thalatta. A propósito, ¿recuerda usted ahí, mientras el río discurre a sus pies con su perenne murmullo, la hermosa leyenda del ciego cantor helénico, que pulsando la lira a orillas del mar, tomaba su rumor por el murmullo del pueblo? Al terminar su más bello canto sin que sonasen los aplausos de la muchedumbre, quejose amargamente de esta ingratitud, y en su doloroso despecho, arrojó lejos de sí la lira para hacerla pedazos; pero las olas del mar la recibieron y, acunándola amorosas, la arrastraron lejos, cada vez más lejos de él. ¿Se acuerda usted? ¿Siente usted ahí la ilusión de que el mar entero huele a torta recién sacada del horno –una *fata morgana* de hojaldre–, como aquel pescador de Heligoland, en cuya casa vivió nuestro favorito?

Me figuro que el sentimiento que con mayor fuerza se debe de experimentar ante el mar es el de la propia insignificancia; yo lo siento ante lo que el mar tiene de eterno, de inmutable, de soberbia indiferencia. Tuve esta impresión ante la cascada del Rin en Suiza y su perpetuo tumulto, que no cesa un segundo, de día ni de noche, durante siglos y siglos; aquello me llenaba de un sentimiento de angustia y anonadamiento. Volví a casa destrozada, y todavía es el día en que cada vez que paso junto a ella, y atalayo por la ventanilla del tren aquel terrible espectáculo, aquella espuma que salta, aquel abismo blanco de agua hervorosa, y oigo aquel tumulto ensordecedor, mi corazón se contrae y algo en mí interior dice: «He ahí el enemigo». ¿Le sorprende a usted? Pues sí, es el enemigo de la vanidad humana que, creyéndose algo, cae de repente rodando en la nada. Por lo demás, es el mismo sentido de ese modo de concebir el mundo para el que todo lo que acontece encierra la misma enseñanza, la de las palabras de Ben Akiba: «Siempre ha sido así», «las cosas marchan solas», etc., y para quien el hombre, su voluntad, su poder, su ciencia, no significan nada*** Por eso odio yo esa filosofía, *mon cher Charlemagne,* y abrazo la idea de que es preferible precipitarse en la cascada del Rin y perecer en ella como una

cáscara de nuez, antes que doblar, sumisos, la cerviz, y dejar mugir al agua como mugía en el tiempo de nuestros antepasados y como seguirá mugiendo después de nosotros.— Querida Lulu, sus resedas y sus claveles están todavía floridos y huelen «tan bien como el primer día»[4].

Saludos afectuosos para todos, sin olvidar a los niños ni a la «chica de los gansos»[5].

Su

Rosa.

P. S. En el último fascículo de los *Sozialistische Monatshefte* vienen tres artículos sobre la cuestión de los sindicatos: Legien, Bernstein y Wetzker. ¿Lo tiene usted, o quiere que se lo mande? Le ruego me devuelva la carta de M.[6].

14

(Sin fecha. Por su tenor, de Friedenau, fines de julio de 1900)

Querido amigo: Tengo que escribirle de nuevo –esta vez para hacerle una súplica–. Las gestiones de Elm[7] en favor del camarada Bein[8] no han dado resultado: le ha ofrecido el puesto de vocal de consejo de administración de la cooperativa de consumo de Brunswick, que no responde en modo alguno a lo que él desea. Pero este puesto le convendría, a falta de otro mejor, a otro amigo mío, al «siberiano» Kassjusz[9], cuyos esfuerzos para conseguir otra ocupación en Berlín han resultado, hasta ahora, infructuosos.

Pero para que el asunto prospere, es preciso, querido Carolus, que usted diga la «última palabra», según Elm. Escriba, pues, a Brunswick una recomendación todo lo «calurosa» que pueda, en favor del camarada Kassjusz que, en realidad, reúne más condiciones que las que se necesitan para ocupar esta vacante. Posee, en efecto, los siguientes merecimientos: 1.º Cursó estudios completos en la Escuela de Comercio de Varsovia. 2.º Conoce el polaco, el ruso, el checo, el alemán, el francés y el inglés. 3.º Se interesa especialmente por el movimiento cooperativista, cuya práctica querría conocer también en Brunswick. 4.º Está casado (lo que abona su carácter *juicioso*). 5.° Ha pagado su actuación socialista con diez años de

cárcel y destierro. (*N. B.*— Está actualmente en Alemania, no como refugiado, sino por su plena voluntad, mejor dicho, para estudiar el movimiento cooperativista.)

Caso de que los de Brunswick aceptaran en principio la propuesta, él estaría dispuesto, para ponerse en contacto con la práctica, a desempeñar otro puesto interinamente, desde ahora hasta el 1.º de octubre (en cuya fecha vacaría el cargo) en alguna cooperativa de Brunswick o de aquí.

No importa que usted no conozca personalmente al personal de Brunswick; su recomendación será, por lo menos, de gran peso. Envíeme la carta, que servirá al camarada Kassjusz de carta de presentación en Brunswick.

No dudo que con este calor será mucho más agradable agazaparse en el bosque y, allí tumbado de espaldas, «escudriñar los azules misterios del cielo», que escribir cartas de recomendación o de lo que sea *(sapienti sat)*. Pero aún es mucho más horrendo, con este calor, hallarse sin empleo, trotando por este querido pavimento berlinés; por otra parte, la alegría que produce una buena acción es también un bello paisaje*** ¡Hágala, pues!

Un abrazo cordial para todos.

Su

Rosa.

15

(Friedenau), 2-8-1900

Mis queridos amigos: Ante todo, las gracias más cordiales por haber atendido tan pronto y con tanto interés mi ruego acerca de nuestro romano[10]. Los de Brunswick son unos verdaderos camaradas. Su carta, querido Carolus, ha surtido efecto *comme une foudre,* y K. está magníficamente situado para obtener la vacante (esperamos la contestación para fines de esta semana).

La semana pasada vi a Singer y a Liebknect; no quisieron saber nada de una campaña de agitación con motivo de lo de China, pretextando el calor que hace («¡con este horrible calor!...»). En cambio, el bello Arthur[11] habló en el distrito sexto muy bien y muy ingeniosamente, y con la sala llena. Dio mucho que reír al decir, entre otras cosas: «¿Qué se diría si, de

pronto, China mandase a Alemania a sus *voluntarios* con la misión de descubrir y castigar a todos los asesinos de por aquí que hasta ahora no han sido capturados?***».

Me place saber que se entrega usted a la molicie, ahí a pleno sol; sin embargo, me parece que se avecinan una serie de tempestades, en cuyo caso pudiera ocurrir que se acabase el bienestar... Mis vacaciones, por ahora, se las ha llevado la trampa. En el fondo, no lo lamento gran cosa: hemos tenido un tiempo muy hermoso y también yo me he entregado con éxito a la vagancia. En cambio, el domingo pasado estuve haciendo propaganda en la provincia de Posnania, donde tuvimos reunión de distrito; en ella se me nombró solemnemente delegada al Congreso Nacional del partido y al Congreso de París; aquella buena gente no quiso en modo alguno renunciar a resarcirme, cuando menos, una parte de los gastos. ¡Vea usted cómo en provincias aún no ha muerto del todo el idealismo!***

Bebel presentará en Maguncia un informe acerca de las elecciones a la Dieta, y Calwer sobre las relaciones comerciales. Con tales temas, Singer considera indispensable su presencia, Carolus. Y yo también; ¿se dejará usted convencer, por fin?

Todo el mundo me pregunta qué es de usted: Liebknecht, Stadthagen, Strietzel*** (este último es el *negociante* de los de enfrente). No vaya usted a creer que es algún cornúpedo de nuestra fracción, recientemente elegido.

El armatoste aquel, el andamiaje quiero decir, que había frente al balcón de ustedes, hace tiempo que ha desaparecido; de vez en cuando, echo una mirada a las ventanas de su casa, por lo que sospecho que su «argos», de casera, estará abrigando ya el propósito de mandarme detener por «tentativa de planes de robo con fractura». Otra cosa: «nuestro favorito el de Heligoland», el que olía la *fata morgana* de hojaldre, no es Arthur Stadthagen, sino un tal Heinrich Heine (véase la segunda carta desde Heligoland). *Scham Di*[12], Lulu, como dicen los suizos.

Abrazos cordiales para todos, esperando que lo paséis ahí muy bien. Ponedme pronto unos renglones.

Vuestra fiel

Rosa.

16

(Sin fecha. Por su tenor, Friedenau, hacia el 9 agosto 1900)

Mis queridos amigos: Ya han debido ustedes reconocer su error[13]: les telegrafié la muerte de *Liebknecht,* para darles tiempo a preparar su venida y para que Karl, por lo menos, pudiera asistir al entierro, que se celebrará el *domingo* a las doce. Al mismo tiempo verán a Clara. Yo, por mi parte, no he logrado todavía hablar con ella***

La muerte del viejo me ha conmovido profundamente. Ante esto, todas las pequeñeces se borran, y yo sólo veo –sea lo que quiera– los grandes trazos de aquella enérgica figura. ¡Ay, hijos, esto empieza a desmoronarse! La pérdida *moral* que supone la muerte de Liebknecht es mayor de lo que en el primer momento pudieran ustedes pensar. Los viejos se van, uno detrás de otro. Que Dios se apiade de nosotros*** La última vez que estuve en el *Vorwaerts* (ya os escribí acerca de esto), el viejo me dijo al oído, inesperadamente, al salir: «Haré siempre por usted lo que pueda. Sepa usted que la había propuesto muy en serio para redactora y me habría alegrado mucho traerla al periódico. Pero si tiene algo fulminante, démelo para el *Vorwaerts,* donde producirá más efecto que en la *L. V.*»

Se lo prometí y, al despedirnos, me pidió muy cordialmente que fuera a verle a su casa, que él y su mujer se alegrarían mucho de recibirme.

Poca cosa es, pero me hace bien haberme despedido de él en paz. También hablamos con él y con Singer del Congreso de Maguncia. Ya les diré de palabra.

¿Quién va a hacerse cargo ahora del *Vorwaests?* Creo que Mehring es el más indicado. Sea quien sea, el cambio tendrá su importancia.

¡Pobre viejo! Ha muerto precisamente cuando estaban a punto de apurarse sus días gloriosos***

Les abrazo muy cordialmente. Escríbanme cuando llegarán, que quiero ir a esperarles.

Su

Rosa.

17

(Sin fecha. Por su tenor, hacia mayo de 1901)

Querido Karl: Si desea usted conocer a fondo el vil proceder de P., no tiene más que confrontar la «reproducción» de la carta de Vaillant en el *Worwaerts* con el texto original de la *Neue Zeit* [14]. También hay una referencia en la adjunta carta de Clara (que le ruego me devuelva).

Contestando a la observación hecha por P... –perfectamente exacta en lo formal– de que el partido no es responsable de los artículos publicados en el *V.,* como no lo es tampoco de todos los que aparecen en la *N. Z.,* convendría que usted le hiciese ver que hay, no obstante, esta diferencia: que en este asunto, la *N. Z.* se coloca *en el terreno de los principios* del partido y en el de la hermandad de lucha con el *socialismo francés,* mientras que P... en todo el asunto francés –faltando a su afirmación de que se coloca en el punto de vista de usted– aspira a romper a cada paso una «cálida lanza» Por el ministro socialista.

Opino que esta indicación sería muy conveniente.

Saludos.

Su *R.*

18

(Friedenau), 3-10-1901

Querido Karl: No hay que decir que no tengo empeño en ver mi declaración publicada en la *Neue Zeit.* Permítame añadir algunas palabras para usted[15].

Si yo fuera de los que defienden sin miramiento alguno sus derechos y sus intereses personales (y estos *sunt legio* en nuestro partido, o para decirlo más exactamente, son todos) insistiría para que se publicara, ya que usted mismo reconoce, como director de la revista, tener esta vez para conmigo el deber de insertarla. Pero, después de reconocer ese deber, me ata las manos con sus exhortaciones y ruegos amistosos, para que yo no haga uso de su deber ni de mi derecho. Pues bien, a mí me repugna imponer el ejercicio de mi derecho, si es a costa de que se me conceda con tantos llantos y tanto rechinar de dientes; y no sólo se me interrumpe a cada palabra de mi defensa para que «justifique» tal o cual frase, sino que, además, se intenta por todos los medios hacerme perder el tiempo y persuadirme de que renuncie a ejercitar mi derecho. Se ha salido usted con la suya: le relevo en

este asunto de todos sus deberes para conmigo. Pero, a lo que veo, se engaña usted creyendo de buena fe que si ha obrado así ha sido exclusivamente por amistad y en interés *mío.* Permítame que disipe esta ilusión. *Como amigo,* hubiera debido usted decirme, sobre poco más o menos, lo que sigue: «Le aconsejo que defienda sin reservas y cueste lo que cueste su dignidad de escritora, porque escritores de más talla que usted, hombres de reputación consagrada por muchos años de trabajo, como Marx y Engels, escribían folletos enteros y promovían verdaderas guerras con la pluma cuando alguien osaba echarles en cara la menor "falsedad". Y usted está obligada a defender su causa con tanto mayor ahínco cuanto que es usted una escritora joven y muy combatida».

Así me hubiera usted debido hablar, si me hubiese hablado realmente como *amigo.*

Pero el amigo se ha dejado llevar en todo por el director de la *Neue Zeit,* quien, después del Congreso, sólo desea una cosa: que le dejen en paz; demostrar que la *Neue Zeit,* después de la reprimenda, se ha vuelto sumisa y sabe cerrar el pico. Y para conseguir esto, hay que *sacrificar* los derechos de una colaboradora de la revista a defender sus más legítimos intereses, su derecho a salir al paso de acusaciones calumniosas y públicas. Y esa persona que ha puesto sus esfuerzos –que no son los menores, ni son tampoco los peores– en la *Neue Zeit,* tiene que tragarse la acusación pública de «falsaria», y dar todo por bien empleado, con tal de que la paz reine en las cumbres.

Esa es la realidad, ¡amigo mío! Y, ahora, queda cordialmente suya,

Rosa.

Estoy abrumada de trabajo; obligada a escribirle, no he podido hacerlo hasta ahora.

19

(Postal)

(Sin fecha. Matasellos: Chemnitz, 6-6-1903)

Chemnitz. Carolahotel.

Mis queridos amigos: He elegido Chemnitz como *pied-à-terre, y* desde aquí asisto diariamente a las reuniones. En Hohenstein, la sala rebosaba de gente; he tenido la suerte de que un adversario, un maestro, pidiera la palabra; ¡fue una gloria! Después de la reunión, un obrero viejo me dio... ¡un marco! Aquí en Lichtenstein, hablé al aire libre delante de dos mil personas, en un jardín iluminado con farolillos multicolores; fue muy romántico. Aquí, en Chemnitz, he visto al pequeño Max[16], y hasta he asistido a una reunión del Comité electoral. El más vivo deseo del pequeño Max sería que no hubiese reuniones ni proclamas ni polémicas con los adversarios. Dijo que temía que sus adversarios fuesen a echarle en cara el que Bebel le hubiese llamado «tunante». Era, naturalmente, un pisotón que me dirigía a mí.— Sé por Warsch[17] que está entusiasmado con su artículo, Carolus[18], y de que usted haya dicho a los «parches» lo que había que decirles. También yo le doy las gracias. Saludos cordiales para todos.

Rosa.

20

Dirigida a «señoras y señores Kautsky». St. Gilgen.

(Postal)

Hessenwinkel, 21-7-1904

Mis queridos amigos: Aquí me tienen ustedes en este rincón, que es tal como lo representan ahí[19]. Doy gracias en especial a mi querida Granny por las chicas de Witte. Cada día me gusta más, pero este gozo a cucharaditas es una invención diabólica de la gente de los periódicos. Para usted, *cara Luigia,* adjunto el final de los Schubel[20], lamentando que no haya más de este género. ¿Qué hace el «querido maestro»[21]? Chistes malos, seguramente. Hoy he recibido una postal de Koniksberga, de toda aquella buena gente.

Los más cordiales saludos a toda la *gens Kautsky.* Su amiga

Rosa.

21

(De Hessnwinkel, sin fecha, probablemente de fines de julio de 1904)

Carissima Luigina: Felicitémonos ante todo por lo de Königsberg[22]. Hoy es un verdadero día de júbilo y victoria; así, por lo menos lo entiendo yo y espero que también ustedes lo apreciarán desde ahí, a pesar del calor y la hermosura de la naturaleza. ¡Caramba, ese fallo mortal contra Rusia y Prusia es más hermoso que todas las montañas enhiestas y todos los rientes valles!

Yo aquí no disfruto, sin embargo, más que de este último aspecto mucho más modesto, de las bellezas naturales, pero en cambio disfruto de él en proporciones ilimitadas *(à discretion).* El gran arenal del difunto «Sacro Imperio Romano Germánico», que era el título que antiguamente ostentaba esta buena Marca, me ha planteado un problema profundamente filosófico: ¿cómo es que dondequiera que hay una *montaña,* aparece necesariamente un valle, de forma que se puede disfrutar a la par de ambos; y, en cambio, donde no hay más que *valle,* como por ejemplo aquí, en Hessenwinkel, hay que contentarse con el, y gracias? ¿Podría usted solucionarme este problema geológico? (No vaya usted a decir, aludiendo a lo que esta pregunta tiene de genial, que es más bien un misterio *psicológico* que geológico). Pero hablando ya en serio, esto es encantador: leguas de bosque, lagos adondequiera que se escupa (perdón, no es *esto* lo que he querido decir), y una *quietud* idílica. Los influjos benéficos de este ambiente se me han ido insinuando ya poco a poco en el alma. En efecto, al principio me hallaba todavía en tal estado de tensión espiritual, que entre mis sentidos y el espléndido «objeto» pendía continuamente un velo invisible tendido desde el cielo a la tierra, y, en lugar de *sentir* las bellezas que flotaban vagamente ante mis ojos y mis oídos, sólo la *percibía* con una indiferencia de Baedeker. Todos los días hago excursiones de varias horas (me levanto a las... seis, ¡cuidado, Karl, no vaya usted a caerse de la silla!), durante las cuales gozo de la compañía fiel de un cuadrúpedo, trasquilado como un león y que se llama «Lump»[23] *(les beaux esprits se rencontrent),* el cual, todas las mañanas, cuando *salimos* de paseo, me recibe con un ladrido sonoro y alegre. Todo el mundo confirma con admiración que su inteligencia se ha acrecentado visiblemente desde que mantiene asiduo comercio intelectual conmigo, y eso sin necesidad de echar mano, siquiera

como recurso pedagógico, de los artículos de fondo del *Vorwaerts,* como hube de hacer con mi difunto «Mimi»[24]. Imagínense ustedes, resumiendo, en medio de una especie de paraíso antes de la expulsión de Adán «with family»: a cada paso encuentro animales de todas clases que jamás había visto más que a través de las rejas del *Zoo:* sin mencionar las liebres, no pasa día sin que me salgan al camino ciervos[25], ardillas y otras bestezuelas. Espero que pronto me las habré también con leopardos, rinocerontes y bisontes.

À propos, el otro día, dando un inocente paseo, cuando, sumergida en los misterios azules y verdes del cielo y del bosque, erraba muy ajena a toda conciencia de clase, me encontré con un camarada, con un auténtico camarada berlinés, de carne y hueso. Por desgracia, era también camarada mío en la fe de nuestros antepasados. Se explica, pues, que se alegrase mucho del casual encuentro, me diese una porción de noticias saturadas de conciencia de clase, prometiéndome formalmente venir pronto a visitarme con otros cuantos camaradas más. En casos semejantes, nuestros antepasados decían lacónicamente: «masltoff»[26]. No obstante, acabó por resarcirme de las alegrías experimentadas y prometidas, contándome un chiste berlinés de moda. El *Montagsblatt* ha sido rebautizado y, desde el comienzo de las vacaciones, no se llama ya *La Hoja del Lunes,* sino *El Páramo del Lunes.* Bonito, ¿eh? Vaya, deme usted pronto un beso por todas estas noticias y adiós por ahora –mi «Lump» me llama y la «Lumpin» está siempre dispuesta... a irse de paseo.

À propos, Luigina, ¿qué es del viaje?[27]. El *Bureau* celebra sesión antes del Congreso, el 13 por la mañana. Por lo tanto, tendré que estar allí el día 12, partiendo de Berlín el 11. ¿Podría usted arreglarlo? Un beso más. Perdón, otra cosa: Clara acaba de comunicarme que su proceso de Breslau ha quedado sobreseído. Primer pastel que sale del horno de Königsberg, y que, a pesar de todo, contraría mucho a Clara: ¡ella, que esperaba darse el gustazo de verse sentada en el banquillo con los camaradas Schiller y Fichte! Estos, por su parte, deben de estar también de bastante mal humor, allá en el cielo, viendo cómo se les escapa una «divina comedia». Y, ahora sí que es verdad, un beso.

Su

Rosa.

(Otro también para Karl, si lo quiere. Y para los chicos también).

22

(Sin fecha. Por el tenor, Hessenwinkel, principios de agosto de 1904)

Queridísima Luigina: No me contesta usted ni una palabra, y mientras tanto el tiempo pasa. Empiezo a dudar de que haya recibido usted mi extensa carta. Repito, pues, mi pregunta: ¿Puede usted arreglarse de manera que podamos partir el 12 por la mañana? Necesito estar el día 13 por la mañana en la sesión del Bureau Internacional, y como el mismo día tendré una o dos reuniones más (a instancia de los rusos), no desearía hacer el viaje por la noche (en 3.ª; de otro modo, quedaría destrozada para el día siguiente. Cuento, pues, con poder tomar el tren de las 11:50 (estación de la Friedriechstrasse), el día 12, a fin de estar en Ámsterdam a las 9:50 de la noche. Escríbame enseguida si debo sacarle un billete de ida y vuelta (45 días, 36,50 marcos); creo que hay que solicitarlo con un día de anticipación. Como usted, de todas maneras, tenía el propósito de pasar una noche en el tren, ¿no le sería posible tomar el de por la noche desde Gilgen a Berlín, para llegar el 12 por la mañana? Ya sé que esto representa para usted (y también para los niños) una gran fatiga, pero no veo otra solución. En cuanto a mí, debo ponerme en camino, sea como sea, el 12 a mediodía. Contésteme, pues, *a vuelta de correo,* queridísima Luise.

Esta última semana he andado atareadísima: una reunión en Posen, otra en Bromberg, luego visita de familia en Berlín, y aún me queda mucho que hacer. Muchas gracias por la hermosa postal de los chicos y de la señorita Else. Desgraciadamente, no puedo levantar el vuelo hacia ustedes, pues aquí he engordado y hasta peso algunos gramos más. Hasta pronto, muchos recuerdos a Granny, Karl, para usted y para los niños.

A rivederci, su

Rosa.

[1] Los hijos de los Kautsky, de quienes se había quedado encargada durante su ausencia.

[2] Redactor, a la sazón, de la *Neue Zeit. [N. de L. K.]*

[3] Los asteriscos indican las partes que Luise Kantsky omitió en su edición por su naturaleza confidencial o personal.

[4] Frase del *Fausto,* de Goethe.

[5] La muchacha de los Kautsky, una suaba.

[6] Mehring.

[7] Miembro destacado del partido de Hamburgo, diputado.

[8] Camarada polaco.

[9] Camarada polaco.

[10] Romano porque se llamaba Casio.

[11] Arthur Stadthagen.

[12] ¡Avergüénzate!, en dialecto suizo.

[13] Rosa ha telegrafiado: «El viejo murió». Supusimos que se refería a su padre y le enviamos nuestras condolencias. Ella nos contestó después explicándonos que se refería a Wilhelm Liebknecht. *[N. de L. K.]*

[14] Carta de Vaillant a Kautsky sobre la entrada de Millerand en el Gobierno, *Neue Zeit,* año 19, t. II, pp. 144 ss.

[15] En Lübeck, después de haber tenido que retirarse del Congreso, Rosa había sido atacada muy duramente por el camarada Richard Fischer, y quería publicar contra él una declaración no menos dura. La redacción de la *Neue Zeit* se esforzó en disuadirla de su propósito, y en la presente carta ella cede a sus ruegos. *[N. de L. K.]*

[16] Max Schippel, abogado por Chemnitz.

[17] Warschawski dirigía por entonces el *Przeglad Socyaldemocratizny,* órgano de la socialdemocracia de Polonia y Lituania. *[N. de L. K.]*

[18] Se refiere al artículo de Kautsky «La masacre de Kishinev y la Cuestión Judía», que apareció en la *N. Z. [N. de L. K.]*

[19] Es decir, en la postal.

[20] Granny era el nombre de la madre de Karl. Las «chicas de Witte» son las heroinas de la novela de Minna Kautsky y «Schubel» es el personaje de la novela por entregas del *Berliner Tageblatt. [N. de L. K.]*

[21] Título que solían dar a Kautsky los socialistas rusos.

[22] El gran proceso de Königsberg por delito de conspiración y alta traición terminó el 25 de julio de 1904 con la absolución de los tres principales acusados y con penas muy leves para los demás. *[N. de L. K.]*

[23] Andrajo.

[24] Un conejo.

[25] El apellido de soltera de Natalie Liebknecht era «Reh», 'ciervo' (en alemán). *[N. de L. K.]*

[26] Frase hebraica que viene a significar: «Buena suerte». *[N. de L. K.]*

[27] A Ámsterdam, al Congreso Internacional de 14 de agosto de 1904. *[N. de L. K.]*

Desde la cárcel de Zwickau hasta la primera Revolución rusa (1904-1905)

23

Celda n.º 7, 1-9-1904 (Zwickau)[1]

Amada Luigina: Muchas gracias por su carta. No se inquiete usted por mí; estoy muy bien: rodeada de aire, de sol, de libros y de afecto humano. Sin embargo, no espere usted recibir muchas cartas mías. En rigor, no tengo permiso para escribir más que de mes en mes, o en casos apremiantes. Pero confío en que me entregarán todas las cartas que lleguen para mí. Mi dirección es: Prisión judicial, Zwickau. Haga usted llegar estos datos a mi casa (Kranachstrasse).

Y ahora, otros dos ruegos: diga a mi hermano, el médico (vía Ansbacherstrasse, 27), que no venga a verme, pues ello no conduciría a nada. Además, si se publica mi artículo, envíemelo, como también la contestación de Karl. Caso de que la redacción[2] lo rechace definitivamente, que Karl entregue el original a Mehring[3].

¡Escríbanme! Mis ideas están con el Sindicato minero del Rin y Westfalia; mi corazón, junto a usted, en Holanda.

Suya siempre y siempre incorregiblemente feliz,

Rosa.

24

(Sin fecha. Zwickau, 1904)

Muchas gracias, mi queridísima, por el retrato de Karl con su encantadora dedicatoria. El retrato es magnífico, la primera imagen suya realmente buena que veo. Los ojos, la expresión, todo magnífico. (¡Pero esta corbata, esta corbata, con su hormigueo de lunares blancos que fascinan literalmente la vista! Esta corbata bastaría para justificar el divorcio. ¡Sí, sí, así somos las mujeres! Por sublime que sea su espíritu, en

lo primero que nos fijamos es en la corbata***) Sí, este retrato me gusta mucho. Ayer recibí carta de la abuela; me escribe muy cariñosa, queriendo fortalecer mi moral, pero sin acertar a disimular, la pobre, su propia depresión. Salúdala muy cordialmente en mi nombre; espero que habrá recobrado ya su buen humor; aquí, al menos, hace un tiempo hermosísimo. No obstante, me parece que el mundo anda un poco desquiciado desde que yo no estoy ahí. ¿Es cierto lo que leí en el *Tageblatt*? ¿Ha dimitido Franciscus?[4]. ¡Pero esto sería una *débacle,* un triunfo para todo el quinto estado! ¿No hubo modo de evitarlo? Esto me ha afectado y abatido de verdad. Y, encima, no me das ningún detalle, ¡eres horrible!

Anochece; una brisa suave entra por el tragaluz de mi celda, agita dulcemente mi pantalla verde y hojea delicadamente el tomo abierto de Schiller. Fuera, cruza delante de la cárcel un caballo que vuelve a su cuadra lentamente, y sus cascos golpean el empedrado despacio y rítmicamente, en la paz de la noche. De lejos llegan, apenas perceptibles, las notas caprichosas de una harmónica con la que algún aprendiz de zapatero, de paso decuidado, *sopla* un vals. Una estrofa que he leído hace poco no sé dónde aflora en mi memoria: «Recostado entre colinas –yace tu jardincito apacible– en que rosas y claveles –esperan ya a tu amada–. Recostado entre colinas –tu jardincito apacible***». No llego a comprender el alcance de estas palabras, ni sé siquiera si tienen alguno, pero asociadas a la brisa que me acaricia el pelo, me mecen y dan a mi ánimo una rara nostalgia. Esta brisa traidora, me llama de nuevo a lo lejos –ni yo misma sé dónde–. La vida juega conmigo a un eterno escondite. Siempre me parece que no está en mí, ni donde yo estoy, sino en algún sitio lejano. En otro tiempo, allá en casa, me deslizaba al amanecer hasta la ventana –¡oh!, nos estaba severamente prohibido levantarnos antes que nuestro padre–, la abría despacito y miraba hacia afuera, hacia el gran patio. Seguramente que no había gran cosa que ver allí. Todo dormía aún; un gato cruzaba el patio con su paso aterciopelado, dos gorriones se peleaban chillando descaradamente, y el corpulento Antoni, metido en su zamarra corta, que usaba lo mismo en verano que en invierno, estaba plantado junto a la bomba, con las dos manos y la barbilla apoyadas en el mango de la escoba, y un profundo aire de meditación en su cara adormecida y sin lavar. Porque aquel Antoni era hombre de tendencias elevadas. Todas las noches, después de cerrar la puerta cochera, se acomodaba en el banco del vestíbulo que le servía de

lecho, y deletreaba en voz alta, a la luz incierta del farol, la *Gaceta de Policía,* publicación oficial, y su voz resonaba por toda la casa como una letanía ininteligible. En aquellas lecturas sólo le movía un amor desinteresado por la literatura; no entendía ni una jota de lo que leía, pero le gustaban las letras como tales letras y nada más. Lo cual no quiere decir que fuera hombre fácil de contentar. Cuando un día le presté, a su instancia, *Los orígenes de la civilización,* de Lubbock, que acababa yo de empezar a leer con ardiente fervor, pues era mi primer libro «serio» –me lo devolvió al cabo de dos días diciendo que aquel libro «no valía nada»–. Yo necesité muchos años para comprender cuánta razón tenía Antoni. Este Antoni empezaba siempre su jornada sumiéndose por algún tiempo en profundas meditaciones, de las que salía sin transición, indefectiblemente, con un enérgico, estrepitoso y estremecedor bostezo, y este bostezo libertador significaba siempre: ¡Ahora, a trabajar! Todavía me parece oír el ruido de chasquido que producía Antoni pasando al sesgo su escoba húmeda sobre el suelo, cuidando a la vez, por refinamiento estético, de describir en los bordes graciosos festones regulares que hubieran podido pasar por un delicado encaje de Bruselas. La gracia con que barría el patio era todo un poema. Era también aquel el más hermoso instante del día, antes de despertarse la vida oscura, estrepitosa, ruda, machacona, de la gran casa de vecindad. La augusta calma de la hora matinal se derramaba sobre la vulgaridad del suelo; arriba, en los cristales, chispeaban los primeros oros del sol naciente y, más arriba aún, flotaban nubecillas vaporosas, sonrosadas, antes de disolverse en el cielo gris de la ciudad. Por entonces, yo creía firmemente que la «vida», la «verdadera» vida estaba en algún sitio muy apartado, no sabía dónde, lejos, del otro lado de los tejados. Desde entonces, no he cesado de buscarla. Pero no logro darle alcance, pues siempre se esconde detrás de algún nuevo tejado. En fin de cuentas, todo fue una burla cruel para conmigo, ya que la verdadera vida se quedó precisamente allí, en aquel patio en que, por vez primera, leí con Antoni *Los orígenes de la civilización.*

Os abraza cordialmente,

Rosseta.

La «comedia» de Basilea me ha divertido[5]. Wullschläger[6] recibiendo la bendición de Roma, y por su parte, Su Excelencia

Millerand[7] entonando un canto a Berlín... Como dice la vieja canción conventual: *Et pro rege et pro Papa bibunt vinum sine aqua.* ¡Qué diantre! Este mundo es cada día más hermoso!

25

(Sin fecha. Por su tenor, Zwickau, 1904)

Querido Carolus: Gracias por tus noticias. Tampoco yo esperaba gran cosa del Comité de prensa[8]. Renunciaré, pues, de momento, a la publicación del artículo, pues comprendo que no es posible, desde la cárcel, sostener una polémica periodística. Sólo una cosa tengo que pedirte reiteradamente: pon cuatro letras a Plejanov (si las necesitas, tengo las señas en mi casa) explicándole la suerte que ha corrido mi artículo, de cuya publicación está pendiente. ¿Lo harás? Gracias por anticipado. Tranquilízale también, diciéndole que cuando salga de aquí encontraremos ocasión de poner el asunto sobre el tapete y de decir lo que viene al caso desde las columnas de nuestra prensa. (Dile asimismo que el Comité central del Partido está de *nuestra* parte.)

Ya veo que ahora tienes que reñir otras campañas. Esto me alegra mucho, porque prueba que a la gentecilla le ha hecho su mella nuestro triunfo de Ámsterdam. A lo que desde aquí echo de ver, pretenden tomarse el desquite en Brema y hay que aguarles la fiesta. Por esto me sabe tan mal que digas que envidias mi celda. ¡Oh! Estoy segura de que cargarás de firme sobre los Kurt[9], George[10] y Cía., dándoles en lo que hace en ellos veces de cabeza; no lo dudo. Pero debes hacerlo con ímpetu y entusiasmo, no como un trámite enojoso: el público percibe siempre el estado de espíritu de los contrincantes, y el placer de la lucha da a la polémica una clara resonancia y una gran altura moral. Es verdad que por ahora, bien lo veo, estás solo: August[11] seguirá en la «viña del Señor» seguramente hasta el punto 18, y ese Arthur de mi alma, lo mismo que ese Pauly[12] de mi corazón son, como tú dices, «elegíacos». ¡Que un rayo se los lleve siete brazas debajo de tierra si son capaces de seguir sintiéndose «elegíacos» después de semejante Congreso, entre dos batallas en que uno experimenta la alegría de vivir! Esta «marimorena», Karl, no es, por cierto, una de esas escaramuzas forzadas reñidas en la atmósfera incolora de donde todo

interés está ausente, como tantas que has tenido que librar en estos últimos años; ahora, el interés de las masas está alerta, lo noto yo desde aquí, a través de los muros. Y sobre todo no olvides que la *Internationale* tiende sus miradas hacia nosotros, es decir, hacia vosotros, puesto que, al fin y al cabo, el punto de partida de la polémica es Ámsterdam. Te escribo todo esto, no para «espolearte» –no soy tan necia como todo eso–, sino para despertarte el *gusto* por la polémica, para comunicarte, al menos, algo de *mi* propio entusiasmo, porque aquí, en mi número siete, el entusiasmo es una mercancía que no sé en qué emplear.

Puedes estar seguro de que he reflexionado mucho acerca de Ámsterdam, de la situación general en que se halla el movimiento internacional y de las perspectivas de nuestro marxismo dentro de la *Internationale;* tengo mil cosas que decirte sobre todo ello, pero he de dejarlas para más adelante. La moraleja, para mí, es la siguiente: tenemos muchísimo *que hacer* y, sobre todo, muchísimo *que estudiar;* me refiero al movimiento en los distintos países. Tengo la impresión de que nosotros (los «alemanes»), sólo con *conocer* la realidad del movimiento en los demás países, nos impondremos en autoridad e influencia. Tengo además la impresión de que por el solo hecho de acercarnos a la *Internationale,* reforzaremos más y más nuestra posición («nuestra» en la acepción estricta de la palabra) dentro del movimiento *alemán.* En una palabra, me siento contenta de vivir. Envíame bajo sobre tus artículos, pero en *recortes.* Estoy convencida de que *Clara* no es de los «elegíacos», sino que está de acuerdo contigo y conmigo. A los dos os esperan en Brema duras jornadas; ponte antes de acuerdo con ella; de esa puedes fiarte. ¡Me gustaría tanto recibir carta suya! *À propos* del cuarto tomo[13], ¿en qué fecha aparecerá de seguro? Quisiera hacer una nota de él; tengo algunos proyectos acerca de este asunto.

Para ti, ahora, Luise queridísima, o mejor, para ti sola, ya que toda la carta va escrita también para ti. Muchas veces, tú comprendes mi estado de ánimo mejor y más pronto (cuando hay algo que «comprender»).

¡Querría escribirte tantas cosas y tengo que ser tan breve! Así, estas líneas serán simplemente para decirte que tus cartas me ponen siempre del más radiante buen humor. Gracias mil veces por cada una de tus palabras: ¡me haces una pintura tan real del medio en que vivís! Escribe de mi parte a Holanda las cartas más cordiales. Escribe a menudo, pero sólo cuando

sientas *deseos* de hacerlo, no quiero violentarte. Os abrazo a todos y también a los chicos. Cariños a Granny.

Tu

Rosa.

Luiserl: escríbele a Troelstra diciéndole que a la primera ocasión iré a visitar a la señora Sjoukje[14] cuando estemos por allá. Puedes enviarme sin reparo la fotografía. Desde Brema[15], ponme enseguida cuatro letras diciéndome cómo marchan los asuntos.

26

(Sin fecha. Zwickau, a mediados de septiembre de 1904)

¿Puedes imaginar, queridísima, el sentimiento que experimenta una al recibir cartas como la tuya penúltima y no puede sentarse a contestarlas inmediatamente? Es, en verdad, un cruel recargo de la pena. Pero, en cambio, ¡qué agradecida te quedo cuando me llega aquí uno de esos rayos soleados de recuerdo! Ha llegado a mis manos con toda felicidad esta preciosidad de niña[16] que me has remitido y no me canso de contemplarla. Es una cara maravillosa; el óvalo, sobre todo, me recuerda a Monna Lisa Gioconda.

Brema me produce una impresión inmejorable, hasta en esta reseña incompleta que viene en la hoja de Mosse[17], la única de que dispongo. Al ver lo ocurrido a Max[18], me he dicho sonriendo con melancolía que, hoy como ayer, Némesis no hiere nunca al más culpable ni al más peligroso, sino al menos diestro. ¿Qué hará ahora? Supongo que dirá, a pesar de todo: «No me perderéis, sigo a vuestro lado». Sea como sea, por lo que puedo juzgar desde aquí, el estado general de espíritu es excelente. Claro que, vistas a distancia, las cosas cambian de aspecto. Siento viva curiosidad por saber la impresión que Karl haya sacado; tú la sabrás, escríbemela pronto. Ya sabes que me interesan hasta los más nimios detalles. Me ha chocado que tú no hayas ido también a Brema; pero al mismo tiempo, me ha llenado de íntima satisfacción. Sí, hasta tal punto es una vil; imagínate, ya que yo no podía ir, me ha gustado saber que tú te has quedado también en Friedenau, ¡como si por esto estuvieras *más cerca* de mí y yo no estuviera

tan sola! Qué simpleza, ¿verdad? ¿Qué hace Granny? ¿Está ya instalada en su casa? Salúdala cariñosamente. Cruel, ¿por qué no me envías tu retrato «de invierno»? Sospecho de Granny. ¿Has explicado a Troelstra y a la señora Sjoukje que, desgraciadamente, no me es posible contestar a su admirable carta? ¡Fuera de esto, ni una sola palabra de Holanda! Ya ves si soy «ángel de augurios» que me traje para leer durante las horas libres «tu» Schiller[19], tomos 7 a 9: *Historia de la insurrección de los Países Bajos;* casi siento tentaciones de decir con Margarita de Parma: «¡Y pensar que he derrochado tanto cálido amor por este pueblo desleal!». Sé pues, tú, mi fiel duque de Alba, lánzate a mano armada contra ese país apóstata, y recuérdale sus deberes, sus juramentos. Pero no, mejor es que el crimen cunda y, cuando en enero o febrero vayamos las dos a Ámsterdam, los Países Bajos se verán domeñados por segunda vez. ¡Nada de treguas!

¿Has leído en el *Tageblatt* el artículo de Leop. Schmidt sobre la ópera? Me ha gustado mucho. ¿Qué dice ahora el señor Hans[20], tan entusiasta de su Hülsen? ¿No te lo dije, en cuanto conocí el programa de la temporada, que esa ópera ni antes ni después tendría éxito? Te extrañará quizá que en mi reclusión me interese por la música. Yo pienso generalmente en *todo,* y en primer lugar en todo lo que es agradable. ¿Sabes en qué «cuadro futurista» me complazco preferentemente? Pues en imaginar la fiesta que celebraremos en Ámsterdam. *Ce sera, certes, une admirable escapade.* Has de conseguir también que aquella tropa nos invite a la ópera; esto formará parte del tributo de guerra que les impondremos cuando llevemos a efecto la futura reconquista del país. Anteayer encontré, en el patio que me sirve aquí de bosque para mis paseos, una mariquita entumecida, posdata tardía del verano. La trasladé, naturalmente, al inmediato puesto de socorro –la ventana caliente de la cocina–, pero ignoro qué habrá sido de ella. Ayer encontré también, en el mismo patio, una plumita gris perla, minúscula y suave, que mis reducidos conocimientos de ornitología me hicieron atribuir a un pichón. El pequeño Bendel[21] podría afirmar con más seguridad quién dejó caer al patio, para mí, esta tarjeta anónima de visita. Quería enviarle la plumita metida en esta carta, a título de «documento humano» de nuestra época inhumana; al volver del paseo, la traje con todo cuidado a la celda, y he aquí que se me ha perdido. Bendel se asombrará probablemente de que se pueda *perder* nada en una celda que mide siete pasos, de los míos, por cuatro. ¡Ah, mi buen Bendel! En una celda tan pequeñita, puede llegar a

perderse hasta un objeto muy grande; así me aconteció a mí por ejemplo, cierta vez, con mi paciencia. Era un día melancólico y lluvioso en que no me cansaba de dar vueltas y más vueltas a mi celda, intentando en vano capturar a la fugitiva. En aquel momento llegó una luminosa carta de Friedenau, e inmediatamente apareció lo que andaba buscando: la pícara paciencia estaba allí, cerquita, debajo de la mesa, enfurruñada. Un abrazo cordial para todos. Recuerdos afectuosos a Franciscus[22] y al pobre Paul.

Tu

Rosina o *Rosseta,* como más te guste.

Dime, queridísima, ¿no quieres escribir a París pidiendo noticias de Louise Guesde?[23] (Rue Rodier, 5). Ha estado enferma de mucho cuidado y me tiene intranquila.

27

(Postal n.º 1, sin fecha.
Matasellos: Friedenau, 25-7-1905)

A todos los Kautsky, St. Gilgen, Salzkammergut.

Mis queridísimos amigos: Gracias por las dos postales. No quería escribiros, aunque me aburro mucho sin St. Gilden, porque en vacaciones el hombre debe estar libre de toda obligación y no oír hablar de nada que le recuerde los once meses restantes.— Por aquí, el tiempo está abominable, «abscreusslich», como dice Henriette[24]; siete alternativas de sol y de lluvia al día; pienso en ti con inquietud. Carolus, y en el tiempo que hará ahí.— Clara anda muy agitada por la «campaña» del *V.*[25] contra ti, y se pregunta si el Comité Central va a dejar las cosas así. Por lo que a mí se refiere, veo, por el contrario, con gusto cómo se comprometen *our friends the enemies,* porque ese «tono» no puede por menos de perjudicar al *V.*,. irritando a las masas obreras.— En fin, tengo que confesar con algún rubor lo que no podría ocultar mucho tiempo ante el mundo: mi familia cuenta con un nuevo miembro: Puck[26] pasa conmigo las vacaciones. ¿Cómo siguen los inolvidables pequeños? Siempre he sentido una especial inclinación por la «chiquillería» y especialmente sin los tres me aburro mucho más.

Besos,

R.

28

(Postal n.º 2, con igual fecha)

Mis queridísimos amigos: Una verdadera representante del bello sexo no se da cuenta, naturalmente, de haber olvidado lo principal hasta que ya está de vuelta, en las escaleras de su casa. Querida Lulu, escríbeme, pero enseguida, con ayuda de Fritzi[27]: 1.° Las señas exactas de su pensión; 2.° Lo que paga; 3.° Las condiciones de admisión; 4.° El número aproximado de huéspedes; 5.º Lo que aprende en ella (si puede una, en caso necesario, aprender bien el corte y a coser). No he vuelto a ver a los Wurm[28]; pero «en compensación» ha venido varias veces Bertha[29]*** Hannes[30] os manda recuerdos; el lunes, cabalgará en Munster sobre su rocín y su cañón. Espero muy impaciente al embajador de Granny. ¿Es joven todavía? ¿Hermoso? ¿Buen mozo? ¿Interesante? Ahora, me parecía bien que tuviera todas esas cualidades (por mí y por todo lo que me rodea). Sin embargo, aun cuando fuera más viejo que las piedras, desdentado, calvo, sordo y jorobado, le recibiría con los brazos abiertos, como mensajero de la querida *Gans K.*

Siempre vuestra

Rosa.

Hilferding ha desaparecido, Block se propone publicar un suelto en la *Amtsblatt* (a propósito de la memoria de Henriette). ¿Sabéis acaso qué camino haya podido tomar el desertor?

29

(Sin fecha, probablemente del verano de 1905, desde Friedenau)

Queridísimo Carolus: Te remito adjunto el amargo brebaje de Ulianof (Lenin), en cuyas últimas líneas habla de ti. Creo indispensable que mandes a Huysmans unas cuantas palabras de rectificación, para que las haga llegar

al Bureau; al mismo tiempo, podrías indicar que mi artículo[31] no era *pour la désorganisation.* Pero esto no tiene importancia.

Agradezco infinito tu carta, querida Lulu; no quiero escribiros extensamente, porque la paz de las vacaciones no debe turbarse con remordimientos. Sólo quiero rogarte que me envies las señas de la pensión en que vive Dieuwke Troelstra[32]. La de Fritzi no sirve, según dice Hans; ten, pues, la bondad de indicarme la otra; si tú no la sabes, dame las señas de la señora Troelstra madre, para que yo pueda informarme.

He sufrido una desgracia de familia: Puck[33] rodó por la escalera y se fracturó una patita. Resultado: susto, médico, compresas, noches en vela, etc.; ahora empieza a estar mejor, pero el pobre animal roe sus vendajes a cada momento, y ni aun con la vara de sacudir se puede con él. ¡Ah!, sí, dime también *cuándo regresáis.*

Besos a todos.

Vuestra

Rosa.

30

Cracovia, 10 de agosto de 1905.

(Casa de la señora Warszawska[34]. Utica Szlak, 55)

Queridísima Lulu: Para sorpresa tuya y mía, heme aquí instalada en Cracovia, disponiéndome a enviarte un beso de cumpleaños desde el hermoso parque Jordán, a orillas del padre Vístula. ¡Ay! Una cosa me preocupa de veras, y es que no sé dónde podrán encontrarte mis pensamientos y afectos: si en los Alpes del Tirol o en Friedenau. Mi precipitada marcha me ha desgajado en cierto modo de todo el mundo y no sé si me habrás dirigido a Friedenau la contestación a mi pregunta acerca de tu regreso. Creo más seguro, de todos modos, dirigir mi mensaje de cariño hacia las ásperas montañas; pero no tengo más remedio que insistir, queridísima, en que otra vez procures elegir para tus cumpleaños una fecha más cómoda y segura que no flote, maliciosa y fantástica, en el intermedio de las vacaciones y la época de regreso, entre el Tirol y Schöneberg. Te abrazo estrechamente contra mi corazón como lo hago con tu recuerdo; y debo decirte que me he tomado la libertad de darte, en tu cumpleaños, una

pequeña prueba tangible, mejor dicho, audible, o mejor aún, timpanodestructiva del cuidado que te presto: durante tu ausencia he mandado colocar aprisa unos postes entre nuestras respectivas casas, con lo cual podremos al fin comunicarnos con la deseada rapidez. Todas las noches he inspeccionado y apreciado con todos mis sentidos los progresos de esta forma sensible del lazo que une nuestros corazones. Consecuencia de todo esto y de otras circunstancias parecidas fue que me decidiese de improviso a ir sin pérdida de momento a cualquier sitio a descansar durante quince días. Hecho ya el equipaje, y decidida a ir a casa de Clara –(por lo menos así se lo había dicho a Puck)–, llegó a última hora la señora Warszawska y me sedujo con una invitación para venir con ella al campo, pero antes de llegar a él, el tal campo se convirtió en la ciudad de Cracovia, y en ella me tienes. Añade a esto que es la tercera noche en que no he «pegado ojo», y no a causa de los ensueños, como Rabbi Pawel[35], sino por la más abominable de las realidades. El caso es que no era yo el único ser vivo en la cama, y esta población indígena me ha tratado como a «extranjera indeseable», hasta el punto de que, tras largo forcejeo, no he tenido más remedio que levantarme sin hacer ruido y huir de aquel «colchón-caverna». Ahora, después de tres noches en blanco, me siento excitada, febril y mi fantasía irritada se extravía en insólitas imaginaciones. Continuamente estoy pensando –¡tan presumida me he vuelto, figúrate!– en una hermosa bata nueva festoneada. Aquí me han enseñado el panteón de Kosciuszko, los sepulcros de los reyes polacos, la antigua «Alma Mater» de Cracovia y otros objetos específicamente nacionales, pero yo, en mi fuero interno, pienso tenazmente: «¡Oh, cómo me gustaría lucir unos galones aquí, y en esta parte, y también por esta otra![36]. O bien... verme en Friedenau, lejos de la querida patria...». ¡Ya lo creo! Diez patrias daría por una vida libre de chinches!

Hans ha debido de escribirte o contarte que hemos celebrado una fiesta magnífica, y otra que ha terminado mal. Él quiso marcharse inmediatamente después y no regresar hasta que vosotros estuvierais de vuelta. Tengo que contarte, en cuanto volvamos a vernos, más de una picardía. De Hans, el suboficial de caballería, he tenido una extensa carta muy cariñosa, que ya leerás. Bertha se marchó también. Espero que todos regresaréis a vuestro hogar contentos y animosos. Hacia el 21 estaré de

vuelta de mi loca escapada a Cracovia. Mientras tanto, te abrazo de todo corazón, como a todos los demás.

Tu

Rosa.

31

(Sin fecha. De Friedenau, probablemente otoño de 1905)

Queridísima señora Kautsky: ¿Qué te parece? –No tengo más remedio, era ineludible entenderme contigo «por este conducto que ya no es nuevo»–, a pesar de haber venido hoy Karl y de que mi Hans acapa de salir hacia vosotros. Pero ¡qué cabeza la mía!... Por tanto: 1.º «¡Socorro, socorro!», queridísima. Vuelve a escribir a Karpeles[37], por última vez, si la señora Kassjusz[38] debe *lasciare ogni speranza*[39], pues el pícaro permanece mudo como un Moltke. 2.° «¡Activa, activa eso!» Al mismo tiempo, queridísima, tantea a Nataicha[40] si estaría dispuesta a romper por la señora Kassdjusz una lanza cálida cerca de Wertheim, como vigilante. (¡Dios me perdone esta sintaxis!) Si acepta, ¿será preciso que la señora Kassjusz vaya a presentarse, y cuándo? Yo preferiría hacer todo eso personalmente, pero no llego a tanto: me es literalmente imposible. No tengo más remedio que molestarte. *Such is life,* todo es un círculo: el hambre tortura a la señora Kassjusz, la señora Kassjusz me tortura a mí, yo te torturo a ti; tortura tú a Karpeles y a Nataicha. Confiemos en que todas estas torturas, sumadas, acaben por nivelarse.

Te bendigo por las buenas acciones que acabo de sugerirte, y te abrazo de todo corazón, así como a tus huérfanos. Vuestra inolvidable; incorregible he querido decir, naturalmente: pero ¡me equivoco tan a menudo!

Rosa.

[1] Rosa estaba recluida en Zwickau por «delitos de lesa majestad». Fue puesta en libertad, mal de su grado, con ocasión de la amnistía decretada para conmemorar la exaltación al trono del rey Federico Augusto de Sajonia (15 de octubre de 1904). Aunque quiso resistirse, todas sus protestas fueron inútiles, y no tuvo más remedio que aceptar la amnistía. *[N. de L. K.]*

[2] La redacción del *Vorwaerts. [N. de L. K.]*

[3] Franz Mehring era por entonces redactor de la *Leipziger Volkszeitung. [N. de L. K.]*

[4] Franz Mehring.

[5] Alude, manifiestamente, al Congreso celebrado en Basilea, en 1904, por la Asociación Internacional de Legislación Obrera, al final de cuyas sesiones el delegado italiano Soderini dio las gracias al Gobierno de Basilea por la buena acogida. *[N. de L. K.]*

[6] Wullschläger, socialista suizo y consejero de Gobierno en Berna. *[N. de L. K.]*

[7] Seguramente Millerand –no he podido encontrarlo exactamente– dedicó algunas palabras halagüeñas acerca de la política social alemana. *[N. de L. K.]*

[8] Del *Vorwaerts. [N. de L. K.]*

[9] Kurt Eisner, primer ministro de la República Soviética Bávara, por breve tiempo *[N. de L. K.]*

[10] George Gradnauer, líder socialista sajón. *[N. de L. K.]*

[11] August Bebel. *[N. de L. K.]*

[12] Arthur Stadthagen y Paul Singer. *[N. de L. K.]*

[13] Se refiere al IV volumen del *Capital,* cuya edición estaba preparando Kautsky. *[N. de L. K.]* Luego se publicó con el título de *Teorías sobre la plusvalía* (1904-1910).

[14] Primera mujer de Troelstra. *[N. de L. K.]*

[15] Congreso del Partido celebrado en Brema (18-24 de septiembre de 1904). *[N. de L. K.]*

[16] Un retrato de la hija de Troelstra. *[N. de L. K.]*

[17] El *Berliner Tageblatt,* propiedad de Rudolf Mosse. *[N. de L. K.]*

[18] Contra Max Schippel aprobó el Congreso de Brema (por 234 votos contra 44 y una abstención) un voto de censura durísimo presentado por Bebel. *[N. de L. K.]*

[19] Rosa tenía una extraña aversión a Schiller, que ella atribuyó al motivo aún más extraño de que su madre estaba encantada con él y, por lo tanto, ella no podía soportarlo debido a un espíritu infantil de oposición; además, le resultaba demasiado «anticuado» para ella. Poco a poco pude convencerla de que Schiller era precisamente el hombre adecuado para ella, y gradualmente se convirtió en una gran entusiasta suya. *[N. de L. K.]*

[20] Hermano de Karl Kautsky, pintor decorador del Teatro Real de Berlín. *[N. de L. K.]*

[21] Bendel, el hijo menor de Kautsky. *[N. de L. K.]*

[22] Franz Mehring y Paul Singer. *[N. de L. K.]*

[23] Hija de Jules Guesde. *[N. de L. K.]*

[24] Henriette Roland-Holst.

[25] *Vorwaerts.*

[26] Su conejo. *[N. de L. K.]*

[27] Fritzy Kautsky, nieta de Karl Kautsky. *[N. de L. K.]*

[28] Emmanuel y Mathilde Wurm.

[29] Bertha Thalheimer.

[30] Hans Diefenbach, doctor en Medicina. Era viceteniente de artillería de campaña, y se disponía a irse de prácticas militares. *[N. de L. K.]*

[31] «Cuestiones de organización de la socialdemocracia rusa», publicado primero en la *Iskra y* luego en la *Neue Zeit*. *[N. de L. K.]*

[32] Hija de Pieter Troelstra, líder socialista alemán. *[N. de L. K.]*

[33] Su conejo.

[34] Amiga suya de juventud. *[N. de L. K.]*

[35] Paul Axelrod, líder socialista ruso, en cuyas vigilias e insomnios Rosa no tenía fe. *[N. de L. K.]*

[36] Chiste judío de un mendigo piojoso quien para poder rascarse busca todo tipo de pretextos. *[N. de L. K.]*

[37] Benno Karpeles, que ocupaba un puesto directivo en la Liga de Consumo de Viena. *[N. de L. K.]*

[38] La Sra. Kassjusz, viuda del camarada polaco mencionado anteriormente. Debía obtener un puesto en la Liga de Consumo de Viena por mediación de Karpeles.

[39] «Abandonar toda esperanza» en italiano. *[N. de L. K.]*

[40] Natalie Liebknecht. *[N. de L. K.]*

Primera Revolución rusa
(1905-1906)

32
[Postal ilustrada de Illowo
(Prusia oriental).]
Matasellos: 29-12-1905[1].
Viernes a mediodía

Mis queridísimos amigos: Aquí me tenéis, y si no formo hombres, en cambio como buenas chuletas con patatas. He pasado toda la noche vagueando entre Alexandrowo y Thorn; estoy cansada como un perro. Aquí espero el tren que ha de llevarme a Mlava. ¿Qué sucederá después? Todavía no está muy claro. A causa de la fiesta del sábado, no hay que contar con tener un coche de caballos hasta el domingo. En compensación, dicen que saldrá hoy mismo un tren para Varsovia, ¡custodiado militarmente! Fácil os será imaginaros lo tragicómico de la situación. Todo el tren estará ocupado por los soldados, y, entre ellos, probablemente como único viajero, iré yo*** Sin embargo, esta aventura graciosa podría tomar mal cariz, si durante la marcha ocurriera una *recontre* con los huelguistas. ¡Confiemos en que en Varsovia no me recibirán a tiros de browning!

Muchos besos

R.

Mis afectos a Pauly[2], y explicadle por qué no me ha sido posible ir a despedirme de el. En Alexandrowo todo ha salido a pedir de boca.

33
[Postal ilustrada de Varsovia, matasellos del 18-12.
(Cómputo ruso = 31 de diciembre de 1905), sábado]

Queridísimos amigos: Llegué anoche con toda felicidad, en un tren conducido por las tropas, sin calefacción, sin luz, y que, por temor a

«emboscadas», avanzaba a paso de Granny. La ciudad está como muerta. Huelga general, tropas a cada paso. El trabajo marcha bien; hoy comienzo.

Saludos cordialísimos.

Vuestra

Rosa.

34

(Varsovia), 2-1-1906

Mis queridísimos amigos: Os escribo apresuradamente, pues dispongo de poco tiempo. Hasta ahora, he probado a orientarme sobre el estado de los trabajos y la situación general; ahora voy a poner manos a la obra. Dos palabras nada más para que os forméis idea de la situación (pero sólo para vosotros); la huelga general ha fracasado casi, sobre todo en Petersburgo, donde los ferroviarios no se han preocupado en absoluto de secundarla. (Los informes de Deutsch[3] carecían, pues, de fundamento.) El estado de espíritu es de duda y expectativa por todas partes. Pero la razón está en el hecho sencillísimo de que la *huelga general por sí sola* ha dado todo lo que podía dar de sí. Ahora, sólo una acción en las calles puede conducir a algo; pero para ello hay que preparar mejor el momento. Puede, pues, ocurrir que siga sosteniéndose esta actitud expectante durante algún tiempo. Después, una «contingencia» cualquiera, un nuevo manifiesto, o algo parecido, podría producir una explosión repentina y espontánea. En general, la preparación y el estado de espíritu son muy buenos, pero hay que explicar a las masas por *qué* la huelga actual se ha terminado «sin resultados» visibles. La organización crece potente por todas partes y, sin embargo, sigue siendo deplorable, por los eternos cambios. Lo más lamentable es el caos de Petersburgo. Moscú se sostiene mucho mejor, y la lucha de Moscú ha llevado la táctica general a una nueva fase. No puede hablarse de una dirección que irradie de Petersburgo; la gente localiza sus puntos de vista del modo más ridículo. (Por lo demás, esto salta a la vista en el razonamiento de D., quien ha pedido socorros materiales para Petersburgo *solamente.* Esto era muy poco discreto, pues, aun desde su propio punto de vista Petersburgo no se basta ni mucho menos para hacer triunfar la revolución, que sólo podrá vencer extendiéndose por todo el Imperio.)

Ahora les toca el turno a los encargos urgentes; son estos: 1.º Hacedme el favor de mandarme enseguida el artículo de Mehring, en carta certificada dirigida al Dr. J. Goldenberg, Wierzbowa, 9 (con un sobre interior a mi nombre), sin pasar por Thorn, directamente a Varsovia. 2.° Luiserl, avístate inmediatamente con Freythaler[4], del *Vorwaerts,* y haz que me manden regularmente, a partir del mismo día, dos ejemplares del *V.*, bajo faja, a las señas de la redacción de la «Bibliotheka Naukowa», Varsovia, Nowy Swiat, 37. Creo que ya lo ha remitido una vez, pero, a causa de la huelga postal, sólo llegó un número a su destino; además, ahora me hacen falta dos ejemplares, ambos bajo una sola faja. 3.º Ten la bondad de comunicar dichas señas, con igual petición de los dos ejemplares en una sola faja a Mehring, a fin de que reciba la *L. V.*[5]. 4.º Mándame también todas las semanas, a las mismas señas, también bajo faja, el *Bulletin de la Commission générale* con la *Soziale Praxis.* Necesitamos estas revistas para el órgano sindical que ahora va a publicarse. Las espero *enseguida;* envíame los últimos números, si es que aún puedes dar con ellos. 5.° ¿Serás tan amable, Luiserl, de sacar del primer cajón de mi escritorio una carpeta forrada con papel sembrado de estrellas azules? Contiene toda clase de impresos. Mándamela bajo sobre cerrado, como carta, y certificada a estas señas: Nowy Swiat, *para mí.* 6.° Encima del escritorio, junto al busto de Voltaire, en un montoncito de papeles inútiles, hay una carpeta de papel, alargada, que contiene mi original ruso, unas 116 hojas escritas y numeradas. Si no estuviera allí, estaría debajo, cerca del busto de mármol o en el cajón. Si lo encuentras mándamelo también, bajo sobre cerrado y certificado a la dirección de Nowy Swiat, para mí. Si resulta demasiado pesado, ponlo en dos sobres.

Ya ves que no me quedo corta haciéndote encargos, pero estoy segura de que los despacharás con la mejor buena voluntad. ¡Esto marcha muy bien, querida! No pasa día sin que haya en la ciudad dos o tres personas degolladas por los soldados y arrestos a granel; por lo demás, no falta alegría. A pesar del estado de guerra, nosotros publicamos *cada día* nuestro *Sztandar,* el cual se vende por las calles. Apenas se levante el estado de guerra, volverá a publicarse el diario legal, *Trybuna.* Por ahora, tenemos que sostener día tras día, revólver en mano, una ruda lucha para poder tirar el *Sztandar* en las imprentas burguesas. Los mítines comenzarán también en cuanto se levante el estado de guerra, y entonces tendréis noticias de mí.

Por aquí hace un frío atroz: no puede circularse más que en trineo. Tengo que terminar. Muchos besos para vosotros y para los chicos. Saludos cariñosos a Granny, Hans, Mehring y Singer y para mis colegas[6]. Escribidme *enseguida* cómo están y, en general, lo que ocurre, cómo van los asuntos en el *V.*[7] y si August[8] ha dicho muchas pestes de mí[9]. Dirigidme la correspondencia ordinaria por conducto de Goldenberg, con un sobre dentro a mi nombre.

Cordialísimamente vuestra,

R.

35

(Varsovia), 11-1-1906

Mis queridísimos amigos: Gracias cordialísimas por tus dos cartas, ¡lástima que sean tan breves!, que esperaba con impaciencia. No os telegrafié, porque M.[10] debió salir en aquel mismo momento para Berlín; pero su marcha, como sucede siempre, se demoró algunos días. Espero que os habrá dado mis recuerdos y que os habrá dicho que mandéis mis cosas como *papeles de negocios,* certificados. Así, todo cabrá fácilmente en dos sobres. Sólo una vez hemos recibido el *V.* (el número «rojo», dos ejemplares), y después, ¡nada! El porqué de esto, los dioses y los cosacos lo sabrán. Espero, sobre todo, con gran impaciencia el artículo de Mehring, que nos ha hecho retrasar la publicación del de Karl. ¿Es que M. no lo ha escrito todavía? Les escribo por este mismo correo; recuérdaselo tú también, Luiserl. Estos últimos días, ha estado aquí uno del O. K. (del Menchinstvo)[11]. Le he sonsacado toda clase de informes acerca de la situación, que tendrás la bondad de utilizar para el *V.* Por otra parte, tengo el laudable intento de colaborar con regularidad en la *Neue Zeit,* esclareciendo los acontecimientos un poco mejor de lo que puede hacerse en el *V.* ¡Si una tuviera aunque sólo fuese una migaja más de tiempo!

Entre otras cosas, he sabido por el moscovita que Parvus ha renunciado a la presidencia y a su puesto en el Consejo de los Delegados, por haberse quedado en minoría en una discusión, durante la última huelga general. Tratábase de reavivar esta desdichada huelga. P. propuso que para salvar la situación se proclamase el alzamiento armado, siguiendo el ejemplo de

Moscú. La idea, a todo el mundo le parecía bien, pero la mayoría estaba persuadida de que, por el momento, era irrealizable. P. declaró que reconocía haber exagerado, en general, su conocimiento de la situación; que ahora le interesaba, ante todo, estudiar, y presentó la dimisión para consagrarse a su periódico, el cual está obteniendo un éxito colosal. Hoy, por lo demás, no se publica en toda Rusia ni un solo periódico socialdemócrata; todas las hojas democráticas, lo mismo las neutras que las reaccionarias, están prohibidas. (Ya sabrás por M.[12] que nuestro *Sztandar,* sigue publicándose, no obstante, diariamente, y se vende por las calles.) Por el momento, la situación es esta: por una parte, todo el mundo coincide en apreciar que la próxima fase de la lucha va a ser de choques armados. De Moscú he sabido muchas cosas, y muy sabrosas por cierto. (Ya os escribiré en cuanto reciba noticias detalladas y fidedignas.) Entretanto, sólo os diré que en M. podemos apuntarnos más bien un triunfo que una derrota. La infantería en masa se mantuvo al margen, sin intervenir, ¡y los cosacos también! Sólo la caballería y la artillería siguen desplegando «arrojo guerrero». Las pérdidas sufridas por los revolucionarios son *mínimas;* todas las víctimas, que son muchísimas, pertenecen al elemento burgués, es decir, a gente que no tomaba parte alguna en la acción. La soldadesca disparaba al bulto, sin más ni más, a ciegas, y llegó a destruir varias casas particulares. Resultado: que toda la burguesía está furiosa y soliviantada y entrega sumas considerables a los obreros para que se armen. De los jefes revolucionarios de M. casi ninguno ha muerto. Únicamente los socialrevolucionarios se han dejado sorprender en una gran reunión «clandestina», a poco de haberla comenzado. Toda la lucha estuvo dirigida por los socialdemócratas. Por otra parte, la Duma y las elecciones están sobre el tapete. Tú conoces este repugnante régimen electoral. El colmo es que el estado de guerra no va a levantarse para las elecciones. Parecía que en condiciones tales estaba mucho más indicada la obstrucción electoral que en tiempos de la Duma de Bulygin. Pues mira: en Petersburgo, los socialdemócratas han decidido *tornar parte en las elecciones,* dejándose llevar de un plan artificioso que es insensato: que se voten en todos los grados –¡¡en provincias hay hasta cuatro grados electorales!!–. Pero votar... con sujeción al principio del sufragio universal –que no rige–. Además, no debían ser votados más que los electores que queden por debajo del grado superior; pero estos *no* elegirán diputados para la Duma, sino... que deberán adueñarse del poder en

las provincias. El diablo que lo entienda; ni yo misma soy capaz de repetir todo este galimatías. Es el triunfo de los de la *Iskra* sobre los de Lenin, triunfo del que ellos se enorgullecen. Desgraciadamente, no pude llegar a tiempo a Petersburgo, que si no, ya les hubiera yo echado a perder su «triunfo». Ahora, nosotros, los demás «pueblos»[13], nos hallamos en una situación muy desatinada. Claro que este plan ingenioso se derrumbará por sí solo *en la práctica,* pues al primer embate en las asambleas electorales se levantará un maremágnum que hará que toda la lucha electoral degenere en una verdadera batalla. Por razones de solidaridad con Petersburgo, no estaría bien que formásemos bando aparte, con consignas propias; y, por otra parte, no podemos tampoco asociarnos a este absurdo. En fin; nos mantendremos en nuestra posición, que es rechazar lisa y abiertamente unas elecciones hechas a base de un derecho de sufragio con cuatro categorías, y con el país en estado de guerra.

Saldré para Petersburgo dentro de algunas semanas. A principios de febrero, las dos fracciones celebrarán el primer Congreso constituyente mixto. Como es natural, pienso asistir a él. Y creo que sería conveniente, a fin de estrechar los lazos entre el partido alemán y la revolución, que la socialdemocracia alemana estuviese representada en este Congreso. Esto ejercería, además, un benéfico influjo sobre ambas facciones y suavizaría sus posibles razonamientos. Como no habrá nadie que, en las presentes circunstancias, quiera venir desde Alemania a Petersburgo, y como, además, nadie conoce el ruso, el Comité Central podría darme a mí, le parece, esa representación. Desde luego, yo tengo que asistir, de modo que ello no supondría *ningún gasto* para el Comité Central. Si tú, querido Karl, eres de esta misma opinión, te ruego que hables a los «padres conscriptos»; yo no puedo hacerlo personalmente, no vayan a figurarse que me guía en ello ningún interés personal. Pero procura arreglar esto lo antes posible: la fecha del Congreso no se ha señalado todavía y podría ocurrir que fuera en breve.

Aquí, he escrito ya un folleto acerca de la situación general y de nuestros objetivos; lo están imprimiendo. Además, esta semana va a emprenderse la publicación de un semanario *alemán* para Lodz, y la de un semanario *sindical.* Por esto espero con impaciencia a recibir el *Korrespondenzblatt* y demás publicaciones sindicales (austriacas).

Personalmente, no me encuentro del todo bien, como yo quisiera; me siento algo fatigada físicamente, pero ya pasará. Veo a mis hermanos y

hermanas una vez por semana; ellos lamentan mucho esta rareza de las visitas, pero *non possumus!* ¿Cómo estáis vosotros todos, queridísimos? ¿Qué preparas ahora tú, Carolus? ¿Cómo sigue Wurm?[14]. ¿Cómo anda el *V.*? ¿Está ya colocado Block?[15]. ¿Qué hace Granny? ¿Y los chicos? Aunque en plena tormenta, no puedo dejar de pensar en todos vosotros, Lulu mía. Escríbeme pronto, te lo ruego. Mil besos y recuerdos a todos.

Vuestra

R.

36

(Sin fecha. Enero de 1906, Varsovia)

Mis queridísimos amigos: Hasta anoche no recibí tu carta, Carolus, con la sensible noticia de lo de Lulu[16]. Ayer, tuvimos, desde por la mañana, «mala pata» en todo: registros en la imprenta, detenciones, la imprenta ha sido sellada. Todo acabó bastante bien. Sin roturas. Hoy nos hemos hecho los amos de una nueva imprenta, de modo que no tengo más remedio que sentarme a escribir un artículo para el día 22[17].

La noticia de lo de Luise me ha conmovido profundamente. Una fiebre gástrica no deja de ser cosa seria. Hoy he ido a Correos para pedir noticias por telégrafo, pero en esta maldita oficina no hay servicio telegráfico. No hay más que una sola Central en todo Varsovia, y está en el quinto infierno, a varias leguas de mi casa. Por esto tengo que limitarme a pediros noticias por carta. Os lo suplico reiteradamente, escribidme enseguida, pero en forma *explícita* y bien detallada, cómo sigue L., lo que dice el médico, si la calentura persiste y a cuántos grados sube. Tú, querido Carolus, no es necesario que pierdas tu tiempo; Felix y Karli están ya en condiciones de escribirme una carta y darme noticias de su madre. Vamos, muchachos, coged pluma y papel y escribidme. Probablemente habrá sido el brusco tránsito del frío intenso al calor –como ha ocurrida aquí– lo que le habrá provocado el enfriamiento.

Luise tiene sobrada razón para citarme a Berlín. Con gusto iría de un salto, y enseguida; pero antes tengo por aquí algo que arreglar. Además, tendré que asistir, seguramente, a la fiesta de familia en Petersburgo[18]; es importante y de interés general, pues desearía ponerles las peras al cuarto

sobre muchas cosas. Pero lo que voy a hacer es *escribir al V.* y ayudarle así en algo. Por desgracia, está una aquí tan atareada, que apenas hay tiempo para pensar en nada que no sea esto. No importa, lo haré.

M.[19] está encantado de la buena acogida que le dispensasteis y del espíritu que reina en vuestra casa. También él se ha dado cuenta de que en vuestra casa no «soplan» los mismos «vientos» que entre otros honrados «camaradas» de Alemania. *À propos:* ¡¡hurra por Hamburgo!![20]. Me he sentido orgullosa y feliz al leerlo. ¡Ojalá no paren ahí las cosas! Es probable que los «padres conscriptos» estén ya «recogiendo velas»*** Los buenos resultados obtenidos por M. en su viaje, gracias a vuestro concurso, han complacido mucho; esto llega *muy* à *propos.*

Por lo que se refiere a la carta de Franciscus, no comparto en absoluto tu opinión. Nosotros no publicaremos, naturalmente, más que tu artículo, que se basta y se sobra, y nos rendirá un gran servicio; los rusos, que han oído hablar de él, esperan impacientes su publicación para traducirlo. Tengo que ponerme a trabajar, y termino, por ahora. *Espero noticias.* Mil besos y afectos para ti, para mi buena Lulu, para los chicos, para Granny y para Hans.

Vuestra

R.

Me has hablado de la indisposición de Luise como de cosa sin importancia, una ligera gripe, ya en vías de desaparecer. Pero tu carta me ha dejado intranquila.

37

5-2-1906

Mis queridísimos amigos: Llevo la mar de tiempo sin dar señales de vida y seguramente que estaréis enfadados conmigo, como es natural. Pero me excusan esta agitación incesante y esta constante «inseguridad de vida» que aquí llevamos. No es posible, en una carta, señalar debidamente todos los detalles, pero he aquí los más importantes: dificultades inmensas, en lo que a las imprentas se refiere, detenciones a diario, riesgo de ser detenido y fusilado. Dos camaradas nuestros han vivido días y días bajo esta espada de

Damocles; pero parece que ya empiezan a cansarse. Con todo, seguimos trabajando animosamente; en las fábricas se celebran grandes mítines; apenas pasa un día sin que se escriba y publique un manifiesto; el periódico aparece con dificultades, pero casi diariamente. En Finlandia acaba de tener lugar una pequeña conferencia, en la que tomaron parte todos los partidos. No ha sido más que una nueva edición de la antigua idea del «Bloque» y, naturalmente, ha fracasado. Pero, por lo menos, ha habido ocasión de ver más de cerca los asuntos de Petersburgo. Desgraciadamente, por la correspondencia de Petersburgo últimamente publicada en la *L. V.*[21] se saca la impresión de que el cuadro es verdaderamente lamentable. En la organización, reina un caos indescriptible; fracciones riñendo entre sí a despecho de toda unificación, y todo el mundo deprimido. Pero no debéis desesperar. Sobrevendrá una oleada fresca de acontecimientos, y aquellas gentes obrarán con más ánimo y más vigor. ¡Lástima que estén aún tan indecisos y tan inseguros *de sí mismos*! La fiesta de familia será algo más tarde de lo que se había calculado; sea como fuere, gracias por las atenciones de los veteranos, que transmitiré a su debido tiempo y lugar.

La plaga del movimiento, hoy, lo mismo en Petersburgo que aquí, es el enorme paro, que acarrea una miseria indescriptible.

No me había propuesto más que daros unas notas preliminares sobre la situación en general, para luego deducir de ellas lo que más me interesa actualmente; pero veo que, hasta en esta carta, los acontecimientos amenazan arrastrarme. Por eso, dando un salto audaz, me sobrepongo a ellos, por fin, en calidad de «ser humano», para preguntar: ¿cómo te encuentras, querida Lulu? Carolus me ha escrito por varias veces noticias tranquilizadoras, que le agradezco. Sin embargo, la inquietud no me abandona ni aun en plena agitación, aun cuando no haya tenido tiempo para escribir. Todavía no sé *qué* mal ha sido ese que te ha asaltado tan repentinamente. Debe de haber sido algo maligno, para que durante tanto tiempo se hagan sentir sus consecuencias. ¿Sales ya? ¿Estás débil todavía? ¿Lo ves? Todo el tiempo que me tuviste a tu lado, lo pasaste animosa y contenta; apenas he salido a correr mundo, caes enferma de gravedad. ¡Cuántas veces he pensado aquí, en pleno ajetreo: si yo estuviera allí, pasaría diariamente horas enteras a su lado, la cuidaría con tanto cariño! Ahora creo que ya no tienes necesidad de que te cuiden. Si te es posible, ponme unas líneas en prueba de tu restablecimiento: será una gran alegría

para mí. Los demás están bien, ¿verdad? Los chicos no me han escrito todavía, y esto me tiene muy apenada. No recibimos el *V.*, y la *N. Z.* llega con gran irregularidad. Por lo que a mí se refiere, uno de estos días va a decidirse si voy por algún tiempo a Petersburgo o si regreso cuanto antes por unos dos meses *ad penates,* es decir, a vuestro lado. Lo único que personalmente me atrae sois vosotros, pues por lo demás la idea de volver a dar vueltas a la noria y los debates con Peus y Rexhäuser[22] me hacen temblar de sólo pensarlo.

Volviendo al tema: el paro, *voilà la plaie de la révolution*, que no hay modo de atajar. Pero, al propio tiempo, se está desarrollando aquí, entre las masas, un heroísmo silencioso, un sentimiento de clase que desearía vieran esos queridos alemanes. Los obreros llegan, por *sí mismos,* en todas partes a arreglos como los siguientes: por ejemplo, los que trabajan entregan puntualmente un jornal por semana para los sin trabajo; o bien, donde el trabajo se reduce a cuatro jornales semanales, se arreglan de forma que nadie tenga que ser despedido, trabajando todos algunas horas menos cada día. Y todo esto se lleva a cabo con tanta sencillez, tanta unanimidad y tan naturalmente, que el partido no se entera de ello si no es por casualidad. El sentido de solidaridad y de fraternidad entre los obreros rusos alcanza tales proporciones que no puede uno por menos de quedar maravillado, a pesar de haber contribuido personalmente a su logro. Otro fenómeno interesante de la revolución: en todas las fábricas se han constituido «por propia iniciativa» comités elegidos por los obreros, encargados de reglamentar las condiciones de trabajo, las contratas y despidos de obreros, etc. En realidad, el patrono no ha dejado de ser «el amo de su casa». Un pequeño y curioso caso: últimamente, la dirección de una fábrica quiso imponer una multa a varios obreros por haber llegado tarde al trabajo; el Comité se opuso a ello; inmediatamente, el patrono se dirige al Comité socialdemócrata quejándose del Comité obrero «que no actúa según los principios socialdemocráticos», pues la socialdemocracia exige el cumplimiento exacto y leal del deber. Y así a cada paso. Cierto que todo esto cambiará probablemente des-pues de la revolución, al restablecerse las «condiciones normales». Pero este estado de cosas no pasará sin dejar huellas. Entretanto, la obra realizada por la revolución es enorme: el antagonismo entre las clases es más profundo; las diferencias sociales, más marcadas y evidentes. ¡Y todo esto no lo ven en el extranjero! Creen que la lucha ha cesado, porque está fermentando en las

entrañas. Al mismo tiempo, la *organización* progresa infatigablemente. A despecho del estado de guerra, la socialdemocracia funda, animosa, sindicatos profesionales en toda regla, con carnés de socio, impresos, sellos, estatutos, reuniones periódicas, etc. Se sigue trabajando exactamente igual que si hubiera ya libertad política. Huelga decir que la policía no puede hacer nada contra esta actividad de las masas. En Lodz, por ejemplo, contamos ya, en el sindicato socialdemócrata de obreros textiles, con 6.000 obreros afiliados. Recientemente, en Varsovia había inscritos 700 albañiles, 600 panaderos, etc. En Petersburgo, por el contrario, el trabajo es completamente «subterráneo»; por eso parece estancado. Tampoco ellos tienen la menor posibilidad de publicar un periódico, ni siquiera una hoja o manifiestos volantes. Ya quisiera verme allí, para estudiar todo aquello.

Desgraciadamente, tengo que poner punto final, pero no sin antes hacer un ruego: querido Carolus, envíanos pronto, con cargo a nuestra cuenta matriz[23], un cheque de 1.600 marcos a nombre de Otto Engelmann[24]. Bajo sobre certificado con mis señas de costumbre. ¡Es urgente! En cuanto a la carta de Vilna, todo va bien. Mil besos y afectos para todos vosotros, y especialmente para ti, querida Lulu. ¡¡¡Contestadme pronto!!!

Vuestra

R.

38

(Sin fecha, Recibida el 13-3-1906)

Mis queridísimos amigos: El domingo, día 4, por la noche, el destino me tomó la delantera: he sido arrestada. Ya había visado mi pasaporte para el viaje de regreso y estaba a punto de emprender la marcha. En fin, hay que conformarse. Espero que no tomaréis la noticia demasiado a pecho. ¡Viva la Re***! Con todas sus consecuencias. Hasta cierto punto, prefiero estar encerrada aquí a*** tener que discutir con Peus. He sido sorprendida en una situación casi apurada. Pero no pensemos en ello. Estoy encerrada en el ayuntamiento, donde nos han encajonado a los «políticos», revueltos con delincuentes de derecho común y con alienados. Mi celda, que es una perla dentro de su clase (una celda de incomunicación, destinada a una sola persona, en tiempo normal), contiene 14 huéspedes; por fortuna, todos

políticos. Junto a nuestra puerta hay, además, dos grandes celdas para dos reclusos. En cada una se hacinan casi 30 personas. Y esto, ahora, según me dicen, es un paraíso; antes, había 60 en cada celda, durmiendo por turno algunas horas cada noche, mientras los demás se «paseaban». Ahora, dormimos todos como príncipes, en camastros de tablas, de través, apretados unos junto a otros como arenques, y no va mal –a menos que haya algún número extraordinario, como ayer, por ejemplo, que nos trajeron una nueva compañera, una judía, loca furiosa, que se estuvo durante veinticuatro horas crispándonos los nervios con sus gritos y sus carreras por todas las celdas y provocando crisis nerviosas en varios políticos–. Hoy, por fin, nos hemos visto libres de ella y sólo quedan aquí tres «myschuggene»[25] tranquilas. Aquí se desconoce en absoluto eso de los paseos por el patio; en cambio, las celdas están abiertas desde por la mañana hasta la noche y puede una pasearse todo el día por el pasillo, circular por entre prostitutas, distraerse escuchando sus lindos cantares y sus expresiones, y respirar los perfumes del número «100», abierto también de par en par. Si os cuento todo esto es para caracterizar la situación, pero en modo alguno para pintaros mi estado de espíritu, que es excelente, como siempre. Por ahora, guardo el incógnito, pero probablemente no podré mantenerlo por mucho tiempo; no me creen. El asunto, en realidad, es grave, pero vivimos en tiempos agitados, en que «todo lo existente merece desaparecer». Por eso yo no tengo, en general, ninguna fe en creencias ni obligaciones a largo plazo. Animaos, pues, y reíros de todo. Al fin y al cabo, a nosotros nos ha ido *a pedir de boca* durante toda la vida. Yo estoy orgullosa de ello; y ha sido, en toda Rusia, el único oasis en que, pese a los tiempos huracanados, el trabajo y la lucha han salido adelante tajantes y alegres, y tan prósperos como en los mejores tiempos de libertad «constitucional». Entre otras cosas, la obstrucción, que servirá de modelo a toda Rusia en el porvenir, es obra nuestra. De salud, me encuentro muy bien. Espero que pronto me trasladarán a otra cárcel, pues el asunto, como digo, es serio. En tal caso, os avisaría inmediatamente. Y vosotros, ¿cómo estáis, queridísimos? ¿Qué hacéis, y los chicos, y Granny, y Hans? Mis mejores recuerdos para el amigo Franciscus. Cuento con que en el *V.* todo habrá vuelto al buen camino, gracias al sólido Block[26]. Ahora, voy a pedirte unos cuantos favores, Luiserl: 1.º Págame la renta de la casa, que te repondré, muy agradecida. 2.° Envía enseguida por carta-orden 2.000

coronas austriacas a estas señas: Alejandro Ripper, imprenta de Theodorczuk, Cracovia, Ulica Zielona, n.º 7; pon, como librador, a Adam Pendzichowski. Considera *nula y como no recibida cualquier otra* petición referente a esto. 3.° También por carta-orden, a Janiszewsky, imprenta, Berlín, Elisabethufer, 29, librador Adam, 500 marcos. 4.° No entregues ni gires ninguna otra cantidad sin *previo* aviso; en todo caso, hazlo con cargo a cuenta especial, nunca a la principal. Caso necesario, a petición de *Karski*[27] solamente, y de nadie más. Tampoco de la cuenta que lleva Hans. 5.° Reclama nuestra parte a los veteranos y a Huysmans, y abónala en la cuenta principal. 6.° Querido Karl, debes encargarte por ahora de representar a la socialdemocracia en Polonia y de Lituania en el Bureau, infórmales oficialmente; los gastos de los viajes que tengas que hacer para asistir a las reuniones, te serán reintegrados. 7.° Mi detención no debe aparecer en la prensa hasta que se haya descubierto definitivamente mi incógnito. Pero cuando eso sea –ya te avisaré–, procurad armar ruido, para que esta buena gente se asuste un poco.

Tengo que terminar. Mil besos y afectos. Escribidme directamente a mis señas: Sra. Ana Maczke[28], Cárcel del Ayuntamiento, Varsovia. Ya sabéis que soy colaboradora de la *Neue Zeit.* Procurad, claro está, escribirme en forma conveniente. Recuerdos otra vez. Cierran la celda, os abrazo de todo corazón.

Vuestra,

Ana.

39

(Sin fecha. Recibida el 15-3-1906)

Querido Karl: Cuatro letras nada más. Me encuentro bien; hoy o mañana me trasladarán a otra cárcel. Ahora, un nuevo ruego: también está detenido el corresponsal de la *L. V.*, Otto Engelmann[29], de Berlín. (Ya le conoces, es aquel señor rubio que vivió mucho tiempo en la Kranachstrasse.) Caso de que se pidiera a la redacción de la *L. V.* confirmación de la noticia, esta debe asegurar que, en efecto, dicho señor salió para Varsovia, hace unos meses, como corresponsal suyo (si le preguntan lo mismo, pero con *otro* nombre, que lo confirme también).

Últimamente, he tenido noticias de mi familia: lamento mucho que tomen mi asunto por lo trágico, que os importunen a todos. Yo estoy perfectamente tranquila. Mis amigos insisten en que dirija un telegrama a Witte[30] y que escriba al cónsul alemán. ¡Pero ni en sueños! Estos caballeros tendrán que esperar sentados a que una socialdemócrata implore de ellos protección ni justicia. ¡Viva la Revolución! Manteneos animosos y contentos, si no queréis que me enfade de veras con vosotros. Los trabajos, fuera, van bien, últimamente, ya he leído varios números nuevos del periódico. ¡Hurra!

Vuestra, cordialmente,

Rosa.

Escribid directamente a mis señas; dentro de algunos días, podéis dirigirme ya la correspondencia a: Prisión Pawiak, calle Dzielna, Varsovia, para la detenida política Tal y tal.

40

(Varsovia, 7-4-1906)

Mis queridísimos amigos: Llevo ya algún tiempo sin escribiros. Primero, porque me daban a entender que acaso de un día a otro podría telegrafiaros: «¡Hasta pronto!», y segundo, porque he tenido mucho trabajo. Ayer mismo terminé el tercero de los folletos escritos durante mi estancia aquí (dos están ya impresos, y el tercero entrará en prensa dentro de tres días). En mi anterior residencia no podía pensar en trabajar; tenía, pues, que recuperar el tiempo perdido. Por otra parte, tampoco aquí dispongo, para mis asuntos, más que de algunas horas por la noche, de 9 a las 2 de la madrugada, aproximadamente; porque durante el día, a partir de las 4 de la mañana, en toda la casa y en el patio hay un ruido infernal; los colegas de «delitos comunes» no hacen más que reñir y pelearse, y las «myschuggene» sufren crisis de furor que, naturalmente, se manifiestan, entre el bello sexo sobre todo, con sorprendente volubilidad. Por cierto que, lo mismo aquí que en el ayuntamiento, he descubierto en mí un influjo maravilloso como *dompteuse de folles* y todos los días tengo que salir a la palestra para calmar con algunas palabras dichas en voz baja a una oradora furiosa que acaba con la paciencia de todos (se trata, probablemente, de un *hommage*

involontaire que rinde a una charlatana mayor todavía que ella). Por esto no puedo entregarme al trabajo hasta muy entrada la noche, y por esto es también por lo que he descuidado un poco mi correspondencia. Vuestras noticias me producen siempre una grande y duradera alegría, pues releo varias veces todas vuestras cartas, hasta que la siguiente viene a sustituir a la de turno. Las cariñosas frases de Henrietta[31] me han alegrado también mucho. La escribiría aparte si... vaya, si también hoy no me hubieran traído «por última vez» flores (como lo oís, aquí todos los días tengo flores frescas***). Ya veremos lo que sucede mañana. Soy bastante escéptica y trabajo como si ello no me afectara en lo más mínimo.***

Hoy me han entregado tu carta, querida Lulu. Tratas en ella del asunto de mi casa. Querría decirte que siguieras pagando la renta en mi nombre; ¡me hace tan feliz la idea de verme de nuevo en mi cuarto «rojo» y «verde»; en todo caso, podemos esperar hasta fines de otoño para dejarlo, y hasta 1.º de julio para dar el aviso al casero. Hasta entonces, hay tiempo sobrado de que se despeje mi situación y pueda decidirme. En cuanto a mis proyectos de viaje al salir de aquí, he decidido lo siguiente: muy pronto (es decir, después de Pascuas), tengo que ir, no a buscar un clima más suave, sino mucho más *duro,* al que llegaré probablemente dando un pequeño rodeo del lado de allá de los postes blancos y negros[32]. Pero mi estancia allí no será muy larga –unas tres semanas aproximadamente–. ¿Adónde iré después? No pienso, naturalmente, escaparme del tío Weimar[33], sean cuales fueren sus intenciones, mientras me conceda –como suele ocurrir– un poco de tregua dejando el baldeo final para un mañana indefinido. Porque para arrojarme sin transición en sus brazos hospitalarios… no tengo tiempo y tengo mejores cosas que hacer. Por lo tanto, mis queridísimos amigos, intentad enteraros, por «tebanos» bien informados, no de lo que me está reservado en definitiva, pues esto me tiene sin cuidado, sino de si, en cuanto mi nariz haya venteado esa magnífica libertad imperial prusiana (porque, en mí, es siempre la nariz la que va delante)[34], no irán a engancharme por esta misma nariz y a ponerme a buen recaudo, en castigo a mi escapatoria. Es lo único que me interesa saber. Cuando volvamos a vernos, tendré muchísimas cosas que contaros de mis «impresiones de viaje», y vamos a reírnos como locos, sobre todos los chicos. Yo encuentro todo esto muy divertido. Me regocijo interiormente, en especial con las «inconveniencias» que mando todos los días desde aquí y por el modo como vuelven

indefectiblemente a mis manos, «negro sobre blanco», uno o dos días después. La única nota melancólica son las noticias que llegan del Polo Norte. Noticias auténticas, que señalan, desgraciadamente, un gran desorden, una falta absoluta de decisión y de energía. «Allí, allí es donde me gustaría a mi... vivir.» Cuanto antes, mejor*** ¡Rayos y truenos! ¡Creo que zarandearía a toda aquella gente de lo lindo! Pero ya llegará ese día. ¡Oh, asno con albardas!, ¡oh, rinoceronte de mí! Hasta última hora, no me acuerdo de hablar de lo principal: estoy leyendo, por segunda vez, tu *Ética;* la pedí y conseguí poco después de estar aquí encerrada. Me deleito en la lectura de cada línea y te felicito. Resérvame un ejemplar dedicado. Os beso cordialmente a todos, a Granny, a Carolus, a Lulu y a los chicos, a Hans el primero (si creéis que su moralidad puede resistir este nuevo ataque). Luego, va «el consabido beso para todo el mundo» de los que pregunten por mí.

Cordialmente vuestra,

Rosa.

Contestad pronto.

Recuerdos cordialísimos al amigo Franciscus y a su mujer. ¿Cómo marcha la *L. V.*? Aquí, no oigo hablar de ella. Dije hace tiempo que August[35] era capaz de aturdir y reducir a la impotencia a la gente a fuerza de palabras, y así está saliendo. Sin embargo, me parece que este desmayo debiera poner al paladín a salvo de un fracaso político y volverlo a plantar sobre sus piernas, antes vacilantes. ¿Sabéis qué nombre se pronunciaba con más frecuencia en la celda n.º 3 de «políticos» del ayuntamiento? El de Kautsky. Por allí circulaban, en efecto, varias traducciones de libros de este señor, y quince espíritus sedientos de ciencia, suspiraban por ellas; no pasaba un cuarto de hora sin que se oyera por todas partes: «¿Sabéis por dónde anda el Kautsky?» Y como aquello no llevaba trazas de acabar, me entraban ganas de gritarles: «¿Queréis dejarnos en paz, con vuestro imbécil Kautsky?». Pero me callaba. Sólo una vez, como volviese a sonar la consabida pregunta a las diez y cinco de la noche, no pude contenerme, y grité: « ¡Oh, tontuelas, yo sí que sé por dónde anda el tal Kautsky: metido en la cama y haciendo estremecer las paredes del cuarto con sus ronquidos!».

Por lo que a mis finanzas se refiere, tenedlas bajo vuestra tutela personal y ateneos a la consigna: «¡Ni un hombre ni un céntimo para este régimen!».

41

(Sin fecha. Por el tenor, Varsovia, abril de 1906)

Mis queridísimos amigos: He recibido vuestra carta del 16. No tenéis más que escribirme cuando queráis, por este mismo conducto y bajo sobre certificado, y todo marchará a pedir de boca. Aquí, las condiciones de vida son incomparablemente mejores, parecidas a las de Zwickau: tranquilidad y orden, aislamiento. Tengo más de lo que necesito para comer; también paseo diariamente. Pero lo más importante son las frecuentes relaciones con el mundo de los seres vivientes, tanto, que estoy en asiduo trato con los amigos y... ¡me permiten escribir! ¿Qué ha habido de mi proceso? No sé nada, en absoluto; los amigos esperan verme pronto entre vosotros. Oigo decir que Ede[36] ha roto una lanza en pro de la Duma. Si tuviera a mano el fruto de su mollera, con gusto lo desmenuzaría en la *N. Z.*». Me apena mucho saber que mi familia se preocupa tanto por mi detención y que hasta han llegado a expresar su desazón ante los *patres conscripti;* yo me hubiera opuesto a ello. Pero un ser humano puesto «a la sombra» no tarda en caer, quiera o no, bajo la tutela, no sólo de las autoridades, sino de la de sus propios amigos, y se le trata sin el menor miramiento para su voluntad. No importa; te ruego insistemente, querido Carolus, que nadie se dirija, por ejemplo, a Bülow; en modo alguno querría tenerle nada que agradecer, pues esto me privaría, en mis campañas, de la libertad necesaria para hablar de él y del Gobierno. La situación, enfocada en conjunto, permite adivinar que en toda Rusia las «elecciones» marchan a la deriva. En el noventa por ciento de los casos los obreros rusos les han declarado el boicot, y esto contrariando el parecer de media socialdemocracia. Una vez más, las masas han demostrado que son más conscientes que sus «jefes». El primero (y por ahora el único) número del nuevo órgano del partido en Rusia publicado a fines de febrero), me demuestra que los embrollos y las vacilaciones están allí a la orden del día. «Georges»[37], el caballero de la triste figura, ha contribuido activamente, por su parte, al descrédito del partido. Desearía *a toda costa* poder tomar parte en la fiesta de familia (en el más hermoso de

los meses) para confundirle con un rayo aniquilador. Esperemos que para entonces estaré ya libre.

Gracias mil veces por la bondad y el afecto que me testimoniáis, y mis mejores cariños para todos; al amigo Franciscus y a su mujer en primer lugar, y a Clara (¿sigue bien?). Un apretado abrazo para toda vuestra *gens,* desde el calvo jefe y la abuela Granny hasta el más pequeño de los niños.

Siempre vuestra,

R.

La prensa local anuncia que me someterán a un consejo de guerra. Por ahora, no sé nada en concreto; tranquilizaos, pues. Probablemente se trata de un bulo.

42
(Varsovia, 8-7-1906)

Mis queridísimos amigos: Hasta hoy, no ha estado en mi mano escribiros unas líneas. He tenido que andar azacanada desde el primer momento, bien por mis propios asuntos, bien por los nuestros, y como me siento algo deprimida físicamente, la menor carrera me fatiga y no logro sacar adelante más que una parte del trabajo indispensable y urgente. Recibí carta de August aconsejándome que vaya a veros. Acabo de contestarle que su consejo no puede Ser llevado a la práctica de sopetón; dentro de unos días, sabré si puedo ir o no a hacerme una cura. La situación general es excelente: los únicos chapuceros son, naturalmente, nuestros amigos Georges y Cía., y ya estoy impaciente por arreglarles las cuentas. En cuanto disponga de un techo más seguro que este sobre mi cabeza (bastante encanecida ya), me pondré a trabajar enseguida para deshacer todo esto, y, antes que nada, inundar a la *N. Z*... Acabo de escribir a Stengele[38], aun cuando me temo que el asunto estará ya «liquidado»; tu carta de 14-4, querida Lulu, así como la de Granny, no han llegado a mi poder hasta ahora, a causa de la interrupción de los servicios postales. Ayer recibí un telegrama de Arthur[39], preguntándome dónde resido. Ignoro de qué se trata. Os prometo la continuación para en breve, cuando sepa lo que va a sucederme y lo que será de mí. Mientras tanto, muchos besos y recuerdos afectuosos

para todos vosotros, y a ti, Lulu, un pequeño ruego: escríbeme enseguida, queridísima, diciéndome dónde están las llaves de mi piso, pues mi cuñada marcha a fines de esta semana a Turingia y desearía pasar algunos días en mi casa de Berlín. Tan pronto llegue *à bon port,* te libraré por fin de todos estos tráfagos. Otra vez mil besos y cariños para ti, para Karl, Granny, Hans y para los pequeños.

Vuestra,

R.

Confío la carta al correo de Alemania.

43

(Sin fecha. Probablemente julio de 1906)

Querida Lulu: Dos palabras tan sólo a vuela pluma. Mañana domingo, mi hermano estará en Berlín por muy poco tiempo, en el hotel Bruselas (Georgenstrasse, junto a la estación de la Friedrichstrasse). Caso de que no me hubieras remitido todavía los papeles de negocios, ten la bondad de mandármelos con dos letras, pidiéndole, en mi nombre, que se encargue de ellos personalmente y los guarde consigo.

No le escribo a él directamente porque andará todo el día trotando calles y quizá no recibiría mi carta hasta un cuarto de hora antes de partir. Pero ten la bondad de enviar eso de manera que sepas con certeza que él lo ha recibido. Él saldrá probablemente en el tren de las 7, como yo. Mil besos y cariños.

Tu

R.

44

(Sin fecha. Verano de 1906, probablemente 18 julio, desde Varsovia)

Mis queridísimos amigos: Ayer recibí una detallada carta de Wurm, la primera desde que salí de la cárcel. Y sólo por esta carta he sabido la triste noticia de la fatal caída de Luise[40]. ¡Ah!, querida Lulu, ya ves cuán acertada era mi instintiva aversión con esa maldita bicicleta, a la que ahora

odio de todo corazón. ¡Cosa rara! Durante los varios años que hemos vivido juntas, todo marchó bien y tú eras la salud en persona; pero apenas me he alejado por unos meses, las más varias desgracias caen sobre ti como una granizada. Esto me hace casi supersticiosa y empiezo a creer que ya no podré viajar no llevándote conmigo. Me han dicho que ya has pasado lo peor con el ánimo y la alegría que son en ti habituales. Pero esto no obsta para que yo haya sentido, leyendo la noticia, el mismo sobresalto que si el accidente acabara de ocurrir en este instante. Escribidme, pues, cómo sigues, y cómo os halláis todos. O, mejor aún, no escribáis, esperad a saber mis nuevas señas, porque voy a salir de V.[41] y tan pronto llegue al término de mi viaje os escribiré. Emo[42] me ha contado minuciosamente lo sucedido en el partido durante estas últimas semanas, por lo que le estoy infinitamente agradecida. Como le escribo también en este momento, me siento dispuesta a intervenir en los debates sobre la huelga general, pero habrá que esperar a que me encuentre en situación más segura. Muchas gracias por el aviso. Con mil besos y recuerdos afectuosos para todos vosotros, para Granny, para los chicos y para Hans. Vuestra,

R.

45

(Kuokkala, Finlandia, 11-8-1906)

Mis queridísimos amigos: Os escribo directamente a Friedenau, suponiendo que estaréis ya de vuelta. Hoy es tu cumpleaños, Lulu, y ni siquiera puedo escribirte una buena carta, extensa y cordial. Tengo los nervios completamente destrozados, después de las cuatro semanas de V.[43], de las incesantes gestiones cerca de las autoridades, de la interminable incertidumbre en cuanto a la época y finalidad de mi viaje y de todo lo demás. Estoy aquí desde ayer, y desde la estación me han venido vigilando severamente, aunque creo que he conseguido burlarles. He visto a nuestros amigos de Petersburgo, he hablado con ellos y les veré a menudo por aquí (a una hora de P.). También Pawel[44] vive muy cerca. La impresión general, que es de falta de método, de desorganización y, sobre todo, de confusión en las ideas y en la táctica, ha acabado de disgustarme. Os aseguro que la Re[45] tiene que ser grande y fuerte para que la

socialdemocracia no dé al traste con ella. Ya he comunicado por telégrafo mis señas a Wurm, y solicitado el envío de, la *N. Z.* (a partir de Año Nuevo). Estoy preparándome asiduamente para escribir. Wurm quería que también yo tomara parte en los debates sobre la huelga general. Lo haría con gusto, pero para ello tendría que recibir lo más importante de lo que hasta ahora se ha escrito sobre el particular (quiero decir las críticas *más recientes*). ¿Te sería posible enviármelas, querido Carolus? Además, espero noticias claras y concretas para saber si podré volver, y cuándo, a Berlín. Por la última carta de Arthur[46] (de hace cuatro días) deduzco que las aprensiones se fundan más en vagas consideraciones generales de prudencia que en datos concretos y positivos; pero no puedo seguir por más tiempo en esta incertidumbre. Por lo tanto, ¿no podría alguien informarse discretamente y averiguar si la vigilancia es con orden de detención, o si hay que temer una detención inmediata? Lo único que me ha decidido a no volver enseguida ha sido una noticia recibida a última hora, que decía: «Un funcionario[47] *muy* destacado, que ha dirigido personalmente este asunto, ha revelado a cierto amigo que en el proceso de R.[48], el gobernador general ha obrado en todo momento de acuerdo con las autoridades prusianas; cuando R. estaba todavía en la cárcel, se le sugirió desde ahí, al tal funcionario, que pusiera en libertad a R., conduciéndola acto seguido a la frontera; pero *antes de que diesen comienzo las sesiones del Reichstag.* Esta última cláusula hace un tanto sospechosa la autenticidad del hecho. Háblale de esto a August, querido Carolus, pero en secreto, y pregúntale si debo tomar en serio o no este aviso. Estoy impaciente y me entran ganas de saltar por encima de todo, sin esperar a más. Por lo menos, quiero, pase lo que pase, estar en Mannheim[49], y con este objeto desearía regresar diez días antes para visitar Posen y Bromberg. Ocúpate con interés del asunto, querido Karl, y hazme saber en definitiva si me será posible, y cuándo, volver, o si son algo más que simples figuraciones las que me amenazan. Espero con ansia una contestación clara y categórica. Si necesitas un poder mío, lo firmaré tan pronto como reciba el formulario. También Arthur me habla de él, pero no me lo envía y el tiempo va pasando.

Otra cuestión cuyo solo recuerdo me amarga la vida, es la de mi casa y las molestias que os he causado con este motivo. Como en V. no recibí tus cartas, querida Lulu, ignoro en absoluto lo que has podido escribirme. Yo hubiera deseado conservar el piso (porque ¿adónde voy yo con todo mi

equipaje? Además, creo y deseo que algún día podré instalarme a trabajar con algún sosiego en Friedenau). Agradecidísima, os reembolsaré el dinero que habéis adelantado. Voy a ponerme inmediatamente a trabajar y a ganar dinero. Pero voy a tener que pediros los fondos del banco; en su mayor parte, se han gastado ya por anticipado; pero los amigos no querían, por pura «piedad» hacia mí, retirar los fondos de Berlín sin consultármelo, y han tenido que recurrir a préstamos particulares. Habrá que saldar, naturalmente, estas deudas, que ascienden aproximadamente a unos 25.000 marcos. Pero, para esto, espero a tener señas mejores que estas de que ahora dispongo. Volveré a escribiros concretamente sobre este particular.

Espero con la mayor ansiedad una carta vuestra, expresiva y detallada. Nuestra correspondencia está interrumpida desde mediados de abril. Tengo muchas cosas que deciros y que preguntaros. Y ante todo: ¿cómo estáis? ¿Cómo te encuentras tú, querida Lulu? ¿Cómo va tu pierna? ¿Estás ya completamente restablecida?

¿Qué tal habéis pasado las vacaciones? ¿Qué hacen Granny, Hans y los chiquillos? Siento verdadera curiosidad por conocer noticias de todos. ¡Escribidme! En cuanto me halle metida en pleno trabajo, recobraré mi buen humor. *À propos*, mañana veré al Gordo[50]. El pobre está paralítico desde enero, y pronto le enviarán muy lejos de aquí para someterlo a tratamiento. Quiero hacerle una visita *coûte que coûte,* y ya me alegro pensando en ello. Tania[51] estuvo últimamente en Varsovia, pero no pude verla, porque llegó precisamente cuando yo tuve que salir a toda prisa de V. y buscar refugio en algún lugar más tranquilo. La esposa de Karski me ha contado que tuvo que abandonar Odesa, y huir antes del progromo; está en la mayor miseria; no sé a ciencia cierta dónde estará ahora. Aquí está «la Otra»; pero no la he visto. Por hoy, tengo que terminar aquí la carta; ¡y yo que no pensaba escribir más de tres líneas! Bueno, querida Lulu, deja que en tu cumpleaños te estreche mil veces en silencio entre mis brazos. Muchos besos cariñosos para *todos* los de la *gens.*

Vuestra,

Rosa.

Mis señas: Finlandia, Koukkala, vía Helsingfors, Pestchanaia Doroga, Datcha Schernigo, n.º 4, para Felicia Budilovith (nada más).

46

[Desde Koukkala (Finlandia), matasellos de 13-8-1906]

Ayer os escribí, mi queridísima amiga, la primera carta extensa. Ahora, unas líneas más. Ayer estuve en Petersburgo y vi al Gordo, lo mismo que a Leo D.[52], enjaulados. Quedaron muy contentos del encuentro, y yo también. Ambos están bien y animados; Leo os saluda a todos muy cordialmente; guarda los mejores recuerdos de Friedenau. Uno y otro parten mañana por la mañana en viaje para*** Turukhansk (buscad en el mapa de Asia, junto al río Yenisey, cerca del Polo Norte, ¡un lugar horrible!) por tres años. (Confiemos en que estarán de vuelta antes de tres meses***) Vera[53] vive aquí, no lejos de mi casa, pero todavía no la he visto. El Gordo ha enflaquecido, pero se siente rebosante de energía y ánimos. Espero con ansia noticias vuestras.

Mil besos y saludos.

R.

Aguardo los documentos para los debates acerca de la huelga general.

N. B. Querido Carolus, mándame también sin tardanza el número de la *N. Z.* en que viene tu gran *artículo sobre Schiller.* ¡No te olvides!

47

[Desde Koukkala (Finlandia), 20-8-1906]

Mis queridísimos amigos: Os he escrito ya por tres veces, sin tener de vosotros ni la menor señal de vida, que con tanta ansia estoy esperando. He sabido por Pawel que cobraremos de los viejos[54] diez trapejos color marrón[55]. Ten la bondad, Lulu, de guardarlos; ante esta noticia, hemos contraído un nuevo préstamo de diez mil. Desgraciadamente, para enviarlos habrá que aguardar a que mi situación esté despejada, pues enviar dinero en las actuales circunstancias a Rusia sería muy aventurado. Depositad, pues, ese dinero en el banco; todavía va a ser necesario, para salir adelante, seguir acudiendo al préstamo. ¿Qué tal estáis, qué hacéis? ¡¡¡Escribid!!! He recibido ya algunas cartas de Wermito, que me han gustado mucho. Escribidme, queridos míos, ponedme todos unas líneas.

Con mil caricias y besos,

R.

48
22-8-1906

Amada Lulu: ¡Por fin, una carta tuya, larga y buena, después de tanta espera y ansiedad! Te doy mil gracias por esta alegría, aunque desgraciadamente venga muy empañada por las tristes noticias de tu pierna. ¡Y yo que estaba tan convencida de que ya estabas repuesta desde hacía mucho tiempo! ¡Me escribieron (Wurm) en un tono tan tranquilizador, durante tu estancia en el Tirol, y como las fracturas de pierna suelen curarse tan fácilmente, aunque a costa de muchos sufrimientos! La conjetura de que nuestro Süssmann[56] haya podido cometer alguna torpeza, me espanta de tal modo, que no me atrevo ni a pensarlo. ¡También fue peregrina idea, amiga mía, la de llamar a Süssmann para curar la fractura de una pierna! Bien está para un dolor de vientre o cualquier otra afección sin importancia, pero no es un cirujano. ¿Cómo os lanzasteis a eso tan a la ligera? Dime quién te cura ahora y cuáles son sus previsiones. Escríbemelo *enseguida,* para mi sosiego. Y ten presente esto: de tu parte acepto con gusto toda competencia, pero en lo de cojear, no la toleraré. Deja para mí sola lo del andar «patoso». (¿Sabes quién motejó así mi gracioso andar?) ¡Además, tú no estás parada un momento, a lo que yo, en gran parte contribuyo! ¡Cuánto preferiría estar de vuelta en Friedenau para ahorrarte caminatas! Bueno, ya he recibido tres cartas de Arthur, en las que me asegura repetidamente que seré reexpedida a gran velocidad, cuando vuelva a mi casa (en lo cual nadie ha pensado, ni aun en sueños); por lo demás, él aguarda el poder, que ya le envié hace tres días. Por lo que toca a *Puncto Arcturus,* alimento las mismas dudas que tú, pero no puedo, por las mismas consideraciones tuyas, dirigirme al mismo tiempo a otro astro. Así que ¡paciencia! Durante estos últimos tiempos me he ejercitado tanto en esta virtud de burgomaestre, que ya casi me parece un estado normal. Recibí el paquete con el Schiller. ¡Muchas gracias! Todavía aguardo la serie sindical (que aparecerá en polaco, en forma de folletos). Recibido también el *Voriv* (un envío con una selección de artículos sobre la reciente discusión); les he echado una ojeada,

y «Plewna me da mala espina». (No se lo digas a nadie.) La *N. Z.* no ha llegado aún; el tío Dietz[57] no se apura. Envíame, por lo menos, los números en que aparecieron los artículos de Henriette y de Karl. No he visto a la Koll.[58] ni sé a ciencia cierta su dirección; rehuyo todo lo posible el trato con gentes, pues tengo verdaderos deseos de trabajar. Además, aquí me propongo ganar algunos miles de millones, lo que me anima a rogarte saldes mis cuentas con el padre Schneider y el bienaventurado Scheik[59]. Entrega a Wiethölter[60] 25 marcos *como máximo* y exígele recibo (yo siempre lo he hecho); de ningún modo le des más, dile que volveré pronto y que yo misma le abonaré el resto. El mandar aquí la cantidad depositada en el banco es cada vez más difícil, dados los sucesos de Varsovia. Aconsejo a mis amigos que por algún tiempo recurran a contraer préstamos antes de arriesgarse a experimentar pérdidas irreparables en los giros. La gente acaudalada de Polonia envía su dinero al extranjero y prefiero no tentar al diablo. Figúrate, hasta hoy no han mandado a Parvus camino de su destierro; ayer me dieron la noticia; pero me fue imposible verle. Publicad enseguida una nota en el *V.*, si es que no se ha publicado todavía. «Que revienten», esos Heine, Hué y sean cuales fueren los nombres de la pandilla. No obstante, tiene cierta esperanza de que, durante el viaje, será reclamado con algunos otros, pues todos son testigos en el próximo proceso del «Consejo de los delegados obreros» y el tribunal estudia la manera de saber cómo podría asegurarse la presencia de estos testigos. Lo que me dices de Wermito[61] me conmueve; ¡pobre Karl! Cuando me vea de vuelta en Friedenau pienso ayudarle todo lo posible, por lo menos mientras Wurm esté ausente convaleciendo. No tengo la menor idea de lo que pueda ser esa escuela para propagandistas y redactores[62]. ¿Qué es lo que se ha pretendido hacer? Escríbeme, queridísima Luise, en cuanto dispongas de un momento. Desde que estoy aquí, no se ha perdido más que una carta, esto es ya un verdadero paraíso.

Te abrazo mil veces, tu

R.

49

(Kuokkala, 26-8-1906)

Mi queridísima amiga: No sólo he recibido tu carta certificada, sino que la he contestado a vuelta de correo. Luego, te puse una postal en que te daba las gracias por el artículo sobre Schiller. También recibí de Stuttgart la serie de la *Neutralidad,* así como las remesas de *Worwärts.* Si el tío Dietz teme por la *N. Z.,* que suprima sin más el envío. En ese caso, me gustaría, por lo menos, recibir los números en que se publicaron los artículos acerca de la huelga general (el último de Henriette y el de Karl). Me muero por leerlos. Ya casi no vale la pena, ahora, de que me enviéis el año entero de la *Neue Zeit,* pues confío en que dentro de tres semanas podré arrojarme en vuestros brazos y en los de la *Neue Zeit...* suponiendo, naturalmente, que Arthur termine felizmente sus gestiones. Hace tiempo que le remití el poder, según me indicó, a sus señas de Berlín, y ahora me escribe que hasta el 6 de septiembre permanecerá en Heligoland. ¿Quiere decir con esto que hasta entonces no empezará a realizar las gestiones necesarias? No lo sé. Hoy le escribo también a él. (También a Franciscus, al mismo tiempo que te contestaba a ti.) Por otra parte, he decidido, sin esperar a más, preparar mi equipaje para dentro de tres semanas y ponerme en camino, pase lo que pase. Mi estancia aquí resulta muy provechosa: hablando con la gente, aprendo a conocer la situación mejor que estudiándola en los volúmenes impresos; además, con el trato personal pueden conseguirse muchas cosas. En cambio, a mis relaciones particulares con Varsovia y con mi familia les sucede lo que antes me ocurría a mí con la correspondencia que tú me dirigías: las cartas se pierden, y no está una nunca segura de obtener respuesta. No obstante, me escriben que por allí viven ahora en constante peligro de muerte (lo que, como comprenderás, me tienta a irme inmediatamente allá, porque aquello resulta muchísimo más interesante que este adormecido Petersburgo, en cuyas calles nadie adivinaría la revolución latente).

Espero impaciente nuevas noticias tuyas y de todos vosotros.

Mil besos. Vuestra,

R.

50

(Postal ilustrada con el retrato de Kautsky)

Kuokkala, 3-9-1906

Querido Karl: Por casualidad, aquí te he hallado, en casa de una encantadora señora y camarada[63] que, como yo, te abraza –*par distance* se entiende, pues ella está casada– y deseo que te complazcas en tu propia contemplación.

Mil cariños. Tu

R.

Llevo escritas dos cartas a Lulu y espero con impaciencia más noticias suyas. Hoy he recibido tu carta, querido Carolus, con lo que contenía; muchas gracias. Mañana te escribiré más extensamente. Besos a Lulu. También Clara me ha escrito hoy, llamándome con insistencia para tomar parte en el «festival de música renana»[64]. ¡Y ya lo creo que tomaré!***

51

(Postal ilustrada del Congreso del Partido, celebrado en Mannhein, 1906)

A la Sra. Minna Kautsky. Te abrazo, Granny; de momento, sobre el papel; pero pronto en la realidad. Tu

Rosa.

A los chicos, también.

52

(Postal con vista de Maderno, junto al lago de Garda[65]. Principios de diciembre de 1906)

A la Sra. Minna Kautsky. Querida Granny: He aquí –es decir, al dorso– dónde estamos, y por esta postal puedes imaginarte, sin exageración alguna, el panorama que nos rodea. El tiempo sigue siendo magnífico, y mientras te escribo, el sol me calienta la espalda como en el mes de agosto. Macizos de rosas, laureles, madreselvas, heliotropos florecen al aire libre; alrededor, en las laderas de la montaña, bosques de olivos y bosquecillos de cipreses. El mundo es hermoso, sólo nosotras somos «desgarbadas».

Muchos cariños, tu

R.

53

(Sin fecha. De hacia la segunda quincena de diciembre de 1906)

Lulu: Te escribo en el tren con un lápiz prestado, cruzando el Brenner. Lo hago para aconsejarte con insistencia que continúes en Maderno *todo el tiempo que te sea posible.* Ahora, me doy cuenta de lo duro que se me hace retornar al norte. Cada traqueteo del tren, cada vuelta de sus ruedas alejándose del Mediodía, me desgarra el corazón. Nunca me ha sido tan penoso abandonar el sur. Sé, pues, prudente, y goza de él mientras puedas. Ahí tienes sol, tranquilidad, libertad –las cosas más bellas del mundo (exceptuando el sol, la tormenta y la libertad)–; empápate de ellas cuanto puedas. También tú pensarás en ellas, como yo, cuando cruces el Brenner de regreso. Anímate y alégrate. Tu

R.

[1] El 28 de diciembre de 1905, R. L. salió de Berlín para la Polonia rusa, donde laboró por la primera revolución hasta ser detenida.

[2] Paul Singer.

[3] Leo Deutsch, revolucionario ruso. *[N. de L. K.]*

[4] Secretario de redacción del *Vorwaerts.*

[5] *Leipziger Volkszeitung. [N. de L. K.]*

[6] Del *Vorwaerts.*

[7] *Vorwaerts,* de cuya redacción formaba parte.

[8] Bebel.

[9] Por haberse marchado, abandonando el periódico.

[10] Marchlevski.

[11] Comité organizador de los mencheviques. *[N. de L. K.]*

[12] Marchlevski.

[13] Polonia era, dentro de Rusia, una minoría nacional.

[14] Redactor de la *N. Z.*

[15] Hans Block.

[16] Caí seriamente enferma de fiebre tifoidea. *[N. de L. K.]*.

[17] El aniversario de la gran demostración de los trabajadores petersburgueses ante el Palacio de Invierno que terminó en masacre. Tuvo lugar el 22 de enero de 1905 y puede ser considerada el precedente de la primera Revolución rusa. *[N. de L. K.]*

[18] El Congreso del Partido Socialista. *[N. de L. K.]*

[19] Marchlevski.

[20] El 17 de enero de 1906 se declaró en Hamburgo la huelga general, y los obreros celebraron una imponente manifestación delante del ayuntamiento contra la reforma del derecho electoral que se proyectaba en detrimento de los trabajadores. *[N. de L. K.]*

[21] *Leipziger Volkszeitung.*

[22] Discusión en torno a la neutralidad de los sindicatos. *[N. de L. K.]*

[23] Durante la ausencia de Rosa, habíamos depositado el fondo para el partido polaco en nuestra propia cuenta bancaria. Durante los desórdenes de la Liga Espartaco en 1919, el lugarteniente Krull, mencionado anteriormente y quien saqueó la casa de Rosa e hizo una búsqueda en ella, encontró un registro bancario a nombre de Karl y Luise Kautsky. Por ese motivo llamó a Kautsky al cuartel de Moabit con la excusa de que el coronel Reinhard le exigía cierta información. Llegado allí, Kautsky fue entregado a un tal sargento Penther, quien lo declaró bajo arresto porque «había financiado las operaciones criminales de Rosa Luxemburgo». Penther es el mismo hombre «honorable» que luego desempeñó un papel tan prominente en el asesinato de 32 marineros que fueron disparados de un modo muy cobarde, aunque inocente, por parte de oficiales reaccionarios que sospechaban que eran alborotadores. *[N. de L. K.]*

[24] Leo Jogiches. *[N. de L. K.]*

[25] «Locas», «chifladas».

[26] Hans Block, nombrado redactor del *Vorwaerts. [N. de L. K.]*

[27] Pseudónimo de Marchlevski como escritor. *[N. de L. K.]*

[28] El pasaporte de Rosa para Polonia estaba extendido a nombre de la camarada Ana Maczke.

[29] Nombre supuesto de Leo Jogiches. *[N. de L. K.]*

[30] El conde Witte, presidente del Gobierno ruso. *[N. de L. K.]*

[31] Roland-Holst.

[32] Alude a la frontera rusa.

[33] Se refería a un proceso que le amenazaba.

[34] Alusión a su gran nariz aguileña.

[35] Bebel.

[36] Eduard Bernstein.

[37] Gueorgi Plejánov, destacado teórico socialista ruso. *[N. de L. K.]*

[38] Redactor del *Hamburger Echo. [N. de L. K.]*

[39] Stadthagen.

[40] Me facturé una pierna al caerme de la bicicleta. *[N. de L. K.]*

[41] Varsovia.

[42] Wurm.

[43] Varsovia.

[44] Paul Axelrod.

[45] Revolución.

[46] Stadthagen era su abogado. *[N. de L. K.]*

[47] Ruso.

[48] Rosa.

[49] Para el Congreso del Partido de 1906. *[N. de L. K.]*

[50] Parvus. *[N. de L. K.]*

[51] Tatiana, primera mujer de Parvus. *[N. de L. K.]*

[52] Deutsch.

[53] Vera Sasulitch.

[54] Se refiere al Comité ejecutivo del partido. *[N. de L. K.]*

[55] Billetes de a mil marcos. *[N. de L. K.]*

[56] Médico de Friedenau, a cuya consulta acudía a veces Rosa.

[57] El editor.

[58] Alexandra Kollontay.

[59] El tendero a quien compraba. *[N. de L. K.]*
[60] Sastre de Friedenau. *[N. de L. K.]*
[61] Wurm había caído enfermo y hubo de pedir medio año de licencia. *[N. de L. K.]*
[62] La que había de ser escuela del partido. *[N. de L. K.]*
[63] La pintora Cavas-Zaroudny, en cuya casa vivía y que le hizo un retrato. *[N. de L. K.]*
[64] Se refiere al Congreso del Partido que había de celebrarse en Mannheim. *[N. de L. K.]*
[65] Adonde habían ido a reponerse después de una enfermedad.

Hasta la gran guerra imperialista (1907-1914)

54

Suiza, Pascuas de 1907
(junto al lago de Ginebra)

Queridísima Luise: No he añadido nada a las postales y cartas de Karl[1], porque de ordinario las manda sin decírmelo. Además, he estado varios días dedicada a mi trabajo polaco, que por fin pude mandar ayer. Ha coincidido esto con los días malos; pero no por ello dejábamos de dar nuestro habitual paseo matinal de dos horas o dos horas y media. Karl, al principio, se resistía y no quería acometer nada en absoluto. Además, durante los primeros días sentíase muy fatigado; ahora, está ya bueno y animoso.

Me he puesto contentísima al saber que trabajas tanto como nosotros (los polacos)[2]. Ya ves, estás abriéndote un campo de acción cada vez más vasto; tú y yo rayamos ya a igual altura: durante los días de Pascua también escribí yo hasta media noche para la misma revista. Lamento no haberte impedido que tomaras a Schulz[3] para el francés. Esto es, en realidad, filantropía y con ello malgastarás el poco tiempo de que dispones. Debes navegar más derechamente rumbo al servicio del partido; pues si sigues el próximo semestre escolar, y encima escribes para la *Gleichheit* y para nosotros y no dejas las traducciones, no te quedará ya tiempo que dedicar a actividades como la enseñanza de idiomas. Me gustaría verte desde un principio concentrar sistemáticamente tu tiempo y tus fuerzas en dos cosas: el trabajo de pluma y la propaganda femenina, que es una buena preparación para otras tareas. Gracias por el Bredow número 2[4]. Recibido hoy, conforme. En cuanto a la carta de Wiesbaden, aguardará hasta mi vuelta. No te dirijas a L.[5] para lo de las llaves; ni hables, en su presencia, de mí ni de ninguna cosa que a mí se refiera (mi llegada, etc.), pues, sin quererlo, podrías ocasionarme un disgusto. Te abraza muchas veces, lo mismo que a los chicos, tu

R.

Aquí tenemos hoy un día espléndido.

55
(Postal)
(Desde Friedenau, 22-2-1908, a Viena)

Queridísima Lulu: En este momento, recibo tu carta con el artículo[6]; he leído los dos inmediatamente. El artículo es *muy bueno,* y sin pérdida de tiempo se lo doy a Karl para que lo lea. (Anteayer estuve en su casa.) Escribiré a Clara. Por lo demás, no es necesario que te preocupes demasiado por el segundo artículo; tan pronto lo envíes, se traducirá[7]. Clara debe de estar otra vez completamente agotada, después de su último extenuante trabajo. Puesto que me anuncias una segunda carta, no voy a contestarte, de momento, a la de hoy; sólo quiero decirte cuánto me alegra ver que trabajas con tanta asiduidad y tan a la perfección. Esto llega a rebasar mis previsiones en cuanto a los comienzos, y de todo este asunto saldrá, a no dudarlo, un grande y duradero fruto.

Te abraza de todo corazón, tu

Rosa.

56
(Sin fecha. Por su tenor, comienzos de 1908, escrita en Friedenau y dirigida a Viena)

Queridísima Lulu: Acabo de dar con esta fotografía[8] en el *Weltspiegel.* No recuerdo que en la *Gleichheit* os hayáis ocupado de Dinamarca ni poco ni mucho. Podrías escribir a Knudsen enseguida y pedirle materiales para un artículo complementario. Por señas, basta poner, seguramente: redacción del *Sozialdemokraten,* para Knudsen, miembro del Parlamento, Copenhague. Muchos afectos y escríbeme enseguida. Tu

R.

57
(Postal ilustrada)

(Desde Kolberg, con matasellos del 12-6-1908)

El mar Báltico, mis queridos amigos, es una charca y Kolberg un nido de inmundicias. Pero he encontrado lo mejor con que podía contar aquí: un hotel muy tranquilo, cerca del parque y de la playa. Estoy un poco fatigada de tanto andar; me limito, pues, a mandaros recuerdos muy afectuosos de la señora de Gustav[9]. Hotel del Parque. Mi hermana os saluda cordialmente.

58

(1-5-1909, desde Degerloch)

Queridísima Lulu: No te he escrito hasta hoy, porque, desde mi llegada, he vivido como en una cárcel; es decir, me había formado el propósito de no levantar la vista de mi escritorio hasta no terminar mi trabajo para nuestra revista pocala. Y, en efecto, he trabajado sin descanso durante las dos semanas y media últimas, sola, arriba, en mi cuarto, no en el jardín, donde una se distrae con demasiada facilidad; me levantaba a las seis y cuarto, y no abandonaba el trabajo hasta la hora de cenar, no bajando más que para las comidas. De esta manera, el trabajo avanzó notablemente y tengo ya dos pliegos y medio listos para la imprenta. Hoy mando una copia; ahí tienes por qué me siento aligerada, y me pongo a escribir las cartas que había tenido abandonadas todo este tiempo. Mañana me pongo otra vez en camino; de momento, para Zúrich. ¡Siento una nostalgia tan grande de sol y de calor! Aquí tenemos continuamente un tiempo frío y lluvioso. Hoy hasta nieva. Sin embargo, el jardín y el bosque están magníficos; todo está florido; el aire libre y la tranquilidad me han sentado muy bien. Me he repuesto mucho, a pesar de tanto trabajo.

Voy a marchar y me preguntas hacia dónde. ¡Esto nada menos! Por ahora, ni yo misma lo sé. Estaba firmemente decidida a terminar, por fin, durante este verano, dejándolo listo para la imprenta, mi gran trabajo histórico sobre Polonia (aquel que el amigo Franz[10] me ha saqueado y plagiado con tanta frescura). Pero para ello necesito muchos datos de la historia de Polonia, que sólo encontraré en la Biblioteca polaca de Rapperswil, cerca de Zúrich. Lo difícil será que aquellas gentes me permitan llevarme libros a Italia; en caso contrario, me veré obligada a

consultarlos allí mismo, es decir, a instalarme en algún lugar cercano a Zúrich, e ir a trabajar a Rapperswil. Pero esto no podré decidirlo más que en Zúrich; he aquí por qué nada puedo asegurarte, por ahora. Únicamente confío en que lograré persuadir a los encargados de la biblioteca para poder marcharme a Italia. Entonces te escribiré sobre mis nuevos derroteros.

Clara no me ha comunicado todavía nada de sus andanzas por Berlín; mañana regresará de Londres; estoy aguardando por momentos su llegada; si no, ya me hubiera marchado hoy mismo.

Y tú, ¿qué haces? ¿Qué hacéis todos vosotros? ¿Cómo se han arreglado *senior y* los *juniores?* Uno de estos días he mandado a Karl un artículo para la *Neue Zeit* sobre asuntos importantes. Hannes está aquí; ayer se presentó inopinadamente, pero por él no he sabido gran cosa de vosotros. Parece vivir entregado por entero a su medicina como un «asceta». Estoy muy contenta de que Clara os haya proporcionado algunos días de satisfacción; también aquí sentimos muy vivamente el vacío de su ausencia.

Mi compañía constante en el cuarto es la de toda una familia gatuna: la Mimi del lugar, con los gatitos, que alimento, acuesto y despierto con la mayor puntualidad. No sé en qué irán a parar, cuando yo me marche, estos hermosos ensayos educativos; me duele el corazón de sólo pensarlo***

Te mando aquí besos cariñosos y abrazos para todos. Si contestas enseguida, dirígete a *Poste restante,* Zúrich. De lo contrario, tendrán que aguardar a que te mande mis señas, cuando yo las sepa. Otro beso más, con el fiel cariño de tu

R.

59

Génova, 14-5-1909

Desde hace unos días me tienes, queridísima Lulu, en la *Genova superba,* como ella se apellida a sí misma; en cambio, los de la Toscana tienen otra opinión de esto y dicen de los de aquí: *mare senza pesce, montagne senza alberi, uomini senza fede et donne senza vergogna*[11]. Yo me inclino a aceptar la versión de los toscanos, con la pequeña diferencia de que los *uomini* son también *senza vergogna,* por lo menos en las tiendas, donde constantemente se equivocan en los precios y, encima, me dan

siempre, con la vuelta, algunas monedas falsas. Fuera de esto, Génova es una bonita ciudad, magníficamente desplegada en anfiteatro sobre unos acantilados en torno a una gran bahía, protegida por hermosas colinas, coronadas, cada una, por un fuerte, que se recorta limpiamente sobre el cielo; un cielo italiano, naturalmente. A lo lejos, en el puerto, el ajetreo habitual de vapores, lanchas, grúas, barro, humo, hacinamiento y espíritu mercantil. Las calles son estrechas, casas que contrastan con el cielo brillante, deslucidas en su mayoría, con fachadas de dos o cuatro ventanas y en todas ellas, de arriba abajo, un abigarramiento de ropas tendidas; el más leve soplo de la brisa hace ondear y chasquear las camisas, las *gatias*[12], las medias agujereadas y otras lindas prendas por el estilo. Para llegar a las calles altas de la ciudad, subiendo de las de la parte baja, se encuentran, a cada dos o tres pasos, unos encantadores *vicoli* o *scalite,* esto es, pequeñas callejuelas sombrías, que apestan de lo lindo, y que tienen la anchura estrictamente necesaria para que el paso esté constantemente obstruido por algún *cittadino* que, volviéndose casi de espaldas y oscilando ligeramente, hace sus necesidades y cuida del riego de las callejuelas, para que el aire no sea, en ellas, demasiado seco. En las callejuelas algo más anchas, se ve una obligada a deslizarse por entre carros de dos ruedas –son los únicos que he visto aquí– tirados por dos mulas y un caballo puestos en fila –es decir, unos detrás de otros–; llevan con preferencia la izquierda y no la derecha, de modo que un súbdito «civilizado» del Imperio alemán, bien disciplinado, tiene a menudo el placer de sentir en su nuca o sobre su cabeza ora el resuello afectuoso de un hocico, ora el restallido de la punta de una tralla; pues aquí cuanto pudiera parecer separación entre la acera y el arroyo ha sido proscrito por antidemocrático. Y es que, en la vida como en la calle, toda criatura tiene que abrirse paso a codazos. He anotado tres ocupaciones favoritas de los genoveses: permanecer con las manos en los bolsillos del pantalón y la pipa en la boca, mirando trabajar a sus semejantes –así se están observando, por ejemplo, con apacible simpatía, durante horas enteras, cómo trabajan los obreros del puerto o los labriegos–; luego, escupir cada quince minutos, pero no con la sencillez y naturalidad con que se hace entre nosotros, sino con verdadero arte, lanzando un chorro largo y fino por la comisura de los labios sin mover la cabeza y con un ligero silbido; y, por fin, ir a afeitarse, no por la mañana como los demás mortales, sino por la noche. Desde las siete a las diez o las once de la noche, podemos

o, mejor dicho, debemos admirar en todas las calles, a derecha e izquierda, sentados en las tiendas abiertas de las *parruchieri* (de cada tres genoveses uno es indefectiblemente *parruchieri y* los otros dos, pícaros de profesión indefinida), a los clientes con las caras encuadradas en los blancos paños, que, con la nariz filosóficamente levantada, parecen contemplar el techo sórdido, mientras un joven diligente, de ojos negros, pasea por los rostros sus dedos, no del todo blancos. Entre otras curiosidades, conviene hacer notar que la sal es aquí artículo de lujo, y que, por tanto, el pan se ansía sin un grano de sal ni levadura, lo que hace que su sabor recuerde mucho al de la masilla que empleamos en el norte para obturar en invierno las rendijas de las ventanas. El azúcar debe constituir también, por motivos que ignoro, una rareza, pues cuesta ochenta y cinco *centesimi* la libra. Y la «libra» en Italia –según me ha enseñado una larga y dolorosa experiencia– sólo tiene 350 gramos; así se explica que, al servir el té, la *cameriere* del café se olvide casi siempre del azucarero, y antes de que volvamos a echarle los ojos encima para pedírselo, ya el té se ha enfriado. En fin, los trenes salen y llegan con su retraso habitual de una a dos horas, y cuando un ingenuo indoeuropeo del norte salta, bañado en sudor, a su compartimento en el último minuto (según *l'orario*), tiene tiempo sobrado para descansar *y* airearse. En efecto, al cabo de media hora, el conductor empieza a gritar un sonoro *partenza!* para desaparecer acto seguido en la cantina en unión del maquinista; al cabo de otra media hora, vuelven a aparecer los dos en el andén, visiblemente repuestos y de buen humor, y por fin el tren echa a andar poco a poco. (Todo esto lo comprobé yo ayer, haciendo una excursión a la Riviera levantina, de la que regresé, gracias al retraso de los trenes, a las dos y media de la madrugada.) Por encima de todo esto ríe, naturalmente, un cielo eternamente azul, y ahora comprendo por qué ríe. Por lo demás, ríe hasta que llega la hora de deshacerse en lluvia.

Ecco una breva macchietta de mis impresiones. En cuanto a mí, obtuve en Zúrich una contestación favorable: puedo recibir aquí todos los libros, pero por mediación de una biblioteca del país, nacional o municipal. Esto me retiene algo en Génova. Sin embargo, aun cuando he encontrado una bonita habitación, bien situada, en lo alto de la ciudad, creo que pronto me cansaré de este ambiente y buscaré quizá algún otro sitio a orillas del mar. Por desgracia, estos sitios no son tan fáciles de encontrar como pudiera pensarse; ayer me convencí de ello después de un primer examen. No

siendo los verdaderos sanatorios, donde uno puede ir a curarse, como el de Nervi, y yo siento repulsión por estos sitios, no hay más que pequeñas quintas sucias y tórridas, en las cuales, además, sólo alquilan habitaciones sin muebles ni servicio. Por otra parte, no hay tampoco verdaderas playas, porque las costas son muy abruptas y llenas de escollos. Pero no dudo que podré encontrar, al fin, algo aceptable. En resumen, esta vida y este país me gustan mucho, pero lo mejor es el mar, que es soberbio. Lo veo desde mi cuarto todo el día, y no puedo saciarme de este panorama.

Bueno, y tú, ¿cómo te encuentras y cómo os va a todos vosotros? Seguramente que asistirás a las conferencias de Clara; escríbeme enseguida con todo detalle. Como no sé dónde se aloja Clara, adjunto aquí una carta para ella. Además, durante mi trabajo se me ha ocurrido una idea para ti, un tema de trabajo personal, un pequeño estudio que pudiera servir para la *Gleichheit* o para la *N. Z.,* que te dará ocasión de lucir tus conocimientos de inglés, y que ciertamente no rebasará la modesta opinión que tiene de ti misma. Lamento que te dejes imponer casi siempre, una tras otra, tan insípidas traducciones. ¿Qué ganas con ello? ¿Qué es lo que aprendes con ese trabajo mecánico e irracional? Me da lástima de verdad, que desperdicies así tu tiempo y tus fuerzas. En cuanto dejes toda esa basura y estés dispuesta a trabajar de nuevo, hablaremos o nos escribiremos acerca de mi proposición. Otros ruegos, relacionados también con mi trabajo: Gertrude[13] seguramente te habrá dejado las llaves; ten la bondad de enviarme, cogiéndolos de mi biblioteca (parte izquierda del estante grande): 1.° *Orígenes de la economía política,* de Bücher. 2.° *Historia de las doctrinas económicas,* de Ingram. 3.° *Historia de las Trade-Unions,* de los Webb. Además, haz el favor de copiarme los siguientes trozos: 1.º De Roscher (di a Karl que te preste su *Economía política*), la definición: «Qué es la economía política» probablemente lo encontrarás en las primeras páginas de su curso. No necesito más que algunas frases, pero citadas textualmente, así como el título exacto del libro. 2.° Del *Diccionario de las ciencias políticas,* el artículo de Schmoller sobre la economía política. Busca el pasaje en que ese majadero afirma que la economía política es un fruto de las necesidades financieras y burocráticas del Estado moderno durante el siglo XVII. No necesito más que el trozo ese. Sé que lo harás con gusto, y tu ayuda me será de gran utilidad, pues aquí no hay más que una mísera biblioteca, en la que no figuran esas obras. Otra petición más:

¿podrías copiarme el cuadro de las importaciones y exportaciones de Alemania durante uno de estos últimos años, relacionando los diferentes artículos, a fin de que se vea adónde se destina tal o cual mercancía, y de dónde procede (basta con que tomes la clase de mercancías, país y suma de su importe o peso total). Pero si esto te origina dificultades, mándalo a paseo. Prescinde de ello.

Escríbeme, diciéndome cómo seguís todos ahí. ¿Qué hacen los chicos? Perdón, los *ex-muli*[14] (¿cómo se llaman ya ahora, es *asini?).* ¿Y el chiquitín? ¿Y cómo está Carolus Magnus? Escríbeme a *Poste restante (si ferma in posta),* pero como *certificado,* de lo contrario no vendrá seguro. Sobre todo, los libros certifícalos. Besos cariñosos para todos.

Vuestra

R.

60

(Postal)

(Sin fecha. Matasellos: 11-6-1909)

Queridísima Lulu: *Hoy* ha llegado el paquete de libros (con los sellos previsoramente arrancados, por lo cual no me ha sido posible descifrar el matasellos). Muchas gracias. Me apresuro a pedirte otra vez que me mandes el breve extracto del artículo de Schmoller, sobre la economía política, pues me has mandado una cosa que no es la que yo necesito. Me interesa, no su definición de la economía política, sino el fragmento en que explica por qué esta no aparece como ciencia hasta el siglo XVIII (según él, por las necesidades del Gobierno, de la burocracia centralista moderna). Ten la amabilidad de enviarme ese trozo, pero esta vez acompañado de una *carta.* Hoy o mañana te escribiré extensamente; esta no es más que para tranquilizarte, de momento, por lo que a los libros se refiere. Porque Lavoisier tenía razón: en el mundo de la materia nada se pierde; pero, a veces, la tal materia vaga diabólicamente por esos mundos durante mucho tiempo. Cariñosos recuerdos para todos vosotros, con mucha prisa. Tu

R.

Una cosa de importancia se me olvidaba; ¡estos encargos! A fines del corriente o en los primeros días de julio, recibirás de Francia para mí un original francés. En cuanto lo tengas, haz el favor de enviarlo lo antes posible a L.[15] para nuestra revista. Por lo demás, ya él se presentará a buscarlo, pues lo espera. Procura no olvidarte. Otro beso.

61

13 (de junio probablemente), 1909

He recibido hoy, queridísima Lulu, tus dos postales juntas, la del 9 y la del 11. Ya habrás tenido noticias de que el paquete llegó y estarás tranquila por este lado. En cuanto a mí, hace tiempo que no te he escrito, pues no he tenido un momento libre, y, además, todo el día me he visto obligada a escribir una o dos cartas de negocios; no disponía, pues, de tiempo para escribiros como hubiera sido mi deseo. Luego, la espera de los libros me ponía impaciente y «gruñona», como diría Franz[16], y ya sabes que no me gusta ponerme en evidencia cuando se me echa a perder el humor. Hoy luce de nuevo el sol, en mí y alrededor mío. En efecto, acabamos de pasar una semana entera de lluvias, temporales, vientos fríos y mar agriada. Hoy, de repente, un cielo azul, un sol radiante y un mar de un azul intenso con encajes de espuma blanca, que chispea como la nieve bajo el sol. En general aquí hace bastante más fresco de lo que yo me había imaginado y de lo que de ordinario se cree. Me escribe un amigo, desde Suiza: ¡No comprendo cómo puede usted soportar la Riviera en esta época! Me ha hecho gracia. pues a juzgar por las noticias que recibo de mis amigos, este año hace más calor en Suiza que aquí. Levanto es un pueblecito pequeño, a dos horas de Génova, y como al principio ignoraba si iba a quedarme aquí –pues no conocía sus condiciones– no os comuniqué inmediatamente mis señas ni a vosotros ni a la estafeta de Friedenau. Levanto es –a Dios gracias– completamente desconocido en el vasto universo, y las cartas hubieran corrido el riesgo de tomar el rumbo de Oriente. Por fin me he quedado aquí, y recibo mi correspondencia, aunque con la más fastidiosa irregularidad.

Ahora, a nuestros proyectos; los tuyos, los vuestros y los míos. Es casi seguro que iré en julio a Suiza, y así podrán arreglarse las cosas, según creo, para que podamos reunirnos. Naturalmente, en cuanto yo misma lo sepa, os

comunicaré mi paradero. Por ahora todavía no puedo decidirme; pero podría ser que, en último término, eligiera el querido lago de los Cuatro Cantones; lo único que temo, por antigua experiencia, es que no pueda solearme mucho más que aquí en Italia. ¿En qué punto de Suiza pensáis pasar Karl y tú vuestras tres semanas? Caso de que tuvierais ya algún plan en firme, contéstame enseguida; quizá eso facilite mis propias combinaciones. Dime también la fecha exacta en que Karl y Bendel vendrán a Génova, a menos que regresen directamente a Suiza desde Marsella. ¿En qué buque embarcarán? ¿Es de veras algún barco de carga? En ese caso, se eternizarán en el viaje. ¡Con tal de que pueda encontraros a todos en Suiza! ¡Qué alegría entonces, y cuánto vamos a charlar!

Aquí tengo mi nido deliciosamente situado cerca de una pequeña bahía, sin muelles, por fortuna, de modo que no hay barcas de pescadores, ni buques de vela que echen a perder el paisaje, como ocurre en Sestri Levante (donde Gerhart Hauptmann, según acabo de leer en el *Secolo, sta lavorando nella tranquilitá lucida e fragrante.* Tampoco queda cerca de la gran ruta del turismo, como los Ponente y los Levante hasta Sestri, en la que no cesan el estrépito y la pestilencia de los autos. Es un pueblecillo encuadrado entre las suaves pendientes de los Apeninos que brindan, con sus olivares y sus pinos, todos los matices del verde. Aquí todo es sosiego; sólo de vez en cuando se oye el trágico quejido de un mulo o el grito del arriero que aviva el paso de recua. Por lo demás, unas cuantas caras soñolientas asomando a la puerta de algunos comercios de la «calle Mayor», niños jugando en la arena, o gatos blancos y pardos que se deslizan de uno a otro lado de la calle o de una a otra tapia de jardín. El centro es la *Piazza Municipale,* rectangular, cerrada por el principal edificio de la villa, de soportales. En él reside cuanto significa autoridad, jerarquía, Estado: el correo, la guarnición (unos seis soldados con dos oficiales), el *podestá,* la aduana y, naturalmente, una «placa conmemorativa», de mármol, con dos rebordes laterales en relieve. Delante de esta placa, vuelto de espaldas a la plaza, se ve siempre parado algún transeúnte; fuera de esto, el sol inunda con sus rayos la plaza desierta, en cuyo centro una estatua recuerda a Cavour, *al più grande statisto* del siglo XIX, como reza ingeniosamente la inscripción. Junto a un pobre arroyuelo, bajo tres grandes cedros, se ven a todas horas las *lavandaie* dobladas constantemente sobre la faena, mientras los hombres se entretienen charlando. Frente a mi *albergo,* por ejemplo, se congregan

dos o tres ciudadanos, unas veces de pie, otras sentados en el poyo de la casa, y se pasan horas enteras charlando a más charlar, mientras yo trino para mis adentros, pues este infatigable rumor de voces me hace perder la ilación de las ideas, y siento tentaciones de dejarlo todo e irme yo también a tumbarme al sol. Por la noche, no hay bicho viviente que no salga a tomar el fresco, paseándose de arriba abajo, a lo largo de la «calle Mayor»; nubes de niños cetrinos pululan, jugando por la calle, y el vendedor de helados, con su carrito, hace gran negocio. Yo le compro todas las noches diez *centesimi* de refresco, que me sirve en un pequeño barquillo, cuando logro abrirme paso a través de la chiquillería que le circunda. Desde el punto de vista intelectual, hay aquí dos personajes que se destacan visiblemente: el empleado de Correos, un joven gordo, rechoncho, moreno, que, con sus zapatos blancos y su sombrero garibaldino ladeado, es, fuera de las horas de servicio, el jefe y el ídolo de la *jeunesse dorée* de la localidad; por la noche, rodeado de amigos, luce su ingenio, que yo no alcanzo a dominar, y esparce a su alrededor la alegría, y me temo que también algo de libre pensamiento y de cinismo. Tipo completamente distinto es el farmacéutico, hombre también en la flor de su edad, pero demacrado y taciturno; en su botica alberga siempre a otros caballeros más graves aún que él, como el señor cura; sentados, cubiertos, hablan de política. Y aunque el farmacéutico no esté en la botica, la tertulia se forma de todos modos; los tertulianos se congregan por su cuenta, charlando y leyendo los periódicos. Por dos veces he ido a la botica a comprar polvos dentífricos, y las dos veces arranqué al boticario de la conversación de un señor político del Partido Clerical. Todos los domingos hay procesión, a la que asisten los niños, las mujeres y los viejos, tocados de negro. La procesión avanza lenta y perezosamente, el canto se interrumpe a cada paso y los espectadores se echan a reír; el «Signor Gesù», que llevan a hombros sobre una larga tabla, hace guiños porque los rayos del sol le ciegan y le hacen cosquillas en la nariz. Pero esto no siempre es tan inocente como parece. ¿Sabéis de dónde vinieron la tormenta y la lluvia de la semana pasada? Acabo de leerlo en el *Secolo:* en Porto Maurizio habían organizado una solemne procesión *per scongiurare la siccitá*[17]. ¿Por qué no hemos de creer en la misericordia divina? La farmacia triunfaba, claro está, y lanzaba aceradas miradas irónicas al partido del oficial de Correos. Al tiempo que esto ocurre, inmensos carteles del partido socialista anuncian el Primero de Mayo, lucen todavía en todas

las esquinas: a nadie le conmueven –es posible que tampoco se conmoviera nadie el propio Primero de Mayo, aunque no puedo asegurarlo–. ¡Ah! El mundo dista mucho de ser perfecto. Sería tan hermoso, pero..., pero*** En primer lugar, las ranas. Apenas se pone el sol, las benditas ranas empiezan a croar por todas partes, formando una algarabía como jamás he oído en parte alguna. En Génova tuve ya una sorpresa parecida, que antes que en cualquier parte hubiera esperado menos aquí en la Riviera. Ranas, bueno. ¡Pero *qué* ranas! ¡Un croar tan amplio, tan sonoro, tan satisfecho, tan sostenido, como si la rana fuera el primero e indiscutiblemente el más importante de los seres*** En segundo lugar, las campanas. Yo aprecio en todo lo que valen y tengo cariño a las campanas de las iglesias. Pero a cada cuarto de hora un carillón y un bim-bim-bim, bim-bam-bam, frívolo, estúpido, infantil, es para volverse loca. Los domingos, y sobre todo por Corpus, estas campanitas se revuelven de alegría como lechones, sin parar un momento. Y tercero..., tercero, Karl, si vienes a Italia, no te olvides de meter en la maleta una caja de polvos insecticidas. Fuera de esto, la vida aquí es magnífica.

Carolus, cuatro palabras nada más sobre asuntos serios, para terminar. Adjunto el título de un nuevo libro de Lenin[18] (Iliin es su pseudónimo); desea que el libro se cite entre las obras recibidas. No encargues a nadie que haga la nota bibliográfica; tal vez yo te pueda recomendar a alguien; de lo contrario, te expondrías a molestar, sin querer, al autor. Pero pon el libro *inmediatamente* entre las «obras recibidas», *y también* entre la biografía del socialismo.

Y ahora, muchos besos para todos en general y para ti, Lulu, en particular. Vuestra

R.

62

(Postal)

(Sin fecha. Matasellos: Levanto, 18-6-1909)

Mi queridísima Lulu: Hace unos días te escribí extensamente. Ahora sólo quiero hacerte la siguiente proposición. Como para el mes de julio estaré en Suiza, tú podrías venirte enseguida conmigo y aguardar a Karl y

Pendel. Puedes traer tu trabajo, y juntas trabajaremos mucho. ¿Te conviene? Si te es igual ir a cualquier parte, te informaré inmediatamente dándote detalles. Estoy pensando vagamente en Gersau, un sitio tranquilo, hermoso y barato. Contéstame enseguida si aceptas mi proyecto. En caso afirmativo, tenlo todo dispuesto para el 1 o el 2 de julio, pues para entonces yo estaré ya, con toda seguridad, en Suiza. Besos para ti y para todos. Vuestra

R.

63

(Postal)

(Sin fecha. Matasellos: Levanto, 22-7-1909)

Queridísima Lulu: He recibido vuestras dos postales y me ha divertido mucho la indignación del Gran Inquisidor[19] con motivo de mi excelente salud y de tus prisas por reunirte conmigo en Suiza. Como me es completamente indiferente el lugar donde vayamos a encaramarnos juntas, pero el lago de Walenstadt es tan barato, te pongo estas líneas telegráficas para preguntarte solamente adónde querrías tú ir y hacia cuándo llegarás. Tengo que saberlo para dejar, cuando me marche, mi dirección a varias personas, tú entre ellas. Desearía tenerte allá a partir del 14 de julio, ¡anda, ven!

Besos para todos. Vuestra

R.

64

(Sin fecha. Por el tenor: Valenstadt, Suiza, verano de 1909)

Todavía, querido Carolus, no has dado señales de vida desde Friedenau, y tengo que importunarte.

La redacción de nuestra revista polaca ha recibido –como contestación a tu carta acerca de las teorías de Mach, que ha reproducido[20]–, una acerba réplica contra ti y contra la redacción (a causa de su nota, aprobándola). El autor de la réplica es Maletski, aquel polaco que escribió ya una vez en la *Neue Zeit.* Estamos, naturalmente, obligados a publicar esa protesta, que traerá la «batracomiomaquia»[21] a las filas de nuestro propio partido. Pero

no hay más remedio que ponerle a este ataque algunas glosas enérgicas. La redacción añadirá algo por su cuenta, pero nadie mejor que tú mismo puede, ciertamente, responder *por ti.* Adjunta te envío la traducción casi textual del contenido del artículo; ten la bondad de sentarte sobre el trasero de tu pantalón –aunque tampoco tengo inconveniente en que sea de las *gatias*– y redáctanos una contestación de dos o tres páginas impresas. Pero hazlo lo antes posible; esta bagatela no te exigirá mucho tiempo ni mucho trabajo. Para ganar tiempo, envía tu respuesta a la redacción, a Leo: Sr. K. Krzystalowicz, Steglitz, Hotel-Restaurant Schlosspark, habitación número 4. Ponme cuatro letras en una tarjeta postal cuando lo hayas despachado.

Tu costilla ha tomado hoy el tren.

Muchos saludos y besos en tu magnífica calva, querida criatura; afectos a Wurm. Escribo a Felix. Tu

Rosa.

65

(Postal)

(Sin fecha. Matasellos: Dortmund, 13-4-1910)

Queridísima Lulu: Todo marcha bien; ya tengo a la espalda ocho mítines y otros seis por delante. Por todas partes encuentro la aprobación entusiasta y sin reservas de los camaradas. El artículo de Karl[22] hace a la gente encogerse de hombros; he podido comprobar esto, sobre todo en Kiel, en Brema, en Dortmund y en Solingen, en caso de Dittmann. Lo peor es que Clara me escribe que el secretario general Wasner (!) ha expresado sin rodeos, en un mitin, su asombro ante la actitud de Karl. Por otra parte, yo sabía de antemano que no recibiría las pruebas; Karl quiere impedir mientras pueda, que yo le conteste; el hecho de que el artículo[23] se publicase en dos números no es «cosa de Wurm», como tú crees, sino de Karl, con el referido propósito. Dile que sé apreciar en lo que valen la lealtad y la cordialidad de esos mezquinos procedimientos, y que, atacándome por la espalda, se ha metido él mismo en un mal negocio. ¿Cómo estáis? ¿Qué es de mi Mimi?[24]. Ponme cuatro letras a la dirección de Haenisch (Dresdenerstrasse, 16), sigo aquí, desde donde hago mis *tournées.*

Besos y saludos para ti y los chicos. Tu

Rosa.

66

(Postal ilustrada)

Sin fecha. Matasellos: Aeschi (Suiza), 9-8-1910

Queridísima Lulu: Tu señal de vida, que he aguardado tanto tiempo, me ha causado la mayor alegría. Te engañas; yo siempre estoy henchida de los sentimientos más «humanos», aunque, por desgracia, no tengo a quién demostrárselos. Por aquí hace un tiempo muy hermoso. Variable, ciertamente, pero no caen grandes aguaceros; hasta durante los temporales, que nos visitan casi a diario, el tiempo es templado. Si las cosas marchan bien, mis vacaciones sólo durarán, en total, tres semanas: primero, a causa de la carestía de la estancia aquí (tengo que pagar 7 francos por un agujero, aunque con espléndidas vistas), y luego porque de vez en cuando hay que esperarse una visita de la familia*** Estaré *at home* el 16, a más tardar. ¿Y vosotros?

Cordiales saludos y besos. Vuestra

R.

67

(Sin fecha. Matasellos: Friedenau, 9-9-1910)[25]

Lo que tú, queridísima Lulu, tengas por justo, puedes estar segura de que lo será también para mí. Yo soy siempre la misma para contigo, bien lo sabes. Pero que te sientas tan desgraciada, me duele de verdad. No tienes motivo para ello; no hay por qué, nada te obliga a mirar con tristeza lo que ocurre. ¡Acéptalo con serenidad y conserva tu buen humor, pase lo que pase! Para mí, lo peor de todo es que no pueda, en esta ocasión, consolarte y alegrarte. Adiós, que te pongas contenta. Tu

Rosa.

68

(Sin fecha. Matasellos: Friedenau, 21-2-1911)

Carissima: Me ha alegrado mucho ver una muestra, por lo menos, de tu escritura, puesto que de repente desapareciste de mi horizonte. Confío en que te repondrás y te sentirás restablecida por una temporada. Clara ha vuelto por dos días, que ha habido que dedicar íntegros a las sesiones de la honorable K. K.[26]. La robustez de estas reuniones es indescriptible; todo lo que se diga es poco. Además de esto, han transcurrido como el rosario de la Aurora; su único fruto ha sido el asco infinito de Clara e, indirectamente, mío. «Fuera de esto, estoy bien», sólo que este tiempo desapacible –un temporal de frío, que duró varios días– me altera algo los nervios. Actualmente estudio geología, y me gusta mucho; los horizontes se dilatan considerablemente. El domingo salimos a pasear con Hannes por los alrededores de Friedenau; luego leímos un libro de poesías de Hafiz (el original en que se inspiró Goethe para su *Diván*), traducido al alemán, naturalmente. Aun así, el original es mejor que su imitación. Hans trabaja los domingos en la regeneración de la raza[27], y apenas le veo.

Besos. Tu

R.

69

(Sin fecha. Verano de 1911)

Queridísima Lulu: Tuve que irme por dos días a Kolberg en el preciso instante en que recibía tu carta; de ahí el retraso. Me he instalado aquí, y apenas pienso en viajar (como no sea en viaje de propaganda). Me siento muy bien, muy alegre, y trabajo asiduamente a pesar del calor. Pero no creas que dedico a la *L. V.* la mayor parte de mi tiempo. Sin embargo, te adjunto un pequeño dardo que me ha conquistado otra vez muchas simpatías en el Comité Central: no tienes por qué suscribirte. Por otra parte, el *Vorwaerts* se ha identificado enseguida con este artículo, sin explicar, naturalmente, lo que le obligaba a ello.

También yo estoy poco al corriente del tumulto bélico de los rusos[28]. Leo anda tan atareado, que apenas si le queda tiempo para respirar. Sus

señas son: Sr. J. Goldenberg, para Leo, boulevard de Port Royal, 39, París.

La enérgica declaración de los «depositarios» ha causado excelente efecto en Lenin y Compañía, quienes se han mostrado conformes y han renunciado a volar las instituciones recientemente creadas. Los mencheviques, por el contrario, están fuera de sí. Tan pronto convocan precipitadamente, por su cuenta y riesgo –después de haber afirmado durante año y medio la imposibilidad de hacerlo– una reunión en pleno del C. K.[29], como una conferencia del partido; lo cual, como es de temer, sólo puede acabar en una escisión; y apostrofan de modo inconcebible a los bolcheviques, a los polacos y a la Comisión unificadora. El buen Trotsky se revela cada vez más como un fastidioso cliente. Aun antes de que la Comisión técnica haya arrancado a Lenin la libertad financiera, para entregar, si el caso llega, fondos a *Pravda,* Trotsky, arremete desde este diario, con la mayor grosería, contra la Comisión y contra la Conferencia de París. Insulta directamente a bolcheviques y polacos como «sembradores de la discordia en el partido», pero no encuentra *ni una sílaba* para condenar el libelo de Martov contra Lenin, que rebasa en ignominia a cuanto pueda imaginarse y tiende visiblemente a la escisión. ¡Como ves, es magnífico! ¡Si, al menos, se reuniera la conferencia! A pesar de todo, la unidad del partido podrá todavía salvarse, *obligando* a ambas fracciones a que convoquen juntas la conferencia.

Por lo que al cuadro[30] se refiere, espero impaciente el veredicto de Hans[31]. Lo único que temo es que tú le hayas predispuesto ya en un sentido demasiado favorable para mí. Actualmente no me queda tiempo para pintar. Clara regresa dentro de algunos días. Hannes[32] volvió a marcharse ayer tan abatido como de costumbre. Ponme cuatro letras.

Te besa una y muchas veces, tu

R.

70

(Sin fecha. A juzgar por el tenor de la carta, Friedenau, mediados de agosto de 1911)

Queridísima Lulu: Hoy me he despertado sobrecogida por un brusco estremecimiento; ¡ya llego tarde con mi felicitación por tu cumpleaños! No

sabes bien cuánto me apena esto. Pero tengo disculpa. Hace cinco días que me propongo, día tras día, empezar la carta, pero los días pasan como embrujados. Desde el grito lanzado por el Comité Central protestando contra lo de Marruecos, no pasa día sin que reciba telegramas y cartas urgentes de todas partes invitándome a hablar en mítines; declino todas las invitaciones, pero las cartas excusándome me absorben mucho tiempo. Por si esto fuera poco, anteayer se me presentó aquí mi hermano con su mujer. Luego, me llega un aviso de Hamburgo: Que Guillermo[33] va a ir allí, y que, por tanto, también debo ir yo, necesariamente. Y esto, como a propósito, el mismo día en que me mudaba. Bastaría esta sola molestia para que me sintiera republicana. No obstante, he aceptado. Además, con motivo de la mudanza, Ida[34] anda de cabeza. ¿Tiene algo de particular que yo haya perdido también la mía? Deja, pues, que te abrace con algún retraso, y concédeme tu perdón.

Pero, vamos a ver, ¿cómo te encuentras? Desde tu lacónica postal no he vuelto a saber nada de ti. ¿Quieres que hablemos algo del calor? ¿Piensas, quizá, encontrar aquí un cadáver carbonizado, una carroña reseca que te recuerde vagamente los queridos rasgos de tu difunta amiga de la Kranachstrasse? Pues «te equivocas, señor Juez de mi corazón»[35]. No soy católica, es cierto, pero sí alegre como un pinzón y como hay que ser; me levanto a las seis, tomo baños fríos dos veces al día (en la bañera), me siento rejuvenecida y trabajo a toda máquina. Berlín me parece una ciudad muy agradable, incluso en la época de los grandes calores –para quien, como yo, no los siente en absoluto–. Clara pasó por aquí, al igual que otras veces, como en una visión cinematográfica; la vi cruzar como una exhalación. Está bien y, de buen humor, aunque físicamente haya estado varias veces enferma.

El problema ruso proyecta su dulce sombra sobre sus «vacaciones» y también sobre las mías. *Nota bene,* los dignos «depositarios»[36] –cosa, a lo que creo en mi fuero interno, «que a nada compromete»– han tenido una bonita idea para acallar rumores, publicando el proyecto de conferencia ¡«para todas las tendencias»! ¿Será necesario, acaso, que los tres contraigan una afección del hígado, como la que ya padece por anticipado uno de ellos?[37]. Estoy segura de que ese será el único resultado positivo de la «conferencia». Ni que decir tiene que a esta conferencia no acudirán más que una bandada de gallos de pelea, *residentes en el extranjero,* que se

desgañitarán a cuál más para conquistar la atención y el alma de los depositarios alemanes; esperar una inteligencia entre *estos* gallos, sea la que sea, es pura ilusión. Están ya tan malquistos y agriados entre sí, que un debate general no va a ser para ellos más que una ocasión de reavivar sus antiguos resentimientos, los antiguos y los recientes, y lo único que se conseguirá será echar leña al fuego. El único medio de salvar la unidad sería organizar una conferencia general de delegados *de Rusia,* porque los rusos ansían la paz y la unión, y ellos son la única fuerza capaz de volver a la razón a los gallos de pelea del extranjero. Así, pues, el insistir simplemente en una conferencia general del partido, *tal como* acabo de apuntarla, cerrando los ojos, los oídos... y las narices a todo lo demás, sería, en mi opinión, la única actitud conveniente. Por desgracia, la perspectiva de esta nueva conferencia con los alemanes ha producido ya el mayor desconcierto entre los rusos; Trotsky se jacta en cartas «rigurosamente confidenciales» de que él es, desde luego, el grande hombre que volverá las cosas a su cauce; los mencheviques que le secundan se han envalentonado y boicotean la conferencia general del partido que se prepara; los bolcheviques y los polacos están completamente desorientados ante este desbarajuste. ¡Bah! Confiemos en que todo ello se arreglará; pero mientras tanto, soy yo, inocente cordero, quien sufre el bombardeo de cartas urgentes y de telegramas; yo quien ha de explicar si tal o cual noticia es cierta, y cómo hay que interpretar esta o aquella otra, sin tener en cuenta que yo misma no lo sé. Esto «no tiene nada de bonito», como solía decir nuestro pobre Paulus[38], y tenía razón, en esto y en otras muchas cosas.

Por lo demás, estos campos de por aquí están desiertos. Hannes está en Flims. Por cierto que me mandó su retrato hecho por Zundel[39], para que yo haga la comparación[40], y me gustó mucho. Ya lo verás cuando vengas.

¿En qué fecha exacta regresas? He tenido que aplazar la mudanza a causa del «kaiser», y seguramente será para el día 30. ¿Asistirás a la conferencia femenina? ¡Figúrate, me he pasado al bando de las mujeres! He recibido un mandato para la conferencia y, por lo tanto, tengo que salir para Jena el día 8; antes, por gusto y para dar variedad al viaje, tengo un mitin electoral, el 7 de septiembre, en... Dusseldorf. Ponme cuatro letras.

Te beso muchas veces. Recuerdos a los chicos. Tu

R.

71

(Sin fecha. Matasellos: Berlín-Südende, 9-1-1913. Dirigida a Viena)

Queridísima Lulu: Tus líneas, que recibo en este momento, me han causado una gran satisfacción, porque he podido leerlas con perfecta tranquilidad de conciencia. Cuando a fines de diciembre vino Rosenfeld a la escuela para hablar conmigo e insistir en que me encargara de dar el curso[41], lo primero que le dije fue: Ha de saberlo Frau K.[42], a lo que él contestó: ¡Naturalmente! Y como era el encargado de organizar el curso, yo tenía que confiar necesariamente en él. Ahora dice que, por delicada consideración al hecho de haber fallecido Granny[43], no quiso tratar de ello contigo antes de que estuvieses de vuelta; sin embargo, a lo que parece, te escribió su mujer. Las conferencias comenzarán del sábado en ocho días y para entonces creo que estarás de nuevo a nuestro lado. Yo, desde luego, no tengo ninguna prisa. De buena gana me hubiera sustraído al compromiso, pues no espero de esas lecciones ningún fruto que valga la pena, y estoy fatigadísima. Pero hoy, el pequeño Kurt R. se ha dejado caer sobre la escuela, como una tromba, sin aliento, y me ha vencido, como a débil mujer que soy. Además habrá que comenzar enseguida, pues a la Sra. Dra. R... y al Dr. R... y su señora parece haberles entrado de pronto un gran amor por el *Capital.* Tu presencia me confortará. Dime, por lo tanto, si estarás aquí para el 18; de lo contrario, escribe a Rosenfeld pidiéndole un aplazamiento; yo lo preferiría. En otro caso, empezaré por leerles a esas damas y caballeros el primer cuaderno de mi *Introducción a la economía política,* que ya leí a cierta persona conocida[44], a orillas del lago de los Cuatro Cantones. Quizá este *da capo* no te interese, y en ese caso te desentiendes tranquilamente de la primera «lección». Danos, por tanto, el «tono» en que crees que debe desarrollarse el cursillo. Ya te he dicho que mi hijo[45] y yo te aguardamos. Pieck[46] te espera, como es natural, para decidir el asunto del secretariado de educación. Las probabilidades parecen oscilar entre dos candidatos; él, P., y el Dittmer del Sindicato de obreros municipales. Desconozco en absoluto a D.; en cuanto a P., lo creo muy a propósito para dicho cargo, más que para la política. Tiene decisión, iniciativa, mucho celo e idealismo; es, además, un asiduo lector. Opino que esta vez puedes apoyarle en conciencia[47]. Däumig, según he sabido,

también mantiene su candidatura. No sé si los socialistas pondrán mucho empeño en favorecer a Dittmer, de quien me han dicho que ha tenido líos dentro de la organización. La solución, sigue, pues, siendo incierta, y tu presencia podría ser muy importante. La sesión se celebrará dentro de unos ocho días. Después de un largo silencio, he recibido una extensa carta de Clara, pero en tono menor, como todas sus noticias de algún tiempo a esta parte. Cada vez me confirmo más en la impresión de que está agotada físicamente y de que debería dejarlo todo e irse al Mediodía a descansar a pleno sol. Pero es predicar en desierto. Causa perdida. La última vez que estuvo aquí, tenía un aspecto verdaderamente lamentable. Tus obsequios le han gustado mucho; seguramente te lo habrá escrito ella misma.

Ahora descanso de mi libro...[48] trabajando en la obra polaca (ayer, por ejemplo, hasta media noche). Estoy verdaderamente agobiada, pues las innumerables correcciones de pruebas, que vienen a unirse al trabajo de la escuela, me han deprimido enormemente. Pero mis polacos son inexorables, y aquí me tienes obligada a zambullirme en los asuntos de mi patria. Sin embargo, intelectualmente, mi libro es para mí asunto terminado. Me hará el mismo efecto que después que he pintado un cuadro: unos cuantos días de satisfacción, y ya no vuelvo a pensar en él.

De los tuyos no sé absolutamente nada, no oigo ni veo a nadie. Seguramente te habrán contado la fiesta de Navidad del día 21. Tu Felix estuvo muy *galante* conmigo, me acompañó hasta casa, expresó su deseo de venir un día a verme, pero hasta ahora no ha pasado de ahí. Hannes D. ha contestado a mi recuerdo con una larga carta y tres inmensos cartones de Miguel Ángel. Está en Stuttgart, y cuando habla de sí mismo escribe con cierto retintín (ignoro si es en el estómago o en otra parte donde le aprieta el zapato); por ahora no hace alusión alguna a sus proyectos inmediatos. He pasado las fiestas muy tranquilamente en casa, con Mimi[49] y Gertrude[50], leyendo a mi gusto a Schweitzer (los comentarios de Mehring están muy bien), Sófocles y Calderón.

Siento verdadera sed de literatura clásica; verdaderamente es una reacción, después de tanta economía política como he tenido que tragar. El sábado fui a ver *Don Juan,* por un artista de Estocolmo que hacía el papel principal. El extranjero lucía, bajo su traje de malla, unas magníficas pantorrillas; por lo demás, fue una decepción (como ocurre con la mayoría

de los Don Juanes, ¿verdad?). ¿Qué si existe todavía Halensee?[51]. No tengo idea. Te besa y aguarda tu

R.

72

(Desde Friedenau a Roma), 11-7-1914

Al fin llegan, queridísima Lulu, noticias un poco tranquilizadoras acerca de tu salud[52]. Después de tantas y tan penosas inquietudes seguidas, de esperanzas y nuevas inquietudes y desazones, por fin, un nuevo rayo de esperanza. ¡Ojalá prosiga la mejoría, queridísima! ¡Restablécete y vuelve a nuestro lado sana y jovial como siempre! Si hace tanto tiempo que no te he escrito es porque temía que mis cartas te resultaran inoportunas hallándote como te hallabas en cama. Ahora abrigo cierta esperanza de que puedas ya recibir mis cariños y mandarme cuatro letras por alguno de los tuyos, para que pueda tranquilizarme y estar cierta de tu mejoría. ¡Cuánto me gustaría estar a tu lado, poder cuidar de ti y alegrarte! Por desgracia, me faltan para ello dos nonadas: dinero y tiempo; esto sobre todo. Tengo que continuar encadenada a este asfixiante y tórrido Berlín, como Prometeo a su roca, aunque yo no he robado nunca nada. Te convendría ir lo antes posible en busca del verdor, de las alturas y de la paz de las montañas. Te mando mil besos, con la esperanza de un próximo y definitivo restablecimiento. Entonces volveremos a vernos y charlaremos mucho y cariñosamente, como es debido. ¡Cuídate mucho y ponte contenta! Tu

Rosa.

73

(Postal colectiva dirigida a Roma desde el Buró Internacional Socialista, en Bruselas. Matasellos: Bruselas, 18-7-1914)

Te escribí últimamente. Confío en que te vaya bien. Muchos abrazos.
Rosa.

[1] Rosa se había ido con Kautsky al lado de Garda, en viaje de vacaciones. *[N. de L. K.]*

[2] Se refiere a la revista polaca *Przeglad Socyaldemocratiezny,* órgano de la socialdemocracia de Lituania y Polonia, ya mencionada. *[N. de L. K.]*

[3] Heinrich Schulz.

[4] «Los pantalones del Sr. Bredow», por Willibald Alexis. *[N. de L. K.]*

[5] Leo Jogiches, con quien había tenido una desavenencia. *[N. de L. K.]*

[6] El artículo que envié a Rosa para su crítica fue el primero de una serie de ocho sobre comedores escolares *Gieichhiet*. *[N. de L. K.]*

[7] Para la revista polaca. *[N. de L. K.]*

[8] Fotografía de una cantina escolar en Copenhague. *[N. de L. K.]*

[9] Se refiere a Gustav Lübeck, con quien había contraído matrimonio aparente para obtener la nacionalidad alemana. Cuando estaba de viaje solía dar en los hoteles el nombre de «Rosalla Lübeck». *[N. de L. K.]*

[10] En sus notas de introducción a los *Escritos póstumos de Marx, Engels y Lasalle,* editados por Fr. Mehring, en 1902, Mehring se había servido de un manuscrito de Rosa Luxemburgo acerca de la cuestión polaca, que tenía en su poder para examinar. *[N. de L. K.]*

[11] En italiano «un mar sin peces, una montaña sin árboles, un hombre sin fe, una mujer sin vergüenza». *[N. de L. K.]*

[12] Calzoncillos, en polaco.

[13] La muchacha.

[14] Los dos chicos mayores de Kautsky, que acababan de graduarse de bachilleres.

[15] Leo Jogiches. *[N. de L. K.]*

[16] Mehring.

[17] En italiano «para prevenir la sequía». *[N. de L. K.]*

[18] *Materialismo y empiriocriticismo. Notas críticas a una filosofía reaccionaria,* Moscú, 1909. *[N. de L. K.]*

[19] Sobrenombre de partido de Karl Kautsky. *[N. de L. K.]*

[20] Número de julio de 1909 de la revista vienesa *Der Kampf.* *[N. de L. K.]*

[21] Batalla de las ranas y ratones. *[N. de L. K.]*

[22] Artículo de Kautsky sobre la cuestión de la huelga de masas. *[N. de L. K.]* Fue publicado en la *Neue Zeit,* vol. XXVIII, Serie II, n.º 28 (8 de abril de 1910), con el título «¿Y ahora, qué?».

[23] Artículo de Rosa, titulado «¿Agotamiento o lucha?», *Neue Zeit,* vol. XXVIII, Serie II, n.os 35 y 36 (mayo 1910).

[24] Su gato.

[25] Estas líneas son, evidentemente, una respuesta a una carta mía en la que expresé mis sentimientos de dolor ante su decisión de permanecer lejos de nuestro hogar en ese momento debido a sus diferencias políticas entre ella y mi esposo. *[N. de L. K.]*

[26] Comisión de Control, de la que Clara Zetkin era miembro. *[N. de L. K.]*

[27] La Sociedad para la Higiene Racial. *[N. de L. K.]*

[28] Las dos facciones de la socialdemocracia rusa se habían fusionado en un Congreso, pero como ninguna de las dos confiaba en que la paz fuese estable, entregaron determinados fondos del partido, para su custodia, a tres camaradas alemanes: Kautsky, Mehring y Clara Zetkin. Poco después, la unión recién establecida se hizo añicos de nuevo, y cada uno de los diferentes grupos reclamaron los fondos del partido de manera apasionada. Esta carta y la siguiente tratan sobre este asunto. *[N. de L. K.]*

[29] Comité Central.

[30] Rosa sintió una verdadera pasión por la pintura y realizó varios cuadros al óleo excelentes. *[N. de la L. K.]*

[31] Hans Kautsky, pintor. *[N. de la L. K.]*

[32] Hans Diefenbach. *[N. de la L. K.]*

[33] Guillermo II.

[34] Su muchacha.

[35] Alusión a una anécdota judía.

[36] Los depositarios de los fondos rusos de que se habló en la carta antes mencionada: Kautsky, Mehring, Zetkin. *[N. de L. K.]*

[37] Se refiere a Kautsky.

[38] Paul Singer.

[39] El marido de Clara Zetkin, el pintor Zundel. *[N. de L. K.]*

[40] Rosa también pintó un retrato de Hans Diefenbach, ahora en poder de Hans Kautsky en Viena. *[N. de L. K.]*

[41] Algunos camaradas de tendencia izquierdista del partido le habían pedido que organizara un curso privado sobre Marx. *[N. de L. K.]*

[42] Luise Kautsky.

[43] Mina Kautsky, la madre de Kautsky, murió a fines de diciembre de 1912.

[44] La «conocida» era yo. *[N. de L. K.]*

[45] Su gato «Mimi».

[46] Pieck, que era el brazo derecho de H. Schutz en el Comité de Cultura del Partido Socialdemócrata, aspiraba a que le nombrasen secretario. *[N. de L. K.]*

[47] Yo era miembro con voto del Comité de Educación en ese momento. *[N. de L. K.]*

[48] Su obra *La acumulación del capital.* Se publicó en la editorial «Vorwaerts» en 1913. *[N. de L. K.]*

[49] Su gato.

[50] Su muchacha.

[51] Una sección de Berlín, donde vivía Kautsky. *[N. de L. K.]*

[52] Padecía fiebre tifoidea. *[N. de L. K.]*

Desde varias cárceles, durante la guerra (1915-1919)

74

(Cárcel de Barnimstrasse, 18-9-1915)

(Dirigida al Hospital Municipal de Fráncfort, s. M.)

Querida Lulu: Vuelvo a escribirte hoy para celebrar un pequeño jubileo: no se trata de ningún cumpleaños, sino de que hace siete meses justos que estoy metida aquí. Tu carta y tu retrato han sido mi mayor alegría durante todo este tiempo. ¡Tan sana, tan ardiente y radiante de vida! Así reconozco a mi Lulu y así es como yo quiero verla. No sabes lo contenta que estoy. No podía pensar verte así, por lo que Hans me había dicho. También yo me siento decididamente opuesta a ninguna intervención revolucionaria sobre tu vesícula biliar[1]; por *esta vez,* también yo voto por la «estrategia de agotamiento»[2], pues toda operación quirúrgica es siempre un salto hacia lo desconocido: el doctor que sienta afición por las operaciones, que ensaye en su propio cuerpo.

Además, tienes razón, ¿qué es el hombre sin vesícula biliar? ¡Y ahora, sobre todo *ahora,* vivir sin vesícula biliar! No, ni un ángel podría vivir hoy así, y nosotras jamás hemos aspirado a ser ángeles. ¡Cuánto me ha conmovido y cuán orgullosa me siento de que leas mi libro[3] con tanto interés! Pero no tengo más remedio que reírme, viendo las precauciones que tomas para que no se me ocurra discutirlo contigo. ¿Crees que me acuerdo ya para nada, ni poco ni mucho, del libro ese? Fue para mí, mientras lo escribía, como una embriaguez; te juro que desde el principio hasta el fin es el borrador inicial que, sin revisar, mandé a la imprenta; hasta tal punto me tenía obsesionada. Lo propio me ocurrió hace seis años con la pintura, cuando no hacía más que pasarme los días soñando con cuadros. Pero una vez realizado el libro, ya terminado, se borró por completo de mi espíritu. Me he puesto a releer ahora la parte que citas, para ver lo que de ella pudiera gustarte, y me ha hecho el efecto de algo completamente extraño a mí. Quizá provenga precisamente de que este libro constituyó un acontecimiento tan notable en mi vida. Hace dos años –ni siquiera tú lo

sabes– tuve otra obsesión: en Südende se apoderó de mí la pasión por las plantas, y comencé a coleccionarlas, a prensarlas, a herborizar. Durante cuatro meses no hice, en realidad, otra cosa que vagar por los campos y clasificar luego en casa el botín que recogía en mis excursiones. Hoy poseo doce herbarios completos y me oriento bastante bien en la «flora indígena»; es decir, en la del patio de la enfermería, donde crecen algunos arbustos y tupidos hierbajos, para regocijo mío y de las gallinas. Necesito tener siempre alguna ocupación, aunque sea como esta, que me apasione y absorba, por poco propia que parezca de una persona formal, de la que siempre se espera, por desgracia suya, algo inteligente. Tú misma, queridísima, no quieres oír nada de mi «dicha en este rinconcito», y no cesas de reírte de ella. Y, no obstante, tengo que tener a *alguien* que me crea, que si yo giro en el torbellino de la historia del mundo es por equivocación, pues en realidad he nacido para guardar gansos. Por eso tienes que creerme, ¿comprendes? Hay algo que en modo alguno admito, y es que escribas con acento resignado que tú «nada puedes significar para mí». ¡Ya lo creo que sí! Tú eres y tienes que ser para mí el puerto seguro (¡valga la expresión!) donde pueda refugiarme de vez en cuando, cuando el diablo se apodera de mí por dentro, para que podamos charlar y reír juntas, y hacer que Hans ejecute el *Figaro* para nosotras solas. Porque es indispensable que Hans Ingenuus esté allí escuchando, con la cabeza melancólicamente inclinada y guiñándonos el ojo, ora a ti, ora a mí, con aire de aprobación, la inagotable charla de dos mujeres inteligentes. Si, como creo, estás en Berlín cuando yo salga de este agujero, vamos a organizar una de esas «saturnales» (con té de lino dorado al estilo Hans).

Lo que cuentas de Felix es verdaderamente cómico; Karli[4] no ha cambiado ni un ápice en su retrato, ¡y un muchacho así dirige ya un hospital! Son estos aquellos desenfadados críos a quienes, no hace tantos años, veía yo con los faldones de la camisa asomándoles por detrás, y que de la noche a la mañana, cuando menos se piensa, quieren ser tratados como adultos! Es una manera poco delicada de darnos a entender que vamos envejeciendo. Pero no importa, pues a pesar de todo seguimos sintiéndonos jóvenes, ¿verdad? Por lo demás, a tu Bendel[5] le veía todos los domingos del invierno pasado en mi curso de Neukölln, y se lo agradecía mucho. ¿Qué hacen los chicos y las hijas de Hans? Figúrate que poco tiempo antes

de mi encarcelamiento tuve varias cartas de Medi[6]; más adelante he de reanudar mis relaciones con ella.

Lo de Clara me tiene preocupada, pues no sé en absoluto qué es de ella. También yo, a Dios gracias, llevo a cuestas un nuevo proceso (por lo de la *Internacionale*[7]; es muy probable que esto me impida asomar la nariz a la calle, ni siquiera en febrero). Pero dejemos –como decía el buen tío Paulus–«que las cosas vengan hacia nosotros».

Lulu, antes de salir de Fráncfort, es preciso, si no lo has hecho ya, que dediques una larga visita al Palmengarten. Yo estuve ahí en febrero último, con motivo de mi proceso, y visité el invernadero. Durante la primera floración primaveral es de una hermosura de ensueño; y tan bien instalado está, que puede una sentarse allí tranquilamente a charlar; sobre todo, la sección de las «primaveras»... Ya ves que todavía me dura la pasión por la botánica (y ha sobrevivido a muchas otras). Y para ti lo que guardo en mi corazón, no es un «rinconcito», tontuela; ya sabes que compartes el mejor sitio con Mimi, de quien acabo de recibir también una encantadora fotografía. Escríbeme sin tardanza, queridísima; mil besos para ti y saludos cordiales para Hans y demás jóvenes. Tu

R.

75

Berlín, 25 diciembre 1915.

A la redacción de la *Neue Zeit*

Queridos camaradas: En febrero, Franz Mehring cumplirá setenta años. Querría saber si desean ustedes que escriba con este motivo un artículo corto, de página y media aproximadamente, y en qué fecha tendría que mandárselo[8]. No me es posible formular abiertamente la petición, porque el artículo tendría que llegar a manos de ustedes antes de mi excarcelación (18 de febrero), y yo desearía entregarlo sin que pasara por la censura de la cárcel (aunque no aparecería hasta después de estar yo en libertad).

Por tal motivo, les ruego que manden la contestación por el mismo conducto.

Suya y de la causa socialista,

Rosa Luxemburgo.

76

(Cárcel de Barnimstrasse), 27-12-1915

Querida Lulu: Tu billetito de amor me ha producido pena y alegría a un tiempo: alegría, por tener de nuevo pruebas palpables de tu existencia y sentirte, por tanto, más cerca; pena, porque no pudimos vernos y tú te sentiste por ello dolorida. Por tu carta, noto que tus nervios vibran demasiado y la jovialidad dorada de tus últimas cartas naufraga lamentablemente al menor contacto con la «realidad». Semejantes pesares son para mí, hasta ahora, completamente desconocidos; me he ejercitado tanto en mantener una ecuanimidad inquebrantable de humor, que lo afronto todo con el semblante más sereno, sin pestañear. ¡Si yo pudiera hacerte ser algo más serena y «acorazada», pobrecita mía! Pero no, ahora no habría posibilidad. Por ti, sobre todo, temería una decepción si no pudiéramos vernos más que convencionalmente durante un cuarto de hora escaso, y, además, vigiladas. Naturalmente, ya sé que tú pondrías más empeño en lograr tu deseo que el bueno de Weinberg[9], pero reflexiona un poco si esto de aquí no te producirá más tristeza que satisfacción.

El saber que tú y Hans me habéis preparado unos regalos y que os habéis molestado tanto por mí, me ha conmovido profundamente. Todavía no los he recibido, pero yo me alegro con ellos por anticipado y os doy mil veces gracias. Recuerdo las hermosas y alegres veladas de Halensee, donde tanto nos divertimos, en unión de toda vuestra cuadrilla, alrededor del árbol de Navidad. El año que viene, si, por casualidad, no estoy «a la sombra», y si, por casualidad también, el mundo se sostiene todavía, aunque sea sobre un solo pie, volveremos a reunirnos, con toda seguridad, y, además, a menudo. Aquí mismo, probablemente podrás visitarme hasta enero, si con la suficiente anticipación lo solicitas personalmente (por escrito), y si no temes la decepción. No puedes imaginarte cuánto deseo sentarme contigo en aquel diván mullido y ancho para oír juntas a Hans tocar algo selecto. Seguramente sabrás que Faisst[10], a quien debo el haber conocido a Wolf, murió al comienzo de la guerra; fue un día antes de la muerte de Jaurés. Ahora, la muerte de Vaillant[11] me ha afectado profundamente. Recordarás, sin duda, que mantenía gran amistad con él, más aún que con Guesde. Veneraba honda y sinceramente al viejo, y mis sentimientos hacia él siguen siendo, a pesar de todo, inalterables. A Clara también le ha

afectado mucho la noticia. Hannes ha debido comunicarte la gravedad de la dolencia de Clara y cuán comprometido es su estado. Han prohibido que se le escriba nada que pueda agitarla o fatigarla. Por esto prefiero no mandarle más que una palabrita de cariño (con tanta mayor razón cuanto que aquí me han puesto trabas en lo tocante a la escritura). En estas condiciones vale más acaso que dejes para más adelante el escribirle. Cuando salga de aquí me propongo ir a verla y reanudar nuestro trato de viva voz. Ten, pues, querida, serenidad y confianza, recibe mil cariños y besos con motivo del Año Nuevo, y compártelos con Hans y tus chicos. *¡Feliz año!* ¡A pesar de todo! *Gaudeamus igitur!* «Alegrémonos mientras seamos jóvenes y necios». En espíritu estaré a tu lado durante la Noche Vieja. Vuelvo a besarte de todo corazón. Siempre tuya,

Rosa.

Entrega la adjunta carta[12] al *pater familias.*

77

Barnimstrasse, 10, Berlín, NO. 43, 27-12-1915.

(Sello de la Dirección de la cárcel: 6-1-1916)[13].

A la redacción de la *Neue Zeit*

Queridos camaradas: Estoy escribiendo una anticrítica en defensa de mi libro sobre la *Acumulación,* y desearía saber si ustedes están dispuestos a publicar ese trabajo en uno de los cuadernos suplementarios de la *N. Z.,* sobre todo porque se trata, principalmente, de una réplica a la crítica de Otto Bauer, publicada en la *N. Z.* Creo que, en total, ocupará unos cuatro o cinco pliegos. La exposición será todo lo sencilla posible, sin ningún esquema matemático, y destinada a dar al gran público una idea de los problemas planteados y una visión de su alcance político y práctico. Les ruego, al propio tiempo, que tengan a bien indicarme hasta qué fecha podría remitir el original para alcanzar el próximo suplemento[14].

Suya y de la causa socialista,

R. Luxemburgo.

78
(Prisión de la Barnimstrasse), 20-1-1916

Querida Lulu: Mucho te engañas si crees que tu visita no me ha reconfortado y alegrado tan sinceramente como a ti. Para mí no hay «pequeñeces» cuando de ti se trata; todo me parece importante y del mayor interés. Por desgracia, en tan corto tiempo no me ha sido posible saber de ti todo lo que yo hubiera querido conocer.

Pero he podido convencerme de que otra vez te hallas entregada de lleno al trabajo, fresca y alegre, la misma de siempre, y esto me ha alegrado mucho. Lo demás, para pronto, en plena libertad. Esto marcha ya *mejor,* querida; esperemos otras cuatro breves semanas, y después, a instalarnos de nuevo en el «diván rojo» de Südende, en la amable compañía de Mimi. Que tu visita haya podido fatigarme o resultarme penosa en algún respecto, como lo temía, ¡vaya, no hay para qué hablar de eso! Pero, «en general», ahora prefiero resignarme y hacer acopio de paciencia hasta el fin.

Me preguntas si tengo algún proyecto de irme a descansar a climas más suaves. «Pregúntaselo a mi caballo», como decía el jinete improvisado cuando alguien le gritaba: «¿Adónde vas al galope?» Olvidas que hay varios señores interesados por mí; por ejemplo, el fiscal de Dusseldorf, el de aquí, el camarada Von Kessel[15], etc. Y antes de forjar planes tendría que saber si creen indispensable mi presencia en las «Marcas», y cuáles son, en general, sus intenciones respecto a mí. No puedo faltar a la delicadeza que les debo, hasta el extremo de ponerme a formar «proyectos», pasando por encima de su autoridad. No puedo negar que empieza a cansarme el tono gris del cielo berlinés, y que nada tendría que oponer a la idea de respirar, por una temporadita, aires distintos; pero en el caso, harto probable, de que no suceda así, tampoco nos desesperaremos. El barrio de Südende es también, a su modo, «una hermosa comarca». Tú todavía no has apreciado en lo que valen las bellezas naturales de esa región; pero pronto vas a conocerlas, según creo. Escríbeme entretanto, aunque no sea más que unas líneas. Te abraza muchas veces, tu

Rosa.

Muchas gracias por el librito de Dietzgen, y por los saludos. *N. B.* Se nos había olvidado en absoluto hablar de la pequeña Käte[16].

79

Barnimstrasse, 10, 13-9-1916

Carissima: Aunque ignoro dónde debo buscarte con el pensamiento (tu última carta traía matasellos de Krummhübel), espero que estas líneas llegarán de todos modos a tus manos.

Tu felicitación de cumpleaños, el 11 de agosto, me ha causado una triste alegría; es la primera vez que no he podido dirigirte ni siquiera una carta, pues sólo me permiten escribir dos cada mes, y a eso hay que añadir lo que tardan las cartas en llegar, de cuatro días a tres semanas. Confío en que habrás aprovechado el verano y que estarás del todo restablecida.

Tengo que rogarte una cosa. Ya conoces la traducción de Korolenko, en la que estoy trabajando. ¿Querrías buscarme un editor? Desde aquí, a mí me resulta difícil encontrarlo. Como era de esperar, Dietz se ha negado. No quedan, por lo tanto, más que editores burgueses o bien más, *Die Neue Welt y* Döscher, el del *Vorwaerts.* Dirígete en mi nombre al que mejor te parezca (excepto a Diesderich, de Jena). Debo decirte que el título exacto de la obra es: *La historia de mi contemporáneo.* En realidad, es una autobiografía de Korolenko, una hermosa obra literaria, al propio tiempo que un documento histórico de primer orden; abarca el periodo de las reformas liberales de Alejandro II, los primeros movimientos oposicionistas y revolucionarios de Rusia, y en sus páginas se refleja la transición entre la Rusia tradicional, basada en la servidumbre, y la Rusia capitalista de nuestros días. Además, la acción se desarrolla en Volinia; es decir, en las regiones fronterizas del oeste, donde los elementos rusos, polacos y rutenos aparecen extrañamente mezclados. Extensión: 28 folios. Nuestro querido Hannes apadrinó los primeros capítulos. Pregúntale si sería posible enviarle al frente los restantes; es decir, si entre estas ofensivas y defensivas de primavera y otoño, todas ellas triunfales, podría disponer de tiempo para leer el manuscrito y, naturalmente, devolverlo lo antes posible. La verdad es que estimo en mucho su gusto literario, y que esta ocupación le daría alguna distracción en sus rudas faenas de guerrero. Contéstame pronto, pues «con el tiempo» recibiré la carta*** Te abrazo y envío muchos recuerdos para todos los Hans, incluso el pintor novel, y para todos tus muchachos.

Tu

Rosa.

Muchas gracias a Hannes por la *Triumphgasse*[17]. ¿Cuál es su verdadera dirección? Ya he vuelto a olvidarla.

80

(Prisión de Wronke, 3-12-1916)

(Sello de la inspección: «Kommandantur de Berlín, autorizada la expedición»)

Queridísima Lulu: Me apresuro a contestar tu carta; después de tanto tiempo, me he puesto muy contenta al recibir otra vez unas líneas tuyas. Muchas gracias por el trabajo que te has impuesto por mi traducción, y por tu éxito. He mandado ya, hace una semana, a la Kommandantur la copia de *10 pliegos* (pliegos impresos del texto original); tú (o Mathilde J.)[18], podéis lograr que se active el examen, con mayor facilidad que yo en esta isla robinsoniana. La copia va dirigida a Mathilde, pues se empeña en verla ella antes; no obstante, como el editor está esperando una prueba y –modestias aparte– la traducción está hecha con bastante pulcritud, te ruego que no aguardes a tenerla copiada a máquina, sino que se la transmitas escrita de mi puño y letra. En cuanto a la selección y cantidad de original que debes remitir al editor, lo dejo a tu criterio; yo, personalmente, preferiría entregárselo completo, a fin de que pudiera juzgar a fondo la obra. Pero antes, como es natural, léela tú y dime la impresión que has sacado del original y de la traducción. ¡Espero tu juicio con la mayor impaciencia! Precisamente era esta autobiografía la que yo pensaba ponerte por modelo para incitarte a ti a escribir un ensayo análogo. Al devolverme el original, ten muy presente que es la única copia que poseo. A ese señor[19] que tanto se interesa por mi insignificante persona, recomiéndale, pues, encarecidamente, que ponga mucho cuidado en que no se extravíe. Dile también que me reservo el hacer una nueva revisión de lo traducido, pero que para esto debe transcurrir cierto tiempo, hasta que la sugestión inmediata del texto (por lo que al idioma se refiere) haya desaparecido; que tenga en cuenta que esa versión está «recién ordeñada».

Otro ruego.

El padre de Korolenko tenía la mala costumbre de emplear siempre, viniese o no a cuento, esta expresión: «Enfermo, enseña a tu médico», cuyo

sentido equivale al de la locución alemana: «Los cacharros pretenden enseñar al alfarero», o bien: «Los huevos quieren saber más que la gallina». Yo tengo por una falta literaria de gusto el empleo demasiado frecuente de proverbios, sobre todo cuando son de propia invención (pues el que emplea Korolenko padre no existe ni aun en ruso), pero, por otra parte, hay en ese rasgo una cierta nota personal, un pequeño detalle íntimo. Por eso he traducido la frase casi literalmente. Con todo, por si resultara demasiado incoherente para oídos alemanes no prevenidos, te doy *pleins pouvoirs* para que la sustituyas por el refrán alemán del cacharro y el alfarero. ¡¡Pero procurando hacerlo así tantas veces como aparezca!! En cuanto a condiciones, no quiero proponer nada. Ya sabes que en asuntos de dinero entiendo tanto como un becerro recién nacido (¡está visto que no salgo de metáforas bovinas!); confío, pues, en el Sr. Cassirer o en su representante, que tan amable se muestra conmigo. Y, *basta* de tratar de mi asunto. Ya me dirás pronto qué hay de él.

Es una verdadera suerte que al fin te veas libre de ese laborioso parto[20]. Me imagino qué castigo del cielo es tener de «comadrón» al querido Rjasanoff. Presiento que ahora volverás a interesarte por todo lo divino y humano, por nuevos proyectos literarios, y que leerás de firme; no creas que no he notado cómo pesaba sobre ti aquella montaña. Lo malo está en que no te satisfaga tu progenie; pero creo que todavía estás demasiado deprimida e irritada por las múltiples molestias que te ha dado ese trabajo. Cuando contemples la obra a cierta distancia, cuando dejes de considerarla como *tuya,* acabará por gustarte, ya lo verás. Por otra parte, ¿qué traductor, o qué autor que no sea un cornúpeto (¡ya estoy de nuevo en el establo!***), juzga nunca su obra sin sentir el escozor del propio descontento? A menos que se trate, naturalmente, de un diputado del Reichstag o de un miembro de la Comisión general de los Sindicatos, en cuyo caso, la cláusula anterior se cae por su propio peso.

En cuanto al escenario del mundo en que gimes, pronto llegará a ser un conjunto armónico: cuando *todo* esté pies con cabeza, que será pronto, volverá a formar una imagen perfecta. Seguramente que has oído hablar de cierto experimento de fisiología en que el sujeto, mirando a través de lentes especiales, lo ve todo invertido; al cabo de algún tiempo, se ha «acomodado» ya, hasta el extremo de orientarse y moverse con la misma facilidad que aquellos cuya visión es normal. Al principio, esta experiencia

provoca, según parece, fuertes mareos. Yo estoy todavía en la fase de las náuseas***

Me tiene algo inquieta el no saber nada de Hannes desde hace tiempo. Por Navidad, probablemente, sabremos a qué atenernos, pues con seguridad que volverá al lado de su padre. Pienso escribirle (al joven, no al viejo), y no tardando, una «carta de verdad» que le debo, mísera de mí, desde hace... *dos* años, mientras que el pobre chico se desuella los dedos escribiéndome. El caso es que también tengo para él proyectos literarios importantes. Sería un crimen dejar que malgastara su pluma escribiéndonos solamente a nosotras.

¡Mañana, Fígaro se albergará bajo vuestro techo! Como ves, soy incorregible, no me aprovechan las lecciones. «El norte, el sur, el oeste se desmoronan, los tronos se hunden, los imperios se tambalean», ¡y yo pensando en Fígaro! Sí señor, y cuidando con asiduidad mis reyezuelos y mis urracas. A estas últimas –el único auditorio con que cuento en esta celda– les inculco las ideas y gritos mas subversivos, y después las suelto*** ¡Al diablo! También ellas acabarán por irse con Scheideman: el instinto es más fuerte que toda sabiduría imbuida.

Escríbeme pronto qué es de ti, qué hacen Hans y los suyos. Junto a la «causa» ya sabes que siempre guardo en mi alma un sitio para la amistad. Y que tu sitio sigue aquí, caliente y reservado para ti. Adiós, te abrazo muchas, muchas veces, tu

R.

No me escribas directamente, por favor, a la dirección de Wronke, sino a la «Kommandantur» de Berlín (bajo doble sobre para mí); con ello se ganan tres o cuatro días.

81

(Sin fecha. Por su tenor, cárcel de Wronke, fines de diciembre de 1916)[21]

A Luise K.

Queridísima Lulu: Gracias y mil besos por tu estimada carta y por el magnífico regalo tuyo y del Erizo[22]. Me he lanzado sobre él como un hambriento sobre el pan. Todos estos deleites de los sentidos me

conmueven mucho más aquí que fuera, probablemente como compensación a la verdadera vida, de que me privan. Todavía no he examinado detenidamente el álbum, pues lo reservo para los días festivos, para hacerlo en completa tranquilidad y cómodamente; pero un rápido examen ha bastado para alegrarme y animarme.

¡Qué contenta estoy de que mi Korolenko sea de tu agrado! ¿Crees de veras que la traducción es aceptable? Con todo, te ruego, te suplico que corrijas cuanto te parezca que no es alemán o que es incorrecto, pues no quiero que nadie me eche en cara «el aroma del terruño». Claro está que acepto tu enmienda del imperativo en el proverbio, pero cuida, queridísima, de corregirlo *cuantas veces esté repetido, y antes* de entregarlo a la mecanógrafa.

Los dos volúmenes de tu Marx[23] que tengo delante, me ponen de manifiesto el inmenso trabajo que has desplegado; no puede uno ni siquiera formarse idea de ello viéndolo con sus propios ojos. Mientras Sonia[24] estuvo aquí, no pude, naturalmente, leerlo con detención; no he hecho más que saborear alguna que otra página, pero todo lo que he leído me produce una excelente impresión como tal lectura –en cuanto a estilo, se entiende–: nada delata que se trata de una traducción, y este es su mejor elogio, como el mejor vestido de una mujer hermosa, es, según dicen, el que no se echa de ver. Ya te escribiré más extensamente otra vez –espero tener pronto ocasión de hacerlo– acerca del libro y de otras muchas cosas.

Me he puesto muy contenta al saber que has reanudado tu correspondencia con Clara. En estos momentos tiene una imperiosa necesidad de verse rodeada de bondad humana, de tierno cariño, y yo sé, por experiencia, cómo tus cartas, llenas de fervor, saben avivar este sentimiento. Escríbele mucho y a menudo, que será para ella como una benéfica brisa del sur. ¡Ah! Habría mucho que hablar a cuenta de esto, pero sentadas las dos juntas en el diván. Mientras ese momento llega, tengo, por desgracia, que terminar. Te abrazo y mando aquí mil besos. Muchos saludos al Erizo y a tus vástagos. ¡¡¡Felices fiestas y buen Año Nuevo para Todos!!!

Tu

Rosa

82

Wronke en P., fortaleza, 26-1-1917.
(Sello de la Administración: vis. 27-1-D)

Lulu queridísima: Ayer se recibió para mí en Berlín una citación judicial por falta de comparecencia, de la cual no dejarán de lloverme unos cuantos meses más de cárcel. Hoy se cumplen justamente los tres desde que me confinaron aquí, en la tercera etapa. Quiero que recibas carta mía para que celebres dos aniversarios de estos que desde hace años vienen interrumpiendo agradablemente mi existencia. Perdóname, querida, que te haya hecho esperar tanto tiempo por la contestación, pero acabo de pasar un corto periodo de decaimiento lamentable. Hemos tenido varios días de un viento glacial, y me sentía tan poca cosa, tan débil, que no osaba salir de mi jaula, temerosa de sucumbir al frío. En tal disposición, esperaba, naturalmente, con cierta impaciencia nostálgica, recibir una carta cordial y tierna; pero por desgracia, mis amigos esperan siempre que el impulso, la señal, parta de mí. A nadie se le ocurre la buena idea de escribirme espontáneamente –a excepción del buenísimo Hans–; pero también él debe de estar cansado de escribir, después de dos años y medio de cartas «extraviadas» que se quedan todas sin contestación. Por fin ha llegado una carta de Sonia L., pero sus cartas tienen siempre un sonido de vidrio roto, Sin embargo, he reaccionado, como siempre, y me siento mucho mejor. Ya estoy otra vez alegre y de buen humor, y sólo me faltas tú para reír y charlar como sólo nosotras sabemos hacerlo. Pronto voy a darte que reír, a pesar del tono sensiblemente melancólico de tus últimas cartas. ¿Te acuerdas la noche aquella en que, de vuelta de casa de Bebel, ejecutamos un concierto en plena calle, a media noche, croando a tres voces? Recuerdo que me dijiste que a mi lado te sentías algo alegre, como si hubiéramos bebido champagne. Esto es precisamente lo que me gusta de ti, que yo pueda ponerte de ese humor de champagne, en el que la vida nos baila por el cuerpo y se siente una dispuesta a cometer cualquier locura. Podemos pasar tres años seguidos sin vernos, pero nos basta media hora para volver a sentirnos como si nos hubiéramos separado la víspera. Me gustaría en este momento irrumpir en casa de Hans Ingenuus y poder reír con toda vuestra Tabla Redonda, como nos reímos en junio cuando la visita del buenísimo de Hans[25] (luego me escribió durante todo el viaje, camino del frente, no

acertaba a contener la risa, con gran asombro de sus compañeros de vagón, que, seguramente, le tomarían «por un idiota»). Por lo que al auténtico champagne se refiere, pasaremos mucho tiempo sin probarlo, desde que el pobre Faisst[26] cayó entre las primeras víctimas de la guerra mundial. Se acabó el champagne y se acabaron los *lieder* de Wolf. A pesar de todo, conservo el recuerdo muy agradable de nuestra última «orgía». Fue en el verano pasado, cuando estaba yo en la Selva Negra. Un día se presentó trepando desde Wildbad con Costia[27]; era un día espléndido; después de comer, nos sentamos al aire libre, en torno a una pequeña batería de botellas de Mumm, gozando del sol y muy contentos. El que más bebía era, naturalmente, «el generoso donante» en persona. Volvía a vivir, un vez más, «una hora inolvidable», reía, gesticulaba, gritaba y uno tras otro iba vaciando en su robusto gaznate de suabo los vasos espumeantes. Lo que más le divertía era la concurrencia dominguera que pululaba en la terraza a nuestro alrededor. «Observad cómo nos espían esos filisteos», gritaba sin cesar, entre carcajadas. «¡Si a lo menos supieran cuál de nosotros es el "pez gordo"!» Pero lo más gracioso de todo era que nosotros éramos los únicos que no sabíamos que el hostelero, según él mismo me contó por la noche, había descubierto, ignoro por dónde, mi desventurado incógnito[28], y, naturalmente, había hecho circular la noticia entre los clientes. Por esto nos servía el pícaro con una sonrisa de notable complacencia y destapaba las botellas armando el mayor ruido posible; los filisteos, como puede suponerse, se sentían muy edificados ante aquella «orgía de champagne socialdemocrático». Y, ya ves, por tercera vez la primavera «hará flotar su gasa azul» sobre la tumba de Faisst. (Él cantaba este *lied*[29] muy bien, mucho mejor que Julia Culp, a quien se la oímos una vez en la Academia de Canto, ¿te acuerdas?). La afición a la música, como a tantas otras cosas, ha debido pasársete desde hace tiempo; tienes la cabeza llena de preocupaciones por la historia del mundo, que va de capa caída, y el corazón henchido de suspiros ante el lamentable espectáculo que están dando los... Scheidemann y sus secuaces. Todos los que escriben se lamentan y suspiran también. Esta actitud es lo más grotesca que conozco. ¿No comprendes que con esos gemidos lo único que consigues es que el desastre general sea *muchísimo mayor?* Yo puedo apenarme cuando Mimi está enfermo o vosotros no estáis bien. Pero cuando el mundo entero se sale de quicio, lo único que me preocupa es *saber* el qué y el porqué de lo que

ocurre, y desde el momento en que sé que he hecho lo que tenía que hacer, recobro la tranquilidad y el buen humor. *Ultra posse nemo obligatur*[30]. Además, todavía me queda *todo* cuanto hasta hace poco era para mí motivo de satisfacción: la música y la pintura, las nubes, y la herborización en primavera, y los buenos libros, y Mimi, y tú, y muchas otras cosas más; en fin, que soy tan rica como Creso y confío serlo hasta el último instante de mi vida. Este hundimiento total en medio de la miseria cotidiana es incomprensible e insoportable para mí. Observa, por ejemplo, la fría serenidad con que un Goethe se sobreponía a los acontecimientos. Y piensa por todo lo que hubo de pasar durante su vida: la gran Revolución francesa, que, vista de cerca, debía de producir el efecto de una mascarada sangrienta y sin finalidad alguna; luego, de 1973 a 1815, una serie de guerras que se suceden sin interrupción y que vuelven a dar al mundo la apariencia de un manicomio suelto. ¡Y con qué tranquilidad, con qué equilibrio intelectual proseguía él, entretanto, sus estudios sobre la metamorfosis de las plantas, sobre la teoría de los colores, sobre mil cosas diversas! Yo no te pido que hagas versos, como Goethe, pero su modo de concebir la vida –el universalismo de los intereses, la armonía interior– está al alcance de cualquiera, o, por lo menos, todos pueden pugnar por alcanzarla. Y si me dices que Goethe no era un político militante, te replicaré que el político de acción es quien debe sobreponerse a los acontecimientos, si no quiere naufragar, estrellándose contra el primer escollo que se le presente. Al decir esto, me refiero, claro está, a los luchadores de gran envergadura, no a esas veletas con calibre de «grandes hombres» de vuestra Tabla Redonda, de quienes he recibido no hace mucho una postal de recuerdo... *Never mind!* [31]. En ella, sólo el tuyo me es grato. Como recompensa, pronto te enviaré un dibujo de mi álbum de Turner. No vayas a darme tú también calabazas, como me sucedió hace poco. Figúrate que por Navidad remití una página de este álbum a Leo[32], y me encuentro con que, por conducto de la Srta. Jacob, recibo esta contestación: «Devuelto con agradecimiento; sería "vandálico" aceptar; la hoja debe ser reintegrada al álbum». ¡Auténtico Leo!, ¿no? Me puse furiosa, pues también en esto estoy con Goethe: «¿Dudaría yo, oh mi dulce amada, / en regalarte con Balkak, Bukara, Samarkanda, / la embriaguez y el fausto de estas capitales? / Pide, pues, algo al rey / ya que él desea hacerte un regalo. / Él es más poderoso y más prudente, / pero ignora cómo hay que amar***»[33]. Leo no es ni rey ni

«más prudente», ni sabe tampoco «cómo hay que amar». Tú y yo sí lo sabemos, ¿verdad, Luise? y si cualquier día se me antoja coger un par de estrellas para regalárselas a alguien como un par de gemelos, no quiero que un sesudo pedante venga a advertirme, con empaque doctoral, que con ello echo a perder los atlas astronómicos de las escuelas.

Vuestro álbum de Greiner me gusta cada vez más; lo hojeo a menudo, y siempre siento ansia de ver más y más. ¿No podría Robert[34] mandarme algunas de sus últimas telas por conducto del primer mortal que viniera a verme pronto? (La señorita J. podría indicar a quién tiene señalado el dedo de Herr von Kessel.) Garantizo que le serían devueltas intactas, y que el remitírmelas me daría una inmensa alegría. Además, ¿por qué no viene a verme un día el propio Robert? De paso, tendría ocasión de llevar a cabo su proyecto de pintar mi retrato –con tres o cuatro sesiones bastaría–. Te aseguro que la idea me gusta; ya que poso «bajo» cerrojos, con mucha razón podría posar *para él.* En todo caso, la sola presencia de este muchacho, fresco como el rocío, con sus ojos refulgentes, me sería muy agradable. Estoy segura de que, como hijo del pintor del teatro real, le sería fácil obtener una autorización, especialmente si el conde de Hülsen[35] le da cuatro letras*** Todo esto te lo digo en broma, naturalmente; Hans Ingenuus se dejaría matar antes que confesar al conde su amistad con la petrolera. Pero Robert obtendría el permiso sin necesidad de recomendación. Y, ante todo, ¿cómo está lo de tu permiso? ¿Has formulado la petición? Cierto que hubiera preferido recibir tu visita en primavera, en la época en que esta tierra presenta un aspecto más hospitalario; hasta parece que resulta hermoso, al decir de quienes lo han visto. Ahora, con lo calamitoso de las comunicaciones y este tiempo inclemente, el viaje sería muy arriesgado para ti. Pero en primavera espero tu visita de fijo. Te sorprenderá ver lo que tengo a mi alrededor. Los petirrojos me hacen fiel compañía ante mi ventana; ya conocen muy bien mi voz y parece que complacen en oírme cantar. Últimamente les canté el aria de la condesa de las *Bodas de Figaro;* había seis, por lo menos, acurrucados en el matorral frontero a mi ventana, y me escucharon hasta el fin, inmóviles; fue muy gracioso. Todos los días acuden también a mi llamada dos mirlos; ¡jamás he visto otros tan mansos!; comen en el tejadillo que hay delante de la ventana. Quiero darles un concierto el 1.º de abril, y es preciso prepararlo con cuidado. ¿No podréis enviarme semillas de girasol para estos vecinitos? Y

con ellas, encargo para mi propio pico un pastel de guerra como los que ya me ha mandado otras veces, y que saben a gloria. Y puesto que estoy hablando de temas elevados y sublimes, tratemos de otra cosa que me preocupa; parece que el mundo de los astros anda revuelto, sin culpa alguna de mi parte. Ignoro si, absorbidos por las preocupaciones que os causa Scheidemann, os habréis dado cuenta que el año pasado se registró un descubrimiento de los que hacen época; el inglés Walkey coloca «el centro del universo» en las estrellas Canope, de la constelación Argo Navis (hemisferio austral); su luz no tarda «más que» 500 años en llegar a nosotros, y su volumen es, aproximadamente, un millón y medio de veces mayor que el del sol. Estas cifras no me asustan, me aturden. Pero hay otra cosa que me inquieta; un centro en torno al que gira «todo», transforma el universo en una esfera. Pero me parece de muy mal gusto concebir el universo como una bola –algo así como un amasijo de patatas o como una pelota de nieve–. Esta simetría de configuración «extendida a todo lo exigente» es una concepción vulgarísima, de pequeño burgués. Además, va en ello nada menos que la *inmensidad* del universo. «Un infinito esférico», sería absurdo. Yo, para aquietar mi espíritu, tengo que imaginarme otro infinito que no el de la tontería humana. Ya ves que tengo las mismas «preocupaciones que el Sr. Kant». ¿Qué opina de esto Hans Ingenuus o su *filius,* el erudito? Escríbeme inmediatamente, pero una verdadera carta de *omnibus rebus;* de lo contrario, quedas expulsada de la amplia cámara de mi corazón, cuyo rinconcito lateral compartes con Mimi. ¡Válgame Dios! Se me olvidaba lo principal; no he terminado aún la traducción, sólo llevo hechos siete pliegos, y aún estos tendré que volver a copiarlos. ¿No le bastan al editor, para formarse una idea de la obra, los doce pliegos que se le entregaron? Terminó por fin.

Te abraza tu

R.

83

Wronke en P., 30-1-1917

Queridísima Lulu: Sólo unas letras sobre negocios; otra vez me es imposible, y por bastante tiempo, recibir ni escribir cartas particulares;

tomad nota de ello. Contesto a tus preguntas: Korolenko vive en Rusia. Seguramente que no tendrá nada que oponer a mi traducción, la cual, sin duda, le halagará y recibirá con agrado. En cuanto a saber si su editor puede echársenos encima y lo que dispone acerca del caso la legislación vigente, eso, como todo lo que sea pura práctica, es para mí *terra incognita.* Pensaba escribir un prólogo exponiendo el lugar que ocupa Korolenko en la literatura, pero aquí, sin ninguna documentación, me es imposible redactarlo. Lo que importa –puesto que el prólogo deberá componerse en último término– es saber la fecha en que se publicará el libro, y si para entonces estaré todavía en la cárcel. Para leer en público[36], aconsejo el capítulo «Padre y madre», y quizá también el de la insurrección polaca. Sin embargo, Hannes podría juzgar de eso con más acierto. El libro acaba con el examen de bachillerato de Korolenko; la segunda parte no ha aparecido aún. El importe de los honorarios me es indiferente; ya sabes que no sirvo para tener tratos con Mammon. No me es posible remitirte la continuación del manuscrito directamente, sino por conducto de la «Kommandantur». Desde ahora voy a trabajar asiduamente para terminarlo pronto.

Me ha satisfecho que, con motivo del cumpleaños de Sonia, no me hayáis dirigido un saludo colectivo; no puedo soportar las tarjetas escritas en común, porque son, por lo general, estrepitosas y banales, como suelen serlo las gentes cuando se reúnen en gran número. A mí sólo me alegra lo silencioso, lo íntimo y personal; ya sabes que me molesta oír hablar alto***

Y, sin más, un beso cariñoso, tal vez por mucho tiempo. Tu

R.

84

(Sin fecha. Wrodke, con sello de la Dirección de la cárcel: vis. 7-2)

Queridísima Lulu: ¡Que hayas recobrado la tranquilidad y la alegría es lo que te deseo! Ahora has sentido y comprendido debidamente mi estado de extremada sensibilidad: te lo agradezco. En efecto, como si estuviese desollada, me estremece la más leve sombra que cruza sobre mí. Parece que el año en Barnimstrasse, los cuatro meses de trabajo activo y estos siete meses más de soledad, en etapas diferentes, no han pasado en vano.

¿Sabes lo que me obsesiona y espanta? Me imagino de nuevo en una inmensa sala rebosante de público; que la deslumbradora luz y el rumor de las voces de la multitud caen sobre mí; que estallan las aclamaciones de costumbre, recibiéndome y acompañándome, mientras me abro paso para llegar a la tribuna; pues bien, tengo el presentimiento de que de repente voy a echar a correr. Experimento el *horror pleni*[37] y de antemano me deprime la idea de volver a encontrarme entre cinco o seis amigos y tener quizá que oír sus carcajadas. ¡Oh! No puedes imaginarte la tortura que esto representa, cuando, después del año pasado en Barnimstrasse tiene una que recibir a ochenta personas (ochenta justas) y decirles algo a todas. El recuerdo de mi celda se me aparecía como un paraíso. Y ya ves que llevo otros siete meses más a cuestas.

¡Pero no importa! Estoy segura de que esto pasará, sobre todo cuando vuelva el calor y llegue por fin la primavera. Entonces es cuando quiero tenerte conmigo: en *mayo.* Tengo para ello razones de peso, que sin duda aprobarás cuando te las exponga aquí. Así, pues, ve preparándote.

Pero cuando otra vez me vea a vuestro lado, sentada tú en el amplio y profundo sillón, me pondrás sobre tus rodillas, como de costumbre, y yo reclinaré mi cabeza en tu hombro, mientras Hans ejecuta la sonata de *Claro de luna* o la segunda parte de la *Patética,* y entonces volveremos a vivir nuestra vida.

Mil gracias por el interés que te has tomado por mi Korolenko. Pero ¿qué estoy diciendo? ¿No estoy ya acaso acostumbrada como a algo natural a que seas siempre la bondad para conmigo? Te abraza cordialmente, siempre e invariablemente tuya,

R.

85

A Luise K., por el correo de Kreuz.

(Sin fecha. Por su tenor, marzo de 1917)

Queridísima Lulu: Si he dejado pasar tanto tiempo, ha sido para charlar contigo sin restricciones, pues de lo contrario no puede una escribir con entera libertad, ni hablar tampoco. Tenlo en cuenta para que no te sientas deprimida ni decepcionada cuando me encuentres con cierta reserva***

Ante todo, gracias mil veces a ti y al Erizo, por el magnífico libro[38], con su cariñosa dedicatoria. Me ha dado mucha alegría y no me canso de mirar sus hermosos grabados. He empezado a leerlo, picando un capítulo de aquí y otro de allá (pero todos referentes a los pájaros emigrantes); más tarde lo leeré detenidamente varias veces, de cabo a rabo. Este era exactamente el libro que yo necesitaba, Además, te agradezco mucho el magnífico pastel. He devorado ya casi la mitad de esta sabrosa montaña. Y, cosa extraordinaria: cada día sabe mejor; las últimas migajas resultan casi siempre verdaderamente divinas. No ocurre así con otras cosas, ¿verdad?

Ahora hablemos de ti, querida. ¿Cómo va ese ánimo? ¿A qué viene esa profunda depresión, esa sombría tristeza? Al principio, creí que con la marcha de Hannes te habías sentido repentinamente algo sola, y daba por seguro que sus cariñosas cartas te consolarían mejor de lo que pudieran hacerlo las mías. Pero tu estado de espíritu parece prolongarse, cosa que me preocupa seriamente. ¿Será acaso consecuencia del actual estado de cosas? Pero en tu primera y tan extensa carta, ¡me hablabas de esto tan alegre y animosa, te colocabas tan por encima de todo eso, que me satisfizo enormemente! ¿Obedecerá, quizás, a tu situación personal o a tu estado de salud? Seguramente que con sólo echarte un vistazo sabría más de eso y con más exactitud que por tus cartas, y ya estoy esperando tu visita con creciente impaciencia. Y no obstante, prefiero no tenerte aquí hasta mayo, porque, con el tiempo que hace, hubiera temido por tu salud. Probablemente has oído contar de qué manera se resfrió la pobre Martha[39], y eso para ti no es cosa de risa. Además, también yo confío revivir con la primavera y poder contribuir a alegrarte. Al fin y al cabo sigo firme y decidida, sobre todo cuando estoy sola. Mas en cuanto experimento una emoción –aunque esta sea alegre– siento flaquear mis nervios. Pero esto no es más que un estado pasajero; el año pasado me sucedió exactamente lo mismo. Los meses octavo y noveno del año son siempre para mí periodos críticos. Luego viene por sí misma la reacción, y los nervios vuelven a normalizarse. Especialmente la primavera obra en mí maravillas. No sé cómo es: cuanto más intensa y más consciente es mi vida, más profundamente experimento cada año el milagro de la primavera, el del verano y el del otoño. Cada día se me brinda como un milagro espléndido, y sólo lamento no tener bastante tiempo ni lugar para entregarme en cuerpo y alma a la contemplación. Mejor dicho, desde hace dos año, *tengo* suficiente tiempo y espacio para

hacerlo, pero ¡veo una parte tan ínfima del esplendoroso conjunto! Pero vagar en libertad, allá lejos, por los campos, por las calles mismas; detenerme en abril o mayo ante cada jardincito, mirando embelesada el verdor de los arbustos que lucen sus botones, diferentes en cada especie; ver cómo el arce se cuaja de estrellitas verdes-amarillentas, y cómo las estelarias y las verónicas asoman la cabecita entre la tupida hierba, esa sería, hoy por hoy, mi suprema felicidad, y no pediría, no querría, no apetecería *otra cosa,* con tal de poder pasar así tan sólo una horita diaria. ¡Compréndeme! No quiero decir que desease limitarme a esta contemplación, renunciando a la vida activa e inteligente. Quiero decir únicamente que *mi dicha personal* quedaría satisfecha con esto, y que entonces me sentiría armada y halagada para todas las luchas y para todas las privaciones.

Así pasé unos días durante la pasada primavera: fue, en parte –¡me apena tanto recordarlo!– en compañía de Karl[40]. El pobre hombre vivía ya en continuo ajetreo, al galope, sin descansar nunca, siempre con prisa, en las entrevistas con todo el mundo, en las reuniones y comisiones, siempre cargado paquetes, de periódicos, con los bolsillos atestados de blocks de notas, de papeles, saltando del auto al tranvía, del tranvía al «Metro»: con el cuerpo y el alma cubiertos del polvo de las calles*** Era su modo de ser, aun cuando, en el fondo, se ocultara en él un temperamento profundamente poético como pocos, y capaz de entusiasmarse como un niño ante la más humilde florecilla. Yo le obligué a que gozara a mi lado un poco de la primavera, saliendo a dar juntos algunos paseos. ¡Cómo se enardecía, entonces! Y ahora, que tengo ante mí su fotografía –Sonia tuvo la feliz idea de mandármela para mi cumpleaños–, mi corazón se contrae de dolor al verle.

¡Volvamos, Lulu, a nuestros asuntos! ¿Es que el editor no acaba de decidirse? ¡A pesar de 192 páginas traducidas y de la firma de Korolenko, que por sí sola es ya una garantía!*** Me sorprende mucho, pues tiene editadas traducciones tan ‹lamentables como la de Galsworthy, obra de «Lisa Landau». Pues bien, procuraré terminar lo antes posible. *En breve* volveré a enviar otros siete u ocho pliegos, pero por conducto de la «Kommandantur». Te ruego que le escribas al editor para que se interese por ellos, ya que yo, al presente, no puedo hacerlo. Dile, además, que *de propósito* traduzco poco a poco, es decir, que dejo transcurrir algún tiempo

antes de releer la primera versión, a fin de examinarla libre de toda sugestión, y comprobar su sentido en *alemán* con independencia del original. *Es absolutamente indispensable* hacerlo así. Pero trabajo asiduamente y, a medida que lo vaya teniendo dispuesto, se lo remitiré. Es todo lo que puedo decirle, y creo que él lo aceptará de buen grado. De todos modos, no dejes de escribirme lo que te diga.

Escríbeme pronto, queridísima, breve o extensamente, como quieras, pero escríbeme. No menciones para nada esta carta; fuera de esto, puedes tratar de todo. Y formula *inmediatamente* la petición de permiso para venir a visitarme, pues siempre tardan algunas semanas en concederlo, según has visto por Hannes. Avísame en cuanto sepas algo. Tengo que terminar, por desgracia, aunque mi gusto sería proseguir la charla mucho más. ¡Hasta la próxima! Te abrazo mil veces de todo corazón, y mando cariñosos recuerdos para el Erizo. Tu

Rosa.

86

(Wronke, fortaleza), 29-5-1917.

(Sello de la Dirección: vis. 30-5)

Queridísima Lulu: No acabo de decidirme a escribir a Fritz[41], a pesar de que llevo ya varios días en que no se me va de las mientes esa carta. La idea de que tendrá que pasar por el Alto Estado Mayor y que lo más probable es que la secuestren, me desanima, y cohíbe mi facilidad de expresión hasta el extremo de hacérseme imposible redactar una carta en la única forma que podría serle agradable a Fritz. Te ruego que le envíes mis más sentidos recuerdos, y dile que, de hallarme en libertad, le hubiera escrito una carta extensa.

Te agradezco cordialmente las lindas florecillas[42]. Yo misma las he plantado en mi ventana y todas las mañanas al verlas siento una gran alegría...

Por desgracia, hoy no me siento en disposición de escribirte más ni mejor; no te enfades, y escríbeme tú cuanto te venga en gana, y sin esperar noticias mías.

Besos de tu

R.

Se me olvidaba algo importante. Para el homenaje a Clara[43], aconsejo, como me has indicado, libros. Lo que *seguramente* más le agradaría sería alguna obra de filosofía o literatura griegas (quizá los *Dramas griegos* y la *Historia de la literatura,* de Wilamowitz), o una buena edición alemana de los mismos filósofos griegos. Ahora está muy interesada y siente debilidad por todo eso. Le halagaría mucho recibir alguna obra fundamental sobre esas materias. Si no, podría también elegirse la gran edición de la *Biología general,* de que Lipschütz publicó una crítica en la *N. Z.* Un *standard work* de ese género sería también de su agrado.

P. S. Muchos saludos a la madre[44] de nuestra gran modista, y que cuide su salud.

87

(Postal)

(Wronke, 12-6-1917.) (Sello de la Dirección: vis. 13-6.)

Queridísima Lulu: Gracias por tus líneas. Esperaba con gran impaciencia recibir la reseña de la *Arbeiter Zeitung,* de Viena[45], pues por algunas referencias de la *Neue Zeit* veo lo falseada que está la impresión que dan reseñas parecidas a las del *Berliner Tageblatt*. ¿No sería posible mandar copiar a máquina el número de la *Arbeiter Zeitung*, si es que no van a reimprimirlo en Viena, puesto que es tan buscado? No te enojes, Lulu, de verme en un tiempo a esta parte tan avara de palabras; el caso es que no me encuentro del todo bien, y lo peor está en que no sé a qué atribuirlo, ya que hago cuanto puedo para conservar la salud. Indudablemente, mi malestar es una «equivocación». Vaya, hay que esperar pacientemente tiempos mejores.***

Tuya, a pesar de todo,

R.

88

(Postal)

Breslau, 12-8-1917. Cárcel penitenciaria.
(Sello de la Dirección: «Kommandantur de Breslau»)

Queridísima Lulu: Como acabo de pasar una semana en cama, hasta hoy no he podido, ni aun brevemente, mandarte mis votos y mis besos por tu cumpleaños. Es una verdadera fatalidad que todavía no pueda escribirte una carta en regla, pero todo llegará. Esta no tiene más objeto que enviarte, entretanto, señales mías de vida y reanudar nuestra correspondencia. El caso es que ni siquiera he oído hablar de ti después de tu postal del Tirol; desde Wronke te escribí brevemente. Además encargué que te informaran de mi cambio de domicilio. Al llegar aquí, sufrí una desagradable indisposición gástrica, que ya va de vencida. Contéstame pronto, queridísima, para que yo sepa algo de ti. Dime dónde estás y cómo te encuentras. Te abrazo mil veces.

Siempre tuya,

R.

Mis señas: «Kommandantur de Breslau», para mí (nada más).

89

Breslau, prisión penitenciaria, 10-11-1917

Queridísima Lulu: Acabo de recibir la noticia de que Hannes ha caído muerto. De momento me es imposible escribirte más.

Cordialmente tuya,

Rosa.

90

Breslau, 15-11-1917

Gracias, queridísima, por tus palabras, que me hacen avergonzarme de haberte anunciado tan lacónica y crudamente la terrible noticia[46]. Pero así me la comunicaron a mí, y creo que en semejantes casos la brevedad y la franqueza son lo más caritativo, lo mismo que cuando se trata de una operación grave. Y tampoco encuentro palabras para hablar de ello.

Sólo querría verme contigo y con Hans, pues tengo el vago presentimiento de que la atmósfera de cariño que flota sobre nosotros tres en torno a su persona, podría, en cierto modo, mantenerle vivo, a pesar de todo.

Aún no he conseguido reaccionar contra mi profundo estupor; pero, ¿será posible? Es para mí como una palabra que se queda cortada en medio de una frase, como un acorde que se interrumpe de pronto, pero que sigue resonando, roto, en los oídos.

Hacíamos mil planes para después de la guerra; queríamos «gozar de la vida», viajar, leer buenos libros, admirar, más que nunca, la primavera*** No alcanzo a concebirlo: ¿será cierto? Como una flor arrancada y pisoteada***

¡Yergue la frente, querida! Hay que mostrarse orgullosos y no dejar adivinar nuestro dolor. Lo que debemos hacer es apretarnos más para guardar «mejor el calor». Os abrazo a ti y a Hans con el más devoto cariño. Tu

R.

91

(Breslau, prisión penitenciaria, 24-11-1917)

Queridísima Lulu: Hace poco te puse cuatro letras. Ahora, aprovecho la ocasión, aunque en este instante me sienta poco propicia a escribir, pues casi me resulta imposible hablar *contigo* de nada que no sea *eso,* que es precisamente de lo que nada hay que decir. Yo, por lo menos, soy incapaz de encontrar palabras y ni siquiera quiero pensar en ello, pues, de otro modo, no podría soportar este golpe. Sigo pensando, por el contrario, que está a mi lado; que le tengo vivo ante mí; que en pensamiento charlo de todo con él; *en mí,* sigue viviendo.

Ayer me devolvieron la carta que le escribí el 21 de octubre; es la segunda. Cartas que ya no le encontraron.

He recibido una carta cariñosísima de su hermana[47]. Debe de ser una mujer exquisita; no en vano hermana de Hannes.

¿Y tú, como estás, cómo vives ahora sin todos tus muchachos? Cuán muda y vacía debe de estar vuestra casa. ¿En qué te ocupas? Te veo aún

como cuando estuviste en Wronke, en mayo; tenías un aire tan cariñoso, una expresión tan tímida y dolorosa en los ojos... Tú no viste cómo, desde mi escondite, te miraba atravesar el patio en dirección a nuestra «casa», la maletilla con los regalos, en la mano; veía tu querido rostro y me decía: «¡Cuán jóvenes son esos ojos gris azulados, en los que hay tanta sed inquieta e insaciada, tanto dolor desesperado!...». ¡Esos ojos son veinte años más jóvenes que el resto de tu cara; a ellos se asoma la muchacha titubeante, curiosa, inquieta que todavía sigues siendo! ¡Cuánto te quiero, por esa incertidumbre interior, precisamente!*** En este momento me gustaría estar fuera de aquí, para sentarme a charlar contigo. No te desanimes, queridísima, no vivas como una ranita asustada. ¡Mira, precisamente tenemos –aquí, por lo menos– magníficos y agradables días primaverales, y las noches son tan hermosas, con su luna plateada! No me canso de mirarla cuando, en el crepúsculo, doy mi paseo por el rincón de la cárcel (elijo adrede la noche y voy a lo largo de las paredes para no ver nada de lo que me rodea). ¡Lee algo bonito! ¿Tienes buenos libros? Dime, te lo ruego, qué lees; quizá me fuera posible mandarte, o por lo menos aconsejarte, algo bello que te confortase.

Yo, por mi parte, estoy estudiando de firme geología, que me interesa y divierte muchísimo. Me siento sobrecogida al pensar cuán poco me queda por vivir y cuántas cosas que faltan aún que aprender.

¿Te alegras por los rusos?[48]. Claro que no podrán sostenerse en medio de este desbarajuste infernal –y no precisamente porque las estadísticas atestigüen el atraso económico de Rusia, según los cálculos de tu juicioso marido–, sino porque la socialdemocracia de estos países occidentales tan progresivos y adelantados está integrada por abyectos comodones que contemplarán apaciblemente el espectáculo y dejarán que los rusos se desangren. Pero preferible es morir así a seguir «viviendo por la patria»; es un acontecimiento de un alcance histórico mundial, cuyas huellas perdurarán a través de los siglos. Y yo espero que ocurran muchos sucesos trascendentales de estos en los próximos años; sólo que a mí me gustaría admirar la historia del mundo de otro modo, no a través de las rejas***

Queridísima, conserva tu serenidad y firmeza, alégrate, a pesar de todo, y escríbeme pronto. Te abraza tu

Rosa.

Cuando me escribas oficialmente, no aludas para nada a la presente carta.

92

(Sin fecha: Desde Breslau, 1917)

Queridísima Lulu: ¡Muchas gracias por Ede![49]. Desgraciadamente, no puedo, como sin duda sabes, escribir más que un mínimo de cartas de imprescindible necesidad; en tales condiciones no se siente una con el estado de ánimo necesario para escribir. No obstante, espero verte quizá pronto por aquí; ¡sería preferible! Recibe muchos abrazos, y muy cordiales saludos para tus hijos. Tu

R.

93

Miércoles, 19-12 (Breslau, prisión penitenciaria)

Queridísima: Bajo la reciente impresión de tu extensa y cariñosa carta que he recibido hoy y llevo leída ya varias veces, quiero contestarte inmediatamente confiando en poderte mandar, no tardando, mi epístola *sub rosa.* ¡Cuánta alegría me ha dado tu carta! Pero no así el tono que habla en ella entre líneas, y que me ha parecido poco alegre, un tanto frío, algo así como si una sombra se proyectara sobre tu espíritu; la sombra de Hannes, quizá***? Lo comprendo, y, sin embargo, lo deploro. No me canso de releer tu carta, buscando en ella ese soplo impulsivo, impetuoso y ardiente que me es tan familiar, y que yo sabía arrancarte siempre que necesitaba de él para confortar mi corazón.

¿Cómo es, tontuela, que de vez en cuando resucitan en ti las dudas sobre mi amistad? Esto me sorprende, porque sé que nuestro cariño, tan firme de por sí, se robustece más aún después de la pérdida de Hannes. ¿Qué es, pues, lo que aún te hace dudar? Dímelo para que sepa, por lo menos, a qué atenerme. Cierto que escribo poco, pero ya comprenderás que sólo es la coacción exterior lo que me impide hacerlo, quitándome el gusto de escribir. No puedo expresarme como yo desearía, torturada, pensando, mientras escribo, que acaso la carta traspase ya los límites de lo permitido,

que quizá sea excesivamente larga, etc. Necesito sentirme en libertad de escribir, como lo hago en este momento, sin traba alguna; sólo así me vienen las palabras a la pluma espontáneamente.

Ni siquiera las visitas, en esta situación, me producen más que una mediana alegría. Al fin puedo explicarte por qué nos echaron a perder tu visita, la primera vez que viniste a Wronke. Figúrate que, al entrar en la sala, quedé sorprendida por una disposición completamente insólita. Hasta entonces no había habido de ordinario más que un solo vigilante, y yo podía sentarme junto a mi visita, charlando mano a mano con ella despreocupadamente; ¡de repente, veo que doblan la severa vigilancia, y me encuentro con una larga mesa que me separa de ti! Me hizo el efecto de una ducha fría, sobre todo porque nadie me había dicho ni una palabra acerca de las causas de aquel nuevo y redoblado rigor (después comprendí las sospechas que había despertado la buena M., con su *naïveté*). Me indignó tanto aquel trato que, como es natural, tú no podías explicarte, que mi primer impulso fue renunciar en absoluto a todas las visitas. Claro que yo no podía darte a conocer lo que había por dentro de todo aquello, y por esto debí de parecerte tan caprichosa, sin motivo alguno. Sólo al día siguiente me sentí lo bastante tranquila para comprender que todo ello no tenía importancia, y que debía alegrarme de todo corazón por tu visita. En este respecto, las cosas han mejorado bastante; por eso quería preguntarte. ¿Cuándo piensas venir? No me hablas de ello en tu carta, y esto me ha inquietado. No quisiera, naturalmente, que ello te acarreara molestias; no te pido que visites más que si tu salud, tu tiempo, tu voluntad y tus proyectos te lo permiten, y siempre que pueda serte la visita de algún provecho. Podríamos vernos unas cuatro veces, y, por otra parte, creo que el Erizo te acompañaría fielmente hasta aquí. Todavía recuerdo cuán feliz me sentí al verle inesperadamente asomar por la puerta entornada. Es posible, casi seguro, que también esta vez pudiera encontrarme con un *impromtu* semejante, ¿verdad?***

Ahora hablemos otra vez de Hannes, de nuestro pobrecillo Hannes, bueno, cariñoso y puro, como no había otro en el mundo. Hasta hace poco no he sabido, por una carta de nuestro común amigo Gerlach (¿te acuerdas? Fue una de las víctimas que paseamos con nosotros hace tiempo, cuando la historia aquella de la noche de Carnaval, en que anduvimos por Friedenau, disfrazados, molestando a los burgueses dormidos), que Hansenn dejó, al

morir, algunos papeles con algo así como unas notas, o apuntes para un diario, o poesías. Gerlach ha tenido ocasión, en el hospital de Stuttgart, donde se halla enfermo, de hablar mucho con la «tía» de Hannes, la Srta. Reich, que había sido ama de llaves en casa de su padre, y que para Hannes era casi una segunda madre. Ella le ha contado muchas cosas de la infancia y juventud de H., y le ha hablado también de los papeles que H. ha dejado al morir. Gerlach espera leerlos y me los dará, naturalmente, a conocer. Otra persona, el hermano de Julek[50], de Posen, con quien ya sabes que H. mantenía buena amistad, se interesa también por las *poesías* de H.; lo cual indica que H. debió de hablarles de ellas allí, o quizá se las leyese. Yo no sé absolutamente nada de esto, sino que una o dos veces me mandó unos versos muy bonitos al estilo de los de Heine, ligeramente humorísticos. Tú, si no me equivoco, mantienes correspondencia con esos señores de Posen; quizás en momento oportuno puedas hacerles una insinuación en este sentido e informarme de lo que haya de cierto.

La hermana de Hannes me escribió una afectuosa carta, a la que contesté con igual cordialidad y de una manera que no sólo permitía, sino que hacía casi inexcusable un nuevo contacto por su parte. No obstante, no he vuelto a saber de ella, y no sé qué pensar. En todo caso, he aquí lo que se me ha ocurrido: cuando esté en libertad, si el mundo se sostiene todavía, aunque no sea más que sobre una pata, tengo la intención de que vayamos juntas a Stuttgart (claro que el Erizo podrá acompañarnos) para saludar a la hermana y pasar un rato con ella, y, si hay ocasión, para echar también una ojeada a los papeles de Hannes, y conversar también con su «tía». Me gustaría mucho respirar a tu lado un poco de su propio ambiente, en medio de recuerdos suyos. ¿Te parece buena la idea? Querría, además, ponerte al corriente de lo que proyectábamos con Hannes. No sé si conocías el entusiasmo de Hannes por Romain Rolland. Las últimas cartas que me escribió estaban llenas de *Jean-Christophe;* me había persuadido de que leyera esta obra, con la que se sentía identificado en mil puntos: entusiasmo por Hugo Wolf, lazos cordiales entre Alemania y Francia, etc. También a mí empezó a gustarme Romain Rolland, propuse a Hannes que después de la guerra hiciéramos juntos un viaje a París para conocer a R. R., o invitásemos a este a venir a Alemania.

Después de todo, no vive una más que una vez –y los hombres de bien de esta talla no abundan–: ¿por qué vamos a privarnos del lujo de

conocerlos personalmente y de buscar contacto espiritual con ellos?

La carta en que le hacía esta proposición me ha sido devuelta con la enlutada esquela mortuoria. Estoy segura de que Hannes hubiera aceptado la idea con entusiasmo. ¿No la realizaremos nosotros; «si Dios nos da salud»? Ante todo, es preciso que leas, naturalmente, el *Jean-Christophe,* ¿o es que lo conoces ya? En ese caso, me extraña que no me hayas dicho nada de él. También el Erizo *debe* leerlo: es un libro para él. Por desgracia, en alemán sólo se ha publicado la mitad de la obra; pero los primeros volúmenes son precisamente los más hermosos.

Desde luego, este relato de una juventud y de una vida, escrito con tanta rectitud y verdad, debería también estimular y robustecer en ti el deseo de imitarla al fin, de una vez.

Te interesas por Malvida Meysenburg[51]. Recibí el libro precisamente en el último envío de Hannes; pero lo encuentro tan insustancial que no he pasado de la mitad del primer volumen. La protagonista me parece un tanto sentimental e insípida.

He hojeado los *Recuerdos* de Ede: tienes mucha razón: son fiel reflejo del autor.

Pero a quien debes leer es a Korolenko, y darme tu opinión sobre el conjunto de la obra. Hace poco mandé lo que faltaba (50 páginas manuscritas) al Alto Estado Mayor, y espero que Mathilde J. lo recibirá en breve para copiarlo a máquina. Di que te lo entregue completo, léelo de un tirón, y comunícame pronto el juicio que te merece.

Nota bene. Aun sintiéndolo, he tenido que sacrificar íntegra la última parte del original, pues además de contener trozos intraducibles (por ejemplo: largos poemas en ucraniano), se refería constantemente a la literatura rusa de los años setenta y siguientes, de la que el lector alemán no tiene la menor idea; y sobre todo, porque desde el punto de vista artístico desmerece mucho. He terminado con la muerte del padre, por parecerme el mejor desenlace, ya que realmente el padre es el principal protagonista de este volumen.

A mí estas intervenciones arbitrarias de los traductores me repugnan mucho; pero en este caso no podía hacer otra cosa, y creo que mereceré tu aprobación. Estoy en correspondencia directa con Kestenberg, y no hay quien le disuada de su firme empeño de que le ponga un *prólogo;* estoy haciendo esfuerzos desesperados para procurarme datos con este fin.

Y ya que tratamos de traducciones, se me ocurre una idea para ti. He mandado a buscar a la Barnismstrasse un libro que me parece muy propio para ser publicado en alemán: *Julia de Lespinasse,* del marqués de Segur. Es un ensayo de biografía histórica, un destino humano impresionante, y, sobre todo, un documento que ofrece gran interés para la historia de las ideas y de las costumbres. Seguramente sabes que esta Lespinasse fue amiga de D'Alembert, y una figura destacada en el ambiente enciclopedista. El libro está encantadoramente escrito. Si la idea te gusta, mandaré a buscar el libro (lo he regalado yo) para ponerlo a tu disposición, pues, por desgracia, no es posible dar con él ya en ninguna librería. Tengo la seguridad de que Cassirer *vel* Kestenberg se encargarían con mucho gusto de la edición. Lo malo es que ignoro en absoluto todo lo que se refiere a derechos de traducción, sobre todo ahora que nos hallamos en guerra con Francia. En todo caso, creo que no estaría de más que tuvieras dispuesto el manuscrito para publicarlo, de no ser posible antes, después de la guerra, con la autorización de sus legítimos titulares. Estoy segura de que ese trabajo te resultaría muy grato (más que la *Eastern Question*)[52].

La mala noticia que me das acerca de lo de la Comisión de Educación, me ha sorprendido y contristado mucho; no tenía, naturalmente, idea de ello, pues al fin y al cabo, no mantengo contacto alguno con el personal de Teltow-Beskow, como puedes suponerte. Por otra parte, no comprendo cómo han podido llevar adelante tu destitución con su voto. ¿Es que habías sido elegida por T. B.? Yo creía que no, sino por Gross-Berlin. Es indudable que esta vez has sido víctima del apellido que llevas. ¿Recuerdas el discurso de la camarada Wulff, cuando tu primera elección? Pues bien, ahora es al revés[53]***. Yo, por desgracia, nada puedo hacer, y créeme que, en esta como en otras muchas cosas, bien hubiera *deseado* intervenir...

¡Ah, sí, los bolcheviques! Claro es que tampoco ahora estoy enteramente de acuerdo con ellos, con su fanatismo pacifista. Pero, después de todo, no es culpa *suya.* Están atrapados en una situación forzosa, en que no pueden optar más que entre dos caminos, y se deciden por el más corto. Son *otros* los responsables de que el diablo vaya a ser el único que salga beneficiado con la Revolución rusa... Procuremos, pues, ser la «viga» en nuestro ojo. Lo que está ocurriendo es grandioso, visto en conjunto, y aún ha de acarrear incalculables consecuencias. ¡Si, por lo menos, pudiera hablar de todo esto contigo y con el Erizo, y, sobre todo, si me fuera posible

moverme! Pero ya sabes que no acostumbro a quejarme; de momento, observo los acontecimientos y confío grandemente en que podré asistir todavía a algo...

Mucho me gustaría, naturalmente, contarte mil cosas más de mí, de mis actuales estudios, etc., ya que las compuertas de mi corazón están abiertas; pero por hoy tengo que terminar.

Únicamente te diré, para acabar, dos palabras del sueño que tuve anoche (de algún tiempo a esta parte mi sueño es muy agitado y sufro palpitaciones). Soñé que tenía que cantar, en un concierto organizado por Faisst, el *lied* de Hugo Wolff: «Cuando remaba en el Éufrates», acompañándome yo misma al piano. De repente, hacia las siete de la noche, me doy cuenta de que no sé tocar el piano; ¿cómo iba, pues, a acompañarme? Sin más, me doy un tajo en un dedo para que sangre y así tener una excusa, y tú me dices que con el dedo herido puedo declinar tranquilamente mi colaboración en el concierto. ¡No, caramba!, exclamo yo. Faisst, despechado, se enfadaría conmigo. ¡Hay que buscar el modo de traer enseguida a mi sobrina para el acompañamiento! Y entonces recuerdo que tampoco mi sobrina sabe tocar el piano, sino el violín, y me despierto toda sobresaltada*** Sin duda es la nostalgia de la música la que me inspira sueños como este. Ríete de él como yo lo hago, y te abrazo mil veces. Tu

R.

94

5-2-1918 (Kommandantur Breslau. Matasellos: 7-2-1918)

Queridísima Lulu: Cuatro letras nada más a vuela pluma otra vez, por el momento*** Muchas gracias por tu carta y por el retrato de Hannes. He experimentado emoción y dolor al verlo; jamás en ningún retrato le había visto con un semblante tan dolorido y triste; parece como si estuviese mirando fijamente a lo lejos, con un presentimiento de muerte. ¿Es esta su última fotografía?

Ante el *lamento* del buen Kestenberg, siento conmoverse mi corazón y me pongo a traducir los siete últimos pliegos de Korolenko (ya llevo traducida la mitad). Con este objeto, quería rogarte que me procurases las siguientes obras:

1.º Fr. Bodenstedt, *Ucrania poética,* 1843.

2.° Chevtchenko, *Poesías,* traducción alemana de Julia Virginia, aparecida poco antes de la guerra.

No tengo necesidad de un ejemplar de Korolenko en ruso. La tirada no puede empezar, naturalmente, antes de que yo haya terminado la traducción. En cuanto a los demás documentos que me has prometido para el prólogo, los aguardo con alegría e impaciencia; pero antes de nada, desearía una lista exacta de todo lo que se ha publicado de Kolorenko *en alemán.* Podrá conseguirse, ¿verdad? Si puedes escribirle a Kestenberg, dile que me traiga de Suiza una o dos libras de cañamones; los necesito para mis pájaros. Fuera de esto, no tengo preocupaciones y estoy satisfecha del mundo. ¡Por algo da vueltas! Besos de tu

R.

95

30-1-1918 (Breslau. Prisión penitenciaria.
Sello de la Dirección: vis. S., Lt. en pr., 2-5-1918)

Sólo dos palabras, queridísima, a toda prisa, para mandarte el *Beethoven*[54] y decirte que tu esquela me ha alegrado el corazón. Dime, ¿pasarás por Breslau para ir a Viena? En mayo podrías venir a verme. Pero quizá prefieras hacerlo a la vuelta***

Estoy leyendo un libro sobre Korolenko, y me gusta mucho; me agradaría sobremanera tener los restantes volúmenes de la obra (aunque no traten de Korolenko). Si no pudiera verte antes de marchar a Viena, escríbeme cuatro letras desde allá. Dime también si a ti y al Erizo os ha gustado el *Beethoven.* A mí me pareció magnífica la entrevista de Beethoven con Goethe, tan característica de ambos.

Adiós por hoy, queridísima. Te abraza, tuya siempre

R.

96

(Breslau, con el sello de la Dirección. vis. 30-5. J., Lt. en pr.) 28-5-1918

Queridísima: Gracias por la postalita, un pequeño signo de vida que me llena de alegría. Me imagino lo ocupada que estarás actualmente, y comprendo que hayas desechado los hermosos proyectos idílicos del Erizo, a pesar de sentirlo por él y también por ti. Pero por tu carta no he comprendido bien si renuncias en absoluto al viaje o si solamente lo aplazas y acortas. ¿Es quizás así? Si te marchas, seguramente que me darás noticias enseguida ¿verdad?

¡Volvamos a Korolenko! ¡Figúrate lo que se me ha ocurrido hoy, en una noche de insomnio: de pronto me he dado cuenta de que no puedo admitir que nadie ponga mano en mi manuscrito! No puedo soportar la idea de que se publique con mi firma un trabajo en el que no sean *míos* hasta los puntos puestos sobre las íes. No alcanzo a concebir cómo hasta ahora no me he dado cuenta de ello; pero nuestras conversaciones se han resentido de tal modo de nuestras habituales prisas y de la emoción de volver a vernos que ni siquiera me paré a reflexionar sobre el particular. De todos modos, ahora me doy clara cuenta de ello, y mi resolución es firme; quiero aparecer *telle quelle,* con todos los eslavismos y demás defectos.

Te ruego, pues, que tengas la bondad de entregar directamente a Cassirer, para su impresión, toda la droga «sin especias, sin agua ni azúcar», como se echan al coleto el ron mis nobles compatriotas, y *vogue la galère.* Todo lo que está ya compuesto debe dejarse, naturalmente, pero ni una tilde más. Es probable que te enojes conmigo y con razón, por haberte robado ya tanto tiempo, pero ¡ay!, no puedo hacer otra cosa. Sólo me consuela pensar que, por lo menos, te habrás interesado algo por Korolenko, y yo deseaba, ante todo, conocer tu opinión sobre el conjunto de la obra. Así que, por esta vez, no te enfades[55] y entrega el manuscrito a Kestenberg lo antes posible.

Los materiales que he recibido me bastan para sacar adelante la introducción, y otra vez te doy las gracias por ellos. No deseo ser demasiado «elocuente» y me propongo ser breve. Además, sobre este particular estoy en tratos directos con Cassirer. En cuanto hayas recibido de Mathilde J. el final y lo hayas leído, escríbeme, si quieres, tu juicio definitivo de la obra (y también de la traducción).

Estoy encantada de que *Beethoven* te haya gustado tanto. Todavía no me has dicho si conoces *Los Tres,* de Gorki. Me gustaría saber lo que piensas de este autor. Por mi parte, he lamentado francamente que este se haya

tenido que presentar al público alemán ahora precisamente, porque da una idea completamente anticuada, y por tanto falsa, de lo que es Rusia. Escríbeme pronto, aunque sólo sea cuatro letras. Te abraza mil y mil veces, tu

R.

97

Breslau, 25-7-1918. (Sin sello de la Dirección)

Queridísima Lulu: Hoy me he levantado a las cuatro y media, he mirado largo rato arriba, en el cielo azul, las nubecillas blanco agrisadas del amanecer; el silencioso patio de la cárcel, dormida aún; luego he pasado revista minuciosamente a mis macetas, las he regado con agua fresca, he cambiado el orden de los tiestos y de los vasos llenos siempre de flores cortadas y de flores silvestres; y ahora, a las seis de la mañana, me tienes ya sentada delante de mi mesa, escribiéndote esta carta.

¡Ah, mis nervios, mis nervios! Me es absolutamente imposible dormir. Hasta el dentista, en cuya consulta estuve hace poco, hizo de repente esta observación, a pesar de que yo me portaba como un corderito: «¡Ah, ah! ¡Esos nervios están muy decaídos!, ¿eh?». Pero esto no tiene importancia.

¡Vaya, confiésalo, incorregible: ya están asaltándote mil dudas y malos pensamientos de mí porque hace tiempo que no te escribo!... Va a ser preciso que, como el bravo caballero de los cuentos hacía con los monstruos, te esté mirando siempre a los ojos, sin apartar la vista un momento; apenas los vuelvo, estoy perdida. Claro que he pensado en ti no sé cuántas veces en todo este tiempo, y quizás interiormente me haya sonreído también «con cierta alegría maligna» de tu desconfianza alerta otra vez; pero no he podido escribirte.

Por una parte, la avalancha de pruebas que tenía que corregir, unida al asiduo diálogo mantenido con Kestenberg, habían recargado considerablemente mi trabajo de correspondencia; por otra, «lo demás»... Actualmente, Kestenberg está en Suiza, la imprenta me da (no sé por qué) una tregua en su ofensiva de pruebas, y pienso en el 11 de agosto que se avecina*** quiero saber anticipadamente adónde han de ir a buscarte, con certeza, mis pensamientos el día de tu cumpleaños. ¿Estás en Berlín? ¿Has

estado en Viena? ¿Vas a ir a algún sitio para reponerte? ¿Qué tal te encuentras? Desearía que me informaras tú misma acerca de eso y *quibusdam aliis.*

Clara ha enmudecido desde hace mucho tiempo; ni siquiera me ha dado las gracias por la felicitación con motivo de su cumpleaños, cosa extraordinaria en ella. No puedo dominar una creciente inquietud. ¿Te imaginas lo que ocurriría si les sucediera algo a uno de sus hijos, o, peor aún, a los dos? Los dos están ahora en el frente, donde, estos días, hay malas jornadas...

Yo tengo valor para todo cuanto me atañe. Pero para soportar el dolor *de los demás,* el de Clara sobre todo, si «¡Dios nos libre!», sobreviniera alguna novedad, para eso no tengo valor ni fuerzas. Pero todo esto no son más que ideas mías, alucinaciones...

Esta psicología se desarrolla, por más que se haga para impedirlo, cuando una lleva mucho tiempo en la cárcel: de vez en cuando se sufren obsesiones; en la paz sepulcral que reina en la casa enrejada, se despierta una sobresaltada con la firme convicción de que ha ocurrido alguna desgracia en el hogar de algún ser querido. La mayor parte de las veces, se da una cuenta enseguida de que no ha sido más que una fantasía, una alucinación; a veces... no.

Por otra parte, hoy, mientras arreglaba las flores con el mayor cuidado y, con este motivo, hojeaba el atlas botánico para cerciorarme de cierto detalle, se me ocurrió de repente que estaba engañándome conscientemente a mí misma, meciéndome con la idea de que aún vivo una vida humana normal, mientras a mi alrededor reina una verdadera atmósfera de cataclismo universal. Es posible que sean las 200 «ejecuciones expiatorias» de Moscú, de que hablaba el periódico de anoche, las que me hayan puesto en este estado de ánimo...

Pero dejemos estas ideas, queridísima, no quiero que te sientas decaída. ¡Valor! Pase lo que pase, muy pronto reharemos nuestra vida. Ten confianza en mí, ya verás cómo las dos salimos adelante y no dejamos jamás de gozar con gratitud de todo lo hermoso y todo lo bueno que quede en nosotros, por poco que sea.

Adjunto una florecilla sacada de un gran ramo que compré últimamente cuando fui a la consulta del dentista. ¿La conoces? ¡Tiene unos nombres populares tan bonitos: «Cabellera de novia», «Hierba de doncella»,

«Margarita en el bosque»! Debe de tratarse de una flor antiquísima en la jardinería campesina, pues en esta región sirve de amuleto para proteger de «embrujamientos» el ganado.

¿Qué hacen tus chicos? La flor de jazmín que vino en tu última carta me gustó mucho y la conservo cuidadosamente. Me inclina a ello el recuerdo del mayor de los «muchachos», el gran-papá Erizo. ¿Qué es de él?

Sonia me ha mandado un maravilloso volumen de cuentos flamencos, editado por «Insel». Hay en él escenas que recuerdan a Teniers, pero también a «Brueghel el Infernal». ¿Lo conoces? Escríbeme poco, pero pronto. Poco, porque sabes que no soy aquí la única que lee tus cartas...

Sí, a propósito de Zenzi[56], tengo una bonita idea, pero hay que esperar un poquito todavía.

Adiós, queridísima, dime que gozas de buena salud y de buen humor.

Te abraza muchas veces, tu

R.

[1] Surgieron complicaciones en la vesícula biliar a causa de mi fiebre tifoidea y los médicos estaban ansiosos por extirparme la vesícula. *[N. de L. K.]*

[2] Alude al ya mencionado artículo de Kautsky, «¿Y ahora, qué?» (véase nota a carta 65).

[3] *La acumulación del capital*. *[N. de L. K.]*

[4] Segundo hijo de Kautsky, a la sazón médico-ayudante en un hospital de Fráncfort. *[N. de L. K.]*

[5] Benedikt, el último de los hijos de Kautsky, economista. *[N. de L. K.]*

[6] Martha Urban. *[N. de L. K.]*

[7] Alude a una denuncia por un artículo publicado en la revista *Die Internationale,* que apareció en Dusseldorf, dirigida por ella y por F. Mehring, y que luego prohibió la censura. *[N. de L. K.]*

[8] Los editores ya habían acordado con Eduard Berstein un artículo para el cumpleaños de Mehring y fue Berstein quien lo escribio. *[N. de L. K.]*

[9] Dr. Siegfried Weinberg, su abogado, a quien recurrí sin éxito para conseguir un permiso de visita. *[N. de L. K.]*

[10] Amigo personal y promotor del compositor Hugo Wolf. *[N. de L. K.]*

[11] Vaillant y Guesde, socialistas franceses. *[N. de L. K.]*

[12] La carta que figura a continuación. *[N. de L. K.]*

[13] Las cartas de la prisión tenían que pasar por la censura de la «Kommandantur», lo que originaba grandes retrasos.

[14] Contestación dada por la *Neue Zeit* a la carta anterior:

«Berlín, 6-1-1916.

Estimada camarada Rosa: El editor nos comunicó este verano que, para reducir los gastos, teníamos que dejar de publicar, en lo sucesivo, los suplementos a la revista, y que, además, en esta no debíamos nunca rebasar el espacio de dos pliegos por cuaderno. Por esta razón, apenas si podemos

comentar con algún detalle los asuntos del día. En estas condiciones, no nos es posible, desgraciadamente, publicar un trabajo tan extenso como el que usted nos propone. De cuánto espacio dispondrá la *Neue Zeit* después de la guerra, es cosa que no puede, naturalmente, preverse desde ahora.

Con afectuosos saludos,

Por la redacción,

E. Wurin.»

[15] Gobernador militar de las Marcas, provincia en la que se ubica Berlín. *[N. de L. K.]*

[16] La hijita pequeña de Hans Kautsky. *[N. de L. K.]*

[17] Novela de Ricarda Huch. *[N. de L. K.]*

[18] Mathilde Jacob, su secretaria.

[19] Leo Kestenberg, que dirigía la editorial de Bruno Cassirer durante la guerra. *[N. de L. K.]*

[20] Se refiere a la traducción, hecha del inglés, de los trabajos de Marx y Engels que figuran en los dos volúmenes de la edición *Obras completas*. (*Gesammelte Schriften von Karl Marx und Friedrich Engels, 1852 bis 1862,* 2 vols., N. Rjasanoff [dir.], Berlín, Dietz, 1917.)

[21] Esta carta no pasó por la censura de la cárcel. *[N. de L. K.]*

[22] Mote de Hans Kautsky.

[23] Alude a los dos tomos a que se refiere la carta anterior (véase nota). Contienen, entre otros trabajos, las correspondencias de Marx sobre Inglaterra, la cuestión oriental, Palmerston, la guerra ruso-turca, la revolución española, etcétera, publicados en la *New York Tribune*. Los escritos militares proceden de Engels. *[N. de L. K.]*

[24] Sophie Liebknecht, esposa de Karl Liebknecht. *[N. de L. K.]*

[25] Hans Diefenbach.

[26] Hugo Faisst.

[27] El hijo más pequeño de Clara Zetkin. *[N. de L. K.]*

[28] Como ya ha sido mencionado, Rosa Luxemburgo nunca se registraba bajo el nombre de Luxemburgo cuando viajaba. A veces incluso utilizaba los nombres falsos más descabellados. *[N. de L. K.]*

[29] Música de Hugo Wolf y letra de Mörike. *[N. de L. K.]*

[30] «Nadie está obligado a más de lo que puede.»

[31] ¡No importa!

[32] Leo Jogisches.

[33] *West-Ostlicher Diwan. [N. de L. K.]*

[34] Robert Kautsky, pintor, hijo pequeño de Hans Kautsky. *[N. de L. K.]*

[35] El conde Hülsen, intendente del teatro real. *[N. de L. K.]*

[36] Se trataba de las veladas pacifistas organizadas por la actriz Tilla Burieux.

[37] Horror de las muchedumbres.

[38] Le regalamos un gran trabajo ornitológico por su cumpleaños, dado su interés por las aves. *[N. de L. K.]*

[39] Martha Rosenbaum, una de sus amigas favoritas. *[N. de L. K.]*

[40] Karl Liebknecht, entonces en prisión por alta traición. *[N. de L. K.]*

[41] Fritz Adler, quien asesinó al primer ministro Stürgkh. *[N. de L. K.]*

[42] La visité en mayo y antes de irme le dejé algunos pensamientos y nomeolvides para que los plantara en la cárcel. *[N. de L. K.]*

[43] Con ocasión del 60 cumpleaños de Clara Zetkin. Las mujeres prefirieron regalarle un pergamino ornamentado. *[N. de L. K.]*

[44] Se refiere a la camarada Nemitz, amenazada de un proceso por «excitación, etc.».

[45] Acerca del proceso de Fritz Adler. *[N. de L. K.]*

[46] La muerte de Hannes Diefenbach.

[47] La Sra. Margarete Müller, nacida Diefenbach, de Stuttgart. *[N. de L. K.]*

[48] Se refiere a la Revolución rusa de octubre, 1917. *[N. de L. K.]*

[49] Eduard Bernstein, *De los años de mi destierro. [N. de L. K.]*

[50] Un hermano de Julius Marchlewski. *[N. de L. K.]*

[51] *Memorias de una idealista.*

[52] Vuelve a referirse a la traducción, ya aludida, de los trabajos de Marx y Engels, sobre *Cuestión oriental,* etc., por Luise Kautsky.

[53] Si mi memoria no me falla, me había quejado a Rosa por el hecho de que me habían retirado de las elecciones para el Comité Educativo, y había asumido que esto se había hecho a instancias de los superradicales de Teltow-Beskow (un distrito en las afueras de Berlín), para quienes el apellido Kautsky no sonaba bien, ya que era considerado demasiado «moderado».

La referencia de Rosa sobre la primera elección recuerda el hecho de que, cuando fui propuesta por camarada Heinrich Schulz en 1911 para ser miembro del Comité Educativo en la reunión general de la asociación, la Sra. Wulff apoyó su moción refiriéndose al hecho de que «como esposa del camarada Kautsky, yo estaría especialmente bien cualificada para esta oficina». *[N. de L. K.]*

[54] El *Beethoven* de R. Rolland. *[N. de L. K.]*

[55] En varias ocasiones tuve cuidado –para no despertar la sospecha de que temía el trabajo y los problemas–, de señalar a Rosa que no sólo su nombre sino también su bello alemán, que era realmente maravilloso, considerando que era extranjera, y su brillante estilo la protegerían de todas las críticas desfavorables, y que cualquier corrección por otra parte sería superflua, si no sacrílega. Hasta ahora, sin embargo, su miedo al «eslavismo» y al «polonismo», así como su minuciosa diligencia, la habían hecho impermeable a mis modestas sugerencias. Por lo tanto, no sólo «no me enojé» sino que me sentí muy feliz por su repentina y libre decisión de excusarme de la colaboración activa en la traducción, una tarea que no sólo me daba una gran responsabilidad hacia ella y su trabajo, sino que también amenazaba con involucrarme en posibles conflictos con ella. *[N. de L. K.]*

[56] El factótum en la casa Kautsky. *[N. de L. K.]*

Posdata

Con la carta del 25 de julio de 1918 se cierra esta recopilación, aunque nuestra correspondencia, que en aquel momento era muy activa, no termina ahí.

A principios de 1918 tuve que abandonar Berlín para visitar a mis hijos que residían en varios cuarteles austriacos. Primero fui a Praga, donde mi hijo Karl estaba empleado como médico en el hospital militar. Puntualmente, el 11 de agosto, me llegó a Praga la carta con la que Rosa nunca dejaba de felicitarme por mi cumpleaños y, desde allí, me fui a Steinmark a ver a mi hijo menor. Después regresé a Praga, de donde salí justo el 28 de octubre, el día de la revolución en Bohemia, en el ultimísimo tren al que se le permitió salir bajo el gobierno del K y K, para poder llegar a Berlín antes de que se interrumpiera el servicio.

Tuve que desprenderme de todas las cartas que recibí de Rosa durante esos tres meses por razón del estricto control que se ejercía en la frontera y creí que las dejaba en las buenas manos de mi casera en Bruck-oder-Mur, en Steiermark.

Desgraciadamente se extraviaron todas en la confusión y desorden de aquellos emocionantes días, ¡un tesoro irrecuperable perdido!

Cierto es que apenas habrían añadido matices al retrato que se traza de Rosa, tal como se revela ante nosotros en las cartas aquí publicadas, con la posible excepción de una cartita que me envió en secreto y que arrojaba una luz sobre su estado mental de aquella época, de una forma que mi corazón casi se paró de latir mientras la leía, tanto me asustaba la pasión que se me revelaba en ella, una pasión que, así acatada, casi consumía a esa mujer que, por otra parte, sabía tan bien refrenarse a sí misma.

Regresé a Berlín a finales de octubre y los acontecimientos de noviembre se precipitaron en rápida sucesión. Cuando Rosa salió de la cárcel fue arrastrada al salvaje huracán desde el primer momento. El destino nunca le concedió un momento para reflexionar, ni una pausa mínima para recuperar el aliento después de todas las dificultades que había atravesado. Saltó con ambos pies al movimiento revolucionario y se la podía ver

siempre al lado de Karl Liebknecht, en situaciones en las que yo no podía seguirla, a pesar de mi amor y admiración por ella.

Aunque las diferencias de opinión, que en cierta medida siempre habían existido entre nosotras, nunca habían interferido ni molestado nuestra relación y, aunque antaño ella solía barrer a un lado mis objeciones con un amistoso, «ovejita, no entiendes nada de esto», ahora los acontecimientos se desarrollaban de tal manera que sólo podía haber un «a favor» o un «en contra».

Me habría resultado imposible permanecer totalmente callada durante esta situación, en la que el rumbo que seguía Rosa y, especialmente, Karl Liebknecht, con quien ella se identificaba abiertamente, me parecía horriblemente mortal; habría corrido el peligro de que ella considerara que mi silencio era una aprobación. Por otro lado, el momento era demasiado grave, había demasiadas cosas en juego, nos sentíamos todos demasiado implicados en los acontecimientos históricos que ocurrían, como para estar dispuestos a que se nos despachara con una broma. Si me hubiera unido a Rosa, tal vez no habría sido capaz de evitar aconsejarla que se apartara de un camino que, en mi opinión, no *podía menos* que conducirla a ella y a los demás a la destrucción. Pero un intento así habría sido en vano, eso era algo de lo que yo estaba convencida desde el inicio y, por lo tanto, renuncié, aun con el corazón encogido, a toda oportunidad de estar con ella, más aún en cuanto no podríamos habernos visto ni hablado sin la presencia de terceras personas que me desagradaban.

Así fue como, en las ocho candentes semanas que se le permitió vivir después de su liberación, no nos vimos ni una sola vez, no pudimos abrazarnos una última vez.

Sí intercambiamos tiernos saludos a través de terceras personas, dando así una débil expresión a nuestro anhelo y más de una vez ella me hizo saber que no podía entender por qué no corría a su lado. Pero, por mucho que yo sufriera por la separación que las circunstancias nos imponían, me mantuve firme y alejada, esperando y anhelando los tiempos mejores que nos reunirían de nuevo.

En lugar de aquella reunión tan esperada llegó aquel día que aún hoy me parece una pesadilla horrible. Cuando el recuerdo de aquello me sobreviene durante una noche en vela, me atrapa un escalofrío y una pena infinita inunda mi alma. Una y otra vez acuden a mi mente las palabras de la propia

Rosa, las que escribió cuando perdimos a nuestra más querida amiga: «Aún no puedo salir de mi profunda sorpresa: ¿es posible? Siento como si se hubiera silenciado una palabra en mitad de una frase, como un acorde interrumpido que aún puedo escuchar... No lo entiendo, ¿es posible? Como una flor que ha sido arrancada y deshojada...».

Y, aun así, a pesar de todo el horror de aquel acto terrible, a pesar de todo mi pesar por una amiga que me ha sido arrebatada demasiado pronto y que he perdido para siempre, debo decir que era el tipo de muerte que ella misma deseaba. Recordemos lo que escribió una vez a Sophie Liebknecht: «Sabes que algún día moriré en mi puesto: en una riña callejera o en el correccional...».

Y, por lo tanto, esta muerte, a pesar de todo el horror de las circunstancias que la rodearon, me parece no obstante un final lógico para el drama de su vida, como algo ante lo que nos quedamos en silencio y con la más profunda emoción, como ante la grandiosa e implacable tragedia de una obra antigua.

Lo que Don Carlos dijo de su amigo, el marqués Poza, también se le puede aplicar a ella: el «hermoso curso de su vida» se ha visto igualado por su «hermosa y magnífica muerte». Hermosa porque murió por su gran causa, por la liberación de la humanidad. Como una antorcha llevó la luz y el calor a un millón de corazones y despertó la chispa del entusiasmo; como una antorcha murió pero, en un millón de corazones, esa chispa que alentó continúa brillando.

Yo, sin embargo, no puedo terminar esta mirada retrospectiva sobre su vida de una forma mejor que citando sus propias palabras: «Continuo viviendo en un sueño, como si ella siguiera aún aquí; la veo viva ante mí, charlo con ella en mi imaginación acerca de todas las cosas, en mí continua viviendo...».

Luise Kautsky

Cartas a Sonia Liebknecht

A Sonia Liebknecht (1916-1918)

98

(Postal)[1] Leipzig, 7-7-1916

Mi querida Soniuska: Hoy hace un calor sofocante y húmedo, muy frecuente en Leipzig; me produce agobio este clima. Esta mañana he pasado dos horas en el parque, sentada junto al estanque, leyendo *El hombre rico*[2]. Es un libro magnifico. Una vieja abuela se ha sentado junto a mí, ha echado un vistazo al título del libro y me ha dicho, sonriendo: «Debe de ser bonito ese libro; también a mí me gusta leer.» Antes de entregarme a la lectura, pasé revista, naturalmente, a todos los árboles y arbustos del parque, todos viejos conocidos, como con satisfacción pude comprobar. En cambio, cada día encuentro menos satisfacción en las relaciones con los humanos. Creo que voy a retirarme pronto del mundo para vivir como una anacoreta, como san Antonio en el desierto... pero ya... *sans tentations.* Consérvese usted alegre y serena.

Cariñosos saludos de

Rosa.

Muchos saludos a los niños.

99

(Postal)

Berlín, 5-8-1916

Mi querida Soniuska: Hoy, 5 de agosto, acabo de recibir, juntas, sus dos cartas: la del 11 (!!) y la del 23 de julio. Como verá, el correo tarda más en llegar a mis manos que en ir a Nueva York. Antes había recibido los libros que usted me envió. Le doy a usted las gracias más cordiales por todo. He lamentado mucho tener que dejarla en la situación en que se halla; ¡cuánto me gustaría poder pasear otra vez un poco con usted por los campos, o contemplar a su lado la puesta de sol desde la ventana de mi cocina!…

Helmi me ha puesto una extensa carta, contándome su viaje. Mil gracias también por el Hölderlin[3]. Pero me da pena que derroche por mí el dinero de esa manera. Muchas gracias también por los guisantes y demás cosas buenas. Escríbame pronto, a ver si todavía tengo la suerte de recibir su carta este mes. Un afectuoso, cálido apretón de manos. A ver si es usted valiente y no se desanima. No me aparto de su lado con el pensamiento. Muchos saludos para Karl y los niños.

Su

Rosa.

El Pierre Loti es maravilloso. Los demás no he podido leerlos todavía.

100

(Postal)[4]

Wronke, 24-8-1916

¡Cuánto siento, querida Soniuska, no poder estar a su lado en estos momentos! Pero mantenga usted la frente alta, se lo ruego; ya verá qué pronto cambian de aspecto las cosas. *Ahora debe usted irse de ahí una temporada;* a cualquier parte, al campo, entre el verde, donde el paisaje sea hermoso y puedan cuidarla. No está bien que siga usted ahí, deprimiéndose cada día más. Hasta el fallo definitivo pueden transcurrir todavía varias semanas. Váyase en cuanto le sea posible, se lo ruego... Será también un alivio para Karl saber que está usted reponiéndose. Mil gracias por sus cariñosos renglones del 10, y por los magníficos obsequios. En la próxima primavera recorreremos juntas los campos y el Jardín Botánico; ya sólo pensarlo me llena de alegría. Pero ahora, váyase, Soniuska, hágame caso. ¿No le sería posible irse a orillas del lago de Constanza, donde podría disfrutar un poco de los aires del Mediodía? Pero de ningún modo deje usted de venir a verme antes de marcharse. Pida usted permiso en la Comandancia, y no tarde en ponerme otras pocas líneas. ¡Manténgase tranquila y contenta frente a todo! Un abrazo,

Rosa.

Mil recuerdos cariñosos a Karl.

He recibido las dos postales de Helmi y de Bobbi[5], que me han alegrado mucho.

101
Wsonke, 21-11-1916

Mi queridísima Soniuska: He sabido por Mathilde que su hermano ha muerto en el frente, y me ha conmovido profundamente este nuevo golpe descargado sobre usted. ¡Cuánto viene usted sufriendo de algún tiempo a esta parte! ¡Y que yo no pueda estar siquiera a su lado para darle un poco de calor y de ánimo! También estoy preocupada pensando en su madre y en cómo va a poder resistir esta nueva pena. Vivimos tiempos tristes y no hay nadie que no tenga una larga lista de seres queridos muertos. Como en Sebastopol, los meses cuentan en realidad por años. Espero que podré verla muy pronto y ansío con la mayor impaciencia que llegue ese momento. ¿Cómo ha sabido usted la muerte de su hermano? ¿Por su madre, o directamente? ¿Y qué noticias tienen del otro hermano suyo? Vivamente desearía mandarle algo por Mathilde; mas desgraciadamente no tengo aquí más que el pañolillo de colores; no lo rechace, pues con ello no quiero más que expresarle el mucho amor que le tengo. Póngame pronto cuatro letras dándome cuenta del estado de espíritu en que se halla. Dé usted mil saludos a Karl.

La abraza de todo corazón su

Rosa

Muchos saludos a los niños.

102
Wronke, 15-1-1917

... Hoy ha habido un momento en que he sentido cierta angustia. A las 3 y 19, el silbido de la locomotora me trajo al recuerdo la marcha de Mathilde, y me puse a correr a lo largo de las paredes como una fiera enjaulada, dando, sin hacer alto, hasta diez veces el consabido «paseo» por la celda. Sentía el corazón oprimido de dolor, de no poder también yo

marchar lejos de aquí. No importa, mi corazón recibió enseguida una palmada y tuvo que aquietarse; ya le tengo enseñado a obedecer como un perro bien amaestrado. Pero no hablemos de mí.

¿Recuerda usted todavía, Soniuska, nuestros proyectos para cuando la guerra se acabe? ¡Haremos un viaje juntas por el Mediodía! ¡Ya verá usted cómo lo hacemos! Sé que sueña usted con ir conmigo a Italia, que es para usted lo más grande del mundo. Y yo he formado el proyecto de llevarla a Córcega, que está todavía mejor que Italia. Al llegar allí, se olvida una de Europa, por lo menos de la Europa actual. Imagínese usted un panorama de los tiempos heroicos, encuadrado en los severos trazos de las montañas y los valles. En lo alto, masas y masas de rocas peladas de un gris oscuro; abajo, frondosos olivos, adelfos y castaños centenarios. A esto añada una quietud como la que debió de preceder a la creación del mundo: ni una voz humana, ni un chillido de ave, sólo el rumor de un riachuelo que se desliza allá abajo, entre las piedras, y en lo alto, en los tajos de los peñascales, el murmullo del viento, el mismo que henchía las velas de las naves de Ulises. Y los hombres con que tropezamos encajan perfectamente en ese paisaje. De pronto, en el recodo de un sendero del monte, surge una caravana –los corsos caminan siempre en fila, uno detrás de otro, y no en grupos como nuestros campesinos–. La caravana va generalmente precedida por un perro; luego, a paso lento, sigue una cabra o un borriquillo cargado con sacos de castañas. Detrás del asno viene un fuerte mulo, sobre el cual, sentada de través, con las piernas estiradas, vemos una mujer con un niño en brazos. La mujer se mantiene con el torso erguido, esbelta como un ciprés, inmóvil; a su lado, avanza, con paso firme y cadencioso, un hombre barbudo. Ambos en silencio. Jurarías que tienes delante a la Sagrada Familia en carne y hueso. Y estos grupos surgen a cada paso. Y no había vez que no me impresionasen hasta sentir impulsos instintivos de arrodillarme, como me acontece siempre ante la belleza perfecta. En ese país, la Biblia y la Antigüedad son todavía cosas vivas. Sí, tenemos que ir y hacer como yo he hecho: recorrer toda la isla a pie y pernoctar cada noche en un sitio diferente, y que el sol, al levantarse, nos sorprenda ya en marcha. ¿No le seduce a usted esto, Soniuska? Yo me sentiría feliz con guiarla a usted a través de ese mundo.

Lea mucho; debe usted cultivar también su espíritu, y puede hacerlo, pues conserva toda su lozanía y su inteligencia sigue siendo dócil y flexible.

Tengo que terminar. Manténgase usted hoy alegre y serena; su

Rosa

103

Wronke, 18-2-1917

... Desde hace mucho tiempo, nada me ha conmovido tanto como la breve relación que me ha hecho Martha de su visita a Karl y de la sensación que a usted le causó verle entre rejas. ¿Por qué me lo ha callado usted? ¿No sabe usted que tengo derecho preferente a compartir todas sus penas y que no dejaré que nadie me lo arrebate? Además, la lectura de esto ha evocado vivamente en mí el primer encuentro con mis hermanos, hace dieciséis años, en la ciudadela de Varsovia. Allí nos pasaban a una especie de doble jaula, cerrada por un enrejado de alambre; era como una pajarera pequeña, metida dentro de otra mayor, y el preso tenía que conversar con la visita a través de ambos enrejados. Añada a esto que mis hermanos fueron a visitarme después de una huelga de hambre que duró seis días, de la que yo salí tan débil que el capitán-comandante de la fortaleza casi tuvo que llevarme en brazos hasta el locutorio. Tenía que sostenerme con las dos manos contra las alambreras de la jaula para no caer, lo cual subrayaba seguramente la impresión que debía de producir, de fiera de parque zoológico. La jaula se hallaba en un rincón bastante oscuro de la sala, y mi hermano metía la cara por los alambres. ¿Dónde estás?, preguntaba una y otra vez, al mismo tiempo que se enjugaba las lágrimas que le empañaban los anteojos. ¡Con qué gusto me vería otra vez en la jaula de Luckau, si con ello pudiese ahorrar esa pena a Karl!

Dé usted muchas gracias a Pfemfert de mi parte por el envío del Galsworthy. Ayer acabé de leerlo, y me ha gustado mucho. Esta novela no me ha gustado tanto, sin embargo, como *El hombre rico* y no *a pesar* de, sino precisamente *porque* la tendencia social es en esta más marcada; en una novela no busco nunca el fondo, sino que busco, ante todo, el valor artístico, y lo que desde este punto de vista me perturba en los *Hermanos del mundo,* de Galsworthy es que el autor hace en este libro un alarde excesivo de *talento.* Acaso a usted le sorprenda esto. Pero Galsworthy pertenece a la misma escuela de Bernard Shaw y Oscar Wilde, género que

parece cundir bastante entre los intelectuales ingleses: hombres muy inteligentes y muy cultos, pero estragados, que contemplan todo cuando acontece en el mundo con aire escéptico y desenfadado. Las observaciones agudas e irónicas que Galsworthy, con la mayor seriedad del mundo, hace acerca de sus personajes, me hacen no pocas veces reír a carcajadas. Pero así como las personas realmente bien educadas y distinguidas no bromean nunca, o rara vez, a costa de quienes les rodean, aun cuando se den perfecta cuenta de todo lo ridículo, el verdadero artista jamás debe adoptar una actitud irónica ante sus propias criaturas. Compréndame bien, Soniuska; con esto no quiero yo repudiar la sátira de alto vuelo. Por ejemplo, el *Manuel Quinto,* de Gerhart Hauptmann es la más acerba sátira de la sociedad moderna que se haya escrito de cien años a esta parte. Pero el autor no se ríe, ni mucho menos. Por el contrario, me parece estar viéndolo, al terminar su obra, con los labios trémulos, los ojos muy abiertos y abrasados de lágrimas. Galsworthy, con sus profusas observaciones llenas de ingenio, me hace el efecto de un comensal que, a cada nuevo invitado que entrase en el comedor, se me acercase para deslizar en mi oído una observación maliciosa...

... Hoy es otra vez domingo, el día más mortal para los presos y solitarios. Estoy triste, pero quiero que usted no lo esté, ni Karl tampoco. Escríbame pronto, diciéndome cuándo se va usted a marchar a descansar, y adónde piensa ir.

La abraza cariñosamente, con saludos para los chicos, su

Rosa.

P. D. ¿No podría mandarme alguna otra cosa buena, algo, por ejemplo, de Th. Mann? No conozco nada de este autor. Y aún tengo otro ruego para usted: el sol empieza a deslumbrarme cuando salgo al patio: ¿sería usted tan amable que me enviase un metro de tul negro muy fino, con motitas negras también? Muchas gracias por anticipado.

104

Wronke, 1-4-1917

El saludo que me mandó con su tarjeta de ayer me ha alegrado mucho, a pesar de su tristeza. ¡Como quisiera, en estos momentos, estar a su lado, para obligarla a reírse como antes, ¿se acuerda usted?, después de la detención de Karl, cuando las dos llamábamos un poco la atención de los clientes del Café Fürstenhof, con nuestras carcajadas intempestivas! ¡Qué hermosos momentos aquellos, a pesar de todo! Nuestra caza diaria, por la mañana temprano, detrás de un autobús, en la Potsdamerplatz; luego el trayecto hasta la cárcel por el Tiergarten florecido; aquella calle de Lehrter, tan tranquila, con sus altos olmos, y luego, a la vuelta, el breve y obligado descanso en Fürstenhof; después, la obligada visita de usted a mi casa de Südende, en que todo tenía la claridad del mes de mayo; las horas de intimidad que pasábamos en la cocina, donde Mimi y usted, sentadas a la mesita cubierta por un mantel blanco, esperaban pacientemente los productos de mis artes culinarias. (¿Se acuerda usted todavía de las judías verdes à *la parisienne*...?) Todo esto ha quedado en mí rodeado por el recuerdo vivo de un tiempo cálido y radiante inalterable, que es el único con que se experimenta el verdadero goce primaveral. Luego, por las noches, mis obligadas visitas a su cuartito –¡me gustaba tanto verla a usted entregada a las labores caseras, con su talle de muchacha, de pie junto a la mesa, sirviendo el té!–; por fin, hacia media noche, nos acompañábamos mutuamente hasta nuestras casas, a lo largo de las calles perfumadas y llenas de sombras. ¿Se acuerda usted de aquella fabulosa noche de luna en Südende, en que la acompañé hasta su puerta, y en que los aleros de las casas, recortándose negros y bruscos sobre el fondo azul oscuro del cielo, de una dulzura infinita, nos daban la impresión de castillos?

Así quisiera yo siempre, Soniuska, estar junto a usted; distrayéndola, charlando o callando con usted, para no dejarla entregarse a sus sombrías y desesperadas cavilaciones. Me pregunta usted en su postal: «¿Por qué todo es así?». La vida, mi pobre niña, ha sido siempre «así», y todo forma parte de ella: los dolores, las separaciones, las nostalgias. Hay que saber aceptarla en bloque, tal como es, y encontrar en *todo* sentido y belleza. Por lo menos, así lo hago yo. Y no por una sabiduría adquirida artificialmente a fuerza de reflexión, sino sencillamente porque es así mi modo de ser. Instintivamente, comprendo que es la única manera acertada de tomar la vida, y por esto me siento feliz en todas las situaciones. Y no querría ver borrarse nada de lo

que forma mi vida, ni apetezco de ella nada más que lo que ha sido y es. ¡Ay, si yo pudiera infundir en usted la misma actitud ante la vida!...

Todavía no le he dado las gracias por el retrato de Karl. ¡Qué alegría me ha dado usted con su envío! No pudo hacerme mejor regalo en el día de mi cumpleaños. Lo tengo puesto en un marco encima de la mesa, y su mirada sigue todos mis movimientos (ya sabe usted que hay retratos que parece que nos están mirando siempre, sea cualquiera el sitio desde que se les contemple). El retrato es magnífico. ¡Cuánto deben de alegrarle a Karl las noticias que llegan de Rusia! También usted tiene motivos personales para sentirse dichosa: supongo que ya nada se opondrá ahora a que su madre vaya a verla. ¿Ha pensado usted ya en esto? Yo, con el pensamiento puesto en usted, anhelo que vuelvan enseguida el sol y el calor. Por aquí, los árboles empiezan a querer brotar, y ayer granizó. Me gustaría mucho saber qué es de mi «paisaje del Mediodía», aquel de Südende. El año pasado, ¿se acuerda usted?, nos paramos juntas delante de la verja y usted se quedó admirada de la vegetación...

No se torture en andar escribiendo cartas. Yo le escribiré a usted a menudo. Me basta con que me mande algunas letras en una postal. Salga usted al aire libre todo lo que pueda y herborice mucho. ¿Tiene usted ya mi pequeño altar de Flora? Serénese y alégrese, queridísima. Ya verá cómo todo acaba bien, se lo aseguro.

La abraza muchas veces, con todo cariño, siempre suya,

Rosa.

105
Wronke. 1-5-1917

... En el pasado mes de abril, recordará usted que les llamé a ustedes dos por teléfono, una mañana, toda apresurada, para que a las diez no dejasen de acudir al Jardín Botánico para escuchar conmigo al ruiseñor, que estaba dando un verdadero concierto. Nos acurrucamos en una espesa arboleda, sobre algunas piedras, junto a un arroyuelo. Después del canto del ruiseñor, inopinadamente, oímos un grito monótono y lastimero, que era algo así como: «Gli-gli-gli-gli-glic». Yo opinaba que era alguna ave acuática, y lo mismo pensaba Karl; pero en vano intentamos saber cuál sería. Pues bien,

imagínese usted que muy cerca de aquí he vuelto a oír el mismo grito lastimero con tal claridad, que mi corazón palpitó impaciente por conocer, al fin, qué pájaro sería el que así chillaba. Hasta hoy, en que he llegado a averiguarlo, no me he sosegado; no se trata de un ave acuática, como creíamos, sino de un pájaro plumeado «torcecuello», parecido a la urraca. Es algo mayor que el gorrión, y su nombre proviene de que, cuando se cree en peligro, intenta asustar a sus enemigos con cómicos movimientos y contorsiones de cabeza. Sólo se alimenta de hormigas, que coge con su lengua pegajosa, al modo del oso hormiguero. Los españoles, por esa razón, le llaman «hormiguero», pájaro hormiguero. Además, Mörike escribió sobre este pájaro una poesía humorística. Me hace el efecto de haber recibido un regalo, desde que sé a qué pájaro pertenece el lastimero canto. Escríbaselo a Karl; seguramente que se alegrará de saberlo.

¿Que qué leo? Principalmente, libros de ciencias naturales, geografía, botánica y zoología. Ayer leí un libro sobre la desaparición de los pájaros cantores en Alemania; conforme va extendiéndose y racionalizándose, día tras día, el cultivo de los bosques, de las huertas y de las tierras, les resta las posibilidades naturales de construir sus nidos y buscarse el sustento. En efecto, el cultivo racional hace desaparecer poco a poco los árboles carcomidos, las tierras en barbecho, los matorrales, las hojas secas caídas al suelo. ¡Qué pena me dio la lectura de este libro! Y no es que me interese por el canto de los pájaros por el placer que esto produce a los hombres, sino que me apena hasta el punto de sentir humedecérseme los ojos, la sola idea de que desaparezcan así, silenciosa e inevitablemente, estas pequeñas criaturas indefensas. Esto me recuerda un libro ruso del profesor Siebert, que trata de la desaparición de los pieles rojas en la América del Norte, libro que leí viviendo en Zúrich. Los pieles-rojas, exactamente lo mismo que los pájaros, se ven desahuciados paulatinamente de sus dominios por el hombre civilizado y abocados a una muerte silenciosa y cruel.

Pero seguramente que estoy enferma, cuando ahora experimento emociones tan vivas por todo. A veces, ¿sabe usted?, tengo también la sensación de no ser un verdadero ser humano, sino un pájaro, un animalillo cualquiera que hubiese tomado forma humana: interiormente, me siento mucho más en mi medio en un pedacito de jardín, como ahora, o en un campo, tendida sobre la hierba, rodeada de zumbidos, que en un congreso del partido. A usted puedo decírselo, pues sé que detrás de esto no acechará

una traición a la causa. Bien sabe usted que yo, a pesar de todo, moriré, como lo espero, en mi puesto: en una lucha callejera o en el presidio. Pero, en mi fuero interno, la verdad es que me siento más cerca de los petirrojos que de los compañeros. Lo cual no quiere decir que yo venga a la naturaleza a buscar un refugio, un descanso, como tantos políticos interiormente fracasados. Nada de eso; en la naturaleza, como entre los hombres, encuentro a cada paso tanta crueldad, que me hace sufrir mucho. Figúrese usted, por ejemplo, que este insignificante episodio que voy a contarle no se me va de la imaginación. Fue durante la pasada primavera: volvía yo de dar un paseo por el campo, y entre el polvo de un camino silencioso y poco transitable vi una pequeña mancha oscura. Me doblé y fui testigo de la siguiente tragedia muda: un escarabajo tumbado de espaldas e impotente se debatía con las patas contra un tropel de hormigas que pululaban sobre su cuerpo y lo devoraban vivo. Estremecida, saqué el pañuelo y me puse a sacudir a aquellas bestezuelas salvajes. Eran insolentes y tenaces, hasta el extremo de que tuve que sostener una larga lucha contra ellas, y, cuando por fin logré libertar al pobre mártir y le deposité sobre la hierba, lejos de allí, ya tenía dos patas roídas... Me alejé apresuradamente, torturada por el penoso sentimiento de que, al fin y al cabo, no había hecho al pobre escarabajo más que un bien muy problemático.

Ya están aquí los largos crepúsculos. ¡Cuánto me ha gustado siempre esta hora! En Südende había muchos mirlos. Aquí no veo ni oigo ninguno. He estado todo el invierno alimentando a una pareja, y ahora han desaparecido. En Südende me gustaba pasear por las calles a esta hora del anochecer; ¡era tan hermoso cuando a la última luz violácea del atardecer aparecían de súbito las rosadas llamas del gas, parpadeando tímidamente, como si no se sintieran a gusto en el crepúsculo! En la calle, la borrosa silueta de una portera desconocida surgía ajetreada, o bien una criada corría afanosa a la panadería o la tienda en busca de algo. Los hijos del zapatero, de quienes soy amiga, seguían embebidos jugando fuera, en la oscuridad, hasta que una voz enérgica, que brotaba de un rincón, les obligaba a meterse en casa. A aquellas horas había siempre algún mirlo que no podía conciliar el sueño, y, de repente, como un niño mal criado, lanzaba un pequeño grito o saltaba bruscamente de una rama a otra. Y yo estaba allí, en medio de la calle, contando las primeras estrellas, y no sentía el menor

deseo de abandonar el aire suave y el crepúsculo, en que la luz y la sombra se fundían lentamente una en otra, para ir a encerrarme en casa.

Pronto volveré a escribirle, Soniuska. No pierda la serenidad y la alegría; ya verá cómo acaba bien todo, hasta lo de Karl. Adiós, hasta la próxima carta. La abrazo. Su

Rosa.

106

Wronke, 19-5-1917

... ¡Si viera usted qué hermoso está ahora esto! Todo verdea y florece. Los castaños visten su fresco y espléndido follaje; los groselleros de adorno se pueblan de estrellitas amarillas; el cerezo de jardín, con sus hojas rojizas, comienza también a florecer, y la frángula no tardará en imitarle. Luise Kautsky, que estuvo a despedirme, me trajo hoy un puñado de miosotis y pensamientos que yo misma he plantado en dos círculos, alternando las miosotis con los pensamientos, y tan bien los he plantado, que apenas puedo dar crédito a mis ojos, pues es la primera vez que lo hago en mi vida, y me ha salido bien al primer intento. Allá para Pascuas tendrá gran abundancia de flores en mi ventana.

Ahora abundan las bandadas de pájaros y no pasa día sin que trabe una nueva amistad. ¿Recuerda usted aún aquella mañana en que nos fuimos tempranito con Karl al Jardín Botánico, a escuchar el canto del ruiseñor, y en que vimos un árbol grande desnudo todavía de hoja, y cubierto ya de vistosas florecillas blancas, y nos estuvimos largo rato quebrándonos la cabeza para adivinar qué árbol sería, pues no se trataba, indudablemente, de un frutal, y sus flores tenían algo de extraño? ¡Pues ya sé qué árbol era! Era un álamo blanco, y lo que nosotros creíamos flores no lo eran, sino sus hojas. La hoja del álamo blanco, cuando alcanza su pleno desarrollo, sólo es blanca por el revés; por la cara es verde oscura; pero las hojas tiernas aún están recubiertas por ambos lados de una pelusilla blanca, y al sol relucen como si fuesen flores. Aquí, en mi jardinillo, hay un álamo de estos y en la copa de este árbol es donde gustan de posarse los pájaros cantores. ¿Recuerda usted también que aquel mismo día pasó usted la velada en mi casa? Hacía un tiempo hermoso, leímos en voz alta, y, a media noche, en el

momento de despedirnos –por el balcón abierto entraba un delicado aroma de jazmín–, le recite esta canción española que tanto me gusta:

> ¡Loado sea Aquel que creó el mundo
> derramando belleza por doquier!
> Creó la mar, con su insondable abismo,
> creó las naves raudas que lo surcan,
> creó el edén, la eterna luz,
> creó la tierra, y tu figura...

... ¡Oh!, Soniuska, si no ha oído usted este poema puesto en música por Wolf, no puede sospechar la pasión ardiente que encierran las dos simples palabras finales.

Mientras le escribo esto, un gran moscardón ha entrado en mi celda, llenándola con su zumbido profundo de bajo. ¡Qué hermoso es esto, qué profundo gozo de vivir late en su bordoneo satisfecho, vibrante de actividad, de calor estival y de aromas de flores!

Soniuska, consérvese usted alegre y escriba pronto, pronto, que siento nostalgia de usted. Su

Rosa.

107

Wronke, 23-5-1917

... Recibí su última carta del 14, cuando acababa de mandarle la mía. Estoy muy contenta de haber vuelto a saber de usted, y querría enviarle hoy un saludo cariñoso de Pentecostés. «Pentecostés, alegre fiesta, has llegado ya por fin»: Así empieza el *Reineke Fuchs* de Goethe. Espero que pasaría usted estos días lo más alegremente posible. El año pasado, en tal día como esos, hicimos con Mathilde la hermosa excursión a Lichtenrade, donde cogí para Karl unas espigas y aquella hermosa ramita florida; al oscurecer, todavía nos fuimos a pasear por los campos de Südende, con un ramo de rosas en la mano, como «las tres nobles señoras de Rávena»... Aquí el lilo está ya en flor, hoy ha comenzado. Hace tanto calor, que he tenido que ponerme el vestido de muselina más ligero que he traído. A pesar del sol y del calor, mis pajarillos han ido enmudeciendo, uno tras otro. Seguramente que están muy ocupados incubando su pollada. Las hembras están

acurrucadas en el nido, y los machos andan atareadísimos en busca de alimento para sí y para sus compañeras. Además salen a buscar refugio fuera, en los campos o entre las ramas de los altos árboles frondosos. El hecho es que ahora todo es silencio en mi jardincito; tan sólo el ruiseñor deja oír algunas veces su canto, o el verderón sus pasitos regulares; a veces, ya entrada la noche, el pinzón lanza todavía algunos trinos. Mis herrerillos ya no se dejan ver; sólo un breve saludo lanzado ayer inesperadamente por mi herrerillo azul, que me llenó de emoción. El herrerillo azul no es como el pájaro carbonero, huésped habitual; no se presenta hasta fines de marzo. Al principio, posábase siempre junto a mi ventana. Se acercaba con los otros y cantaba afanosamente su gracioso «tsi-bé, tsi tsi-bé», pero sin pasar nunca de ahí, y con insistencia tal, que parecía la terquedad de un niño mal criado. Oyéndole, me entraban ganas de echarme a reír y de contestarle en igual forma. Después, a principios de mayo, desapareció, en la época de la puesta, con los demás pájaros. Pasaron algunas semanas sin que se dejase ver ni oír, cuando ayer, inesperadamente, oí al otro lado del muro que separa nuestro patio de un recinto vecino a la cárcel aquel canto que me era tan familiar, pero ahora completamente cambiado: tres breves notitas que se sucedían precipitadamente: «tsi-bé, tsi-bé, tsi-tsi-bé». Luego, se hizo el silencio. Sentí el corazón oprimido al oír ese grito precipitado y lejano, que para mí significaba tantas cosas: era toda la pequeña historia de una vida de pájaro y era un recuerdo del hermoso tiempo de amor de la primavera, durante el cual se pasaba los días llamando a su compañerita, cantando. Ahora todo ha cambiado. De la mañana a la noche, hay que andar a la caza de moscas para sí y para la familia. El trino ya no es más que un recuerdo: «No tengo tiempo –¡oh sí, qué hermoso era!–; la primavera toca pronto a su fin –tsi-tsi-bé, tsi-tsi-bé, tsi-tsi-bé–». Crea usted, Soniuska, que este canto de pájaro tan expresivo, tiene el don de conmoverme profundamente. Mi madre, que veía en Schiller y en la Biblia las fuentes de la máxima sabiduría, creía a pies juntillas que el rey Salomón comprendía el lenguaje de los pájaros. Entonces la ingenuidad de mi madre me hacía sonreír con toda la petulancia que me daban mis catorce años y cierta cultura científica. Ahora, yo misma creo tener algo de afinidad con el rey Salomón: también yo comprendo el lenguaje de los pájaros y de las bestias. Esto no quiere decir, claro está, que los animales usen palabras humanas; pero, por el tono de su voz, comprendo las diversas variaciones y sensaciones que expresan.

Hace falta tener el oído atrofiado del hombre indiferente para suponer que el canto de los pájaros es siempre igual. Si uno gusta de los animales y los comprende, encuentra en ellos una gran variedad de expresión, descubre un verdadero lenguaje. Hasta el silencio que sigue al bullicio peculiar de la preprimavera, cobra su significado propio, y yo sé que, si para el otoño sigo aquí, cosa muy probable, todos mis amigos vendrán a visitarme otra vez, y volvería a verles dar saltitos en el alféizar de mi ventana. Me encanta la idea de que volveré a ver a cierto herrerillo al que profesaba especial amistad.

Dice usted, Soniuska, que está indignada de mi larga detención, y exclama: «¿Cómo es posible que unos hombres puedan decidir de la vida de otros hombres? ¿Por qué?». No se enfade conmigo, pero al leer esto, me he echado a reír. En los *Hermanos Karamazov,* de Dostoiewski, hay una señora Choclakova que no hace más que preguntar, venga o no a cuento, ¿por qué?; antes de que nadie haya intentado contestarle, ya ha pasado a hablar de otra cosa. ¡Ah, pajarito mío! Toda la historia de la civilización humana, que, según cálculos muy moderados, cuenta ya algunas veintenas de millares de años de existencia, gira en torno al hecho de que unos hombres decidan del porvenir de otros, hecho que está profundamente arraigado en las condiciones materiales de la vida. Con esto, sólo una larga y dolorosa evolución podrá acabar. Actualmente nos hallamos en un periodo de los más agitados de esa evolución, ¿y usted se pregunta a qué conduce todo esto? «¿Por qué?» En esta pregunta no se cifra un concepto de la totalidad de la vida y de sus formas. ¿Por qué hay herrerillos en el mundo? No lo sé. Pero me alegro de que los haya, y es para mí un dulce consuelo poder oír de repente su precipitado «tsi-tsi-bé», que me lleva lejos, más allá de los muros.

Por cierto que exagera usted mi «serenidad». La verdad es que mi equilibrio interior y mi calma desfallecen desgraciadamente a la menor cosa que pasa sobre mí, y en estos momentos soy víctima de una invencible congoja. Lo que ocurre es que en esos instantes tengo por norma callar. No le exagero nada; en momentos tales me es imposible pronunciar ni la menor palabra. Por ejemplo, estos últimos días, cuando me sentía muy gozosa y feliz, alegrándome ya del sol, inesperadamente, me sorprendió una oleada de frío; en unos momentos toda mi radiante alegría se trocó en profunda angustia. Y estoy segura de que si en aquel momento la dicha de mi espíritu en persona se me hubiera aparecido, no hubiese acertado a pronunciar

palabra; a lo sumo hubiera expresado mi angustia con una mirada muda. La verdad es que son muy raras las veces en que siento tentaciones de hablar; se me pasan semanas enteras sin oír ni el timbre de mi propia voz; ese es, en parte, el motivo de que no haya mandado traer aquí conmigo a mi gatita. La pobrecilla está acostumbrada a la alegría y al trajín; le gusta oírme cantar y reír, que juegue con ella, al escondite por todo el piso. Aquí se me pondría triste enseguida. Por eso la dejo con Mathilde. Mathilde vendrá uno de estos días a verme, y confío en que su visita me reanimará. Acaso Pentecostés sea también para mí una «alegre fiesta». Sosiéguese y tranquilícese. Soniuska, verá cómo todo acaba bien, se lo aseguro. Salude cariñosamente a Karl en mi nombre.

La abraza una y muchas veces, su

Rosa.

108

Wronke, fines mayo 1917

¿Sabe usted, Soniuska, dónde estoy y desde dónde la escribo esta carta? ¡Desde el jardín! Me he traído una mesita y estoy sentada a ella, oculta entre verde follaje. A mi derecha, el grosellero amarillo, con su perfume, que recuerda el del clavel; a mi izquierda, un macizo de *truanas;* encima de mi cabeza, un arce y un castaño joven y esbelto se tienden sus manos verdes, y ante mí, un gran álamo blanco, serio y suave, agita dulcemente sus pálidas hojas. Sobre el papel, las sombras huidizas de las hojas alternan con los pequeños círculos luminosos del sol, y del follaje húmedo todavía por la lluvia, cae, de vez en cuando, una gota de agua sobre mi cara o mis manos. En la capilla de la cárcel están celebrando una ceremonia religiosa; los sonidos apagados del órgano llegan hasta mí confusamente, ahogados por el rumor de las hojas y el alegre coro de los pájaros en celo; a lo lejos, chilla el cuclillo. ¡Qué hermoso es esto y qué feliz me siento! Tal parece que ya casi nos hallamos por San Juan, de tal modo se nota ya la completa y espléndida madurez estival, la embriaguez de vivir. ¿Conoce usted aquella escena de los *Maestros cantores,* de Wagner, en que una multitud heterogénea canta batiendo las palmas: «¡Es San Juan, es San Juan!», cantan y cuantos están en la plaza se ponen a bailar juntos una danza de la época de nuestras

abuelas? Pues ese es hoy, casi, este día, mi estado de espíritu. ¿No sabe usted todo lo que me ocurrió ayer? Voy a contárselo. Estando por la mañana en el cuarto de aseo, vi en la ventana una mariposa nocturna; debía de llevar algunos días en la sala, y parecía haber agotado sus fuerzas chocando contra los cristales. Todavía daba débiles señales de vida batiendo las alas. Cuando reparé en ella, me vestí apresuradamente; temblando de impaciencia, me encaramé a la ventana con mucha precaución y la cogí con la mano; no se defendía, ya llegué a creer que estaba muerta. Después la coloqué en el antepecho de la ventana de mi celda para que volviera en sí, y pareció que se reanimaba un poco, pero pronto volvió a caer inerte. Entonces, le puse algunas flores junto a las antenas para que tuviera algo que comer. En esto, frente a la ventana, el «pícaro jardinero» lanzó un trino de júbilo desbordante; involuntariamente dije en alta voz: «Escucha, qué alegremente canta el pajarito; parece que debieras reanimarte un poco, oyéndole». Yo misma me reí de este discursito dirigido a una mariposa moribunda, y me dije: son palabras vanas. Pero no, media hora después, el animalito dio algunas señales de vida: primero se arrastró de un lado para otro, y luego, por fin, lentamente echó a volar. ¡Qué contenta me puse de haber podido salvarle la vida! Fue verdaderamente emocionante.

Huelga decir que por la tarde volví a bajar al jardín, donde me paso desde las ocho de la mañana hasta mediodía (vienen a llamarme para comer), y luego desde las tres hasta las seis. Confiaba en ver el sol. Ayer tenía el presentimiento de que saldría, pero no se dejó ver, y me puse muy triste. Fui a pasear por el jardín. Se levantó la brisa y vi algo extraordinario; los racimos de flores del álamo blanco, abiertas ya, esparcían su pelusa por todas partes, llenando el aire de níveos copos, que después cubrían el suelo y todo el patio. Esta plateada pelusa agitándose en el aire tenía algo de misterioso. El álamo blanco tarda más en abrir sus flores que ningún otro árbol de los que florecen en amentos, y por el modo y abundancia con que esparce sus semillas, se propaga a distancias considerables; sus hijuelos crecen por todas partes como la mala hierba, asomando por todas las grietas de las paredes y por entre las piedras. Luego, a las seis, me encerraron, como de costumbre, en mi celda. Me senté junto a la ventana, sintiendo un dolor de cabeza sordo y pesado, debido a la temperatura de bochorno que hacía, y miraba el cielo, donde bajo las blancas nubes, recortadas sobre un azul claro, las alondras se perseguían alegremente, volando a prodigiosa

altura. Diríase que con sus afiladas alas, parecidas a pequeñas tijeras, iban cortando el cielo. Pronto se oscureció este, se hizo un silencio, y estalló una tempestad acompañada de torrencial lluvia y de dos truenos ensordecedores, que todo lo estremecieron. Después vi un espectáculo que jamás olvidaré. La tempestad se disipó enseguida, y el cielo se tornó de un gris opaco y uniforme; un crepúsculo descolorido, empañado, poblado de fantasmas, había caído de repente sobre la tierra. Densos crespones grises parecían colgar de todas partes, la lluvia caía lenta y monótona sobre las hojas, y, de vez en cuando, un resplandor rojo púrpura iluminaba por un momento el gris plomizo, mientras a lo lejos se oía rodar el trueno, como después de fuerte marejada se ven deshacerse las olas sobre la playa. Inesperadamente, en este cuadro de misteriosas luces, sobre el arco frontero a mi ventana, se dejó oír el canto del ruiseñor. Entre la lluvia, los relámpagos y el trueno, cantaba como un poseso, como si su canto, sonoro como vibrante campana, pretendiera ahogar el fragor de la tormenta y disipar las tinieblas. Jamás he oído nada más hermoso. Aquel canto, contrastando con el cielo plomizo y purpúreo, semejaba un reflejo de plata. Era todo tan misterioso y de tan inefable belleza que, sin querer, me vino a los labios el último verso de la poesía de Goethe: «¡Ay, que tú no estés aquí!...».

Siempre suya,

Rosa.

109

Wronke, 1-6-1917

... Conozco bien todas las orquídeas; pasé varios días estudiándolas en el magnífico invernadero de Fráncfort. Fue después de mi proceso, en el que me pedían un año de cárcel. Me parece que en su gracia ligera y en las formas fantásticas y hasta cierto punto perversas que revisten, tienen algo de refinado y decadente; me producen el efecto de marquesas «rococó», lindamente empolvadas. Las admiro, y a la vez experimento no sé qué repulsión hacia ellas y aun cierto malestar, pues todo lo que es perverso y decadente repugna a mi modo de ser. Prefiero contemplar el vulgar «amargón», de tan brillante colorido, y que, como yo misma, se abre lleno

de gratitud a los rayos del sol para cerrarse tímidamente en cuanto le cubre la más leve sombra.

¡Qué crepúsculos y qué noches tenemos ahora! Ayer, por ejemplo, parecía que todo estaba bajo el encanto de un sortilegio indescriptible. Aun mucho después de la puesta del sol, parecía que el cielo estaba salpicado de un deslumbrante color ópalo, listado de tonos indefinidos, exactamente igual que una enorme paleta sobre la que el pintor, después de una jornada de asiduo trabajo, hubiera limpiado sus pinceles con un amplio ademán, antes de retirarse a descansar. La atmósfera estaba algo cargada, se notaba una ligera tensión que producía cierta angustia; las hojas estaban completamente inmóviles, no se oía al ruiseñor, sino al «pícaro jardinero» que, con su negra cabecita, triscaba aún por entre el follaje y lanzaba sus agudos trinos. Todo parecía esperar algo. Yo estaba acodada contra la ventana, y esperaba también sabe Dios qué. Porque desde el toque de queda, a las seis, no podía esperar nada de cuanto ofrecen los cielos y la tierra...

110

Wronke, 20-7-1917

Soniuska querida: Puesto que mi agonía aquí en la cárcel se prolonga más de lo que yo en principio había supuesto, va a recibir usted mi último saludo desde Wronke. ¿Cómo puede usted creer que ya no voy a escribirle más? Nada ha alterado, ni nada puede alterar mis sentimientos hacia usted. Si no le escribía era porque sabía que desde su marcha de Ebenhausen estaba usted metida en mil afanes, y también porque de momento no me sentía con ganas de escribirle.

Ya sabrá probablemente que han dispuesto trasladarme a Breslau. Esta mañana he dicho adiós a mi jardincito. El tiempo está gris, hace frío y llueve, nubarrones desgarrados se persiguen por el cielo, y, no obstante, he gozado plenamente de mi paseo de primavera. Me he despedido del sendero empedrado que bordea la pared y por el que, durante casi nueve meses, he paseado diariamente. Conozco sus piedras casi una por una, y hasta la menor brizna de hierba que crece entre ellas. Lo que me interesa de las piedras es su variedad de colores: unas rojas, otras azules, otras grises.

Durante el largo invierno, desnudo de verdor, mis ojos ávidos de colorido, intentaban buscar refugio en los minerales. Ahora que ya tenemos aquí el verano, encuentro en las piedras tantas cosas interesantes y curiosas en que posar la mirada Un enjambre de abejas silvestres y de avispas anidan bajo ellas. Entre las piedras abren agujeros redondos, grandes como nueces y unidos entre sí por profundos corredores. Al sacar la tierra a la superficie, los insectos forman una larga serie de pequeños montículos. En estos montículos ponen sus huevos y fabrican cera y miel silvestre. Sin cesar se les ve entrar y salir, y durante mis paseos me he visto obligada a adoptar mil precauciones para no destruir sus albergues subterráneos. Están también las hormigas, que en varios sitios atraviesan y vuelven a atravesar el camino, siguiendo tan rigurosamente la línea recta que se las creería penetradas del axioma matemático que define la línea recta como la más corta entre dos puntos (cosa que, dicho de paso, los pueblos primitivos ignoraban por completo). Por otra parte, a lo largo de las paredes pueden verse toda una floración de malas hierbas; mientras unas se marchitan y se propagan por semillas voladoras, otras siguen infatigables echando nuevos retoños. Existen también una verdadera generación de tiernos arbolillos que han crecido delante de mis ojos, en medio del camino o al pie del muro, durante esta primavera: una joven acacia, nacida seguramente de un retoño del viejo árbol próximo; varios pequeños álamos blancos, que han venido al mundo desde el mes de mayo para acá, pero que muestran ya una frondosa exuberancia de hojas verdes y blancas que mecen graciosamente al viento, al igual que hace el árbol corpulento. ¡Cuántas veces he recorrido este camino y cuántas sensaciones he experimentado en él, y qué de pensamientos se me han venido en él a la mente! En invierno, cuando terminaba de nevar, a menudo abría en él una senda; entonces me acompañaba mi pequeño pájaro carbonero, tan querido, que soñaba con volver a ver en el otoño; pero cuando vuelva como de costumbre a buscar su alimento junto a mi ventana, ya no me encontrará. En marzo, después de un frío cruel, tuvimos algunos días de deshielo, y el caminito se convirtió en arroyo. Aún recuerdo los pequeños rizos que el viento tibio dibujaba sobre el agua, en la que se reflejaban las piedras del muro. Llegó por fin mayo, y brotó junto al muro la primera violeta. ¿No se acuerda de que se la mandé metida en una carta?

Hoy, mientras paseaba, observando y meditando sobre todo esto, un verso de Goethe danzaba, obstinado, en mi memoria:

> El anciano Merlín en su tumba luminosa,
> donde le hablé cuando era joven...

Ya conoce usted los versos que siguen. Huelga decir que el poema no tiene relación alguna con lo que yo sentía y pensaba en aquel momento; era la cadencia de las palabras y el encanto misterioso del poema lo que me seducía, envolviendo en calma mi espíritu. No sabría explicar por qué una bella poesía, de Goethe sobre todo, obra tan poderosamente sobre mí cuando me siento agitada o estremecida. La sensación que experimento en tales ocasiones es casi fisiológica, algo así como si, teniendo los labios resecos, bebiera un delicioso licor que refrescara todo mi ser, devolviendo la salud a mi alma y a mi cuerpo. El poema del *Diván de Oriente y Occidente,* del que me habla usted en su última, me es desconocido. Le ruego me mande una copia de él. También hay otra poesía breve que echo de menos en el librito de Goethe que tengo aquí, y hace tiempo que me gustaría tenerla. Se titula «Blumengruss»[6], y es una poesía de cuatro o seis versos; la conozco por una melodía de Wolff, que es de una belleza perfecta, sobre todo el final, que poco más o menos dice así:

> Las he cortado
> pensando en ti.
> Las estreché mil veces
> contra mí.

En música, estas palabras tienen una sublimidad tal, tal delicadeza, tal castidad, que se diría que alguien está arrodillado en ellas en muda adoración. No conozco exactamente el texto, y me gustaría tenerlo.

Anoche, a eso de las nueve, gocé también de un espectáculo verdaderamente hermoso. Desde mi canapé, en el que me hallaba tendida, vi un resplandor sonrosado en los cristales, cosa que me sorprendió, pues el cielo estaba completamente encapotado. Corrí a la ventana, y quedé como fascinada. Sobre el gris uniforme del cielo, hacia naciente, se extendía una gran nube de un color rosa tan maravilloso, y que de tal modo se destacaba sobre el fondo del cielo, que se la hubiera creído una sonrisa, un saludo de lo desconocido. Me sentía como libertada, e involuntariamente tendí las

manos hacia la luz milagrosa. ¿Verdad que la vida será bella y valdrá la pena de ser vivida mientras existan colores tan hermosos y formas tan bellas? No acertaba a apartar la mirada de aquella aparición, y sentía bañado, por decirlo así, mi ser en sus rosados reflejos, cuando, de repente, me eché a reír de mí misma. ¡Válgame Dios! El cielo, las nubes y toda la belleza de la vida, no son patrimonio de Wronke únicamente, y no hay razón para que me despida de ellos. No, todas esas bellas cosas irán conmigo adondequiera que yo vaya, y no me abandonarán mientras viva.

Pronto le escribiré desde Breslau. Venga usted a verme tan pronto pueda. Recuerdos cariñosos a Karl. La abrazo una y mil veces. Hasta la vista, en mi novena cárcel.

Su fiel

Rosa.

[1] Son las únicas líneas escritas en libertad que figuran en esta correspondencia. Rosa Luxemburgo fue detenida el día 10 de julio.

[2] Novelas de Galsworthy.

[3] Poeta alemán clásico.

[4] Esta postal lleva la fecha del día en que Karl Liebknecht fue condenado en segunda instancia a cuatro años de presidio.

[5] Hijos de Liebknecht.

[6] «El saludo de las flores».

Desde la cárcel de Breslau

111
Breslau, 2-8-1917

Mi querida Soniuska: Su carta, recibida el 28, ha sido la primera noticia que del exterior ha llegado a mis manos. Ya puede usted imaginarse cuánta alegría me habrá producido. Se representa usted demasiado trágicamente mi viaje... Ya sabe que sé aceptar con serenidad todas las vicisitudes del destino. Me he familiarizado ya con mi nueva residencia. Mis cajones de libros han llegado hoy, y mis dos celdas, adornadas con los libros, con pequeños grabados y con la modesta ornamentación que acostumbro llevar conmigo a todas partes, tendrán, a no tardar, un aspecto tan íntimo y confortable como la de Wronke, de modo que mi gusto por el trabajo será mayor todavía. Lo que echo de menos aquí es, naturalmente, aquella relativa libertad de movimientos a que ya me tenían allí acostumbrada, pues en Wronke la fortaleza estaba abierta todo el día, mientras que aquí estoy todo el día encerrada. También echo de menos el aire libre, el jardín, y sobre todo los pájaros. No puede usted imaginarse el cariño que le había tomado a todo aquello. Pero, naturalmente, de todo eso puede prescindirse, y no tardaré en olvidar que he vivido en condiciones mejores que las presentes. Aquí vivo casi como en la cárcel de Barnimstrasse, exceptuando aquel lindo patio de la enfermería, lleno de verdor, en que a diario podía hacer nuevos progresos en botánica o en zoología. En este amplio patio empedrado de la cantina, que me sirve de paseo, no hay nada que «descubrir». Y al pasearme, clavo los ojos sin esperanza en el gris pavimento, para no tener que mirar a las presas que trabajan en el patio y que, con su uniforme denigrante, me producen vivo dolor. Entre ellas, suele haber dos o tres en quienes la edad, el sexo, los rasgos individuales, han desaparecido bajo el sello de la más profunda degradación humana, pero que, quizá por eso mismo precisamente, ejercen sobre mí una especie de doloroso magnetismo, y atraen a menudo mis miradas. Claro que, a pesar de esto, siempre se encuentran algunos rostros que ni siquiera el traje de presidario ha podido alterar, y que llamarían la atención de un artista. Por ejemplo, en el patio he descubierto una joven obrera que, con su talle

esbelto y musculoso y el severo perfil de su cabeza, tocada con un pañuelo, recuerda extraordinariamente a las figuras de Millet. Da gusto ver con qué elegancia de movimientos transporta bultos; su cara flaca, de piel tersa, su blancura calcárea, hacen pensar en la trágica máscara de Pierrot. Pero he sufrido ya demasiados desengaños en mi vida para que no trate de evitar semejantes encuentros, a pesar de las esperanzas que parecen despertar al principio. En la cárcel de Barnimstrasse, conocí a una presa como esta, que tenía el porte y ademán de una reina, y me imaginé que su espíritu sería semejante a su cuerpo. Pocos días después se presentó en mi celda, como criada, y al cabo de tres días tuve que reconocer que, bajo su bella apariencia, había tanta estupidez y tanta vileza, que ya no puede dejar de apartar la vista cuando la hallaba en mi camino. Entonces se me ocurrió que si la Venus de Milo había podido conservar a través de los siglos su reputación de ser la más hermosa de las mujeres, había sido seguramente por no poder despegar los labios. Si pudiera hablar, es posible que todo su encanto se lo llevara el diablo.

Tengo enfrente la cárcel de hombres, el eterno edificio de ladrillo rojo y aspecto sombrío. Pero por encima de sus muros puedo ver las verdes copas de los árboles de un parque. Entre ellos hay un gran álamo negro cuyo rumor se percibe al menor soplo de aire, y una hilera de fresnos de tonos más claros, adornados con los racimos de sus flores amarillas. Mis ventanas están orientadas al noroeste, de manera que a veces, al oscurecer, veo hermosas nubes, y ya sabe usted que una nube color de rosa es suficiente para sumirme en éxtasis y compensarme de todo lo demás. En este momento, las ocho de la noche (es decir, en realidad, las siete), el sol acaba de trasponer el muro de la cárcel de hombres; lanza todavía deslumbradores reflejos a las claraboyas del tejado y todo el cielo aparece dorado. Me siento muy a gusto, y algo –no sé qué– me hace cantar por lo bajo el *Ave María* de Gounod. Estoy segura de que la conoce usted.

Muchas gracias por las poesías de Goethe que me ha copiado. La poesía titulada *Die berechtigten Männer* es, en efecto, muy hermosa, aunque a mí no me había llamado antes la atención. A veces es necesario que alguien nos sugiera la belleza de una cosa. Le ruego que me copie también, cuando tenga tiempo, la *Tumba de Anacreonte*. ¿Conoce usted bien esta poesía? Yo no llegué a comprenderla sino a través de la música de Hugo Wolff, que le

da un carácter arquitectónico; oyéndola se imagina una hallarse ante un templo griego.

En este momento –acabo de interrumpir mi carta para observar un rato el cielo–, el sol se halla muy bajo tras el edificio, y, en el cenit, millares de nubecillas, salidas Dios sabe de dónde, han ido apiñándose silenciosamente. Son de un delicado color gris, más plateado en los bordes y se dirigen en fajas hacia el norte. Hay tanta inconsciencia, una indiferencia tal en esas nubes que se alejan, que no puedo menos de sonreírme y pensar, como tengo por costumbre, en el ritmo de la vida que me rodea. ¿Cómo es posible, ante semejante celaje, sentirse «malvado» o mezquino? No deje nunca de mirar a su alrededor; es el medio más seguro de seguir siendo siempre «buena».

Me sorprende un poco que Karl pida un libro especial sobre el canto de los pájaros. Yo, por mi parte, no concibo el canto de los pájaros separadamente de su manera de ser y de su vida; sólo me interesa el conjunto, y no tal o cual detalle aislado. Mándele un buen libro de geografía animal; le interesará mucho, estoy segura. Confío en que vendrá usted pronto a visitarme. En cuanto disponga del permiso, póngame un telegrama.

La abraza de todo corazón, su

Rosa.

¡Válgame Dios! Hasta ahora, no me doy cuenta de que he escrito ocho páginas. Vaya, por esta vez, pase. Muchas gracias por los libros.

112

Mediados de noviembre 1917

Querida Soniuska mía: Confío en que pronto tendré ocasión de mandarte también esta carta; y empuño con ansia la pluma. ¡Cuánto he echado de menos, todo este tiempo, la costumbre de charlar con usted sobre el papel! Pero las contadas cartas que me permitían escribir se las debía a Hans D.[1], que estaba esperándolas. Pero esto se ha acabado. Las dos últimas cartas se las escribo ya a un cadáver, y ya me han devuelto una de ellas. No acabo de hacerme a esta triste realidad Pero vale más no hablar de ello. Prefiero guardar para mí sola semejantes penas, y cuando alguien

busca toda clase de paliativos para comunicarme una mala noticia y «consolarme» gimiendo, como ha hecho N., no consigue más que irritarme. ¿Por qué aquellos que son mis amigos más allegados me conocen todavía tan mal y me tienen en tan poca estima? ¿Es que no comprenden, acaso, que lo mejor y lo más delicado, en tales ocasiones, es decirme sin ambajes, con toda sencillez: ha muerto...? Ha sido un golpe para mí. Pero no hablemos de ello.

¡Cómo me duelen los meses y los años que estoy perdiendo aquí! ¡Qué bellas horas hubiéramos podido vivir juntas, a pesar de los espantosos sucesos que están ocurriendo en el mundo! Sepa usted, Soniuska, que cuanto más dure esto, y cuanto más la infamia y las atrocidades que se suceden diariamente rebasen todo límite y toda medida, más serena y firme me siento. Creo que no es razonable moralmente indignarse contra los elementos, contra un huracán, una inundación, un eclipse de sol, sino que hay que aceptarlo como algo fatal y transformarlo en objeto de estudio y conocimiento.

Son, evidentemente, los únicos caminos posibles de la historia, y hay que seguir la historia sin perder de vista su gran trayectoria general. Yo presiento que todo este fangal en que nos encontramos, que todo este inmenso manicomio en que vivimos, se transformará, de la noche a la mañana, como por encanto, en su antítesis, en algo grande y heroico, y, si la guerra dura algunos años más, este cambio se producirá... inevitablemente... Lea *Los dioses tienen sed* de Anatole France. Admiro esta obra, sobre, todo, porque el autor, con su genial intuición de cuanto es universalmente humano, parece decirnos: «Ved: de semejantes personalidades, de semejantes mezquindades cotidianas, es de donde surgen, en un momento dado de la historia, los más gigantescos acontecimientos y las hazañas más sublimes». Hay que aceptar cuanto sucede, así en la sociedad como en la vida privada, con espíritu sereno; ver las cosas en grande y acatarlas con una sonrisa. Creo firmemente que al terminar la guerra todo tomará un giro mejor, pero me parece evidente que antes tendremos que atravesar por un periodo lleno de las más terribles torturas humanas.

… … … … … … … … … … … … … … … … … … …

A propósito, esto que acabo de escribir me recuerda algo que quiero contarles, pues se me antoja interesante y muy poético. Leí últimamente en una obra científica sobre las migraciones de las aves –fenómeno que hasta

hoy ha sido bastante enigmático–, que se ha podido hacer la siguiente observación: durante el largo viaje hacia los mares del Sur, muchas especies de pájaros que ordinariamente se hacen entre sí una guerra encarnizada, devorándose recíprocamente, atraviesan los mares unos junto a otros en la más perfecta concordia. Por eso, en las grandes bandadas de aves que se dirigen a Egipto, y que con su vuelo llegan a ensombrecer el sol, es fácil distinguir, en la más perfecta armonía, millares de pajaritos cantores, como alondras, reyezuelos, ruiseñores, volando entre las aves de presa, milanos, águilas, halcones, búhos, que ordinariamente los devoran. Diríase que, durante este viaje, reina entre ellos cierta tácita «tregua de Dios». Todos tienden a un fin común y caen casi extenuados a tierra, junto al Nilo, para separarse inmediatamente, según las especies y países. Y lo más notable es que se ha observado que durante esa larga travesía los grandes pájaros llevan encima a otros más pequeños, y así se han visto cruzar numerosas bandadas de grullas transportando a pequeños pajarillos que gorjean alegremente. ¿Verdad que es hermoso esto?

... El otro día, hojeando una colección de poesías, compuesta sin arte y como al descuido, hallé una poesía de Hugo von Hoffmannsthal. Por lo general, este poeta no me gusta. Me parece rebuscado, artificioso y confuso; me resulta imposible comprenderle. Pero aquella poesía me gustó mucho y me produjo una honda impresión. La he copiado. Quizá le guste a usted leerla.

Actualmente me entrego a los estudios geológicos. Acaso crea usted que es una ciencia árida, pero no hay tal. La estudio con interés febril y verdadera satisfacción; ensancha considerablemente los horizontes intelectuales, y brinda, más que otra ciencia alguna, una visión armónica y completa de la naturaleza; me gustaría contarle muchas cosas de ella, pero sería preciso que pudiéramos hablar paseando juntas, de mañanita, por los campos de Südende, o acompañándonos una a otra alternativamente varias veces, por la noche, a la luz de la luna. ¿Qué lee usted ahora? ¿Por dónde va ya de la *Lessing-Legende*?[2]. Me gustaría saber todo lo que usted hace. Contésteme enseguida, si es posible por este mismo conducto, o si no, por conducto oficial, sin hacer alusión a esta carta. Estoy contando las semanas que faltan para poder volver a verla por aquí. Será poco después de Año Nuevo ¿verdad? ¿Qué cuenta Karl en sus cartas? ¿Cuándo volverá usted a verle? Dele muchos recuerdos de mi parte. La abrazo, y estrecho

cariñosamente su mano, querida, queridísima Soniuschka. Escriba pronto y mucho.

Su

Rosa.

113

Breslau, 24-11-1917

... Se equivoca usted al decir que siento prevención por los poetas modernos. Hace quince años leí a Dehmel con entusiasmo –de su prosa (una escena sobre el lecho mortuorio de una mujer amada) conservo un recuerdo confuso, aunque admirativo–. Todavía me sé de memoria el *Phantasus,* de Arno Hotz. La *Primavera,* de Johann Schlaf, de la misma época, me transportó al entusiasmo. Después dejé esos poetas y volví a Goethe y a Mörike. A Hoffmannsthal no lo comprendo; en cuanto a George, no lo conozco. Lo que hay de cierto es que desconfío algo del dominio de la forma y de los medios de expresión de estos poetas, aunque reconozco que no carecen de una amplia y noble visión del mundo. Esta contradicción hace que cuanto dicen suene a hueco en mi alma, y que la belleza de la forma acabe por hacerme el efecto de una máscara. A menudo saben evocar maravillosos estados de espíritu, pero el hombre no está hecho solamente de estados de espíritu.

Estos días, Soniuska, los atardeceres son tan hermosos como en primavera. A las cuatro bajo al patio; el crepúsculo comienza ya, y observo cómo los odiosos objetos que me rodean van cubriéndose con el misterioso velo de la oscuridad; pero en lo alto, el cielo es de un hermoso azul claro y asoma ya una luna plateada. Es la hora en que diariamente cruzan por encima del patio centenares de urracas a la desbandada; se dirigen hacia los campos donde hallarán «el árbol del sueño», sobre cuyas ramas pasarán la noche. Vuelan moviendo suavemente sus alas y cambiando extraños gritos, que nada tienen de común con el agudo «craa» que lanzan durante el día, al perseguir ávidamente su presa. Estos son sonidos apagados y dulces, de grave entonación, y cuando varias urracas lanzan sucesivamente su «kau, kau», diríase que, jugando, se lanzan bolitas de metal que describen una parábola por los aires. Es una verdadera charla; hablan del día que acaba de

pasar... Me parecen tan serias y graves, cuando las veo seguir, noche tras noche, invariablemente la ruta que les ha sido trazada, que experimento no sé qué respeto ante esos grandes pájaros, y no puedo por menos de seguirlos con la mirada hasta donde puedo. Después me paseo en la oscuridad y contemplo las presas que, en el patio, se apresuran a terminar sus trabajos, marchando en todas direcciones, semejantes a sombras medio esfumadas, y me place sentirme a mi vez invisible, hallarme sola y libre con mis ensueños, haciendo disimulados signos a las urracas que pasan volando, y experimento cierta sensación de bienestar respirando el aire tibio que recuerda el de la primavera. Luego veo pasar a las reclusas cargadas con pesados barreños (es la sopa de la cena); atraviesan el patio para dirigirse al edificio, marchando de dos en dos, en apretadas filas de diez parejas, unas tras otras. Yo las sigo, a la cola. En el patio, las luces del edificio de la cantina van extinguiéndose paulatinamente; regreso a mi cuarto; se cierran las puertas con doble llave, se echan los cerrojos; ha terminado el día. Sí, no sé qué bienestar experimento, a pesar del dolor por la muerte de Hans; y es que vivo en el mundo de los sueños, un mundo donde él vive todavía. Pues para mí sigue viviendo, y a menudo me sorprendo sonriéndome, al pensar en él.

Cuídese mucho, Soniuska, ¡me hace tanto bien sólo pensar en su próxima visita! Contésteme pronto, por conducto oficial, por ahora –hay que conformarse con ello–, y luego, cuando se ofrezca ocasión... Le abraza de todo corazón, su

Rosa.

114

Breslau, mediados de diciembre de 1917

... Un año hace ya que Karl está preso en Luckau. Durante este mes he pensado mucho en él. Hoy hace un año justo que fue usted a verme a Wronke, llevándome el lindo arbolito de Navidad... Este año he mandado a comprar uno, pero ha llegado todo estropeado y le faltan ramas; no tiene punto de comparación con el del año pasado. Todo se me vuelve cavilar cómo voy a poder colocar en él las ocho candelillas que he comprado. Es la tercera Navidad que paso entre rejas. Pero no se preocupe usted demasiado.

Estoy más tranquila y alegre que nunca. Esta noche estuve largo rato despierta –no acierto a quedarme nunca dormida antes de la una de la madrugada, y, como nos obligan a acostarnos a las diez, hay tiempo para pensar en la oscuridad en muchas cosas. He aquí mis pensamientos: ¡qué extraña es, me decía, esta especie de alegre embriaguez en que constantemente me hallo, sin razón alguna! Estoy tendida en una celda oscura, sobre un colchón duro como una piedra. A mi alrededor reina en toda la casa un mortal silencio, que hace pensar que se halla una en un sepulcro. La luz del farol que arde toda la noche frente a la cárcel se refleja en el techo. De vez en cuando se oye pasar un tren lejano, y de rato en rato, muy cerca, al pie de la ventana, al centinela que tose y da algunos pasos lentos y pesados para desentumecer sus piernas. La arena cruje tan desesperadamente bajo sus botas que parece que en ella clama en la oscuridad sombría y húmeda toda la desolación y toda la desesperanza que hay en la existencia. Aquí estoy tendida, sola, envuelta en los pliegues oscuros de la noche, del hastío, del cautiverio, del invierno, y no obstante, mi corazón palpita con un incomprensible gozo interior, con una alegría nueva para mí, como si me paseara por una pradera florida bajo un sol radiante. Y, en las tinieblas de mi calabozo, sonrío a la vida, como si poseyera algún mágico talismán cuya virtud transformara todo lo feo y triste en claridad y dicha. Yo misma busco el por qué de esta alegría, pero no doy con él y no tengo más remedio que reírme otra vez de mí misma. El secreto no está seguramente más que en la vida, tal como es; las tinieblas espesas de la noche, bellas y suaves como el terciopelo, si una sabe mirarlas. Y en el crujir de la arena húmeda, bajo los pasos lentos y pesados del centinela, canta la vida, para quien sepa escucharla. En esos momentos pienso en usted, y ¡con cuánto gusto le prestaría este talismán, para que también usted pudiera exprimir de todas las situaciones lo que la vida tiene de hermoso y alegre, para que también usted viviese fuera bajo su encanto, y marchara por la vida como por una pradera toda llena de flores. Pero no crea que pretendo brindarle goces numéricos, cantando las ventajas del ascetismo. No, yo deseo para usted gozos reales y sensibles. Únicamente quería hacerle compartir mi inagotable alegría interna para poder sentirme tranquila en lo que a usted respecta, y para que usted pudiera cruzar la vida envuelta en un manto bordado de estrellas, que la protegiera contra todo lo mezquino, todo lo vulgar y angustioso.

Me dice que ha cogido usted en el parque de Steglitz un hermoso ramo de bayas color negro brillante y rosa violáceo. Las bayas negras deben de ser, o bien de saúco –cuyos frutos cuelgan en apretados y pesados racimos en el centro de un pitio de hojas en forma de abanico, seguramente que usted las conoce–, o más probablemente de agracejo; estas crecen en pequeñas espigas rígidas, rodeadas de hojas verdes, estrechas y largas. Las bayas de color rosa violáceo, escondidas entre hojas pequeñas, es posible que sean de níspero enano; verdad es que estas son de color rojo, pero cuando empiezan a pasarse, al final de la temporada, suelen tomar un tono rojo-violeta; las hojas son parecidas a las del mirto, pequeñas, puntiagudas, de color verde oscuro, el haz correoso y el envés, rugoso.

¿Conoce usted, Soniuska, *El tenedor fatal,* de Platen? ¿Podría usted mandármelo o traérmelo? Karl me habló de este libro en cierta ocasión, diciéndome que lo había leído en su casa. Las poesías de George son hermosísimas; ahora conozco la procedencia del verso: «Y en el rumor de las rubias espigas...», que usted se complacía en recitar cuando íbamos de paseo por el campo. ¿Podría usted, cuando tenga tiempo, copiarme el *Nuevo Amadís*. ¡Me gusta tanto esa poesía –que, como tantas otras, sólo conozco a través de Hugo Wolff– y no tengo aquí! ¿Sigue usted leyendo la «Lessing-*Legende*»? Yo vuelvo a leer *La historia del materialismo* de Lange, que siempre me estimula y refresca el espíritu. Me gustaría que algún día leyera usted ese libro.

¡Ay, mi querida Sonia, acabo de experimentar un agudo dolor. Todos los días llegan al patio adonde yo voy a pasear, furgones militares cargados con mochilas, raídos capotes de soldados y camisas, manchadas no pocas veces de sangre... Descargan los bagajes y reparten las prendas por las celdas para que las presas las zurzan; después, vuelven a recogerlas. Hace unos días acababa de entrar en el patio uno de estos carruajes. Pero esta vez venía tirado por búfalos, no por caballos. Era la primera vez que veía de cerca esos animales. Son más vigorosos y corpulentos que nuestros bueyes; los morros chatos y los cuernos retorcidos dan a su testuz cierto parecido con el de nuestros borregos. Tienen la cara completamente negra y grandes ojos apacibles. Los soldados que conducen la yunta dicen que estas bestias proceden de Rumania y son botín de guerra... Parece que ha sido muy difícil cazar a estos pobres animales, que vivían en estado salvaje, y más difícil aún habituarlos al tiro, después de la libertad de que habían gozado.

Sólo han podido domarlos a fuerza de golpes, a fuerza de hacerles sentir en lo más profundo de su carne que también para ellos rige el *vae victis!* del domador... Más de ciento cincuenta animales de estos hay concentrados en Breslau, y en vez de los abundantes pastos de Rumania, se ven reducidos a una ración pobrísima de forraje. Los obligan a trabajar sin duelo y a arrastrar pesos inverosímiles, de modo que no tardarán en morir. Hace unos días, acababa de entrar en el patio uno de estos carros regimentales, cargado de sacos. Era tan excesiva la carga y tan voluminosa, que los búfalos no lograban franquear el umbral del pórtico. El soldado que los conducía empezó a apalearlos con el grueso mango de su fusta, con tal violencia, que la carcelera le preguntó indignada si no le daban lástima aquellas bestias. «¡Pues lo que es de nosotros, que somos hombres, nadie tiene lástima!», exclamó con una sonrisa perversa en los labios el carretero, y siguió apaleando a las pobres bestias. Por fin lograron salvar el obstáculo, pero una de ellas estaba ensangrentada. Soniuska, la piel del búfalo tiene un espesor proverbial; no obstante, había sido desgarrada.

Mientras descargaban el carro, las bestias permanecían impasibles y exhaustas, y una de ellas, la que sangraba, dejaba caer su mirada tristemente. Su aspecto y sus grandes ojos, tan dulces, tenían la expresión de un niño que hubiera llorado mucho, de un niño que hubiera sido severamente castigado sin saber por qué, y que no sabe ya qué hacer para librarse del tormento y de la violencia brutal. Yo estaba frente a la yunta, y el animal herido me miraba; las lágrimas que asomaron a mis ojos eran *sus* lágrimas. No es posible estremecerse ante el sufrimiento del más querido de los hermanos más dolorosamente de lo que yo me estremecí en mi impotencia ante aquel mudo dolor. ¡Las vastas y jugosas praderas verdes de Rumania perdidas para siempre! Allí brillaba el sol, soplaba el viento, cantaban los pájaros de modo muy distinto, y la melodiosa llamada del pastor sonaba a lo lejos. Aquí la horrible calle, el establo asfixiante, el heno mezclado con paja podrida, y, sobre todo, estos feroces hombres desconocidos, y los golpes, la sangre que mana de la abierta herida... ¡Oh, mi pobre búfalo, mi pobrecito y querido hermano! Henos aquí a los dos, a ti y a mí, impotentes y silenciosos, unidos por el dolor, la impotencia y la nostalgia.

Mientras tanto, las presas rodeaban afanosas el carruaje. Descargaban los pesados sacos y los arrastraban hacia la cárcel. Entretanto, el soldado,

con las manos metidas en los bolsillos, se paseaba a grandes zancadas por el patio, silbando una canción desvergonzada. Todo el esplendor de la guerra desfiló a mis ojos...

Escríbame pronto. Le abraza, Soniuska, su

Rosa.

Soniuska, amiga mía, conserve la calma y la serenidad a pesar de todo. La vida es así y hay que tomarla según viene, con valor, alta la frente y la sonrisa en los labios, contra todo y a pesar de todo.

115

Breslau, 14-1-1918

¡Cuánto tiempo sin escribirte! Me parece que han pasado meses enteros desde mi última carta. Ni siquiera sé si está usted ya en Berlín, y confío en que mi carta llegue a tiempo para su cumpleaños. Había pedido a Matilde que en mi nombre le mandara un ramo de orquídeas, pero la pobre está enferma en el hospital y no va a poder cumplir el encargo. De todos modos ya sabe usted que me tiene a su lado con todo mi corazón y todos mis pensamientos. Me gustaría saber que en la fiesta de su cumpleaños se halla usted rodeada de orquídeas, lilas, iris blancos, jacintos de violento aroma, de todo cuanto una apetece y puede disfrutar. A ver si, por lo menos, para el año próximo[3] puedo ya llevarle personalmente algunas flores tal día como hoy, y dar en su compañía un paseo por el Jardín Botánico y por el campo. ¡Qué hermoso va a ser esto! Hoy el termómetro marca cero grados y, sin embargo, el aire está como animado por una brisa tibia y refrescante, que hace pensar en la primavera, y entre las nubes densas y blancas como leche, aparece el cielo de un color azul oscuro, y los gorriones pían alegremente: diríase que estamos a fines de marzo. Me complazco en pensar en la próxima primavera; es lo único que por más que se prolongue, jamás cansa, al contrario, cada año la estimo y aprecio más. Ya sabe usted, Soniuska, que entre los seres vivos la primavera comienza en este tiempo; es decir, que en estos primeros días de enero empieza a despertar la vida, sin esperar a la primavera que señala el calendario. Cuando, según el almanaque, el invierno comienza apenas, nos hallamos a la mínima distancia del sol. Y

este hecho ejerce un misterioso influjo sobre todo ser vivo, de manera que, incluso en el hemisferio septentrional, que continúa cubierto de nieve, el mundo de las plantas y de los animales se despereza como por encanto. Los brotes comienzan a formarse y muchos animales a emparejarse.

El otro día leí en el libro de France que las más eminentes producciones literarias y científicas coincidían con los meses de enero y febrero. En la vida humana como en la de todos los seres, el solsticio de invierno constituye un momento crítico; pues en este tiempo es cuando todas las fuerzas vitales recobran su actividad. También usted, querida Soniuska, es como una florecilla precoz nacida entre nieves y hielos, y por esta razón estará durante toda su vida algo estremecida y jamás podrá sentirse completamente a gusto, por lo que habrá que prodigarle muchos cuidados, como una flor de invernadero.

Estoy muy contenta con el Rodin que me ha mandado como regalo de Navidad, y le hubiera escrito enseguida dándole las gracias si Mathilde no me hubiera dicho que se hallaba usted en Fráncfort. Lo que más me ha gustado en Rodin ha sido su profundo sentimiento por la naturaleza, el religioso respeto que demuestra por la menor brizna de hierba que crece en los campos. Deberá de ser un hombre superior, franco, natural, desbordante de entusiasmo interior y de inteligencia. Me recuerda mucho a Jaurés. ¿Le gusta mi *Broodcoorens?* ¿Lo conoce usted ya? Esta novela me impresionó mucho. Sobre todo, sus descripciones de paisajes me parecen de un gran valor poético. Leyendo el *Broodcoorens* y el *De Coster,* parece ser verdad que en la hermosa Flandes el sol sale y se pone con mucho más esplendor que en cualquier otro país del mundo. Siempre he observado que los flamencos están literalmente enamorados de su país: para describirlo emplean expresiones que parecen más adecuadas para hablar de una novia joven y refulgente que para pintar un hermoso paisaje. El fin sombrío y trágico se parece por su tono a los grandiosos cuadros de Till Eulenspiegel. Me refiero a la destrucción de la casa pública. ¿No opina usted que, por su colorido, esos libros recuerdan perfectamente a Rembrandt? El tono sombrío del conjunto, unido a toda la gama del oro y del oro viejo; el realismo desconcertante del detalle, la impresión de misterio y leyenda que, a pesar de todo, se desprende de él.

Leí en el *Berliner Tegeblatt* que en el Friedrich-Museum ha sido expuesto un nuevo Ticiano. ¿Lo ha visto usted ya? Le diré que,

francamente, Ticiano no es artista de mi predilección. Me parece excesivamente meticuloso, y sus cuadros relamidos y fríos en demasía. —Perdóneme usted si, al decir esto, cometo un crimen de lesa majestad, pero no hago más que dejarme llevar de mis impresiones. Lo cual no quiere decir que no me prestase, si pudiera, a ir con usted al Friedrich-Museum a rendir homenaje a la nueva adquisición. ¿Ha visto usted las obras del legado Kaufmann, de que tanto se habla estos días?

Estoy leyendo diferentes estudios sobre Shakespeare, escritos entre 1860 y 1880, época durante la cual interesaba muchísimo en Alemania la obra del gran poeta inglés. ¿Podría usted sacarme, sea de la Biblioteca Real o de la del Reichstag, la *Historia del drama italiano,* de Klein, la *Historia de la literatura dramática en España,* de Schack, y los libros de Gervinus y de Ulrico acerca de Shakespeare? ¿Qué piensa usted, qué opinión personal tiene de Shakespeare? Escríbame pronto. La abrazo y le estrecho afectuosamente la mano. ¡Manténgase tranquila y alegre, a pesar de todo! Hasta la vista, queridísima Soniuska.

¿Cuándo vendrá usted?

Soniuska, ¿quiere usted hacerme un favor? Mándele de mi parte jacintos a Mathilde. Cuando venga a visitarme le reembolsaré su importe, su

Rosa.

116

Breslau, 24-3-1918

Mi querida Soniuska: ¡Cuánto tiempo llevo sin escribirle, y, sin embargo, cuántas veces he pensado en usted! Las «actualidades» llegan a quitarme a veces las ganas de escribir... Si pudiéramos *conversar, de omnibus rebus,* paseando por el campo, sería delicioso, pero no hay que pensar en ello siquiera. Mi reclamación ha sido desestimada con un detallado informe acerca de mi perversidad y de mi carácter incorregible; lo mismo ha ocurrido con la petición que formulé para que me concedieran unos días de vacaciones. Habrá que aguardar, pues, a que hayamos conquistado el mundo entero.

Cuando pasa algún tiempo sin tener noticias suyas, Soniuska, me parece verla sola, inquieta, triste y desesperada, agitada como hoja por el viento, y

esta idea me entristece mucho. Pero ya viene la primavera, los días se alargan y aclaran, y en el campo debe de haber mucho que ver y que oír. Debería usted salir mucho; el cielo es ahora interesante y ameno, con las nubes que corren rápidas e inquietas, y la tierra calcárea, desnuda todavía, debe de estar muy hermosa, bajo esta luz cambiante. Sature usted sus ojos de todo esto por mí, ¿quiere? Es lo único de la vida que no llega jamás a cansarnos, y que tiene siempre el mismo encanto de cosa nueva, y, a la vez, jamás nos engaña. Es absolutamente necesario, además, que vaya usted en representación mía al Jardín Botánico a informarse de algo que me tiene muy intrigada. Esta primavera ha ocurrido un hecho extraordinario: los pájaros han llegado un mes o mes y medio antes de lo acostumbrado. El ruiseñor ya estaba aquí el diez de marzo; el «tuercecuello», que generalmente llega a fines de abril, lanzaba ya sus pequeñas carcajadas el quince, y hasta el mirlo dorado, que llamé «el pájaro de Pentecostés», y que jamás llega antes de mayo, silba ya por aquí desde hace quince días, antes de salir el sol, en la alborada gris. Los oigo desde lejos; sus cantos llegan a mí desde el parque del manicomio. No puedo explicarme este regreso prematuro y desearía saber, si es posible, si lo mismo se ha observado en otros sitios, o bien si debe atribuirse este fenómeno únicamente a un efecto causado por la proximidad al manicomio. Vaya, pues, al Jardín Botánico, Soniuska, pero al mediodía de un día despejado, y escuche atentamente todos los rumores, para comunicármelos. Esto, y el resultado de la batalla de Cambrai, es lo que para mí tiene más importancia sobre la tierra, lo que más me interesa.

¡Qué hermosas son las reproducciones que me ha mandado! Acerca de Rembrandt, huelga todo comentario; en cuanto al Ticiano, me ha impresionado más el caballo que el jinete; jamás hubiera creído que fuera posible imprimir en un animal tanta fuerza y distinción, verdaderamente regias. Pero lo que desde lejos resulta más hermoso es el retrato de mujer, de Bartolomé de Venecia (a quien, no obstante, no conocía). ¡Qué fantástico colorido, qué finura de dibujo, qué secreto atractivo hay en la expresión! Me recuerda en cierto modo, a *Monna Lisa.* Con estas reproducciones ha mandado usted a mi celda un rayo de luz y de alegría.

Por lo que hace al libro de Hänschen[4] es preciso, naturalmente, que lo guarde usted; siento que todos sus libros no estén en *nuestras manos.* Mejor se los hubiera confiado a usted que a ningún otro.

¿Recibió, hace algún tiempo, el Shakespeare? ¿Qué cuenta Karl? ¿Cuándo volverá usted a verle? Dele mil recuerdos en mi nombre y dígale de mi parte: *Ça ira* a pesar de todo. Y sobre todo, conserve usted su buen humor y su alegría. Sonría a la primavera. Espero que la del año próximo la pasaremos juntas. Un abrazo, queridísima, y felices Pascuas. Muchos recuerdos también a los niños. Su

Rosa.

117

Breslau, 2-5-1918

... He leído el *Cándido* y *La condesa Ulfeld*, y todo me ha gustado mucho. La edición del *Cándido* es tan bella, que no me he atrevido a cortarla; como está en pliegos sueltos, me ha sido muy fácil leerla en esta forma. Esta maliciosa reunión de todas las miserias humanas me hubiera producido, antes de la guerra, la impresión de una descripción irreal; pero ahora me parece perfectamente ajustada a la realidad... Por fin, ya sé de dónde procedía la expresión: «Mais il faut cultiver notre pardin», que yo misma había empleado alguna que otra vez. *La condesa Ulfeldt* tiene un interés documental y completa lo que nos dice Grimmelhausen... ¿Qué hace usted? ¿No disfruta usted como es debido de la deliciosa primavera? Siempre suya

Rosa.

118

Breslau, 12-5-1918

Soniuska: Su cartita me ha producido tanta alegría, que quiero contestarla inmediatamente. ¡Ya ve usted cuánto goce y cuánto entusiasmo produce una visita al Jardín Botánico! ¿Por qué no me complace usted en esto más a menudo? Le aseguro que yo también gozo cuando usted me describe sus impresiones con tanto ardor y de un modo tan pintoresco. Sí, conozco efectivamente los amentos rojo rubí del tejo en flor. Son de una belleza indescriptible, como toda planta en el momento de su floración, y apenas acierta uno a dar crédito a los ojos cuando los ve.

Esos botoncitos rojos son las flores femeninas, de las que nacerán las grandes y pesadas piñas que inclina enseguida su punta hacia el suelo; a su lado están las flores masculinas, de color amarillo pálido y poco vistosas, de las cuales se desprende un polvillo dorado. Ignoro lo que es la «pettoria». Me describe usted una especie de acacia. ¿Quiere usted decir que tiene hojas compuestas de flor papilionácea, como las acacias? Seguramente que no ignora que el árbol vulgarmente llamado así no es realmente una acacia, sino un árbol de la familia de las leguminosas. La mimosa es una «acacia» verdadera; su flor es, además, de color amarillo azufre y exhala un perfume intenso; pero no creo que se dé en Berlín al aire libre, pues se trata de una planta tropical. En Ajaccio, en Córcega, en pleno diciembre, he visto maravillosas mimosas floridas, árboles corpulentos, en una de las plazas de la ciudad. Aquí, ¡ay!, sólo puedo ver de lejos, por la ventana, el verdor de los árboles, cuyas cimas asoman apenas por los muros. Paso el tiempo intentando adivinar por su aspecto y color a qué clase pertenecen, y creo que, en general, no me equivoco. Hace poco trajeron una rama rota que, por su extraña forma, tenía intrigado a todo el mundo. Todos se preguntaban qué sería: era una rama de olmo. ¿Recuerda usted todavía cómo le hice observar los olmos de mi Südende, doblándose al peso de sus pequeños frutos, de color rosa pálido y verdoso? Estábamos también en mayo, y usted se quedó encantada de aquel espectáculo maravilloso. Hay gentes que llevan años y más años viviendo en aquella calle plantada de olmos sin sospechar siquiera lo que es un olmo florido; esa misma falta de curiosidad se nota por lo que concierne a los animales. En el fondo, la mayoría de esos ciudadanos son verdaderos bárbaros...

A mí, en cambio, me ocurre lo contrario: la profunda afinidad que me une a la naturaleza viviente, a pesar de mi humanidad, adquiere formas casi morbosas, lo cual atribuyo a mi temperamento nervioso. Abajo, en el patio, una pareja de cogujadas acaban de tener un polluelo; los otros tres probablemente han muerto. Y el polluelo corre ya perfectamente. Quizás haya observado usted cómo corren las cogujadas. Dan pasitos cortos y precipitados, muy diferentemente de los gorriones, que van saltando con ambas patas a la vez. El pequeño empieza ya a volar, pero todavía no sabe buscarse por sí mismo el alimento suficiente: insectos y pequeñas orugas, sobre todo en estos días en que aún ha hecho frío. Así es que cada anochecer aparece por el patio, frente a mi ventana, y lanza pequeños

gorjeos lastimeros y agudos. Inmediatamente le contestan los padres con un «huit-huit» angustioso y apagado, y buscan desesperadamente por todas partes, entre el crepúsculo y el frío, algún alimento que, una vez hallado, se apresuran a introducirle en el pico. Esto se repite cada noche, a eso de las ocho y media. Y cuando los pequeños pies lastimeros se dejan oír al pie de la ventana, y observo la inquietud, el aspecto preocupado de los dos menudos padres, siento que se me oprime el corazón. Y sin embargo, no puedo hacer nada por ellos, pues las cogujadas son muy tímidas y cuando se les echan migas de pan levantan el vuelo, muy al revés de las palomas y gorriones, que vienen detrás de mí como perritos. En vano me digo que todo esto es ridículo y que yo no soy responsable de las cogujadas, como tampoco puedo llorar por la suerte de todos los búfalos a los que apalean – como sucede con los que actualmente traen sacos al patio–. Pero por más que me diga eso, ante semejantes escenas me pongo verdaderamente enferma. Lo mismo ocurre si el estornino, que en todo el día no cesa de molestarme con su agitado parloteo, enmudece por algunos días; ya no descanso, temiendo que le haya ocurrido algo, y espero con ansiedad que reanude su charla insípida y con ella me asegure de que sigue sin novedad. Así es que, aun en el fondo de mi celda, estoy en relación, por medio de mil lazos imperceptibles, con millares de seres, pequeños y grandes, interesándome seriamente por todo cuanto les atañe, preocupándome y sufriendo por ellos, haciéndome incluso reproches por su culpa... Usted es también uno de esos pajaritos, una de esas criaturas con las cuales, aunque alejada, vivo en constante comunicación. Lo mismo que usted, lamento que transcurran los años irremediablemente sin poder *vivir* en realidad. ¡Pero tenga paciencia y ánimo! Viviremos, y nuestra vida estará cuajada de grandes acontecimientos. Por ahora no vemos más que la desaparición del mundo viejo, al que cada nuevo día arranca un pedazo, empujándolo a cada momento hacia nuevas catástrofes... Y lo más raro es que la mayor parte de la gente no se da cuenta de ello y sigue creyendo que pisa terreno firme...

¿Tiene usted, Soniuska, o puede procurármelo, el *Gil Blas* o *El diablo cojuelo*? No conozco nada de Le Sage y hace tiempo que tengo ganas de leerlo. ¿Lo conoce usted? Si no hay otro medio, lo compraré en la edición «Reclam».

La abraza de todo corazón, su

Rosa

Escríbame pronto cómo sigue Karl.

¿Tiene Pfemfert, acaso, *El campo de lino*, de Stijn Streuvels, otro flamenco? El libro se ha publicado en la Insel-Verlag, y dicen que es muy bueno.

119

Breslau, 18-10-1918

Mi querida Soniuska: Anteayer le escribí a usted. Hasta ahora no he tenido contestación al telegrama que dirigí al canciller del Imperio. Quizá tarde algunos días en llegar. Lo cierto es que mi alma está de un temple tal que por ahora me es imposible recibir a mis amigos bajo vigilancia. La he soportado durante todos estos años pacientemente, y en otras circunstancias hubiera continuado tolerándola por mucho tiempo todavía; pero ahora que todo ha cambiado de pies a cabeza, no me siento ya con fuerzas para aceptarla. De tal modo me atormenta el verme vigilada durante mis conversaciones, reducida a la imposibilidad de hablar de lo que tan vivamente me interesa, que prefiero renunciar a toda visita mientras no podamos volver a entrevistamos como personas libres.

De todos modos, esto no puede durar mucho tiempo. Si han puesto en libertad a Dittmann y a Kurt Eisner, a mí no pueden tenerme ya mucho tiempo en la cárcel, y también Karl se verá libre no tardando. Esperemos, pues, para volver a vernos, a que podamos hacerlo en Berlín. Mientras tanto, mis saludos. Siempre suya,

Rosa.

[1] Diefenbach.

[2] *Leyenda de Lessing,* obra de F. Mehring.

[3] Al año siguiente, casi el mismo día, el 15 de enero de 1919, Rosa Luxemburgo caía en las calles de Berlín asesinada, como Karl Liebknecht, por un puñado de oficiales a cuya custodia estaban entregados, amparados por la pasividad y la impunidad, y acaso también por la complicidad del Gobierno socialdemócrata.

[4] Hans Dieffenbach.





AKAL / BÁSICA DE BOLSILLO

CLÁSICOS DEL PENSAMIENTO POLÍTICO

Document Outline